

De *proxies* a *partners*: las vinculaciones entre actores domésticos y externos en el Líbano. El caso de los partidos Hezbolá y Movimiento del Futuro (2005-2022)

Alumno: Lic. Said Chaya
Directora: Dra. Gladys Lechini
Fecha: septiembre de 2024

FACULTAD DE CIENCIA POLÍTICA
Y RELACIONES INTERNACIONALES
Doctorado en Relaciones Internacionales

UNIVERSIDAD NACIONAL DE ROSARIO

RESUMEN

La presente tesis doctoral se propone analizar la compleja relación entre las representaciones políticas domésticas de la comunidad musulmana libanesa, específicamente Hezbolá y el Movimiento del Futuro, y su vinculación con actores regionales externos como Irán y Arabia Saudita. Para ello, se caracterizará el funcionamiento del sistema político libanés, su mecanismo de representación y la dinámica de enfrentamiento intersectorario que se desarrolla en este contexto. Además, se analizarán y compararán las estrategias de los poderes regionales en su interacción con el Líbano y entre sí, con el objetivo de entender cómo estos vínculos moldean las dinámicas geopolíticas en la región. El estudio se centrará en examinar las dinámicas intermésticas en el Líbano durante las crisis locales que ocurrieron entre 2005 y 2022, buscando identificar patrones de cooperación y conflicto, y su impacto en la estabilidad política del país y la agenda regional.

La hipótesis central sostiene que el Líbano, debido a sus fronteras porosas y un Estado central débil, está atrapado en una compleja trama interméstica donde no solo influyen las rivalidades intercomunales, sino también la coyuntura regional. Los actores domésticos libaneses no son simplemente peones de los poderes regionales, sino *partners* activos en el terreno local de estos *stakeholders* externos.

Finalmente, la tesis concluye que el surgimiento y el posterior agravamiento de las crisis políticas coinciden con el deterioro de la situación de seguridad en la región. En Arabia Saudita predominó una estrategia orientada a aumentar la seguridad y control en su entorno, ejerciendo presión excesiva sobre el Movimiento del Futuro para lograr resultados beneficiosos para sus intereses. Por su parte, Irán también buscó expandir su influencia y seguridad, pero apoyándose de manera virtuosa en sus socios, siendo Hezbolá su principal aliado en el caso libanés. Las crisis que se sucedieron entre 2005 y 2022 no pudieron resolverse de manera duradera debido a la falta de un poder o consorcio de poderes externos capaz de imponer o acompañar un acuerdo entre las representaciones políticas de las sectas libanesas en disputa.

Palabras clave: Líbano - Irán - Arabia Saudita - interméstico - crisis

ABSTRACT

This doctoral thesis aims to analyze the complex relationship between the domestic political representations of the Lebanese Muslim community, specifically Hezbollah and the Future Movement, and their linkage with external regional actors such as Iran and Saudi Arabia. To this end, the functioning of the Lebanese political system, its mechanism of representation and the dynamics of intersectarian confrontation that unfold in this context will be characterized. In addition, the strategies of regional powers in their interaction with Lebanon and with each other will be analyzed and compared, with the aim of understanding how these linkages shape geopolitical dynamics in the region. The study will focus on examining intermestic dynamics in Lebanon during the local crises that occurred between 2005 and 2022, seeking to identify patterns of cooperation and conflict, and their impact on the country's political stability and regional agenda.

The central hypothesis holds that Lebanon, due to its porous borders and a weak central state, is caught in a complex intermestic web influenced not only by intercommunal rivalries, but also by the regional conjuncture. Lebanese domestic actors are not simply pawns of regional powers, but active partners on the local terrain of these external stakeholders.

Finally, the thesis concludes that the emergence and subsequent aggravation of political crises coincided with the deterioration of the security situation in the region. In Saudi Arabia, a strategy aimed at increasing security and control in its environment prevailed, exerting excessive pressure on the Future Movement to achieve results beneficial to its interests. Iran, for its part, also sought to expand its influence and security, but with virtuous support from its partners, Hezbollah being its main ally in the Lebanese case. The crises that occurred between 2005 and 2022 could not be resolved in a lasting manner due to the lack of an external power or consortium of powers capable of imposing or accompanying an agreement between the political representations of the Lebanese sects in dispute.

Keywords: Lebanon - Iran - Saudi Arabia - intermestic - crisis

PREFACIO DEL AUTOR

Melior est finis quam principium (mejor es terminar que comenzar)

Y fue así como un día, gracias a Dios, llegué a la meta. El objetivo de los párrafos siguientes es dejar asentado el testimonio sobre el origen de este trabajo, así como una serie de agradecimientos, todos muy necesarios.

El derrotero de esta tesis comenzó una fría noche de julio, pocos días después de recibirme como licenciado en Ciencia Política. Allí, en medio de la fiesta que habían organizado mis padres, la Dra. Lechini, que había formado parte del tribunal de mi tesina de grado, me preguntó cómo pensaba proseguir con mi carrera y si no había considerado la posibilidad de hacer el Doctorado en Relaciones Internacionales. Aunque estaba en mis planes comenzar una maestría en algún momento, no había pensado todavía en escribir una tesis doctoral. Simplemente dije sí y me lancé a la aventura. En octubre comenzamos a trabajar algunas ideas. Dos meses más tarde, la presentación inicial ya estaba lista.

Es probable que la semilla se haya plantado algunos años antes, en el verano boreal de 2010. Caminando por la zona de Hamra, en Beirut, encontré en una librería un ejemplar de “A House of Many Mansions”, del historiador libanés Kamal Salibi (1929-2011). La vendedora me explicó quién era: un profesor de historia ya anciano, tutor privado de los herederos de las grandes familias libanesas, quienes ahora, siendo adultos, ocupaban puestos en el Consejo de Ministros y la Cámara de Diputados. Siempre polémico, criticado y perseguido por sus colegas, su libro de 1988 lo había catapultado a la fama, presentándolo como una especie de Aristóteles moderno. En ese texto, Salibi recogía distintas narrativas sobre la historia del Líbano, hábilmente redactadas, y cómo cada comunidad religiosa del país las interpretaba. Su obra despertó en mí el deseo de relatar lo que sucedía en el Líbano, un tema que ya había abordado en mi tesina de licenciatura,

“Los problemas de la democracia libanesa”, y en varios artículos. Sin embargo, sentía que el objetivo requería un análisis más amplio y holístico sobre el Líbano y su papel en Medio Oriente, un proyecto que solo una tesis doctoral podría abarcar. Ese encuentro con el libro cambió mi vida para siempre.

No hubiese sido posible recorrer este largo camino en soledad. Mi familia y mis amigos jugaron un rol fundamental, por lo cual les estoy profundamente agradecido. Catalina, mi compañera incondicional, siempre confió en el potencial que este título de posgrado significaba para mi carrera y nuestro proyecto familiar. Ella supo acompañarme día a día, tanto en mis avances como en mis frustraciones, y aceptó en silencio muchos fines de semana en los que la urgencia de aprovechar momentos de inspiración obligó a posponer planes previamente acordados. Mi familia en Rosario, mi refugio y mi descanso, ha sido el núcleo firme que siempre creyó en mí: mi querida mamá, Olga; mi hermano, Daniel; mi cuñada, Valeria; mi sobrina, Amal; mis tíos, Luis, Marta y Nené; mis primas, Silvia y Karina; y tantos otros primos y sobrinos que llenan mi vida de alegría. Junto a ellos, estuvo un extenso grupo de amigos provenientes de los lugares más diversos: los del Litoral, CUDES y Caldén, los de la ONU, los de calle Paraná, los de la Colectividad y mis compañeros del Doctorado y de la profesión (especialmente Juani), entre tantos otros. También quiero agradecer a mi amigo Francisco, de Diseño Frangia, que se ocupó del arte de tapa de esta tesis.

Dos instituciones universitarias desempeñaron un rol fundamental en mi formación como investigador. En primer lugar, la Universidad Nacional de Rosario (UNR), mi *alma mater*, donde cursé la carrera de Ciencia Política y obtuve mis primeras herramientas para investigar sobre temas de Medio Oriente a través del Instituto Rosario de Estudios del Mundo Árabe e Islámico (IREMAI). Durante mi doctorado, tuve la oportunidad de asistir gratuitamente a los cursos de posgrado requeridos para graduarme, además de dialogar sobre mi trabajo con docentes de gran trayectoria, tanto argentinos como internacionales, entre ellos Myriam Colacrai, Leonardo Souza Ramos, Jorge Lasmar, Emilse Calderón, Bernabé Malacalza, Danny Zahreddine, Ornela Fabani, Roberto Miranda, Anabella Busso y Clarisa Giaccaglia. Para alguien como yo, nieto de un inmigrante libanés analfabeto que trabajaba la tierra, la educación pública argentina ha sido un camino lleno de oportunidades. Me ha brindado herramientas fundamentales para un crecimiento que de otro modo habría sido difícil alcanzar.

En segundo lugar, quiero destacar a la Universidad Austral, que no solo es mi lugar de trabajo, sino también, en muchos sentidos, mi hogar. Allí, el Dr. Alfonso Santiago confió en mí y me brindó un espacio en la Escuela de Política, Gobierno y Relaciones Internacionales cuando esta tesis era apenas un bosquejo. Junto a él, un grupo de colegas estuvo siempre atento a mis avances: Jorge, Manuel, Andrés, Juan Bautista, Pedro, Romina, Ignacio, Sofía P., Fernando, Ángeles, Celina, Sofía D. C., Gilda, Carolina y Estela. Gracias a la generosidad de la Universidad Austral, tuve la oportunidad de cursar un programa especializado en la Universidad de Turín (2019), donde fui instruido por académicos de renombre en mi área de estudios y presentes en la bibliografía de esta tesis, como Gilbert Achcar, Bassel Salloukh, Raymond Hinnebusch, Ali Ansari, Fawaz Gerges, Rosita DiPeri y May Darwich. En 2022, también con el apoyo de la Universidad Austral, pude dedicar varios meses a la investigación en la Universidad de Navarra, donde fui acogido por el Dr. Juan Cianciardo. En aquella inolvidable primavera en Pamplona, entre los Jardines de la Taconera y la Plaza del Castillo, bajo el amparo de San Fermín, nació el proyecto definitivo: la hoja de ruta de esta tesis doctoral. En el mismo viaje, de paso por Madrid, tuve la oportunidad de entrevistar e intercambiar impresiones sobre esta tesis con dos académicos españoles que me dedicaron su tiempo: los doctores Ignacio Gutiérrez de Terán e Ignacio Álvarez-Ossorio, a quienes estoy muy agradecido por su conocimiento y sus consejos.

Finalmente, vaya mi gratitud a la Dra. Gladys Lechini, mi directora, cuya figura me ha abrazado en todos estos años, a fuerza de tazas de té y café en su domicilio y la agradable compañía de Edgardo. Cuidadosa enemiga del festejo anticipado, siempre supo, de forma estratégica, plantar delicadas certezas en momentos de confusión y estancamiento. Gladys es para mí no solo un modelo de desarrollo profesional, sino, fundamentalmente, de la generosidad con la que quiero conducirme en este camino de la Academia.

SAID CHAYA

Rosario, 21 de septiembre de 2024.

ÍNDICE

RESUMEN.....	1
ABSTRACT.....	2
PREFACIO DEL AUTOR.....	3
ÍNDICE.....	6
INTRODUCCIÓN.....	8
A. Antecedentes, problema y preguntas de investigación.....	8
B. Objetivos de investigación.....	14
C. Hipótesis y subhipótesis.....	15
D. Marco teórico.....	16
1. Realismo estructural.....	17
2. Realismo neoclásico.....	20
3. Aportes desde la Ciencia Política.....	28
E. Aspectos conceptuales: de proxies a partners.....	32
F. Selección de los actores.....	37
G. Selección de los casos.....	43
H. Estructura de esta tesis.....	47
CAPÍTULO I - APROXIMACIONES AL ESTUDIO DEL MEDIO ORIENTE.....	51
A. Estudiar al Oriente desde Occidente.....	51
B. Oriente y Orientalismo en las Ciencias Sociales.....	55
C. Medio Oriente: homogeneidad y heterogeneidad de un concepto.....	56
D. Religión, Relaciones Internacionales y Medio Oriente.....	60
E. Panarabismo e islam político, dos ideas en tensión.....	65
CAPÍTULO II - ANTECEDENTES DE LA DINÁMICA INTERMÉSTICA EN EL LÍBANO: DESDE EL ESTADO MODERNO HASTA LA FINALIZACIÓN DE LA OCUPACIÓN SIRIA (1920-2005).....	72
A. El Orden de Versalles y la Constitución Nacional de 1926.....	72
B. El Orden de la Segunda Posguerra y el Pacto Nacional de 1943.....	80
C. La Guerra Fría y el Acuerdo de Taif de 1989-1990.....	85

D. Dimensión externa de la ocupación siria (1990-2005).....	94
E. Dimensión doméstica de la ocupación siria (1990-2005).....	98
F. La comunidad chiíta libanesa durante la guerra civil y la ocupación siria.....	100
G. La comunidad sunita libanesa durante la guerra civil y la ocupación siria.....	108
H. El Líbano tras la retirada de Siria (27 de abril de 2005).....	117
CAPÍTULO III - ARABIA SAUDITA E IRÁN: ESTRATEGIAS RIVALES, RELACIONES BILATERALES Y POLÍTICA EXTERIOR.....	124
A. Sunitas y chiítas en la tradición religiosa islámica.....	124
B. La construcción del Estado moderno en Arabia Saudita (1932-1975).....	128
C. La construcción del Estado moderno en Irán (1921-1979).....	132
D. Las relaciones bilaterales irano-sauditas hasta la Revolución Islámica.....	141
E. La política exterior contemporánea del Reino de Arabia Saudita.....	145
F. La política exterior contemporánea de la República Islámica de Irán.....	160
G. El factor sirio como triangulación.....	173
H. Un modelo para comprender las relaciones irano-sauditas.....	177
CAPÍTULO IV - CRISIS DOMÉSTICAS E INFLUENCIA EXTRANJERA.....	187
A. Las crisis de las instituciones gubernamentales en el Líbano.....	187
B. Análisis de la crisis A (noviembre de 2007 - mayo de 2008).....	197
C. Análisis de la crisis B (junio - noviembre de 2009).....	206
D. Análisis de la crisis C (enero-junio 2011).....	210
E. Análisis de la crisis D (abril de 2013 - febrero de 2014).....	217
F. Análisis de la crisis E (mayo de 2014 - octubre de 2016).....	223
G. Análisis de la crisis F (mayo de 2018 - enero de 2019).....	229
H. Análisis de la crisis G (agosto de 2020 - septiembre de 2021).....	237
I. La crisis H, una situación sin precedentes.....	247
CONCLUSIÓN.....	251
EPÍLOGO: EL PROBLEMA DE LOS TRES CUERPOS.....	262
BIBLIOGRAFÍA.....	265
ANEXO.....	282
A. Entrevista: Dr. Ignacio Gutiérrez de Terán.....	282
B. Entrevista: Dr. Ignacio Álvarez-Ossorio.....	294

INTRODUCCIÓN

“Hacer una tesis sobre Líbano implica acotar y delimitar el objeto de la forma más contenida posible, puesto que las dinámicas políticas del país dificultan que los temas elegidos puedan cerrarse de manera fácil. En cierto sentido, siempre continúan en marcha...”

- Correo del Dr. Román García Albrete al autor de esta tesis, 1 de abril de 2022

A. Antecedentes, problema y preguntas de investigación

El Líbano es un país caracterizado por su volatilidad política y su diversidad religiosa, traducida en diferentes comunidades políticas que, consideradas en conjunto, forman el Estado nacional. Es apreciado como un espacio de enorme relevancia histórica y cultural, hogar de los legendarios fenicios, en un territorio luego sometido por babilonios, persas, griegos, romanos, omeyas, abasíes, cruzados, mamelucos, otomanos y franceses, cada uno de los cuales dejó su impronta en el país. Con todo, fue también el corazón comercial y financiero de la región durante largo tiempo. Se trata de un país donde, a pesar de las continuas crisis, especialmente en el ciclo de los aproximadamente últimos tres lustros sobre los que se apoya esta tesis (2005-2022), están vigentes mecanismos que permiten amplias libertades en el marco de una democracia incompleta y de baja intensidad, pero, a fin de cuentas, todavía viva. Esa mezcla de religión y política, tradición y modernidad, donde habita la heterogeneidad bajo el disfraz de la unidad, resulta, para este estudio, uno de los modelos más valiosos de internacionalización de los actores subnacionales que la región puede aportar.

En el caso de las matanzas de 1860 entre cristianos y drusos, fue necesaria una intervención de Rusia, Prusia, Alemania, el Reino Unido y Francia para detener la situación, forzando al Imperio Otomano a conceder la autonomía a los cristianos de Monte Líbano. En 1958, fue el desembarco de Estados Unidos en Beirut el que permitió terminar el mandato al presidente Camille Chamoun, poniéndolo a salvo de la facción nasserista, alineada con Moscú. En 1989, la cumbre que puso fin a la guerra civil fue auspiciada por Arabia Saudita y contó con el apoyo de Siria y Estados Unidos, que se pronunciaban ante la amenaza de Saddam Hussein. A lo largo de los noventa y hasta 2005, fue Siria quien tomó las decisiones relevantes en materia de defensa y política exterior libanesa y definió a las autoridades que gobernarían el Estado. En todos los casos, fueron intervenciones extranjeras las que generaron un nuevo orden y pusieron un punto final, o más bien suspensivo, a los conflictos intercomunitarios en el Líbano. **Estos ejemplos constituyen una opinión generalizada: los problemas del Líbano se resuelven afuera. ¿Cuán cierto es esto?**

El papel que el Líbano juega en la región de Medio Oriente no ha estado exento de debates. De hecho, la discusión en torno a su identidad, es decir, aquello que implica qué es el “ser libanés”, gira en torno al rol que pretenden de él sus vecinos y otros Estados extra regionales. En otras palabras, **su identidad ha estado condicionada por las expectativas externas**. Al mismo tiempo, en su interior, las comunidades religiosas cristiana y musulmana, organizadas en diferentes sectas, han consolidado con el paso del tiempo sus respectivas identidades¹. En esta tesis se llama “**estructura**” a cada uno de los distintos modelos identitarios con clivajes internos-externos, que son, en definitiva, diferentes proyectos de país y han atravesado distintas épocas.

La **primera estructura** abarcó desde la creación del Estado del Gran Líbano en 1920 hasta la declaración de independencia en 1943. En la primera posguerra emergió un ordenamiento colonial tardío, donde Francia y el Reino Unido pudieron aplicar el Acuerdo Sykes-Picot de

¹ La comunidad cristiana está compuesta por las siguientes sectas: católicos maronitas, católicos melquitas, católicos armenios, ortodoxos griegos, ortodoxos armenios, protestantes y una categoría general conocida como “otras minorías cristianas”, que incluye caldeos, coptos, siríacos, asirios y latinos o de rito ordinario. La comunidad musulmana está compuesta por sunitas, chiítas, alauitas y drusos. La comunidad judía libanesa también cuenta con reconocimiento oficial, aunque no obtuvo representación parlamentaria debido al pequeño número de fieles registrados, que decreció aun más en torno a los procesos de migración hacia Palestina promovidos por el sionismo, la posterior creación del Estado de Israel y las guerras árabe-israelíes.

1916 y dividirse los despojos del Imperio Otomano tras los pactos que marcaron su disolución. En el Líbano, a nivel doméstico, significó la concreción del proyecto del “estado-refugio”, donde las minorías religiosas concebían al territorio como una extensión de Occidente, exento del dominio musulmán. Para ponerlo en marcha, se entregaron los mecanismos de toma de decisiones del nuevo Estado Libanés a la comunidad cristiana libanesa, al mismo tiempo que Francia ejercía tutela con poder de veto en el país y también en Siria, amparada por la Sociedad de Naciones y la figura jurídica del Mandato. Este supuesto implicaba la invisibilización de la comunidad musulmana libanesa, que se concretó a través de su marginación de los sistemas institucionales de poder. Esta convergencia entre el sector predominante de los cristianos libaneses y las autoridades coloniales se reflejó en la **Constitución Nacional** sancionada en 1926, que fundó definitivamente al Estado moderno libanés sustentado en bases confesionales. A través de este marco de sujeción, evitaron la disolución de su identidad en la corriente de aquel primer arabismo que sobrevolaba la zona. En otras palabras, esa sociedad estaba vinculada no solo a la vocación extractiva y de imposición de dominio de los segundos, sino también a la necesidad de supervivencia de los primeros en un escenario arabista que, según entendían, amenazaba su singularidad. La Constitución Nacional aseguró aquel dominio por delegación.

Asimismo, el apoyo que le brindaron Francia y el Reino Unido a este proyecto estaba fundado en su conveniencia: era la estrategia adecuada para evitar la creación de un “reino de los árabes”, un proyecto alentado después de las revueltas de 1916-1918 que expulsaron a los otomanos. De ese modo, las potencias se garantizaban el tránsito de sus mercancías a través de la región, especialmente de los bienes provenientes de los lejanos puertos del Golfo Pérsico. Asimismo, la zona habitada por estos pueblos árabes recibía los cargamentos que llegaban del rico subcontinente indio. En el fondo, como ya se dijo, el Mandato establecido por la Sociedad de Naciones constituía una continuación del colonialismo por otros medios, opuesto a los intentos de unidad o independencia locales que por entonces estaban vigentes.

La **segunda estructura**, también conocida como Primera República, abarcó desde la declaración de independencia hasta la guerra civil. Con el advenimiento del **Pacto Nacional**, de mutuo acuerdo, los propios libaneses decidieron dar ese primer orden por superado, reemplazándolo por uno nuevo. El esquema colonial francés cayó en 1943, con la declaración de independencia

consagrada en el Pacto Nacional entre cristianos y musulmanes libaneses. No hubiese sido posible superar el orden de la primera posguerra sin el apoyo del Reino Unido; por otra parte, aunque Francia hubiese querido, no era factible sostenerlo sin el acuerdo de la comunidad cristiana libanesa. Fueron éstos los que, ante un cambio de liderazgo, optaron por conformar un renovado esquema con la comunidad musulmana. Era el momento de un nuevo ordenamiento, que se vería marcado por los conflictos resultantes del enfrentamiento bipolar naciente. En virtud de ese acuerdo, los primeros retuvieron la presidencia y la mayoría de las bancas en el Poder Legislativo, mientras los segundos obtuvieron las titularidades del Consejo de Ministros y la Cámara de Diputados. Las tensiones entre Churchill y De Gaulle en el marco de la Segunda Guerra Mundial fueron imprescindibles para poder asegurar la emancipación. Para los cristianos, la independencia vino acompañada de nuevas oportunidades de negocios, abriendo el Líbano al mundo; para los musulmanes, implicaba finalmente el acceso al poder y la confirmación de la identidad árabe, aunque no arabista, del Estado libanés. La nueva República Libanesa independiente, aquella de la “arabidad sin arabismo” enarbolaba la bandera de la neutralidad y se proclamaba al margen de las disputas regionales, lo que lo convertía en un lugar seguro para las inversiones y los negocios, obteniendo de allí su apodo de “Suiza de Oriente”. Junto con ello, la neutralidad evitaba que la agenda externa se entrometiera en las relaciones intercomunitarias.

Sin embargo, aquello constituía un anhelo imposible de alcanzar. Esta pretensión de neutralidad frente a los hechos que se sucedían en Medio Oriente, donde muy pronto la gravitación regional del carismático presidente egipcio Gamal Abdel Nasser comenzaría a marcar la agenda, sería una constante en las dinámicas del Líbano con sus vecinos y también entre los habitantes del país, cayendo de lleno en la grieta que marcó la Guerra Fría. En esta época se sucedieron hechos graves, como el intento de milicias panarabistas de derrocar al presidente Camille Chamoun y el objetivo de éste de perpetrarse en el poder en 1958, junto con la intervención de Estados Unidos. También tuvo lugar el ingreso de la guerrilla palestina al sur del país, que comenzó a extenderse lentamente hacia Beirut. La grieta doméstica se abrió en coincidencia con la grieta global entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. La comunidad musulmana comenzó a exigir igualdad de acceso a los cargos políticos y solidaridad con Palestina frente a la guerra árabe-israelí. El Líbano quedó atrapado, una vez más, en la grieta regional.

La **guerra civil**, que intentó dirimir la cuestión identitaria, se correspondió con una **ruptura de la estructura** social y política libanesa. La tensión acabó por desencadenar un duro conflicto interno en 1975, del que participaron una sucesión de actores foráneos. En 1976, las Fuerzas Armadas sirias ingresaron con el acuerdo de un sector del gobierno y pactaron con el líder palestino Yasser Arafat poco después. En 1978 y 1982, tuvieron lugar las invasiones israelíes. La Revolución Islámica en Irán en 1979 también tuvo un impacto significativo. Más tarde, entre 1982 y 1984, tuvo lugar la intervención de la Fuerza Multinacional liderada por Estados Unidos, de la que participaron también franceses, británicos e italianos. Un acuerdo que pusiera fin a la guerra no hubiera sido posible sin los oficios de la Liga Árabe, especialmente de Arabia Saudita, implementados en 1989. Estas intervenciones estuvieron, en todos los casos, pivotadas por actores domésticos. La problemática local se complementaba con la lógica bipolar imperante en el sistema internacional. Una vez más, era evidente la interferencia de los factores externos en la dinámica doméstica durante esos años de confrontación. La presencia militar de Siria, Israel, Estados Unidos, Irán y la guerrilla palestina; así como los buenos oficios de la ONU, la Liga Árabe y Arabia Saudita, conformaron numerosas alianzas con los actores domésticos.

La **tercera estructura**, también conocida como Segunda República, emergió con motivo de la reconciliación nacional plasmada en el **Acuerdo de Taif** y culminó con la salida de las tropas de Siria en 2005. La guerra había tenido un resultado concreto: la victoria de Siria y sus aliados. A nivel global, coincidió con la hegemonía estadounidense y se reflejó en el tercer gran acuerdo libanés, el de Taif, celebrado en noviembre de 1989, al término de la guerra civil. Ahora la ecuación de poder había cambiado: este instrumento de reconciliación nacional puso en igualdad numérica a cristianos y musulmanes en la Cámara de Diputados, transfirió funciones del presidente al primer ministro y fortaleció el rol del titular de la Legislatura. En los hechos, implicó una transición de un régimen presidencialista a otro parlamentario. Nació en el marco del fortalecimiento de Siria en el Líbano con la venia de Washington: uno buscaba un nuevo aliado tras el derrumbe soviético, mientras el otro necesitaba fortalecer su posición para enfrentar a Saddam Hussein. El resultado de Taif, construido sobre los acuerdos anteriores, fue la proyección de un país intervenido a lo largo de la década de los noventa y durante el primer lustro del 2000. Mientras que en el sur Israel mantuvo una zona de ocupación de novecientos kilómetros cuadrados hasta mayo de 2000, la política exterior y de defensa fueron puestas en

manos de Siria a través de una serie de tratados y de su presencia militar. Este nuevo ordenamiento, marcado por la intervención siria, se derrumbó en 2005, cuando, tras el asesinato de Rafic Hariri, las manifestaciones populares y la presión occidental causaron la retirada de las tropas de Damasco que estaban asentadas en el país.

El Líbano contemporáneo ha sido una sucesión de órdenes estructurantes donde las comunidades religiosas libanesas interactuaron con actores extranjeros para lograr que cuaje un determinado proyecto de país, habitualmente amparado en alguna suerte de acuerdo. La Constitución Nacional, promulgada en 1926, fue suscrita por actores locales y sostenida con el apoyo externo de Francia. El Pacto Nacional, que dio origen a la independencia en 1943, se instaló provisoriamente gracias al equilibrio externo entre la Unión Soviética y Estados Unidos y la proyección de sus alianzas regionales en el país. La guerra civil fue un período de conflicto e inestabilidad, donde intervinieron múltiples actores domésticos y foráneos. El Acuerdo de Taif, implementado a lo largo de 1990, marcó el regreso de un orden supervisado desde el exterior, como aquel de la Constitución Nacional.

El 30 de abril de 2005, con la retirada del último soldado sirio del Líbano, se derrumbó aquella estructura construida en los noventa durante el momento unipolar. A nivel global, el mundo era otro, con la región marcada por la fractura entre Irán y Arabia Saudita, mientras Estados Unidos desplegaba la llamada “Guerra contra el Terror”. El escenario doméstico también se configuraba de nuevo. El harirismo, junto a otros partidos, envalentonados en el marco de nuevas libertades públicas, y Hezbolá, con su perfil conservador y reivindicativo de los noventa, se convirtieron en ejes de nuevas alianzas rivales. Como aquellos enemigos de la Guerra Fría, Riad y Teherán fortalecieron sus redes de relacionamiento con sus aliados libaneses. Desde la salida de las tropas sirias, el Líbano ha buscado la forma de reinsertarse pacíficamente en una región marcada por disputas entre poderosos Estados que aspiran a la dominación regional. Constituye, por otra parte, una paradoja: como Estado, es víctima de las tensiones entre las dos grandes comunidades religiosas libanesas y las subcomunidades que las componen y actúan en alianza con proyectos foráneos diversos. Estos grupos, en lugar de apelar al bien mayor, persiguen el interés de la fracción. Algunos sectores abogan por el respeto a la neutralidad tradicional. Otros la ven como un objetivo imposible, sosteniendo que el país debe definirse por un campo. He aquí el problema

central: que desde entonces, no ha sido posible ni para los libaneses ni para los poderes regionales imponer o acordar un orden único y estable en el país. El período que se abrió en 2005 ha estado marcado por subsecuentes crisis políticas que amenazan con la posibilidad de un nuevo conflicto a gran escala. Frente a la problemática planteada, cabe realizar las siguientes preguntas:

Interrogante general: en el período bajo estudio (2005-2022), ¿Cómo se relacionan las representaciones políticas domésticas de la comunidad musulmana libanesa, en este caso Hezbolá y el Movimiento del Futuro, con actores regionales externos, como Irán y Arabia Saudita?

Interrogantes específicos:

1. ¿Cómo funciona el sistema político libanés, cuáles son sus mecanismos de representación y partidos políticos, y qué dinámicas de enfrentamiento intersectorio se suscitan en ese contexto?
2. ¿Cuáles fueron las estrategias de los poderes regionales en su vinculación con sus respectivas zonas de influencia, con el Líbano y en las interacciones entre sí, y cómo estos vínculos moldearon las dinámicas geopolíticas en la región?
3. ¿Cuáles fueron las dinámicas de interacción entre actores domésticos y externos en el Líbano durante las crisis ocurridas entre 2005 y 2022, y qué patrones de cooperación y conflicto se pueden identificar, así como su impacto en la estabilidad política del país?

B. Objetivos de investigación

En función de los interrogantes establecidos en la sección anterior, es posible plantear los siguientes objetivos de investigación:

Objetivo general: analizar la forma en la que se relacionan las representaciones políticas domésticas de la comunidad musulmana libanesa, en este caso Hezbolá y el Movimiento del Futuro, con actores regionales externos, como Irán y Arabia Saudita, en el período bajo estudio (2005-2022).

Objetivos específicos:

1. Caracterizar el funcionamiento del sistema político libanés, su mecanismo de representación y partidos políticos y las dinámicas de enfrentamiento intersectorio que se suscitan en ese contexto.
2. Analizar las estrategias de los poderes regionales en su vinculación con sus respectivas zonas de influencia, con el Líbano y en las interacciones entre sí, a fin de entender cómo estos vínculos moldean las dinámicas geopolíticas en la región.
3. Examinar las dinámicas de interacción entre actores domésticos y externos en el Líbano durante las crisis ocurridas entre 2005 y 2022, con el propósito de identificar patrones de cooperación y conflicto, y su impacto en la estabilidad política del país.

C. Hipótesis y subhipótesis

La hipótesis de esta tesis es que **el Líbano queda preso de una densa trama interméstica donde cuentan no solo las rivalidades intercomunales sino también la coyuntura regional, porque es heredero de fronteras porosas y de un Estado central débil.** En el período bajo estudio (2005-2022), el surgimiento y posterior agravamiento de las crisis políticas domésticas que se suscitan en el Líbano coinciden con el progresivo deterioro de la situación de seguridad en la región.

La primera subhipótesis que se desprende de este razonamiento es que **los socios domésticos libaneses no son *proxies*, meros peones de los poderes regionales, sino más bien *partners*, verdaderos socios en el terreno local de los *stakeholders* externos.** Estos actores foráneos están interesados en asegurar sus posiciones en la zona. El éxito o fracaso de los *partners* impacta en otros escenarios de Medio Oriente donde estos *stakeholders* externos mantienen disputas. Por lo tanto, el Líbano juega un papel relevante dentro de las estrategias regionales de esos poderes foráneos, por lo que, movidos por su interés, se vinculan con sus *partners* para definir de forma más o menos cooperativa las cuestiones domésticas.

Luego, la segunda subhipótesis que emerge es que **las sucesivas crisis surgidas a partir de 2005 no han podido resolverse de manera duradera por la falta de un poder o de un consorcio de poderes externos que logre imponer y/o acompañar un acuerdo entre las sectas libanesas en disputa.** Las representaciones políticas de las comunidades religiosas que habitan el país internacionalizan la agenda local, buscando definir cuestiones del ámbito doméstico a través de alianzas con actores externos para evitar el surgimiento de un contexto de violencia abierto o guerra “incivil”. Sin embargo, tras la salida del Ejército sirio del territorio libanés en 2005, no ha sido posible alcanzar un marco de estabilidad. Desde entonces, en el sistema político libanés, se han sucedido largos períodos sin presidente o sin primer ministro, sumiendo a la nación en largos apagones administrativos.

D. Marco teórico

Junto con las visiones del realismo estructural y el realismo neoclásico, teorías de las Relaciones Internacionales que permiten comprender las dinámicas intermésticas y regionales, era necesario contar con algunas herramientas que permitiesen abordar la problemática del complejo sistema institucional libanés. Por ello, se recurrió a Arend Lijphart y Giovanni Sartori, ambos asociados a la corriente institucionalista de la Ciencia Política. Esto no resulta descabellado, mucho menos si

la formación de grado del autor de esta tesis es, justamente, en esa disciplina, pariente cercana de las Relaciones Internacionales.

1. Realismo estructural

Tanto por sus recursos naturales como por su importancia geopolítica y su relevancia histórica, Medio Oriente es origen de disputas. En su contienda por extender su dominación en la región mencionada, sea por sed de bienes, estrategia o mero prestigio, el Reino de Arabia Saudita y la República Islámica de Irán ponen en funcionamiento una red de acuerdos y desacuerdos mutuos que relajan o tensionan, según corresponda, el entramado de la zona. Ambas naciones se conciben mutuamente como una amenaza al propio dispositivo de seguridad, acentuando de esta forma la competencia.

En ese contexto regional se inserta el Líbano, un país tan importante como frágil. Las relaciones de convergencia y enfrentamiento entre las comunidades subnacionales en el Líbano y su proyección al exterior han llamado la atención de los investigadores especialmente a partir de la guerra civil que las enfrentó en un prolongado conflicto, entre 1975 y 1990. Entre los primeros en abordar esta fragilidad estructural, se halla Salibi (1988), quien sostuvo que la excepcionalidad libanesa fue sustentada por los cristianos que habitaban la zona e invitaba a las potencias a erigirse como protectoras necesarias de un “Estado-refugio” de minorías en una región eminentemente habitada por musulmanes. Tras la Primera Guerra Mundial, el Reino Unido y Francia previeron la creación de un Estado Libanés con privilegios para la comunidad maronita, a la que sentían más cerca de sus intereses.

Makdisi (2000) y Beinín (2001) adhirieron a la idea del “Estado-refugio”, entendiendo que la rivalidad intercomunitaria fue esencialmente alimentada desde fuera. Estos autores coinciden que el proceso fue anterior a la Primera Guerra Mundial, originándose en el *Tanzimat*, el conjunto de reformas que encaró el Imperio Otomano en el siglo XIX, en un momento de gran debilidad. El sultán, con el objetivo de congraciarse con las potencias europeas, permitió a las comunidades libanesas, especialmente a las cristianas, acudir a ellas para su protección. Las reformas

generaron una cierta movilidad social, especialmente en el caso de los maronitas: ese crecimiento en la relevancia política fue acompañado también por un crecimiento económico. Finalmente, se acordó la tutela de esas minorías cristianas, que a partir de entonces fueron dotadas de una autonomía protegida por las potencias.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el proyecto fundacional previsto por las potencias para el Líbano cambió sus actores por aquellos protagonistas de la Guerra Fría: Estados Unidos y la Unión Soviética, pero no su lógica. En esa dinámica estuvo presente el panarabismo que encabezó Egipto en tiempos de Nasser. Sin embargo, el doble rostro del problema libanés, la internacionalización de los problemas locales y la penetración de las potencias extranjeras en los asuntos internos, no se modificó. Tras el final de la guerra civil, en 1990, el rol de Siria como interventor en el Líbano se consolidó en virtud de ciertos acuerdos regionales auspiciados por Estados Unidos, empujados por el creciente poderío de Irak y la necesidad de contener a Irán.

A partir de 2005, con la retirada del Ejército sirio del territorio libanés en medio de un alzamiento popular, la creciente rivalidad irano-saudita se convirtió en el nuevo paradigma ordenador de la política libanesa. Ha logrado sostenerse hasta la actualidad, a pesar de protestas y profundas crisis en las que el Líbano se encuentra inmerso. Este país sufre, al igual que otros vecinos suyos, al compás de los acuerdos y desacuerdos que se desarrollan entre Arabia Saudita e Irán, que aspiran, a su modo, al liderazgo regional. Hezbolá está alineado con los intereses iraníes, mientras que el Movimiento del Futuro coordina su agenda con la de Arabia Saudita. Estos alineamientos generan posicionamientos y al mismo tiempo habilitan determinadas discusiones en las instituciones políticas libanesas.

Los hechos ocurridos nombrados en los párrafos anteriores marcan la importancia que tienen los países extranjeros en las dinámicas domésticas y las alianzas que forman con determinadas comunidades. Según Brown (1984), Medio Oriente es un sistema penetrado, y el Líbano no escapa a esa realidad. La interacción propia de la región bajo estudio se caracteriza por su internacionalización o penetración: un sistema político internacionalizado o penetrado “es aquel que no resulta efectivamente absorbido por el contendiente externo ni puede liberarse de su asfixiante abrazo [...] las diferencias entre la política local, nacional, regional e internacional se

vuelven borrosas” (Brown, 1984, p. 5). En otras palabras, la penetración en el sistema no anula la autonomía de los Estados, sino que éstos se ven constantemente sometidos a la influencia externa, de forma tal que no es posible explicar los fenómenos locales sin hacer referencia a la presión del sistema intruso, y viceversa.

Entonces, ¿cuál es el interés iraní o saudita en avanzar sobre el Líbano? Una perspectiva realista sobre un escenario de balance de poder asoma como una respuesta posible que permite explicar, desde la teoría, los movimientos de ambos Estados hacia otros actores de la región. El desorden lleva a la búsqueda de un cierto equilibrio; aunque en un desconcierto anárquico, donde el poder es un factor en alta dispersión, como sucede en Medio Oriente. Una forma de obtener seguridad es la búsqueda de poder entendida como “salir del propio Estado” (Kaufman et al., 2007). De este modo la lógica de balance de poder se ajusta al estándar del realismo o, más precisamente, del neorrealismo:

Ciertamente, si la anarquía internacional genera dilemas con respecto a la seguridad, la manera más sensible de afrontar la inseguridad resultante es la ampliación del territorio estatal, entendido como una estrategia de separación y centro de poder (Kaufman et al., 2007, p. 8)

En un contexto de rivalidad y desorden, tener influencia concreta más allá de las fronteras nacionales, salir del propio Estado, permite dotar al sistema de cierta previsibilidad. Esto explicaría la visión estructural que poseen tanto Irán como Arabia Saudita en relación al sistema que habitan: los avances se realizan en el Líbano, pero también en Siria, Palestina, Bahrein, Irak y Yemen, de manera enlazada. Ambos actores “salen” a la región a asegurar, a través de diferentes jugadas simultáneas, la integridad de su metrópoli.

La demanda de seguridad como búsqueda de balance en un área marcada por la inestabilidad llevó a la “hipermilitarización” de la región. Este concepto se muestra permeable, porque esta no solo interesa a la estructura estatal en sí, en su vinculación con otros Estados, sino también al régimen, acostumbrado a que los militares, la policía, la inteligencia o fuerzas irregulares sean amenazas a su permanencia en el poder. Por eso, el dilema de seguridad no solo es externo, sino también interno: las dinámicas regionales vinculadas a ella impactan en las dinámicas locales

(Ryan, 2014). Con actores subnacionales con tanto margen discrecional, las situaciones que se suscitan en Medio Oriente se traducen fácilmente en problemáticas domésticas, demostrando la enorme permeabilidad de éstos a los fenómenos regionales.

Pero la disputa por la búsqueda de ese balance no siempre incluye a los conflictos abiertos como única salida. En cambio, los países se involucran en diferentes estrategias. Aunque la competencia irano-saudita es más abierta en el Levante que en el Golfo, incluso allí “han encontrado ventajas administrando su rivalidad para evitar una escalada de conflicto; ello, en el caso de Líbano, incluye una esporádica coordinación diplomática”. (Wehrey et al., 2009, p. 78)

En otras palabras, en un sistema donde dos Estados coexisten al lado de otros organizados junto a ellos, sin una clara percepción de seguridad de uno frente al otro, cualquier desequilibrio buscará ser compensado. Esto es lo que el Kenneth Waltz (1979) entiende como “balance de poder” que, en definitiva, busca “mantener la estabilidad de un sistema sin destruir la multiplicidad de elementos que lo componen” (p. 120). Por ejemplo, un candidato a primer ministro libanés que financia su campaña con fondos sauditas y gana la elección garantiza que los intereses de Riad serán respetados. Al mismo tiempo, Irán sale al ruedo para asegurarse de que Hezbolá, con quien mantiene una gran afinidad ideológica, sea lo suficientemente fuerte como para ser tenido en cuenta por el funcionario electo al momento de tomar decisiones. El nuevo primer ministro, favorable a Riad, convoca y consulta a los miembros de Hezbolá al formar su gabinete, para evitar generar fricciones con Irán. De esta forma, se genera un juego de suma cero, un balance frágil, pero balance al fin.

2. Realismo neoclásico

Como indica Giaccaglia, “la preponderancia de la corriente realista en el ámbito de las relaciones internacionales relegó a un plano secundario la consideración de los factores domésticos en el análisis del comportamiento externo de un Estado” (2010, p. 95). Tomando su aporte, es posible afirmar que la corriente realista ayudó a invisibilizar los factores domésticos, cuanto menos

parcialmente, incluso a aquellas comunidades religiosas que, desde lo doméstico, se proyectan internacionalmente, más allá de la política exterior del Estado que los alberga.

A la luz del realismo, podría parecer que las comunidades subnacionales libanesas actúan como peones de Irán y Arabia Saudita. En otras palabras, podría parecer que la problemática libanesa derivada del enfrentamiento irano-saudita que se ilustra en este trabajo es simplemente la resultante de un conflicto estructural, fruto de la lucha entre dos actores relevantes por la hegemonía regional en un sistema determinado, conocido como Medio Oriente. Esa respuesta no es completamente errada, aunque sí es incompleta. En realidad, la compensación de los desequilibrios en cada uno de los escenarios, en este caso, el libanés, debe contar con una articulación con los actores locales.

Waltz, desde el realismo, intentó abordar este tema a través de lo que son tres esquemas de análisis: las llamadas “Tres Imágenes”. La Primera Imagen busca las causas de los conflictos internacionales en las características psicológicas de los hombres de Estado, la Segunda Imagen lo hace en la estructura de los Estados y la Tercera Imagen se centra en las causas sistémicas. Por otro lado, Gourevitch amplía el planteo al hablar de una Segunda Imagen Revertida, para hacer referencia al impacto de la distribución de la actividad económica, la riqueza y la industrialización en el posicionamiento global de un Estado. Sin embargo, sin rechazar del todo la influencia de los factores internos, “el investigador debe optar por uno de estos niveles. Los realistas reconocen que los factores nacionales son importantes, pero tienden a ser empíricamente intratables y sólo deben ser utilizados para explicar algunas anomalías en el comportamiento de los Estados” (Osorno, 1995, p. 437).

El realismo neoclásico intenta correr los velos que se habían dispuesto sobre aquel Estado monolítico que, como se ha visto, nunca existió realmente. Como afirma Mijares, “el realismo neoclásico es una teoría de la política exterior” (2015, p. 588), situándose en contraste con el realismo estructural, que busca comprender la lógica de la política internacional en lugar de la lógica de la política exterior. El realismo neoclásico no reniega de la importancia de la distribución de nivel en la estructura internacional, pero en la formación de la política exterior pone el foco en la interacción entre los procesos de la política interna, como la capacidad y

percepción de las élites. La búsqueda de explicaciones sobre lo que sucede en la arena internacional va acompañada de variables de información que permiten saber cuán preparado está un Estado para tomar posicionamientos en ese contexto: procesar los datos y actuar en consecuencia (Mijares, 2015).

Hay diferentes estrategias para aproximarse al concepto de política exterior. Por un lado, es posible comprenderla como “una disciplina derivada de las relaciones internacionales que consiste en una política pública o planificación estratégica formulada desde cada Estado para atender los asuntos internacionales” (Lascano y Vedia, 2021, p. 25). Otra forma posible es referir a la política exterior como “el resultado de las interacciones que acontecen entre los factores internos y los externos, atravesadas por la percepción que posee el sujeto que toma las decisiones sobre los acontecimientos actuales” (Al-Alkim, 2012, p. 28). De un modo más extenso, es posible afirmar que la política exterior es:

El resultado de una combinación de variables internas e internacionales, que influyen en los comportamientos externos de los estados y en el proceso decisorio. El sistema internacional es una variable que afecta a las políticas exteriores colocándoles límites u ofreciéndoles oportunidades. Además, en función del avance del proceso de globalización, especialmente en sus aspectos financieros, el sistema internacional condiciona la política interna, lo que se refleja también en la política exterior o, en otras palabras, en los modos de inserción internacional de los países. Pero a su vez, situaciones domésticas, vinculadas a la orientación del régimen, la estabilidad política y las percepciones de los gobernantes sobre los modos de inserción internacional, son también factores importantes (Lechini, 2006, p. 21).

Resulta de interés la posición que adoptan Korany y Hillal Dessouki específicamente en torno a la política exterior de los países árabes:

Las políticas exteriores árabes tienen una orientación principalmente regional, debido a tres factores principales. En primer lugar, como potencias pequeñas o medianas, los Estados árabes pueden ejercer más influencia a través de un enfoque regional de la política exterior. En segundo lugar, el conflicto árabe-israelí se percibe como un problema

árabe común. En tercer lugar, el sistema de creencias compartido, ya sea el islam o el carácter árabe, fomenta las interacciones transestatales regionales. Aunque el siglo XXI obliga a todo el mundo a globalizarse, la mayoría de los países árabes siguen centrados políticamente en su contexto nacional-regional inmediato. Existe una íntima relación entre las políticas internas y externas en la mayoría de los países árabes (Korany y Hillal Dessouki, 2008, p. 4)

Las políticas exteriores formuladas tanto desde Irán como de Arabia Saudita podrán revestir ciertas complejidades, pero no constituyen “cajas negras” o decisiones indescifrables. En ambos casos entender a la política exterior como política pública implica reconocer la importancia de las variables domésticas en la formulación e implementación de las mismas. En este juego se suele incluir la intervención de actores no tradicionales, distintos al jefe de Estado o el Ministerio de Relaciones Exteriores, para sumar al Poder Legislativo, los partidos políticos y organizaciones de la sociedad civil. En sociedades más o menos democráticas, todos estos actores participan activamente en el debate y la toma de decisiones sobre lo público. Una tesis de tal calibre echa por tierra el presupuesto realista del Estado como actor unificado; en cambio, requiere la consideración de los aspectos políticos, económicos y sociales internos. De esta forma, la política exterior, al igual que toda política pública, es resultante de tensiones entre actores con intereses contrapuestos involucrados en mayor o menor medida en el proceso de toma de decisiones (Fernández Alonso y Zelicovich, 2021).

Según afirma Hudson (2005), hacer análisis de la política exterior posee una serie de características que lo vuelven una herramienta valiosa, especialmente cuando se trata de examinar determinados escenarios donde la homogeneidad del Estado resulta confusa. Algunas de sus ventajas son:

1. Su juego en dos niveles, el doméstico y el internacional, que pone sobre la mesa la consideración de factores culturales y estructuras sociales de los grupos humanos como parte de la reflexión sobre política exterior.
2. La posibilidad de incorporar un mayor número de opciones más allá de la mejor opción racional, porque, al ser el factor humano punto de intersección entre las limitaciones

materiales y los modelos ideacionales, toma en cuenta las preferencias de los que toman las decisiones.

3. La negativa a usar expresiones del tipo “orden natural”, resaltando, en cambio, las contribuciones de personas y grupos humanos, mediadas por características como la emoción, la motivación y la forma particular de comprender un problema.
4. Su condición habilitante para dialogar con mayor fluidez con otras disciplinas como la psicología, la sociología, los estudios sobre políticas públicas, los estudios políticos comparados, etc.

Al definir al realismo neoclásico, afirma Gideon Rose que:

Los realistas neoclásicos sostienen que el poder material relativo establece los parámetros básicos de la política exterior de un país; señalan, según la fórmula de Tucídides, que “el fuerte hace lo que puede y el débil sufre lo que debe”. Sin embargo, señalan que no existe una “cadena de transmisión” inmediata o perfecta que vincule las capacidades materiales con el comportamiento en política exterior. Las decisiones de política exterior las toman los líderes políticos y las élites reales, y por tanto lo que importa es su percepción del poder relativo, no simplemente las cantidades relativas de recursos físicos o fuerzas existentes. Esto significa que, a corto y medio plazo, las políticas exteriores de los países no necesariamente siguen de cerca o de forma continua las tendencias objetivas del poder material. Además, esos líderes y élites no siempre tienen plena libertad para extraer y dirigir los recursos nacionales como deseen. Por tanto, el análisis del poder debe examinar también la fuerza y la estructura de los Estados en relación con sus sociedades, porque éstas afectan a la proporción de recursos nacionales que pueden destinarse a la política exterior. Esto significa que es probable que países con capacidades netas comparables pero estructuras estatales diferentes actúen de forma diferente (1998, p. 146-147).

En otras palabras, los Estados reaccionan de manera distinta frente a las presiones externas, porque la política es conducida por elites que perciben esas presiones de una forma determinada.

Al mismo tiempo, su capacidad de movilizar recursos frente a esas presiones también es variable. Por tanto, países similares pueden actuar de forma diferente frente a una situación determinada. Asimismo, las presiones externas no siempre establecen fronteras claras. En cambio, determinan direcciones generales poco precisas, fluctuantes, o, como se indicó más arriba, simplemente borrosas. En resumen, los Estados actúan movidos no sólo por los incentivos sistémicos, sino también por los factores internos; por otra parte, la respuesta a esos incentivos es cambiante, en tanto se apoya en variables que se diferencian ampliamente entre un Estado y otro (Rose, 1998).

El llamado “tercer debate” expuso la centralidad del problema sobre lo estatal-sistémico en la disciplina y permitió superar al realismo clásico, alcanzando nuevas formas de ver la coyuntura. La realidad y la frecuencia con la que esta articulación entre lo doméstico y lo externo se presentaban en el sistema internacional empujaron a James Rosenau a hablar de una suerte de red sin costura entre una y otra dimensión, en lugar de la tradicional división que se establecía entre una y otra. Esta visión constituyó una herramienta fundamental para la comprensión de la cuestión de Medio Oriente, especialmente en el Líbano. Como indica el autor,

Los asuntos domésticos y exteriores han formado desde siempre una red sin costura y la necesidad de tratarlos como tales es urgente en estos tiempos de grandes transformaciones. En efecto, [...] no podemos permitir que el límite doméstico-exterior confunda nuestra comprensión de los asuntos mundiales [...] La policía podrá chequear nuestros pasaportes y la aduana imponer tasas, pero concebir la distinción de lo exterior-doméstico de una forma tan simple implica confundir apariencia superficial con patrones subyacentes. (Rosenau, 1997, p. 4)

Continuando con Rosenau, este fenómeno de solapamiento doméstico-externo se explica, a su entender, a través de la porosidad de las fronteras. Para este autor, el concepto de “Frontera” trata sobre la imposibilidad de mantener los asuntos internacionales de un país alejados de los fenómenos domésticos, mucho más en un mundo cambiante y con bordes porosos como el de hoy. Una y otra dimensión convergen en una suerte de arena donde distinguir las se vuelve casi imposible. Esa Frontera, y no el adentro y el afuera, es el lugar real de la política y constituye en

sí misma un símbolo de una “transformación epocal” (Rosenau, 1997, p. 7) propia de la era global.

Anteriormente, ese solapamiento doméstico-externo que menciona Rosenau había sido definido por Manning (1977) con el término de “interméstico”:

Por supuesto, los asuntos exteriores y la política interior se han entremezclado a veces visiblemente en nuestro pasado nacional: la cuestión arancelaria es el caso obvio. Pero hasta hace poco, estas cuestiones eran excepcionales, mientras que las cuestiones tradicionales de equilibrio de poder constituían la mayor parte de la agenda de las relaciones exteriores. Pero ahora lo excepcional ha pasado a ser preponderante. Los temas de la nueva agenda internacional afectan de inmediato a los intereses económicos y políticos de los grupos de interés nacionales. Dos factores subyacen a esta nueva evolución. La interdependencia económica del mundo moderno es más que internacional; es interlocal. La interrupción del flujo de un determinado producto exportado o importado puede o no perturbar gravemente la economía de una nación en su conjunto, pero es seguro que creará problemas en determinadas regiones, industrias, agricultores o trabajadores nacionales. [...] El otro factor ya se ha mencionado. La propia agenda internacional ha cambiado, de modo que la diplomacia moderna se ocupa cada vez más de temas económicos domésticos como los límites de pesca y los precios de las materias primas, en los que uno u otro conjunto de intereses nacionales están profundamente preocupados y, con razón, se consideran más expertos que los habitantes de los ministerios de asuntos exteriores del mundo. Así pues, estas nuevas cuestiones son simultánea, profunda e inseparablemente nacionales e internacionales. Si se me permite una acuñación cuya propia cacofonía puede ayudar a dar énfasis estas cuestiones son “intermésticas” (Manning, 1977, p. 309).

Aunque el uso que Manning da a lo interméstico hace énfasis en las relaciones de producción que generan lazos de cooperación e interdependencia, es un concepto que puede viajar a la región bajo estudio con el objeto de analizar la forma de interacción entre actores locales y foráneos. Korany (2016), por ejemplo, recupera el término “interméstico” para brindar mayor precisión al

abordar el mismo problema y dar cuenta de ese fenómeno, especialmente en la región del Medio Oriente, ubicándolo, una vez más, a los fenómenos que acontecen en la compleja y porosa frontera entre lo doméstico y lo internacional:

Este neologismo [...] denota la interconexión y el solapamiento entre las dimensiones internacional y doméstica de los procesos e interacciones sociopolíticas. Lo interméstico como mirada conceptual es el reflejo de la globalización, que se caracteriza por el retroceso y/o la fragilidad del Estado y su soberanía tradicional y, en su lugar, de la intensidad de la interconexión societal transestatal y la rápida circulación de ideas y personas. Las principales características de la región MENA, desde la riqueza petrolífera y su impacto hasta la “religio-política” y sus repercusiones internacionales, demuestran el predominio de lo interméstico. Por ejemplo, en la región se multiplican las amenazas y se agrava la inseguridad, debido no sólo a las amenazas militares tradicionales centradas en el Estado, sino cada vez más a las centradas en las personas y la (in)seguridad humana. (Korany, 2016, p. 83)

Por un lado, el neorrealismo estructural brinda herramientas para la comprensión de la rivalidad existente en el subsistema de Medio Oriente entre dos Estados poderosos, como Irán y Arabia Saudita. Por otro lado, el realismo neoclásico explica el dilema de las fronteras porosas, que hacen que lo doméstico y lo externo no sean variables tan independientes una de otra como aparecen en los presupuestos. Mientras el primer andamiaje teórico establece el lugar del Líbano en la estrategia regional y global de esos Estados, el segundo habla del origen y las herramientas para operativizar esa estrategia al interior de cada uno de esos Estados; eso incluye, eventualmente, la comunicación o, más bien, en un sentido más general, las transferencias de todo tipo (tácticas, económicas, simbólicas) que se producen entre los Estados y sus *proxies* en las zonas que les resultan de interés para su estrategia.

En otras palabras, ni una ni otra teoría dan cuenta de la respuesta o el posicionamiento de los actores domésticos en función de ese estímulo, como si el camino de lo global a lo local fuera unidireccional. Este trabajo sostiene que ese postulado es incompleto. Que en estos tiempos posmodernos las Relaciones Internacionales superan la visión estadocéntrica, ya es sabido. Sin

embargo, incluso cuando se trata de las relaciones que se establecen entre Estados y otros actores transnacionales, la mirada sigue posada predominantemente sobre el primero. Es fundamental conocer no solo la forma en la que los actores estatales poderosos inciden en los más débiles, sino también cómo reaccionan los actores con los que estos cuentan en sus planes y acciones y cómo se articulan estos en función de la estrategia doméstica que despliegan en sus propios territorios. Es necesario incorporar nuevas perspectivas.

3. Aportes desde la Ciencia Política

Junto con la figura del presidente de la República como jefe de Estado, hay dos estructuras fundamentales de la democracia parlamentaria que entran en juego a la hora de tomar decisiones: la Cámara de Diputados y el Consejo de Ministros. En ambos órganos, las bancas se asignan teniendo en cuenta a las comunidades religiosas primero y los resultados electorales después. De esta forma, la mitad de los legisladores de la Cámara deben ser cristianos y la otra mitad musulmanes. A su vez, estas mitades se encuentran organizadas en diferentes comunidades, cuyas bancas se asignan de manera proporcional según un documento de 1932. Lo mismo sucede con los ministros del Consejo. Luego, los resultados de las elecciones legislativas se traducen en cantidad de bancas, teniendo en cuenta la pertenencia religiosa de los diputados. Conjuntamente, el Consejo de Ministros debe reflejar las proporciones comunitarias y partidarias que se dan en la Cámara de Diputados. Al mismo tiempo, resulta válido recordar que cada presidencia de los órganos del Estado es asignada a una comunidad diferente: la de la República, a los cristianos católicos maronitas; la de la Cámara de Diputados, a los musulmanes chiítas; y la del Consejo de Ministros, a los musulmanes sunitas. Esto genera dificultades a la hora de acordar posiciones, ya que al momento de contar con los votos para presentar un proyecto o aprobarlo es necesario construir consensos con otras comunidades.

Como se observa, frente a la pregunta sobre “quién gobierna”, en el Líbano no cabe responder simplemente “la mayoría”; en cambio, la mirada debe ser mucho más amplia: “tanta gente como sea posible”, indica Lijphart (2012). Por lo tanto, se trata de un modelo consensual, donde se busca ampliar la participación y generar acuerdos amplios con otros actores. Más que focalizarse

en la concentración del poder para la toma de decisiones, el modelo consensual se funda en la disgregación del poder en varios focos como una forma de limitarlo. La competencia excede las urnas: ellas constituyen solo el primer paso, al que le siguen las negociaciones y la formación de acuerdos.

Junto con la dificultad de asignación confesional, sobreviene otra: la alta dispersión del voto. Las expresiones políticas que cristalizan en candidaturas son expresiones de la pluralidad de una sociedad. Sin embargo, no es la cantidad de partidos o candidaturas las que importan, sino solo aquellas que tienen capacidad de generar consensos y bloqueos, afectando la táctica de los otros partidos y el esquema de competencia. Siguiendo las categorías que establece Sartori (2005), el Líbano posee un sistema de partidos de pluralismo extremo, donde entre seis y ocho partidos son considerados relevantes. Estos se caracterizan por ser electorados complejos, donde la decisión electoral está atravesada por una realidad multidimensional, generando prácticamente electorados cautivos en base a sus posibles combinaciones. Algunas de estas dimensiones son el lugar de residencia, la religión que profesa, la ideología que el partido representa, el líder que conduce el partido y las tradiciones familiares. En esquemas de este tipo, afirma el autor, la prevalencia de impulsos centrífugos, propios de un discurso radicalizado, dificulta la formación de acuerdos; además, las diferencias quedan ancladas en dimensiones que exceden lo político, tratándose, más bien, de diferentes cosmovisiones.

De eso se trata la realidad cotidiana del Líbano, atrapado en un modelo consensual con un sistema de partidos de pluralismo extremo. La negociación y las concesiones son los motores que permiten que la vida siga adelante.

Junto con esta diversidad, aparece otra característica: los episodios de violencia entre las comunidades, cuya muestra más acabada fue la guerra civil que comenzó en 1975 y se extendió a lo largo de quince años. Además de las 170 mil víctimas fatales y más de trescientos mil heridos, se produjeron un millón y medio de desplazados que, al término del conflicto, generaron nuevas geografías. Las comunidades se concentraron en determinadas zonas, dotando al territorio de ciertas homogeneidades de las que antes carecía. Además de la guerra civil hubo otros episodios de enorme resonancia, como las masacres de 1860 y el intento de golpe de 1958. Esta forma de violencia intercomunitaria libanesa no irrumpe sin más. Es, más bien, un eslabón en una cadena

de crecientes enfrentamientos, que finalmente derivan en choques armados. Como afirma Khalaf:

En efecto, lo que se sugiere aquí es que es posible, a efectos de análisis, identificar tres capas o magnitudes diferentes de violencia. En primer lugar, está el conflicto social, producto en gran medida de las disparidades socioeconómicas, el desarrollo asimétrico, las rivalidades ideológicas, la privación relativa y el sentimiento de abandono y desposesión. Normalmente, no son de carácter militante y se expresan en formas polémicas pero no beligerantes de protesta social y movilización política. En segundo lugar, si persisten las disparidades socioeconómicas y no se aplacan las hostilidades resultantes, sobre todo si van acompañadas de sentimientos de amenaza al legado comunal y a las lealtades confesionales, el conflicto y la discordia tienden a volverse más militantes y belicosos. Es aquí donde la discordia social se transforma en violencia comunal o, en palabras de Bowyer Bell (1987), donde la lucha civil pasa del punto de no retorno a la guerra civil. Por último, la violencia civil no es, o no siempre sigue siendo, “civil”: cuando se inflama por el atavismo del tribalismo reavivado, la enemistad y la sospecha profundamente arraigada del “otro”, las luchas intestinas y los conflictos regionales y mundiales sin resolver, la violencia colectiva puede degenerar fácilmente en la incivildad de las guerras por poderes y la victimización sustitutiva. Es aquí donde la violencia adquiere su propia lógica autodestructiva inherente y entra en espiral en ese ciclo atroz de crueldades implacables (2002, p. 24).

Dentro de esta escala de la violencia intercomunitaria que el autor plantea, la forma final no degenera en una guerra “civil”, es decir, entre ciudadanos de una misma sociedad. **Se convierte, más bien, en una guerra “incivil”, entre tribus enfrentadas, otredades rivales, dispuestas a la destrucción mutua, desconociendo cualquier humanidad derivada de una historia compartida.** Quizá, en árabe, idioma nativo de Khalaf, el concepto pueda entenderse un poco mejor. En esta lengua, guerra civil se dice *al-harb al-ahliyya*, que en una traducción directa estaría más próximo a “guerra dinástica” o “guerra de ancestros (compartidos)”. Es decir, en su propia terminología alberga una cierta familiaridad, un lazo que remite a una pretendida cosanguinidad entre los grupos que se enfrentan. El autor, entonces, pone énfasis en el desconocimiento entre comunidades que resulta del último tipo de conflicto, llegando incluso a

la autodestrucción de la Nación, donde los grupos son capaces de matanzas con un enorme grado de crueldad. En esa guerra incivil, ya no queda nada de aquellos lazos que unieron a las comunidades. El olvido engulle, por lo menos de manera temporal, toda referencia o familiaridad entre los bandos combatientes. Aunque esta constituye solo la forma más extrema, es una amenaza siempre presente en los relatos que circulan en el interior de cada comunidad².

La proyección posible de ese espiral de violencia está omnipresente en la memoria de las comunidades libanesas, especialmente después de esa trágica guerra “incivil”, que se muestra como espectro cada vez que las comunidades se presentan unas ante otras. Sin embargo, esa violencia se halla en una suerte de latencia estable o *statu quo*: desde 1990, no se ha vuelto a desatar del todo. Probablemente entre esa fecha y 2005, la presencia del ejército sirio en el país y la virtual intervención de sus instituciones políticas generaron mecanismos que desalentaron un enfrentamiento directo. Luego, tras la retirada de los soldados del país vecino, el Líbano recurrió a los mecanismos de bloqueo entre comunidades habilitados en la Constitución para mostrar esas rivalidades. En efecto, la retirada de Siria, que trajo beneficios a la población en materia de derechos, fue al mismo tiempo disparador de mayor inestabilidad. Es como si esta situación fuera el anverso de la máxima clausewitziana: “la política no es sino la guerra continuada por otros medios” (Foucault, 1998, p. 216).

² Aunque este trabajo está lejos de ser usado como construcción autobiográfica, es habitual que el puntapié de muchas investigaciones sea una experiencia. Hay un ejemplo sobre este punto que me parece válido. En mi familia se ha transmitido con enorme crudeza los detalles en torno a las matanzas de Kfar Matta y Al-Binnay. Esas aldeas de mayoría drusa fueron ocupadas por las milicias cristianas de la Falange Libanesa el 5 de septiembre de 1983. De aquel relato recuerdo que se decía que los fallecidos eran principalmente ancianos, mujeres y niños, ya que los varones adultos se hallaban combatiendo. Se mencionaban historias de crueles desmembramientos, violaciones de niñas y abuelas y quema de cadáveres, que fueron abandonados sin ser enterrados siquiera en una fosa común. Las milicias drusas del Ejército Popular denunciaron 117 muertos. La Falange Libanesa negó los hechos. El 6 de septiembre, al otro día de la tragedia, el Ejército Popular, con la ayuda de algunos grupos palestinos, ejecutaron a más de 300 cristianos en Bhamdoun como represalia. La localidad está a escasos cuatro kilómetros del pueblo donde todavía viven mis parientes, algunos de los cuales participaron, en su juventud, del Ejército Popular. La posibilidad de que hayan tomado parte en esos combates es muy alta. De algún modo, la conservación de ese trágico recuerdo es directamente complementario y tenebrosamente justificativo de la pesadilla anterior.

E. Aspectos conceptuales: de *proxies* a *partners*

Poner a jugar al concepto de lo interméstico implica admitir el desacartonamiento de los actores tradicionales del sistema internacional. Ciertamente, aquellas visiones estadocéntricas o puramente sistémicas presentaron un desafío para explicar los problemas que surgían en la zona. Como tales, “no se ajustan a la realidad multicapa de Medio Oriente, con Estados en contexto de lealtades tribales, culturales, religiosas entremezcladas” (Kubálková, 2019, p. 33). En el paisaje interméstico irrumpieron, de este modo, nuevas vinculaciones estatales que se materializaron a través de actores transnacionales, subnacionales y no gubernamentales, cuyo abordaje es necesario para poder dar cuenta de los fenómenos que acontecen en la zona. Ejemplo de ello son, justamente, los *proxies*.

Pero, ¿qué son esos actores no estatales comúnmente conocidos como *proxies*? El término se popularizó a causa de la extensión de la expresión *proxy wars*. El *proxy* es más que un instrumento de guerra al servicio de un Estado dominante. Byman (2018) explica el rol de los *proxies* en función de su entorno más común, la *proxy war* (“guerra por delegación”):

La *proxy war* contrasta no sólo con una guerra tradicional, en la que un Estado asume la carga de su propia defensa, sino también con una alianza, en la que potencias mayores y menores trabajan juntas y cada una realiza contribuciones significativas en función de sus medios. Así, la colaboración de Estados Unidos con el gobierno afgano contra lo que queda de Al-Qaeda y los talibanes es más una alianza tradicional debido al importante papel que desempeña Estados Unidos, con miles de soldados estadounidenses y cientos de ataques aéreos, mientras que la colaboración de Irán con los rebeldes hutíes en Yemen es una guerra indirecta porque Irán proporciona principalmente armas y financiación, no sus propias tropas. [...] Siria no es una excepción para Irán, que utiliza *proxies* en muchos de sus conflictos: el Hezbolá libanés, una serie de milicias chiítas en Irak y los ya mencionados hutíes en Yemen, entre otros. Rusia utiliza *proxies* en Ucrania, y Estados Unidos lo hace a menudo en sus operaciones en Oriente Próximo y África, apoyando a

las Unidades de Protección Popular kurda contra el Estado Islámico en Siria y colaborando con grupos armados en Libia para combatir a los terroristas allí.

Berman, Lake, et al. (2019) también definen a la *proxy war* especialmente desde la perspectiva de los intereses de la potencia mayor interviniente:

La imagen más común de la política mundial es la de Estados que negocian, cooperan o, a veces, luchan entre sí: bolas que rebotan en la mesa de billar mundial. Sin embargo, trabajar a través de *proxies* locales siempre ha sido una herramienta fundamental de la política exterior. Para estabilizar los países de la región como profilaxis contra un nuevo imperialismo europeo y para reprimir los movimientos campesinos locales que podrían exigir una reforma agraria, Estados Unidos promovió a los hombres fuertes locales en el Caribe y Centroamérica en los primeros años del siglo XX, y luego hizo la vista gorda ante su régimen represivo. [...] También promovió a líderes prooccidentales en Europa tras la Segunda Guerra Mundial, reclutándolos como aliados contra la Unión Soviética, y apoyó a líderes anticomunistas y facciones rebeldes en todo el mundo durante la Guerra Fría. Apoyó al sha de Irán como su socio regional bajo la Doctrina Nixon de la década del stenta, y luego amplió esta estrategia para incluir a otros regímenes conservadores en Oriente Medio en la búsqueda de un «nuevo orden mundial», incluidos los regímenes del presidente Hosni Mubarak de Egipto y, tras un interludio en la Primavera Árabe, el presidente Abdel Fattah el-Sisi. En diversos grados, en Corea del Sur, Colombia, El Salvador y otros lugares, Estados Unidos ha gestionado eficazmente estas relaciones de poder para lograr muchos de sus objetivos de política exterior (p. 2).

La visión anterior resulta incompleta frente a aquella que describen Moghadam, Rauta et al. (2024) donde definen a la *proxy war* fundamentalmente como un mecanismo de cooperación. En ese sentido, el accionar de la potencia mayor presenta límites:

Como relación, las guerras de poder abarcan el abanico de interacciones entre patrocinadores y *proxies*. En esencia, su relación consiste en un intercambio recíproco. El patrocinador proporciona a su apoderado algún tipo, y en la mayoría de los casos, una combinación, de ayuda militar, económica o diplomática. A cambio, el *proxy* participa en

combates armados y lleva a cabo tareas militares o de seguridad relacionadas con el estado final deseado por el patrocinador en un determinado escenario de conflicto. La relación entre patrocinadores y *proxies* presenta similitudes con otras interacciones de colaboración, aunque con sus propias características. Suelen estar menos formalizadas que las alianzas militares y, a diferencia de otras formas de asociaciones de seguridad, no incluyen derechos y obligaciones mutuos, y los objetivos del patrocinador están en última instancia por encima de los del *proxy*. Esto no quiere decir que los *proxies* funcionen como meras extensiones de sus patrocinadores y carezcan de toda capacidad de acción (p. 4).

En la región de Medio Oriente abundan los *proxies*, especialmente con alguna forma de identificación confesional, los que define de manera específica Shani: “un actor religioso transnacional puede definirse como cualquier actor no gubernamental que afirma representar a una tradición religiosa específica y que mantiene relaciones con un actor de otro Estado o con una organización internacional” (2009, p. 308). En el caso del Líbano, tanto Hezbolá como el Movimiento del Futuro pueden ser categorizados como actores religiosos transnacionales y no gubernamentales afincados³ en el Líbano que ilustran estas nuevas vinculaciones que mencionaba Kubálková más arriba. Ambos actores mencionados son políticamente representativos de una comunidad religiosa libanesa y se vinculan de forma directa con estructuras estatales extranjeras; en este caso, con la República Islámica de Irán y el Reino de Arabia Saudita, respectivamente. Estos actores religiosos transnacionales son receptores de la política pública que implica la política exterior que se genera en Riad y Teherán, pero no deciden por sí mismos la política exterior de Beirut, en caso de que la misma existiera realmente. También emergen otros ejemplos similares en la región: en Irak, Kata’eb Hezbolá o la coalición que armó el Partido Dawa; en Yemen, Ansar Allah, el nombre partidario que adoptaron los hutíes; en Palestina, Hamas. Todos ellos suelen ser agrupados colectivamente como *proxies* de Medio Oriente.

³ En un sentido general, no se pretende usar esta definición de Kubálková como una estrategia de contraste contra el concepto de “comunidad religiosa” o “secta”, sino más bien como una definición complementaria. Se ha hecho uso en un sentido indistinto de estos términos.

Existen varias razones que determinan la provisionalidad del concepto de *proxy* tal y como se ha utilizado hasta hoy. Aplicar este término al escenario de Medio Oriente constituye una limitación que no permite vislumbrar acabadamente su protagonismo en los movimientos que se llevan adelante en la región. Primero, desde un punto de vista lingüístico, traducirlo al español como “delegado” o “apoderado” revela una cierta pobreza terminológica. La expresión *proxy* proviene del latín *procuratio*, pero en realidad el actor local es más que un simple “procurador” o “administrador” de los intereses del actor foráneo.

En segundo lugar, que el uso de *proxy* adquiera su dimensión privativa en función de un conflicto militar constituye otro limitante, porque impide verlo de otra forma que no sea bajo las ropas de guerrilla, milicia informal, grupo paramilitar o fuerza de liberación, según donde se ubique el gusto del analista. La visión puramente bélica acota sus antecedentes y trascendencia. Estos grupos también trabajan activamente en tiempos de cierta estabilidad. Supieron forjar pactos con actores externos que los dotaron de poder de fuego y también acuerdos de paz que acrecentaron sus roles en lo político-institucional.

Tercero, el concepto de *proxy* se utiliza comúnmente para referirse a actores no gubernamentales, dejando afuera las acciones que se pueden llevar a cabo con otros Estados a través de la política exterior de naciones más poderosas, como sucede con el caso del gobierno sirio y su vinculación con Teherán o las relaciones cada vez más afianzadas entre las autoridades de Bagdad y el Consejo de Cooperación del Golfo a través de las gestiones de Arabia Saudita. Se pretende hacer notar que, junto con los mecanismos de alineamiento entre Estados más poderosos y actores no gubernamentales, todavía subsisten las alianzas, que son hijas de la diplomacia tradicional.

Estas observaciones empujan a usar el término preferente de *partner* (“socio”) para definir al actor regional que establece vínculos de cooperación con otro más poderoso que él, habitualmente de tipo estatal, que posee una estrategia de proyección regional que lo incluye y en la cual cuenta con su colaboración. El primero es importante para el segundo en el contexto de su estrategia: ser convocado lo vuelve un activo valioso y confiable en un territorio determinado. El segundo se destaca por su cuota de poder regional y su capacidad de llevar adelante proyectos de

largo alcance. Uno y otro se necesitan mutuamente, por lo que entre ellos surgen mecanismos de cooperación e interdependencia.

A nivel doméstico, la eficacia del *partner* es superlativa. No solo conoce el terreno y tiene mayor facilidad de lograr adhesión real por parte de la población que el *stakeholder* externo⁴, sino que, además, sus intereses sobre la estructura y coyuntura doméstica están mucho más desarrollados y son más ambiciosos que los del poder regional que lo apoya porque, en el fondo, ese espacio de acción no deja de ser su hogar. Junto con ello, estos actores locales poseen una historia y valores propios vinculados a la nación donde realizan su tarea, que habilita esta comprensión más profunda de las dinámicas en las que tienen lugar sus actividades.

A nivel subsistema, el *partner* no es un mero peón obediente a la estrategia del *stakeholder* externo. Es, en realidad, un punto de apoyo que permite operativizar su táctica regional. Entre ambos puede darse una convergencia de intereses ocasional, de tipo material o transaccional, o una comunión, más duradera, incluyendo también factores ideológicos compartidos que inspiran el accionar de uno y otro. El *partner* cuenta con una cierta autonomía, que varía según el caso del que se trate. Además, el *stakeholder* externo puede habilitar estrategias de trabajo entrecruzadas, permitiendo la formación de redes para intercambios materiales, transmisión de experiencias y manifestaciones de solidaridad entre sus diferentes *partners*.

Además, la sociedad entre ambos actores no culmina con la finalización de una guerra. Lo habitual es que se proyecte mucho más allá, para ejercer presión sobre las formas de resolución que emergen luego de un contexto de posconflicto: la forma de resolver lo político-institucional (eventual reforma política, aplicación de justicia y amnistías, transformación de guerrillas en partidos profesionales), la asignación de los contratos de las obras de reconstrucción, la reestructuración del aparato de defensa (desarme de las guerrillas, adquisición de nuevas armas), posicionamiento en foros internacionales, etc. Más aún, en el siglo XXI los conflictos armados en Medio Oriente se caracterizan por estirarse en el tiempo y atravesar picos de intensidad y declive. Ello vuelve al concepto de *partner* más versátil todavía para dar cuenta de estos procesos.

⁴ *Stakeholder* externo o parte interesada externa.

F. Selección de los actores

El objetivo de este trabajo es explicar cómo se internacionaliza la política doméstica libanesa, especialmente a través de Hezbolá y el Movimiento del Futuro, los dos partidos más convocantes de la comunidad musulmana libanesa, en función de los poderes regionales de Medio Oriente, específicamente tomando en cuenta la rivalidad entre Arabia Saudita e Irán. La elección de estos actores, tanto a los que tipifican el escenario interno como el externo, está vinculada a una serie de decisiones metodológicas.

Antes de dar cuenta de la selección de los actores domésticos, resulta válido hacer una advertencia. A lo largo de esta tesis, en repetidas ocasiones se habla de partidos “chiítas”, “drusos”, “católicos maronitas” o “sunitas”. Es decir, se le asigna a los partidos políticos libaneses tradicionales una determinada identidad religiosa. Ello reviste de cierta lógica, ya que, más allá de los resultados electorales, las bancas de la Cámara de Diputados se asignan teniendo en cuenta criterios confesionales. Cada comunidad religiosa tiene un número fijo de bancas a las que puede aspirar. Los partidos políticos libaneses son en su mayoría partidos de notables contruidos en torno a personalidades y dinastías determinadas. Por lo tanto, no cuentan con una ideología o una conducta parlamentaria que permita afirmar que poseen una u otra identidad confesional. Además, en sus cartas constitutivas muchos de ellos claman ser laicos. La forma que se halló para dirimir esta cuestión de la identidad de los partidos en un ecosistema confesional fue responder a la esta pregunta: “¿qué religión figura en el documento de los diputados afiliados al partido?”. Como se observa en la Tabla 1, los partidos pueden asumir una identidad confesional implícita en función de la religión que profesan la mayoría de sus diputados. Vale aclarar que no se trata de que lleven adelante una agenda clerical, sino que representan a una porción de una sociedad organizada en diversas comunidades religiosas.

Tabla 1*Pertenencia religiosa de diputados libaneses afiliados a los partidos de mayor caudal electoral*

	2005	2009	2018	2022
Movimiento del Futuro	16/30 sunitas (53%)	15/26 sunitas (58%)	17/20 sunitas (85%)	6/8 sunitas (75%)
Partido Fuerzas Libanesas	6/7 católicos maronitas (85%)	4/8 católicos maronitas (50%)	9/15 católicos maronitas (60%)	7/15 católicos maronitas (47%)
P. Progresista Socialista	7/15 drusos (47%)	5/11 drusos (45%)	6/9 drusos (67%)	6/9 drusos (67%)
Hezbollah	12/13 chiítas (92%)	10/12 chiítas (83%)	13/13 chiítas (100%)	13/15 chiítas (87%)
Partido Amal	11/14 chiítas (79%)	11/13 chiítas (85%)	13/16 chiítas (81%)	13/14 chiítas (93%)
Movimiento Patriótico Libre	11/14 católicos maronitas (79%)	15/19 católicos maronitas (79%)	16/24 católicos maronitas (67%)	10/17 católicos maronitas (59%)

Fuente: elaboración propia

En relación a la elección de los actores domésticos para dar cuenta de la internacionalización, se optó por el Movimiento del Futuro y Hezbollah. El primero ha liderado las preferencias electorales de los sunitas en las últimas cuatro elecciones legislativas. El segundo ha compartido con el Partido Amal el podio de la representatividad de la comunidad chiíta. Sin embargo, el hecho de que Hezbollah sea considerado “resistencia nacional” y por eso esté autorizado a contar con armamento y una fuerza militar lo coloca en un lugar más destacado que Amal. A pesar de sus discusiones, Hezbollah y Amal habitualmente juegan en tándem en la Cámara de Diputados desde 1992. Por lo tanto, aunque se haya optado por realzar el rol del primero, las referencias al segundo son habituales.

Los posicionamientos políticos y las alianzas electorales que el Movimiento del Futuro y Hezbollah han construido en torno suyo polarizaron la política nacional. En 2005, comenzaron a liderar dos coaliciones rivales. El Movimiento del Futuro sumó a Fuerzas Libanesas, el

Movimiento de la Independencia y otros partidos sunitas menores en la Alianza 14 de Marzo. Hezbolá, que ya coordinaba sus acciones con Amal, construyó puentes con Tashnag y el Movimiento Patriótico Libre en la Alianza 8 de Marzo. Asimismo, uno y otro se disponen frente a la región y al mundo de manera diferente. Los primeros se muestran afines a Arabia Saudita, las naciones del Golfo y los países de Occidente, mientras que los segundos se encuentran alineados a Siria, Irán y sus socios.

En cuanto a los actores externos, la elección del Reino de Arabia Saudita y la República Islámica de Irán como poderes regionales está vinculada a la centralidad que éstos muestran en las contiendas que se desarrollan en Medio Oriente. Además de la situación en el Líbano, han hecho alarde de poseer una gran influencia en otros escenarios. Ambos Estados, a través de su política exterior y otras iniciativas políticas en el campo internacional, han logrado influir en la región al ritmo de sus rivalidades:

- En Siria, durante la guerra que se desarrolló en ese país, Riad apoyó abiertamente a la oposición armada que pretendía derrocar al presidente Bashar Al-Assad, que contó con el respaldo de Teherán para sostenerse en el poder.
- En Irak, Riad se preocupa por la estabilidad de las instituciones de gobierno del país fronterizo, mientras Teherán sostiene una nutrida red de socios a través de las Fuerzas de Movilización Popular, una organización-paraguas que agrupa a una parte de las milicias chiítas que actúan en el país.
- En Yemen, Riad apoyó al presidente Abderrabuh Al-Hadi mientras que Teherán hizo lo propio con los hutíes, grupo islamista que incluso ha atacado posiciones militares y civiles sauditas.
- En Palestina, Riad ha cooperado con la Autoridad Nacional Palestina que encabeza el presidente Mahmoud Abbas, del Partido Fatah, mientras que Teherán ha manifestado su simpatía por Hamas, la agrupación rival.

- En Qatar, cuando éste fue marginado del Consejo de Cooperación del Golfo y se bloqueó el tráfico aéreo y terrestre por iniciativa de Riad, Teherán fue quien le tendió la mano y permitió el ingreso de bienes básicos a ese país.

Por otra parte, los vínculos Riad-Movimiento del Futuro y Teherán-Hezbollah, reproduciendo en lo doméstico y lo externo la grieta entre sunitas y chiítas de la región, resultan más didácticos para alcanzar los fines explicativos que persigue este trabajo.

Como indican Zahreddine y Corrêa Teixeira (2015), el final de la Guerra Fría implicó un retorno de la mirada disciplinar a las fuerzas regionales relevantes, al ritmo de la multiplicación de los procesos de integración comerciales. Ello trajo consigo un aumento de la relevancia de los actores intermediarios en el sistema internacional. Junto con ello, aparecen también, en el mismo contexto, las potencias medias emergentes. Se trata de países del sur global, políticamente activos y con agendas propias, en proceso de crecimiento económico y con ciertas deudas, en mayor o menor grado, en su sistema democrático. Sin embargo, está claro que, para contar con esta etiqueta, el país debe exhibir una cuota de poder relevante, compatible con la capacidad de asumir un rol estabilizador en el subsistema regional en el que se encuentre.

En la región de Medio Oriente, la dispersión de poder es alta: Arabia Saudita e Irán no concentran la totalidad del poder, a pesar de ser actores centrales. Por eso, Beck (2014) rechaza el uso del término de “potencia regional” para referirse a los Estados mencionados, ya que entiende que no se cumplen las características mínimas establecidas para ello. Ninguno de los dos tiene el poder suficiente para dominar los asuntos regionales: no definen por sí mismos la agenda económica, militar o identitaria del Medio Oriente; en cambio, tienen la autopercepción de ese lugar de liderazgo, disputado también por otros actores, como Turquía, Israel o Egipto. También Qatar, aunque su territorio es minúsculo, se ha mostrado activo e influyente en materia de diplomacia regional. Sin embargo, en este trabajo queda claro la centralidad que tienen para auténticas potencias globales de primer orden, como Estados Unidos o China. Por eso, y sin la pretensión de caer en un estiramiento conceptual, se sostiene que, aunque no sean potencias regionales en el sentido estricto del término, sí constituyen proyectos de poder apuntalados externamente, lo que rescata su centralidad.

A la búsqueda de una mayor precisión, aunque se busca evitar el uso de “potencias” propiamente dichas para referirse a Arabia Saudita e Irán, se han encontrado otras alternativas. En su lugar, resulta más adecuado el uso de la expresión “poderes regionales”, en referencia a la definición que brinda Zaccara (2016): “resulta evidente que un poder regional es tal en tanto puede ejercitar en la máxima capacidad su influencia a nivel regional mientras intenta proyectar su poder a nivel internacional” (p. 183). Por lo tanto, es posible afirmar que los poderes regionales son, en sí mismos, aspirantes a potencias globales. No solo cuentan con recursos económicos, militares, poblacionales y territoriales, sino también simbólicos.

Hasta aquí se han mencionado a los actores incluidos en esta tesis. Sin embargo, también es importante aclarar sobre algunas exclusiones. En primer lugar, al momento de plantear a los actores representativos del escenario doméstico, puede haber un cierto cuestionamiento sobre la marginación aparente que se realiza de los partidos cristianos. En realidad, la participación de éstos se explica habitualmente a través de las alianzas que conforman con el Movimiento del Futuro y Hezbolá. Además, esta ubicación en un segundo plano tiene que ver con la pérdida relativa de poder que esta comunidad ha atravesado en las últimas décadas. Esta situación es multicausal:

1. La adopción del Acuerdo de Taif implicó la transición de una república presidencialista a un régimen parlamentario. Los poderes del primer ministro y del titular de la Cámara de Diputados, ambos musulmanes, se fortalecieron a expensas de las atribuciones del presidente de la República, cristiano. Asimismo, el tratado abolió la mayoría especial de diputados cristianos en la Legislatura, obligando paridad con los musulmanes.
2. Desde 2005, las agrupaciones políticas católicas funcionaron como “furgón de cola” de las agrupaciones islámicas. Luego de 2005, los cristianos libaneses se mostraron divididos ante las propuestas de las principales facciones políticas representativas del chiísmo y el sunismo, que fueron quienes mostraron mayor iniciativa política.
3. El crecimiento demográfico de los musulmanes acabó por aligerar la relevancia relativa de los cristianos en los mecanismos de toma de decisiones del país (Scheffer, 2020).

4. Hasta la salida de las tropas sirias del territorio libanés, en 2005, los principales partidos políticos cristianos enfrentaron el fraude electoral con abstencionismo; asimismo, sus principales líderes estaban en el exilio, encarcelados, o bien marginados de la vida política (Knudsen, 2005).
5. En 2011, el retiro de Nasrallah Sfeir, cardenal patriarca de Antioquía de los Maronitas, una figura episcopal de alto perfil que aglutinaba a sus fieles, contribuyó a acentuar aún más esta marginalidad. Su reemplazo, Bechara Al-Rai, no logró consolidar un caudal de adhesión similar.

En segundo lugar, pueden emerger ciertos interrogantes en torno al lugar que se le asigna a la República Árabe Siria en esta tesis. Este país ha sido históricamente un vecino decisivo en la historia libanesa: el influjo de sus ideas arabistas, los largos años de presencia militar en territorio extranjero, su condición de socio comercial mayoritario, el derrame de la tragedia humanitaria causada por la guerra, especialmente en lo que hace al desplazamiento de refugiados. Todos estos factores originados en Damasco han calado hondo en la situación libanesa. Es difícil hablar de lo que acontece en Beirut sin tener en cuenta la dirección de los vientos que soplan en la capital vecina. A lo largo de esta investigación, Siria aparece en numerosas ocasiones. El hecho de que no sea considerado un poder regional ni pueda tener, en este contexto, la aspiración de convertirse en una potencia de Medio Oriente, y que, en la actualidad, su economía presente una dependencia tan importante de Irán en lo que respecta a su reconstrucción y sostenimiento han llevado a descartar un papel protagónico para Siria en este estudio tal como lo ameritan Irán y Arabia Saudita. Sin embargo, su espectro emergerá una y otra vez al recorrer la situación política que atraviesa el Líbano.

En otras palabras, los cristianos en el Líbano constituyen, en la actualidad, un *partner* sin un *stakeholder* externo interesado en su posición. Siria, por otro lado, no tiene, después de la guerra, la capacidad para intervenir como *stakeholder* externo en el escenario libanés.

G. Selección de los casos

El enfoque metodológico elegido para este trabajo fue de carácter cualitativo, porque buscó explicar las características de la relación entre las representaciones políticas de las comunidades religiosas libanesas sunita y chiíta, sus colectivos políticos y los Estados de Arabia Saudita e Irán. Asimismo, no buscó específicamente generar leyes generales, aunque podría ser el punto de partida para otras investigaciones similares que tengan carácter cuantitativo y permitan probar científicamente patrones de conducta cuantificables en materia de otros actores confesionales en la región del Medio Oriente, es decir, con una muestra mayor, más numerosa.

Como parte de esta investigación cualitativa, se ha optado por el estudio de casos múltiples con fines explicativos. Para ello, se han seleccionado varios casos únicos a lo largo de la historia política libanesa, buscando que los mismos aporten revelaciones que contribuyan a generar las respuestas que persigue este estudio. Los recortes seleccionados reciben el nombre de “crisis de las instituciones gubernamentales”. Los hay de dos tipos, y pueden ser definidos de la siguiente manera:

1. “Crisis de formación ministerial”: todo tiempo de negociaciones superior a 78 días desde la designación de un primer ministro hasta la asunción definitiva de la formación ministerial que encabeza, es decir, desde que es primer ministro designado hasta que se convierte en primer ministro efectivo;
2. “Crisis de vacancia presidencial”: todo tiempo de vacancia en el puesto de presidente de la República Libanesa, sin importar la cantidad de días de los que se trate.

Con respecto a la primera tipología, vinculada al tiempo de formación del gabinete, la cantidad de días prevista como normal, es decir hasta 78, se obtiene de la sumatoria total de días de trámite desde la designación del primer ministro hasta la formación del gabinete (1411), dividido por la cantidad de designaciones de primeros ministros realizadas (18) durante los períodos presidenciales de Emile Lahoud (1998-2007), Michel Sleiman (2008-2014) y Michel Aoun (2016-2022). Así, cualquier período superior a ese es considerado “crisis”. Se excluyó la última

designación de Najib Miqati como primer ministro en junio de 2022 dado que, hasta el momento de la realización de este trabajo, su gabinete no había sido confirmado. Tampoco se incluyó la presidencia de Elías Harawi (1989-1998), ya que no se contaba con los datos precisos de la juramentación de los ministros. De contar con esos números, la cifra sobre la cual se adopta el concepto de la primera tipología de “crisis de las instituciones gubernamentales” sería probablemente menor, en torno a los 68 días. La diferencia no genera un cambio sensible, ya que los casos abordados sobre crisis de formación ministerial seguirán siendo los cinco que se tomaron más abajo. Por otro lado, no tiene sentido incorporar a los primeros ministros que ejercieron su cargo entre 1943 y 1989, dado que, por entonces, el Líbano era una república presidencialista y el nombramiento del gabinete dependía de la voluntad del presidente de la República. No era necesario constituir mayorías en la Cámara de Diputados ni consultar a otros líderes partidarios. La conformación del Consejo de Ministros era un proceso que no mostraba las dificultades que exhibe en la actualidad.

Con relación a la segunda tipología, que aborda la vacancia presidencial, se toman en cuenta especialmente las dos últimas: el intervalo entre Lahoud y Sleiman (2007-2008) y el que se produce entre Sleiman y Aoun (2014-2016). Se descartó la vacante que se produjo tras la finalización del mandato de Aoun en 2022, en tanto hasta la realización de este trabajo no había sido posible la elección de un sucesor. La que se produjo entre el asesinato de René Moawad (22 de noviembre de 1989) y la jura de su sucesor Harawi (24 de noviembre de 1989), apenas de dos días, fue irrelevante. Las que se produjeron con anterioridad, entre 1943 y 1989, no fueron consideradas, dadas las diferencias del rol del jefe de Estado antes y después del Acuerdo de Taif, que implicó la transición del sistema presidencialista al parlamentarismo.

El marco temporal de esta tesis ha sido delimitado entre 2005 y 2022. La fecha de inicio coincide con el cimbronazo causado por el asesinato del ex primer ministro Rafic Hariri y las consecuencias que este “vendaval” tuvo para la política del Líbano y la región. A nivel doméstico, se conformaron las dos grandes alianzas electorales que marcaron los años por venir hasta la actualidad: “8 de Marzo” y “14 de Marzo”. Además, esta situación obligó a la salida de las tropas que Siria tenía en el país desde 1976, por lo forzó a Irán a tomar un nuevo

protagonismo en el Líbano y, con ello, también a Arabia Saudita, obligada a balancear. El período se cierra en 2022, tras la salida del poder de Michel Aoun, que terminó su mandato presidencial sin un sucesor a la vista, mientras el primer ministro dimisionario libanés cuenta con un acuerdo provisorio para hacerse cargo del país.

Teniendo en cuenta las conceptualizaciones y el marco temporal, la investigación ha arrojado los siguientes casos válidos para su profundización:

1. El caso A es una crisis de vacancia presidencial. Se extiende desde la finalización del mandato de Emile Lahoud (24 de noviembre de 2007) hasta la elección de Michel Sleiman (25 de mayo de 2008). Pasaron 182 días.
2. El caso B es una crisis de formación ministerial. Comienza con la primera designación de Saad Hariri (27 de junio de 2009) hasta su renuncia (10 de septiembre de 2009) y se extiende hasta su segunda designación (16 de septiembre de 2009) y la formación del gobierno (9 de noviembre de 2009). En total, pasaron 129 días.
3. El caso C es una crisis de formación ministerial. Comienza con la designación de Najib Miqati (24 de enero de 2011) hasta la formación del gobierno (13 de junio de 2011). Pasaron 140 días.
4. El caso D es una crisis de formación ministerial. Comienza con la designación de Tamam Salam (6 de abril de 2013) hasta la formación del gobierno (15 de febrero de 2014). Pasaron 315 días.
5. El caso E es una crisis de vacancia presidencial. Se extiende desde la finalización del mandato de Michel Sleiman (25 de mayo de 2014) hasta la elección de Michel Aoun (31 de octubre de 2016). Pasaron 890 días.
6. El caso F es una crisis de formación ministerial. Comienza con la designación de Saad Hariri (24 mayo de 2018) hasta la formación del gobierno (31 de enero de 2019). Pasaron 252 días.

7. El caso G es una crisis de formación ministerial. Comienza con la designación de Mustapha Adib (30 de agosto de 2020) hasta su renuncia (26 de septiembre de 2020), luego con la designación de Saad Hariri (27 de octubre de 2020) hasta su renuncia (15 de julio de 2021), y finalmente con la designación de Najib Miqati (27 de julio de 2021) hasta la formación del gobierno (10 de septiembre de 2021). En total, pasaron 340 días.

En relación al caso H, aunque se aportan algunos conceptos al respecto, se descartó la realización de un análisis similar dado que, hasta el momento de la finalización de esta tesis, la coyuntura estaba abierta. Cuenta con la particularidad de que se trata, en simultáneo, de una crisis de formación ministerial y otra de vacancia presidencial:

- Es una crisis de formación ministerial ya que el presidente le encomendó a Miqati la formación del gobierno (23 de junio de 2022) que no pudo hacer efectiva, primero por sus diferencias con el presidente. Sin embargo, nunca presentó la renuncia, por lo que sigue en funciones.
- Es una crisis de vacancia presidencial ya que el mandato del presidente Aoun terminó el 31 de octubre de 2022 y la Cámara de Diputados no ha podido elegir todavía a un nuevo presidente.

Cada caso se aborda a través de dos partes. La primera, el “desarrollo del caso”, consiste en un profundo ejercicio descriptivo sobre la coyuntura elegida, especialmente desde una mirada doméstica. Busca brindar detalles acerca de la crisis, la forma en la que interactúan los actores y las condiciones del ecosistema en el que desarrollan sus vínculos. La segunda, “Arabia Saudita e Irán frente a la crisis”, busca poner en diálogo el caso elegido con la situación regional y global y los posicionamientos que los poderes regionales de interés, Irán y Arabia Saudita, junto a otros que puedan resultar de relevancia para comprender lo que sucede.

H. Estructura de esta tesis

Para alcanzar el objetivo previsto, el trabajo se organizó en diferentes secciones. La tesis cuenta con una introducción, cuatro capítulos, una conclusión y un epílogo.

En la introducción se recogen los aspectos teóricos y metodológicos que guiaron esta tesis. En el comienzo, se establecen los antecedentes, que guiarán, sucesivamente, a la formulación del problema, las preguntas de investigación, los objetivos de investigación y la hipótesis. Luego, emergen las vertientes teóricas que se aplican a este estudio. Mientras el realismo estructural y el realismo neoclásico ayudan a explicar la conformación de la agenda regional, las estructuras de toma de decisiones en materia de política exterior y el fenómeno interméstico libanés, el institucionalismo ayuda a dar cuenta del complejo funcionamiento del sistema político interno del Líbano. En otras palabras, las dos primeras teorías de las Relaciones Internacionales ayudan a explicar las dinámicas externas, mientras que la otra teoría, proveniente de la Ciencia Política, ayuda a caracterizar mejor al protagonista de la tesis. Más tarde, se establecen algunas conceptualizaciones necesarias para comprender el fenómeno interméstico: la vinculación entre *partners* y *stakeholders* externos. Después se explican minuciosamente los fundamentos que llevaron a la selección de actores y casos. Una última parte de esta sección está dedicada a la forma en la que se estructura la tesis, atendiendo a los principales contenidos de cada una de sus secciones. A lo largo de toda la introducción, pareció prudente explicitar algunos problemas que surgieron durante la investigación.

El primer capítulo emerge como una sección propedéutica dedicada a abordar la importancia de los estudios de Medio Oriente como un eje articulador del diálogo con Occidente, de forma tal que la comprensión del “otro”, con su riqueza y sus características, permite acercar posiciones. Luego, se encaró la forma en la que estos estudios se desarrollaron en Latinoamérica y Argentina, especialmente a través de centros especializados erigidos en universidades. Finalmente, se expusieron ciertas dificultades al momento de abordar la región, como la falta de un concepto único sobre la delimitación de lo que se conoce estrictamente como “Medio Oriente”, o el rol que juega la religión en las coyunturas que se desarrollan en la zona. El escrito

retoma el lugar que la variable religiosa en su conexión con la política tienen para las Relaciones Internacionales.

El segundo capítulo está dedicado a profundizar sobre los aspectos domésticos del Líbano. Se explica el sistema de partidos, el funcionamiento de los poderes Ejecutivo y Legislativo y su esencia confesional, fundamentales para la comprensión de lo que allí sucede. Con el objetivo de resaltar la omnipresencia de la relación entre lo doméstico y lo externo en la historia libanesa, se exploran las conexiones entre los grandes acuerdos nacionales que permitieron la convivencia entre los libaneses, al tiempo que se analiza el contexto internacional en el que se forjaron dichos pactos. De esta forma, se abordan la Constitución y el concierto regional acordado en la Conferencia de Versalles de 1919, el Pacto Nacional y los alcances de la Guerra Fría, y el Acuerdo de Taif y el derrumbe del orden bipolar. Luego, para poder conocer en profundidad las características del Movimiento del Futuro y Hezbolá, se recoge la historia de las politizaciones de las comunidades sunita y chiíta desde la creación del Líbano moderno. Finalmente, se pone el acento en el carácter interméstico de la política libanesa, mostrando la forma en la que las agrupaciones políticas mencionadas se vinculan con sus socios externos, Arabia Saudita e Irán

El segundo capítulo caracteriza el accionar de los actores externos interesados en la situación libanesa. Se recogen especialmente a Arabia Saudita e Irán, que por sus características son considerados poderes regionales, pero también se menciona a Siria. Inicialmente, se realiza un rastreo que buscó explicar las diferencias entre las corrientes sunita y chiíta dentro del islam. Más tarde, la sección comenta la forma en la que se constituyeron los Estados modernos de Arabia Saudita e Irán, con la pretensión de dar cuenta de la forma en la que se formaron las burocracias gubernamentales y los procesos de toma de decisiones. Se describió la forma en la que Abdulaziz llegó a ser el primer monarca de Arabia Saudita, así como los hechos más relevantes a cargo de sus sucesores Saud, Faisal y Khaled. Luego, en Irán, se puso en evidencia la forma en la que los shas Reza y Muhammad Reza promovieron la modernización del país a espaldas de los clérigos y los sectores populares. En ambos casos, el vínculo con Estados Unidos jugó un rol fundamental, que también será abordado. Más tarde, se estudió el vínculo bilateral entre ambos Estados a partir de la Revolución Islámica, considerando que este hecho modificó la percepción

que uno y otro tenían de la región. Se incluyó también un análisis comparado de esas percepciones, que permiten caracterizar los diferentes momentos de la relación bilateral.

El tercer capítulo incluyó una sección destinada a caracterizar a un actor de enorme relevancia para la situación interméstica libanesa: la República Árabe Siria. Enfocado en la cuestión bilateral irano-saudita, la persistente relevancia siria en la disputa regional ha sido probablemente uno de los hallazgos más sorprendidos para el autor de esta tesis a lo largo de la investigación. Aunque no contó con una estrategia regional comparable a la exhibida por Irán y Arabia Saudita, ni exhibió una incidencia en los asuntos internos libaneses como antes, Damasco es un factor fundamental en la vida política del Levante. Es un punto de apoyo en el camino hacia Beirut. Cualquier estrategia que involucre al Líbano debe incluir entre sus cálculos, indefectiblemente, a Siria, referencia obligada de los poderes regionales en su política hacia el Líbano.

El cuarto capítulo es la compilación de los siete casos de estudio, organizados en dos tipologías de crisis políticas en el sistema institucional libanés: dos casos son vacancias presidenciales y cinco son complicaciones en la formación ministerial. Estas muestras ponen en evidencia la forma en la que se internacionalizan las políticas domésticas en el Líbano a través de los diferentes actores que lo habitan, especialmente Hezbolá y el Movimiento del Futuro. El escenario de las crisis se convierte en terreno fértil donde interactúan los actores locales con los externos. Finalmente, se analiza un octavo caso, que fue descartado por ciertas anomalías y complejidades que se describen y se explican en esa sección.

Finalmente, en la conclusión, se incluyen los principales resultados de la investigación. Junto con ello, se redactaron unos últimos párrafos en forma de epílogo, dada la delicada situación que atraviesa la región al momento de la presentación de esta tesis, donde el mundo es testigo de las atrocidades que suceden en Gaza y el peligro del advenimiento de un conflicto regional.

Por momentos, es posible que el lector se sienta abrumado por la cantidad de información que recorre estas páginas. Lejos de un afán enciclopédico, responde más bien a una necesidad metodológica. Se trata de un país complejo en una región compleja, caracterizada por la multiplicidad de actores muy diversos con capacidad de influencia en un escenario volátil, por lo que cualquier explicación requiere un profundo ejercicio descriptivo previo. Junto con ello,

emergen algunas decenas de cuadros, todos originales, de elaboración personal, tomando en cuenta fuentes citadas en cada caso. El objetivo de los mismos es presentar la información de una manera didáctica, de forma tal que favorezca la comparación entre diferentes valores de una o varias variables, o bien una suerte de lista que permita precisar la sucesión de determinados hechos o de personas en un cargo.

Un problema concreto al momento de analizar el comportamiento de los partidos políticos involucrados en esta investigación fue contar con una fuente fiable que permitiese conocer la cantidad de diputados con los que contaban las coaliciones. La dificultad estaba vinculada a una cuestión puntual. En el caso libanés, hay un porcentaje considerable de bancas atribuidas a candidatos independientes, que se presentan sin afiliación partidaria. Mientras algunos se comportan de manera estable, acompañando a una bancada determinada a lo largo de todo su mandato, otros votan según su conveniencia en relación a la ley que se trate. Frente a la confusión reinante en torno al comportamiento de estos candidatos resultó prudente construir un detallado mapa de los legisladores desde 2005, que se encuentra en el anexo. Allí, los candidatos sin afiliación son considerados “independientes”, más allá de que voten o no siguiendo a una determinada bancada. Eso permitió visibilizar con mayor claridad la verdadera dimensión de la polarización política en los dos grandes campos que se conformaron a mediados de la primera década del 2000: la Alianza 8 de Marzo y la Alianza 14 de Marzo.

En la sección “Bibliografía” figuran únicamente los textos citados a lo largo del trabajo. Buscando incorporar las voces de la región, se buscó citar especialmente a autores originarios de Medio Oriente, sin que esto constituya una estrategia de exclusión para lo que provenían de otras zonas. Esto no constituye una garantía en sí misma, ya que la mayoría de ellos están formados en centros de estudio de Europa y Norteamérica. Simplemente fue una estrategia de visibilización.

CAPÍTULO I - APROXIMACIONES AL ESTUDIO DEL MEDIO ORIENTE

“Oriente es una idea que tiene una historia, una tradición de pensamiento, unas imágenes y un vocabulario que le han dado una realidad y una presencia en y para Occidente. Las dos entidades geográficas, pues, se apoyan, y hasta cierto punto se reflejan la una en la otra.”

- Edward Said, “Orientalismo”, p. 24.

A. Estudiar al Oriente desde Occidente

Estudiar el Medio Oriente es una tarea desafiante. Como sostuvo Halliday (2005), no por la idea falsamente esgrimida de que es una región en un proceso de cambio constante, ya que, en realidad, muchos de los aspectos que se observan en sus sociedades son más bien estructurales. Como afirmó el autor, es una región que, por sus circunstancias históricas, es interesante para los analistas, ya que presenta desafíos a través de diferentes perspectivas, desde lo económico, lo ideológico y la seguridad. La guerra, las revoluciones, la intervención externa, los conflictos internos, las luchas interestatales, la cuestión del petróleo, la problemática del desarrollo, el factor religioso son, en definitiva, numerosos aspectos que requieren un determinado nivel de comprensión antes de detenerse a juntar las piezas que permitirían brindar una explicación sobre lo que acontece en el Medio Oriente.

Abordar el estudio científico de alguno de los aspectos que tenga por área de investigación al Medio Oriente implica, en primer lugar, deshacerse de una serie de prejuicios sobre una de las regiones más sometidas al escrutinio por parte de la civilización occidental. Esto no constituye un fenómeno novedoso. La mirada cargada de sentido hacia el Medio Oriente es tan antigua

como la historia. La calificación de “bárbaros” a los pueblos residentes más allá del mar Mediterráneo data de los tiempos de la Grecia clásica. ¿Qué es para nuestro imaginario la lucha entre Alejandro y Darío sino el choque entre dos civilizaciones presuntamente antagónicas?

Al recorrer la bibliografía que aborda esta temática, el texto “Orientalismo” de Edward Said, publicado por vez primera en 1978, constituye un punto de partida obligado en el estudio del Medio Oriente y sus percepciones. Said sostiene que el estudio de Medio Oriente fue moldeado por el imperialismo político de Occidente, desde una posición de pretendida autoridad intelectual. En cuanto campo con rasgos míticos, el orientalismo dice más de sus creadores que de la figura observada. Por eso, sostiene el autor,

El orientalismo no es una simple disciplina o tema político que se refleja pasivamente en la cultura, en la erudición o en las instituciones, ni una larga y difusa colección de textos que tratan sobre Oriente; tampoco es representación o manifestación de alguna vil conspiración “occidental” o imperialista que pretende oprimir al mundo “oriental” (...) de hecho, mi tesis consiste en que el orientalismo es, y no solo representa, una dimensión considerable de la cultura política e intelectual moderna, y como tal, tiene menos que ver con Oriente que con “nuestro” mundo. (Said, 2003, p. 34-35)

Said, en su libro, recorrió los antecedentes de los estudios sobre Medio Oriente. Indicó que los anales más destacados sobre esta área del conocimiento recayeron primero en las traducciones bíblicas y el estudio de las lenguas de la región. El orientalismo moderno es posterior y comienza en el siglo XVIII, con las crónicas de viajes realizados por representantes de la baja nobleza a los países árabes, entre las que se destacan autores como el conde de Volney, el vizconde de Chateaubriand y Alphonse de Lamartine⁵. Un hito lo constituyó la llegada de Napoleón Bonaparte a Egipto en 1798.

⁵ Los nombrados son algunos de los orientalistas franceses más conocidos. Constantin-François de Chassebœuf, conde de Volney (1757-1820) visitó Egipto, Líbano y Palestina. Como resultado de esos viajes, escribió en 1787 “*Voyage en Egypte et en Syrie*”. François-René de Chateaubriand, vizconde de Chateaubriand (1768-1848) relató su paso por Medio Oriente en “*Itinéraire de Paris à Jerusalem*”, publicado en 1811. Finalmente, Alphonse de Lamartine (1790-1869) escribió “*Voyage en Orient*” en 1835, tras visitar Anatolia y el Levante.

El orientalismo moderno implicó la renovación del interés por la región-mundo desde una perspectiva nueva, vinculada ahora al darwinismo, al racismo, al marxismo, al utopismo, aunque sin perder nunca la visión de Asia como “totalidad exótica”. Estos estudios se hicieron presentes a través de la formación de sociedades de interés, especialmente en potencias con ambiciones imperiales, como el *Asiatskyy Musei*, erigido en Rusia en 1818; la *Société Asiatique*, fundada en Francia en 1822; la *Royal Asiatic Society*, de origen británico, creada en 1824; la *American Oriental Society*, constituida en Estados Unidos en 1842 y el *Deutsche Morgenländische Gesellschaft*, creado en Prusia en 1845. A ellas se sumó, más tarde, la Santa Sede, a través de la fundación del *Pontificio Istituto Orientale* en 1917, y España, con la creación de la Escuela de Estudios Árabes en 1932, con dos sedes: Madrid y Granada.

La producción de conocimiento en materia de estudios sobre Medio Oriente desde América Latina se originó en torno a institutos universitarios. Su primer antecedente fue el Centro de Estudios de Asia y África (CEAA) del Colegio de México, fundado en 1964 con el objetivo de realizar investigaciones de carácter político. Más tarde, erigidos en simultáneo, fue el turno del Centro de Estudios Árabes (CEA) de la Universidad de Chile y de la Escuela de Estudios Orientales de la Universidad del Salvador, en Argentina, que datan de 1966. Ambos se centraban por entonces únicamente en el abordaje de disciplinas humanísticas, como la filosofía, el arte y los idiomas.

En el caso argentino, la oferta se multiplicó con fuerza a partir de los noventa y, salvo alguna excepción, estuvo vinculada a centros universitarios. En 1992, el Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales (CARI), el *think-tank* más importante del país, creó el Comité de Asuntos Africanos, de los Países Árabes y Oriente Medio bajo la dirección del embajador Enrique Quintana Achával. En 1996 se creó el Departamento de Medio Oriente (DEMO), bajo la conducción de Pedro Brieger, en el seno del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. En 2001 comenzó a funcionar la cátedra Sociología de Medio Oriente en la Universidad de Buenos Aires, también dirigida por Brieger, pionera en su tipo en carreras de grado. En 2003, el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba dio origen al Programa de Estudios sobre Medio Oriente. Luego, el Instituto Rosario de

Estudios del Mundo Árabe e Islámico (IREMAI), dirigido por Gladys Lechini, de la Universidad Nacional de Rosario, fue inaugurado en 2011. En 2014, el Instituto de Artes y Ciencias de la Diversidad Cultural (IDEIA) de la Universidad Nacional de Tres de Febrero creó, de la mano de Hamurabi Noufouri, el primer programa académico de posgrado sobre Medio Oriente en el país: la Maestría en Diversidad Cultural, que incluyó una mención en Estudios Árabes, Americanoárabes e Islámicos. Sobre el final de la década de 2010, surgieron otras iniciativas en centros académicos privados: en 2018, el Núcleo de Estudios de Medio Oriente (NEMO) de la Universidad Austral; en 2019, el Programa en Estudios sobre Medio Oriente Contemporáneo de la Pontificia Universidad Católica Argentina; en 2020, el Observatorio de Medio Oriente de la Universidad Abierta Interamericana, conducido por Emilio Rufail, y también ese año el Observatorio de Medio Oriente y Estados del Golfo del Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de Belgrano.

Asimismo, a partir de este siglo, se pueden mencionar dos momentos de vital importancia para el desarrollo de los estudios de Medio Oriente en América Latina. En primer lugar, las cumbres América del Sur-Países Árabes, conocidas por sus siglas ASPA, que se realizaron esporádicamente entre 2005 y 2015, constituyéndose un punto de contacto fundamental para las dos regiones. El rechazo a la invasión estadounidense a Irak en 2003, así como el ascenso de las potencias regionales medias conocidas como BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) y la llegada al poder de gobiernos tendientes a la cooperación Sur-Sur en Sudamérica fueron algunos de los factores que empujaron este acercamiento. Un segundo momento fue el fenómeno de la llamada “Primavera Árabe”, ese conjunto de alzamientos populares que, aunque tuvieron características muy diferentes, se agruparon en la región de Medio Oriente en un plazo relativamente corto de tiempo y generaron la atención de todo el mundo, incluso de los latinoamericanos.

B. Oriente y Orientalismo en las Ciencias Sociales

En la tapa original de “Orientalismo”, el libro que Edward Said publicó en 1978, figuraba el detalle de una pintura de 1879 de Jean-Léon Gérôme, “El encantador de serpientes”. Allí se puede observar a un niño desnudo, de espaldas, parado sobre una alfombra, con una serpiente de gran porte alrededor de su cuerpo, quizá una boa, extraña para esos sitios, mientras un anciano con unas babuchas en verde claro brillante toca una flauta. Lo contemplan unos diez hombres armados, uno de ellos con una suerte de armadura medieval, anacrónica con el resto de la composición; otro, vistiendo seda y pieles, parece elevado en una suerte de taburete, o silla, oculto por sus ropajes, destacándose así del resto. Excepto ese, todos los demás están sentados en el piso, contra una pared decorada con mosaicos azules y celestes coronados con versos del Corán, similares a unos existentes en el Palacio de Topkapi, en Estambul. Gérôme apenas pasó unos meses en Egipto, pero eso le valió para una fructífera carrera representando al Oriente y alimentando el imaginario de la Europa de su tiempo.

Ese Oriente bucólico, cargado de romanticismo, lugares exóticos, mujeres exuberantes y tantos secretos, murió para Occidente cuando fue alcanzado por las guerras árabe-israelíes, el enfrentamiento libanés, revoluciones y golpes de Estado. Mejor dicho, se transformó en un nuevo imaginario, el de dictaduras, petróleo, opresión religiosa y extremismos. Con el paso de los años, la imagen no se ha mantenido estática; en cambio, ha atravesado numerosas mutaciones. Sin embargo, Oriente fue siempre “lo otro” en lo que compararse. Es el excepcionalismo del que hablan Bayat y Herrera (2021):

El Medio Oriente ha sido largamente visto desde los lentes del “excepcionalismo” en la mayoría de la prensa occidental, el cine, la televisión, la literatura y la academia. Este excepcionalismo muestra a las personas y a las sociedades como si fueran resistentes al cambio y estuvieran atrapadas por su propia historia. (p. 13)

En lo que se refiere a las Relaciones Internacionales, durante gran parte del siglo XX la disciplina centró su atención principalmente en la actuación de terceros Estados en Medio Oriente,

específicamente de las grandes potencias. La región era vista como una caja de resonancia, una arena de combate. Este relato, repetido incluso en la tradición oral, no permitía ver la riqueza que la zona presentaba en términos analíticos. De hecho, la dinámica de enfrentamiento de las grandes potencias estaba presente en una zona que no había sido controlada por un único poder desde la disgregación del Imperio otomano en el primer cuarto del siglo XIX. Aquellas potencias imperiales nunca actuaban a cara descubierta. Preferían hacer gala de los mecanismos de dominación tradicionales en aquellas sociedades, vistiéndose con los ropajes que les brindaban ciertos grupos tribales o las costumbres burocráticas otomanas. Al observar con detenimiento, eran las mutuas reyertas entre actores locales las que apelaban a esas intervenciones externas, dando paso a un fenómeno mucho más complejo. Por eso, las Relaciones Internacionales se convirtieron en una disciplina fundamental para poder comprender el Medio Oriente: no solo el accionar de las potencias extranjeras en la región, haciendo suyos determinados conflictos domésticos en pos de disputas de mayor volumen, sino también en la interrelación de los actores locales con esas potencias extranjeras, internacionalizando así las disputas internas. Por eso, como afirma L. Carl Brown (1984), “las Relaciones Internacionales constituyen la matriz de la historia del Medio Oriente moderno” (p. vi).

C. Medio Oriente: homogeneidad y heterogeneidad de un concepto

El Medio Oriente no es un espacio que posea una definición estándar, de aceptación universal. Para el propósito de este trabajo, se consideró como parte de esta región a los miembros de la Comisión Económica y Social de Naciones Unidas para Asia Occidental, conocida por sus siglas en inglés como ESCWA. Todos ellos son parte de la Liga de Estados Árabes. El organismo incluye a Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Sudán, el Líbano, Siria, Irak, Kuwait, Qatar, Bahréin, los Emiratos Árabes Unidos, Arabia Saudita, Omán, Yemen, Jordania y Palestina. Parece lógico, además, incluir a los actores estatales no árabes con los cuales los países mencionados se vinculan a través de relaciones interactivas y dinámicas, como son Israel, Turquía e Irán. Habitualmente esta región es conocida como “Medio Oriente y Norte de África”

o su nombre en inglés, *Middle East and North Africa* o simplemente por las siglas MENA; aquí se tomará como equivalente de “Medio Oriente”, entendido de forma genérica. No se incluyen países de la Liga Árabe no considerados por la ESCWA: Somalia, Yibuti y Comoras. En estas naciones, geográficamente distantes de la ribera mediterránea en África del Norte, el uso del árabe tiene carácter oficial, pero no es mayoritario. También se excluyó de la lista a las ex repúblicas soviéticas ubicadas en la cordillera del Cáucaso y el litoral del mar Caspio, así también a Afganistán y a Pakistán, países que suelen agregarse al hablar de una macrorregión conocida como *Greater Middle East* o “Gran Medio Oriente”, que fue especialmente popular durante la presidencia de George Bush en Estados Unidos en la primera década del siglo XXI. Siguiendo a Ehteshami (2007), es válido recordar que asumir la concepción de un sistema llamado “Medio Oriente” no implica dar por sentado la existencia de un orden regional cohesivo y uniforme.

Aunque la región comparte un trayecto histórico común y ciertos aspectos culturales como la lengua y la religión predominante, Ehteshami propone rechazar la visión del Medio Oriente como un todo, es decir, formando una única unidad de análisis. La cooperación regional no ha logrado avances significativos: se presentan dificultades para lograr ciertas homogeneidades en los sistemas legales y financieros, habilitar la libre circulación de personas y reducir barreras arancelarias; incluso acordar posiciones comunes frente a determinadas coyunturas propias o externas. Al mismo tiempo, es ese proceso de cooperación el que genera resquemores en ciertos países, ya que donde unos ven mayores facilidades para el movimiento de mercancías, otros ven la materialización de proyectos ideológico-partidarios como la “Gran Siria” o la “República Árabe Unida”. Asimismo, hechos históricos de gran relevancia contribuyeron a esa fragmentación: la muerte del presidente Nasser y el acuerdo israelo-egipcio de 1978, el impacto dispar de la propaganda tanto de los grupos islamistas como de los revolucionarios iraníes, el despegue económico de los países del Golfo en los ochenta o las guerras de Irak contra Irán y Kuwait. En otras palabras, es una región sin regionalismo: aunque los lazos geográficos, históricos y sociales son innegables y forman un sistema, las relaciones interregionales no han logrado estructurar un esquema de cooperación integrador y exitoso⁶. (Ehteshami, 2007)

⁶ Puede haber algunas excepciones, como el Consejo de Cooperación del Golfo, aunque de escaso éxito.

Así como el interés extranjero no puede ser visto como única herramienta explicativa de los conflictos que tienen lugar en Medio Oriente y no es posible tratar a la región como una única unidad de análisis, sucede algo similar con otra categoría, usada de manera abusiva para dar cuenta de los fenómenos regionales: el islam. La matriz religiosa mayoritaria es entendida como una sustancia que lo permea todo, erigiéndose en la respuesta preferente para los problemas que allí acontecen. El islam, visto como esencia de la cultura, proporciona una suerte de confinamiento social que hace que aquellas sociedades no evolucionen. Esta concepción sobre el islam va de la mano con otro factor concebido como una suerte de explicación totalizante: el idioma árabe, que el investigador occidental puede usar para validar una cierta unidad de pensamiento en los países de la zona sobre términos como “nación”, “derecho”, “tradicición”, “Estado”, etc. Lo cierto es que ni lo islámico ni lo árabe como interpretaciones absolutas sirven para comprender el Medio Oriente moderno. Abusar de uno y otro concepto implicaría, por un lado, negar la riqueza y diversidad de las culturas locales y el hecho de que los Estados de la zona llevan, en muchos casos, setenta años o más caminando de manera independiente. En otras palabras, así lo afirma Halliday (2005),

La tarea de las Ciencias Sociales, incluidas las Relaciones Internacionales, trata de otra cosa, más rica todavía, a saber: explicar, de la manera más persuasiva posible, aquello que ha ocurrido, e identificar lo que resulta significativo para las tendencias contemporáneas. Esta función explicativa, en lugar de aferrarse a una sabiduría superficial, que bajo un examen más detenido incluye lugares comunes, banales, como un “islam” cosificado, hablar de las especificidades de la “región”, y mencionar las formas arcaicas e irremediables de sus habitantes, son la piedra de toque apropiada para el trabajo de las Ciencias Sociales sobre el Medio Oriente. (p. 6)

La advertencia de Halliday no implica descartar al islam como un factor explicativo de los fenómenos en Medio Oriente; de hecho, para Ehteshami (2007), la religión adquirió un rol cada vez más considerable a medida que, en las últimas décadas, avanzó la globalización en la región. Entre una y otra se desarrolló una relación crítica, ya que a medida que la globalización corroía las estructuras estatales en las sociedades islámicas, éstas reaccionaban celando su soberanía,

engendrando parroquialismo y revalorizando la tradición; en definitiva, acentuando su carácter “islamizante”. En otras palabras, es en Medio Oriente “donde las fuerzas de la globalización encontraron a su contrapartida” (p. 3). Al mismo tiempo que los regímenes aceptaron los principios de liberalización económica propuestos por los organismos internacionales y los Estados centrales, comprendieron que su avance implicaba también un desafío a las estructuras clientelares y autoritarias que los sustentaban, en resumen, una amenaza a su forma de vida. Por eso, el analista que intenta explicar lo que sucede en la región debe tener presente que el enlace foráneo-doméstico presenta ciertas particularidades. Como indica Ehteshami (2007),

Es en la exploración de las interacciones entre los niveles interestatal y doméstico donde es posible comprender mejor la naturaleza de las respuestas estatales a la globalización. Sin embargo, se trata de un Estado que únicamente puede ser comprendido en su propia configuración geopolítica e histórica. (p. 3)

Ciertamente, aunque la globalización prometió una nueva época a la región, donde el panarabismo sería superado por la cooperación regional con Estados no árabes como Irán, Israel y Turquía para la constitución de un nuevo sistema regional, el resultado sería muy distinto. Como afirma el célebre Raymond Hinnebusch (2003), el desarrollo de las economías de mercado integradas al sistema mundial, en un marco de creciente corrupción, generó dificultades en lugar de beneficios al sistema democrático; al mismo tiempo, la intervención estadounidense prolongó los conflictos existentes en lugar de resolverlos. En otras palabras,

La globalización dio muestras de ser un proceso muy desigual en lo que se refiere al impacto económico, pareciendo beneficiar a unos pocos a expensas de la mayoría; como tal, se convirtió en un obstáculo en lugar de un ímpetu para la democratización. El proceso de paz árabe-israelí se encontró en un callejón sin salida y la carrera armamentística se acentuó. Mientras que la *intractability*⁷ de los conflictos regionales y los problemas presentes hicieron descarrilar a la benigna promesa que traía la

⁷ Una traducción aproximada de *intractability* al español podría ser “intratabilidad”, aunque refleja pobremente el sentido que el término tiene en la disciplina. Se hace referencia, más bien, a conflictos que persisten en el tiempo, van mutando e incorporando nuevas dimensiones y actores. Además, transitan momentos de escalamiento y desescalamiento sucesivos y relativamente breves. Su complejidad vuelve difícil imaginar una solución a corto o mediano plazo.

globalización, un factor igualmente importante fue el modo en el que se aplicó de manera cada vez más intensa en la región el penetrante poder hegemónico estadounidense. (Hinnebusch, 2003, p. 205)

El resultado de la primera guerra del Golfo dio al vencedor un enorme poder sobre el Medio Oriente. En ese contexto, Estados Unidos tenía escasos incentivos para atender a las autoridades estatales y las comunidades nacionales; en cambio, optó por consolidar una red clientelar de actores minoritarios que luchaban entre sí en lugar de cooperar para obtener beneficios por parte del hegemón. Incluso la crisis ocasionada por los ataques del 11 de septiembre fue llevada adelante por un actor no estatal como Al-Qaeda. Esto marca la necesidad de comprender a la región desde diferentes perspectivas, no solo la internacional, siendo necesario encarar, más bien, un estudio por capas que deje al descubierto “la política resultante de la interacción entre las fuerzas globales y locales”. (Hinnebusch, 2003, p. 205)

Así, tal y como afirman Ehteshami (2007) y Hinnebusch (2003) más arriba, comprender a la región se vuelve imprescindible para explicar los fenómenos domésticos, y viceversa. De eso se trata, en resumen, este trabajo: comprender cómo, en la última década, las estructuras locales de un Estado en particular, el Líbano, se mostraron permeables a los fenómenos regionales causados por la rivalidad irano-saudita; y cómo la situación en el Líbano, donde los actores locales jugaron un rol esencial, influyó en la correlación de fuerzas entre Teherán y Riad en su juego por la preeminencia en Medio Oriente.

D. Religión, Relaciones Internacionales y Medio Oriente

El eje que aborda este trabajo habla de relaciones entre actores de diferente escala que exhiben, entre otras cualidades, su carácter confesional como marco identitario principal; en este caso, identificándose principalmente como pertenecientes a una u otra comunidad dentro del islam. Tal es el caso de los chiítas y sunitas libaneses, agrupados en ciertos partidos políticos, y de Irán y Arabia Saudita, que se involucran con esos actores no estatales en una serie de relaciones extra

fronterizas que serán descritas con detalle más adelante. Es importante aclarar que esto no convierte a la discusión aquí planteada en un tema teológico, pero el abordaje de la cuestión precisa de la incorporación de lo confesional como una dimensión altamente relevante dentro del análisis, que facilita determinados agrupamientos e identificaciones.

En Occidente, el estudio del acontecimiento religioso se apartó de las Relaciones Internacionales por casi tres siglos. Esto se debió a dos fenómenos relacionados entre sí. Por un lado, la marginación de lo confesional de la vida pública de los Estados, actores fundamentales en el área de estudio abordada. Por el otro, la incapacidad de la disciplina de comprender, en ciertos momentos, la importancia de los fenómenos religiosos.

La Paz de Westfalia, comprendida en los tratados de Münster y Osnabrück, de enero y octubre de 1648 respectivamente, implicó la desvinculación del poder de la Iglesia de los asuntos políticos, mientras que consagró su autonomía por fuera del alcance de las autoridades seculares. A partir de entonces, en la medida en que los súbditos prestaran obediencia y sujeción debida a su señor, éste les permitiría ejercitar libremente las devociones preferidas en sus casas, realizar el culto público en templos cercanos y proveer educación confesional a sus hijos. Al mismo tiempo, la desaparición de la autoridad imperial identificada con Roma significó la libertad de los Estados para contratar, deliberar y decidir a qué corriente cristiana apoyar. En resumen, la religión pasó a ser un asunto interno de cada Estado, retirándose de la escena internacional.

En efecto, los legados más salientes de Westfalia fueron, primero, la libertad de culto y junto a ella la secularización del Estado, y segundo, la afirmación de la soberanía estatal, consagrándose la “razón de Estado”, opuesta a la ley moral universal medieval. Esta diada tuvo como resultado la liberación del monarca por parte de las autoridades políticas superiores: Papado e Imperio. Observándose de manera integral, se trató de un proceso trinitario: secularización, centralización y nacionalización, prácticamente un nuevo orden mundial.

Esta posición fue reafirmada por posturas iluministas a lo largo del siglo XVIII, que favorecieron el afianzamiento de esta forma de comprender lo religioso. En primer lugar, por la Revolución Estadounidense de 1776, que, sin excluir la referencia a un Dios “natural”, evitó favorecer desde su posición a un determinado credo. Una postura más radicalizada se repitió nuevamente a través

de los valores que difundió la Revolución Francesa de 1789, y más tarde en los movimientos de independencia que tuvieron lugar en el continente americano a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Este movimiento, que adoptó a Voltaire como su padre intelectual, entendía que, al atacar a la fe, estaba socavando a la Iglesia, que era parte fundante de la autoridad de la monarquía.

Uno de los principales expositores del Iluminismo, Immanuel Kant, lo definió como la etapa de la madurez humana, donde los individuos se animaban, finalmente, a cuestionar y a comprender por sí mismos. El fanatismo religioso era, por tanto, presentado como la contracara del razonamiento autónomo. Voltaire, por su parte, definió a “Abraham” simplemente como un nombre popular en Medio Oriente en su “Diccionario Filosófico”, editado en 1764. Asimismo, el escocés David Hume, al explorar los orígenes del fenómeno religioso, habló de cómo las presiones, miedos y esperanzas en las vidas de las personas generaban un determinado impacto en su imaginación, relegando lo confesional al ámbito de la sugestión (Burleigh, 2006).

Por otro lado, las políticas coloniales e imperialistas de los Estados europeos aplicadas desde el siglo XVIII hasta los inicios del siglo XX contribuyeron a la difusión de este modelo de separación, junto con una cierta visión que la privilegiaba como superior y deseable frente a su contrario (Haynes, 2013). La mirada ilustrada, que atravesó tres siglos, llevó a que los hechos vinculados a lo religioso en la esfera internacional fueran catalogados como “antimodernos” o “fundamentalistas”, englobados en la categoría de “hostilidades étnicas” (Haynes, 2021), o incluso considerados como poco relevantes frente a la pretendida solidez de otros fenómenos, como los nacionalismos, entendidos como formas superiores de identidad colectiva. (Toft et al., 2011)

A mediados del siglo XIX, pensadores tales como Karl Marx o Charles Darwin, alcanzaron una creciente popularidad, a la par que sostuvieron una suerte de “teoría de la secularización” donde preanunciaban un futuro en el que, junto a la creciente importancia de la ciencia y el progreso económico-tecnológico, la religión retrocedería. En el siglo XX, el panorama no fue muy diferente. Grandes expositores de las ciencias sociales como Émile Durkheim, Max Weber y Sigmund Freud también alentaron la idea de que la religión estaba en salida. Estas ideas se

sustentaban en algunas variables, tales como el decreciente fervor religioso popular o el retiro de cláusulas de beneficios a ciertos credos en los ordenamientos constitucionales (Toft et al., 2011).

Sin embargo, otros hechos religiosos habían alcanzado una cierta relevancia analítica. Solo por mencionar algunos, es posible destacar el involucramiento de pastores protestantes en las manifestaciones por los derechos civiles en Estados Unidos entre los cincuenta y los setenta, la rivalidad sectaria en Irlanda del Norte entre los sesenta y los noventa, la Revolución Islámica en Irán en 1979 y el posterior surgimiento del Hezbolá en el Líbano, la aparición de la insurgencia islamista en Afganistán tras la invasión soviética a comienzos de los ochenta, el involucramiento de la Iglesia Católica en las transiciones a la democracia en América Latina y Europa del Este en los ochenta y noventa, con particular atención al rol del papa Juan Pablo II en este proceso, al igual que la prominente participación del arzobispo Desmond Tutu en la lucha contra el apartheid en Sudáfrica en la misma época. Por ello, no se trataba de que la religión estuviese ausente de los fenómenos mundiales, ya que siempre fue un factor de gran importancia. En cambio, era el estudio de las Relaciones Internacionales el que se había mostrado incapaz de observar y analizar esos sucesos, y agruparlos de forma integral en la disciplina.

Según Fox & Sandler (2004), la dimensión religiosa fue simplemente pasada por alto. Las razones de esta actitud tenían profundas raíces en cuatro tendencias. La primera es la exclusión de lo étnico y lo religioso como argumentos válidos para dar cuenta de los fenómenos mundiales, según han sostenido importantes pensadores occidentales que anteriormente se mencionaron, en particular en torno al fenómeno iluminista. La segunda es el carácter eminentemente occidental de la disciplina de las Relaciones Internacionales, cuyos expositores extrapolan al resto del mundo la experiencia westfaliana. La tercera es el desafío que presenta para la metodología cuantitativa, ya que es difícil aplicar una medición de la religiosidad. La cuarta, finalmente, es el hecho de que el paradigma más importante de las Relaciones Internacionales, que es el realismo, haya excluido a la religión como factor trascendente, habiéndolo relegado al espacio doméstico únicamente.

Por otro lado, otros autores se muestran más gradualistas, advirtiendo que, a partir de la Revolución Islámica, “se empezó a tener un mayor cuidado en el estudio de actores religiosos en

las Relaciones Internacionales” (Chávez Segura, 2015, p. 182). Tras el final de la Guerra Fría, ese proceso se aceleró, especialmente con el aporte de Samuel Huntington a través de su concepto de “choque de civilizaciones”, expuesto en 1993, donde las identidades religiosas fueron consideradas, en el marco de su propuesta, como características culturales que organizaban el nuevo mapa internacional. Ejemplo de ello ha sido que varios de los esquemas civilizatorios que propone llevan nombres confesionales: civilización eslavo-ortodoxa, civilización islámica, civilización hindú, entre otras. “Las civilizaciones se diferencian entre sí por su historia, idioma, cultura, tradición y, lo más importante, religión. Los pueblos de las diferentes civilizaciones tienen diferentes visiones sobre las relaciones entre Dios y el hombre” (Huntington, 1993, p. 25), afirmó.

De una manera u otra, tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en los Estados Unidos, la religión volvió a la agenda internacional con fuerte ímpetu, convirtiéndola en un fenómeno imposible de ignorar, dado el enorme shock que esos ataques habían significado para la política internacional. Fue imposible para la disciplina permanecer indiferente ante el ataque a las Torres Gemelas y el Pentágono. El ataque terrorista se había realizado invocando el nombre de una religión: el islam. Junto con este acontecimiento, otros factores demuestran que la estructura del sistema internacional exige considerar a la religión como un factor importante a la hora de realizar análisis. En primer lugar, las religiones se han adaptado a la globalización, magnificando sus audiencias y transformando sus formas de comunicar. La modernidad no logró acabar con ellas. Luego, el fenómeno terrorista y los nuevos liderazgos populistas requieren, en muchos casos, explicaciones que van más allá de lo económico o de lo político. Tercero, frente a la secularización de las instituciones civiles, la gente no ha abandonado la fe; en cambio, la cantidad de creyentes ha aumentado su número. Además, la agenda internacional ha incorporado una cantidad creciente de conflictos que tienen a la religión entre sus causas, por lo que se vuelve necesario considerar esa variable al momento de analizarlos. Finalmente, la religión ha subsistido como una fuente de legitimidad discursiva de los actos de Estado (Chávez Segura, 2015).

E. Panarabismo e islam político, dos ideas en tensión

Después del 11 de septiembre, resultó evidente para la disciplina que no era posible realizar un abordaje de las problemáticas que se presentaban sin tomar en cuenta el factor religioso, al menos como una posibilidad. A pesar de que en Medio Oriente la convivencia entre la coyuntura política y las categorías religiosas es habitual, donde, de hecho, no hubo un proceso estructural de secularización manifestado en acontecimientos de alto impacto, como la Paz de Westfalia o la Revolución Francesa, existió una corriente política predominante, el panarabismo, que contribuyó a brindar fundamentaciones interpretativas que no tomaban en cuenta lo religioso, sino lo étnico, como categoría política de ordenamiento.

En efecto, el panarabismo que emergió a mediados de los años cuarenta en Egipto y luego se difundió en Medio Oriente significó un intento exitoso, aunque breve, de secularización de las categorías de ordenamiento político. Desde entonces los fenómenos interregionales comenzaron a explicarse en clave panarabista, es decir, a través de una forma de observar la región suponiendo una homogeneidad étnica entre los araboparlantes, a los que esta teoría concebía como una comunidad de pasado glorioso y futuro común. En tal sentido, los Estados eran considerados entidades transitorias, con fronteras provisionarias, en camino a un destino supremo: la unidad de la Nación Árabe a través de la fusión de los países que la componían. Lo religioso, en este caso la fe islámica, era una característica más, contenida dentro del concepto transnacional de ser árabe. Este era, ante todo, un sujeto histórico: el de los califatos, junto a sus victorias militares y desarrollo científico; el que sobrevivió al dominio otomano; el que fue traicionado por Occidente a través del acuerdo Sykes-Picot y luchó por su autodeterminación; el que ahora era amenazado por el sionismo, que ocupaba de manera ilegítima el territorio de Palestina⁸. Incluso autores que han abogado por la correlación entre el nacionalismo árabe y el islamismo revolucionario han destacado que el primero contiene al segundo, y no al revés, en tanto “el islam como religión y cultura fue un factor esencial en la expansión de la nación árabe

⁸ Para el ideario panarabista, “Lo árabe y lo islámico no eran completamente identificables uno con el otro, en tanto la mayoría de los musulmanes no eran árabes; al mismo tiempo no tendría sentido el reclamo de que los árabes eran distintos a los turcos y por tanto, tenían el derecho de separarse de ellos” (Haim, 1962, p. 37).

[...] pero la definición de qué es un árabe hoy tiene que ver con lo cultural, no con lo religioso” (Ibrahim, 1987, p. 61).

Egipto fue el corazón de aquella doctrina, con la sede de la Liga Árabe ubicada en su capital, El Cairo, y con su presidente, Gamal Abdel Nasser, como máximo representante político de esa ideología. Mientras a nivel internacional las relaciones entre los Estados se explicaban según el alineamiento Este-Oeste, en la región de Medio Oriente la definición central rondaba en torno a la posición del gobierno en relación al Egipto de Nasser y su revolución panarabista. Ciertamente,

A medida que la idea de panarabismo se volvía más aceptada y el logro de la unidad se perseguía con mayor intensidad, las relaciones inter árabes se volvían más conflictivas. Este conflicto era la paradoja del panarabismo, ya que aunque la ideología llamaba a una mayor cooperación y ésta era plenamente aceptada, en los hechos se constituyó en un factor de intensa división (Walt, 1987, p. 206).

En resumen, es posible afirmar que,

En Nasser, el uso del término “nacionalismo árabe” carecía de connotaciones religiosas. Más bien lo usaba en el sentido de “movimiento”, “ideología”, “raza” y “nacionalidad”. Del mismo modo, la referencia a la unidad árabe resultaba ser secular. En sus escritos sobre la unidad árabe, el factor religioso está ausente de sus discursos. Los componentes básicos son la unidad en el lenguaje, la unidad en la historia y la unidad en la esperanza (Chalala, 1987, p. 40).

La relación del coronel Nasser con los partidos que promovían una interpretación confesional de la política regional fue conflictiva prácticamente desde sus inicios. La agrupación islamista conocida como Hermanos Musulmanes había cooperado con el Movimiento de Oficiales Libres, que tenía entre sus referentes a Nasser, en el apartamiento del rey Faruk y su joven sucesor Fuad II del trono egipcio en 1952. Los islamistas contaban con una importante base popular y compartían, con los militares, la idea de un Estado nacional fuerte y una retórica anti colonialista. Sin embargo, entre el militar y Hassan Al-Hudaybi, el líder de los Hermanos Musulmanes, había

profundas diferencias; además, ambas agrupaciones no habían logrado consensuar una hoja de ruta con medidas generales para gobernar el país. El Movimiento se negaba a oír las sugerencias que los Hermanos Musulmanes se creían con derecho a realizar. En 1954, el atentado fallido contra la vida de Nasser fue el corolario de aquella relación conflictiva, y los Hermanos Musulmanes terminaron apartados del poder. El oficial avanzó sobre las instituciones religiosas⁹. A lo largo de los cincuenta y los sesenta los persiguió, deteniendo a miles de sus militantes y ordenando la ejecución de uno de sus referentes intelectuales, Sayyid Qutb, en 1966 (Gerges, 2018).

El líder panarabista constituyó un Estado con vocación monopólica del poder, nacionalizador, sustentado en el apoyo de las Fuerzas Armadas, identificado con un sistema de partido único y crítico de Occidente. En otras palabras,

A través de la polarización y la militarización de la política, y de la creciente sensación de inseguridad y desconfianza entre gobernantes y gobernados, los efectos de este conflicto llevaron a la consolidación del autoritarismo político en el más poblado e influyente de los países árabes: Egipto. Aunque la lucha entre nacionalistas e islamistas estaba centrada en esa nación, se esparció rápidamente por la región, debilitando y socavando el frágil desarrollo del Estado poscolonial. La ruptura entre los Oficiales Libres de Nasser y la Hermandad Musulmana de Al-Hudaybi facilitó la construcción de un Estado securitizado, expansivo e intrusivo, modelo que se ha repetido desde entonces en el sistema estatal árabe. A medida que el miedo de las autoridades políticas aumentó, los aparatos de seguridad se expandieron y sus poderes se incrementaron (Gerges, 2018, p. 127-128).

En efecto, tal y como sostiene Fawaz Gerges, el apartamiento del islam político de la vida institucional comenzó en Egipto, pero se difundió rápidamente por los demás países árabes, fundamentalmente gracias a la creciente popularidad que Nasser alcanzó no solo en su patria sino

⁹ Un ejemplo de este avance fue la reforma de los estatutos de la Universidad *Al-Azhar* en 1958 y su posterior nacionalización en 1961. El centro de estudios, tradicional espacio de reflexión teológica del sunismo desde el siglo X, había dependido, hasta entonces, de la mezquita del mismo nombre. Nasser se arrogó primero el derecho de nombrar al gran sheikh, máxima autoridad de la mezquita y la Universidad, y tres años más tarde la colocó bajo la supervisión del Ministerio de Educación. La cartera promovió que se enseñen allí otras disciplinas además de los estudios religiosos, tales como Negocios, Leyes y Medicina.

en toda la región. Ese modelo partidario laico que no permitía disensos se extendió principalmente debido a los éxitos que Nasser fue adquiriendo en materia de política exterior. En 1956, logró una victoria clave frente a los gobiernos de Francia y Reino Unido al nacionalizar de manera exitosa el canal de Suez, hasta entonces en posesión y bajo custodia de esas dos potencias europeas. Dos años más tarde, proclamó junto a Siria la República Árabe Unida, demostrando que era posible crear un Estado sin fronteras contiguas. Ese mismo año, un movimiento afín derrocó al rey Faisal II de Irak y se hizo con el poder en ese país mesopotámico. También en 1958, la República Árabe Unida entró en un estatus confederal con Yemen del Norte.

En línea con los esfuerzos de El Cairo para promover el panarabismo, los nasseristas intentaron en 1958 un golpe de Estado en el Líbano, buscando interrumpir el mandato del presidente Camille Chamoun. Conciliador hacia los Estados Unidos y partidario de una solución negociada al problema palestino, el primer mandatario era marcadamente anti comunista. En 1956, durante la crisis de Suez, Chamoun se había negado a interrumpir las relaciones con el Reino Unido. Ello le valió la crítica de algunos de sus ministros, que fueron rápidamente reemplazados por otros. Para el líder libanés sunita Rashid Karami, las loas de Chamoun a la Doctrina Eisenhower constituían una violación a la neutralidad postulada en el Pacto Nacional que dio origen a la República Libanesa en 1943. En las elecciones legislativas de 1957, sospechadas de fraude, Chamoun obtuvo 53 de las 66 bancas de la Cámara de Diputados. Esa mayoría le permitiría, por una ley especial, evitar la restricción a un solo mandato que pesaba sobre los jefes de Estado libaneses. En ese contexto, el presidente y su canciller, Charles Malik, “redoblaron esfuerzos para persuadir a los Estados Unidos que el Líbano era una solitaria isla pro occidental en un mar de nacionalismo árabe y subversión soviética” (Little, 1996, p. 36).

En el contexto de la Guerra Fría, la proximidad de Egipto con la Unión Soviética durante la presidencia de Nasser generó la reacción de Estados Unidos a ese vínculo. Ello, junto con la fuerte presencia del líder egipcio en los asuntos del Medio Oriente y África del norte, propició una simplificación de las explicaciones en torno a las problemáticas regionales. En otras palabras, había un contexto que forzaba al posicionamiento: por un lado, la aceptación o el rechazo de

Nasser, y su respectivo alineamiento en la disputa Este-Oeste, y por otro, la existencia de un rival militar poderoso, el Estado de Israel.

La derrota de los árabes en la guerra árabe-israelí de 1967 y la súbita muerte de Nasser en 1970, a los 52 años, implicó un duro golpe para el panarabismo, del que nunca se recuperó. Esta derrota valorizó a la resistencia palestina frente a los liderazgos tradicionales. Más tarde, el embargo de crudo de 1973 fue exhibido como un símbolo de unidad de los árabes, la iniciativa no fue resultado de los adalides del panarabismo, sino de sus rivales políticos, las monarquías del Golfo Pérsico, agrupadas en la OPAEP. El vacío que dejó el panarabismo fue llenado principalmente por el factor religioso, de forma tal que este redescubrimiento del islam como movilizador político cambiaría la distribución del poder al interior de la región bajo estudio (Ajami, 1987).

En efecto, y en sintonía con Ajami, coincide Gilles Kepel (1991) al mencionar un “cambio de registro” (p. 58), de lo secular a lo religioso, que acontece después de una larga temporada en la cual el proyecto de un Estado islámico, concebido tras la dominación colonial, había sido abandonado gracias al panarabismo. El fundamento religioso del orden social, considerado por algunos obsoleto ante un ideal lineal de secularización del mundo musulmán, había logrado sobrevivir. En un contexto de abundante migración rural-urbana y explosión demográfica, cuyo flujo el Estado fue incapaz de contener, se generaron espacios de solidaridad en torno a mezquitas y asociaciones educativas y caritativas dependientes de ellas. Junto con ello, se facilitó el acceso a la universidad, que el Estado contempló como una herramienta necesaria para hacer crecer a la economía. Las entidades de beneficencia se articularon con los estudiantes universitarios, organizando consultas y otorgando bonos para libros y fotocopias; así, “es a través de ese ámbito donde los islamistas llevan adelante su reinserción social” (Kepel, 1991, p. 78).

Asimismo, la creciente permisividad del Estado egipcio frente al despliegue de actividades de diversas entidades islamistas estaba vinculada a la necesidad del coronel Anwar Al-Sadat, sucesor de Nasser, de conformar una corriente propia. El nuevo presidente debía, por un lado, combatir la creciente popularidad de los movimientos de izquierda entre los jóvenes, y por otro, recortar el poder de los sectores que lo acusaban de intentar alejarse del nasserismo. Esta

situación implicó el alineamiento de Egipto con Arabia Saudita, con ambos Estados promoviendo una narrativa confesional conservadora que perseguía una nueva interpretación de la historia de los árabes, formando intelectuales y clérigos y creando corrientes de opinión pública (Gerges, 2018).

En conexión con estos cambios en el seno de los Estados nacionales, hay otro de relevancia: una nueva consideración del valor de los textos del pensador Sayyid Qutb, un militante de Hermanos Musulmanes ejecutado por el presidente Nasser. La importancia de Qutb radica, como explica Kepel, en que Qutb logró

establecer de entrada una disociación radical entre el islam y el conjunto de las otras sociedades de su tiempo, incluso aquellas que se reclaman de esa religión. Según Qutb ya no existe ninguna sociedad musulmana: sería vano buscar los rastros del islam en un mundo que lo ha expulsado. El universo solo es *jahiliya*: este término que en el vocabulario islámico designa el período de ignorancia y barbarie anterior a la predicación de Muhammad en Arabia, es empleado para caracterizar a las sociedades del siglo XX, que según Qutb son contrarias a la esencia del islam. El verdadero musulmán debe romper con la *jahiliya* para luchar por su destrucción y elaborar el Estado islámico sobre sus ruinas [...] El empleo de la palabra *jahiliya*, que remite el islam a sus orígenes y congela en un paréntesis quince siglos de historia, tiene una violenta carga simbólica: lo que en la acepción de Qutb y sus discípulos caracteriza a la *jahiliya* es la idolatría. (Kepel, 1991, p. 60-61)

El pensamiento de Qutb brindaba a sus seguidores fundamentos para cuestionar la legitimidad de los líderes poco afectos a la implementación de la *sharia*, a quienes el autor considera déspotas. La propuesta consistía en la destrucción del Estado viejo y la reconstrucción de uno nuevo bajo las fuentes teológicas tradicionales del islam: el Corán, las acciones del profeta Muhammad relatadas por sus primeros sucesores y la jurisprudencia clásica. Tras la cuarta guerra Árabe-Israelí, en Arabia Saudita los sectores de la élite conservadora se hicieron eco de esta interpretación radical de las ideas de Qutb, financiando diversas iniciativas de cooperación a los países de la región a través de instituciones que llevaban esta impronta de la nueva islamización.

El apoyo de la monarquía saudita, generado gracias a los ingresos provenientes del petróleo, fue vital para el fortalecimiento del islam político en Medio Oriente. Sin embargo, ello podría empujar a pensar que esas ideas fueron implantadas en otros países de la región, cuando en realidad es vital considerar también que el islam como ideología aplicada a la política era conocida y popular entre la población de Egipto, Siria y otros países de la zona (Beinin y Stork, 1997).

Junto con los cambios en el Estado y el ascenso de las ideas de Qutb, la reaparición definitiva del registro religioso en la región de Medio Oriente tuvo lugar en febrero de 1979, cuando la revolución islámica liderada por Ruhollah Khomeini derrocó al sha Muhammad Reza de Irán, enviándolo al exilio, e instaló en su lugar un gobierno conservador y clerical, donde los ayatolás gozaban de una cuota muy importante de poder. Este triunfo no solo benefició a los chiítas, sino que también fortaleció la confianza de los islamistas sunitas. Grupos afines encararon diversas iniciativas: la toma de la gran mezquita de La Meca en 1979, el asesinato del presidente egipcio Anwar Sadat en 1981 y el surgimiento de la resistencia anti soviética en Afganistán a comienzos de la década del ochenta. En un contexto donde el secularismo panarabista quedó al servicio de gobiernos dictatoriales, el islamismo se erigió como garante de la revolución popular. Fue de esta forma en la que, en Medio Oriente, el factor religioso recuperó el protagonismo, que desde entonces no ha perdido.

CAPÍTULO II - ANTECEDENTES DE LA DINÁMICA INTERMÉSTICA EN EL LÍBANO: DESDE EL ESTADO MODERNO HASTA LA FINALIZACIÓN DE LA OCUPACIÓN SIRIA (1920-2005)

“Lo que me gustaría dejar en claro es que nuestra intención no es contentarnos con rescatar al Líbano, poca cosa en sí mismo, sino enfrentar, a través de él, asuntos más amplios de manera conjunta”

- Carta del primer ministro Harold Macmillan al presidente Dwight Eisenhower, julio de 1958

A. El Orden de Versalles y la Constitución Nacional de 1926

La internacionalización de los problemas locales libaneses y la penetración de naciones extranjeras como Irán y Arabia Saudita en los asuntos internos de otro Estado no es un problema que se circunscribe únicamente al marco temporal de este trabajo, establecido, en función de los casos que se abordarán, entre 2005 y 2022. En realidad, se trata de un fenómeno de larga data, que puede rastrearse al menos hasta la formación del Estado moderno libanés, resultante tras la proclamación del nuevo orden que emergió en torno a la Primera Guerra Mundial.

Esta sección aborda la cuestión de la internacionalización de la conflictividad doméstica libanesa. Para mejorar su organización, se escogieron tres acuerdos que ordenaron a la sociedad de ese país, fundamentalmente a través de creación de categorías político-religiosas. Éstas brindaban un determinado acceso a ciertos espacios institucionales según el credo profesado por los ciudadanos. Se trata, en primer lugar, de la Constitución, promulgada en 1926, en el contexto del Mandato francés; el Pacto Nacional, necesario para proclamar la independencia de la potencia mandante en 1943; y el Acuerdo de Reconciliación Nacional, suscrito en Taif en 1989 que puso

fin a la guerra civil que se desató entre 1975 y 1990. Todos ellos entrelazan, de una forma u otra, las jugadas de los actores domésticos con las apetencias de otros actores internacionales.

Al término de la Primera Guerra Mundial, se desarrolló en la ciudad de París una conferencia de paz que aplicó fuertes castigos a las potencias derrotadas, que se habían nucleado en torno a la Triple Alianza. Junto a Alemania y Austria-Hungría, se hallaba el Imperio Otomano. Este país había construido, junto con Egipto y Persia, un orden regional que se mantuvo vigente durante más de tres siglos (Zahreddine y Corrêa Teixeira, 2015). Su derrota en 1919 significó la imposición del tratado del tratado de Sèvres y el posterior ajuste del mismo en el de Lausana de 1923. Esto implicó que el territorio gobernado por la Sublime Puerta se reduciría únicamente a la meseta de Anatolia. El resto de las provincias, en su amplia mayoría de habla árabe, entrarían, según el artículo 22 del Pacto de la Sociedad de Naciones (1919), en un régimen de “mandato”:

1.- Los principios siguientes se aplican a las colonias y territorios que, a raíz de la guerra, han cesado de hallarse bajo la soberanía de los Estados que los gobernaban anteriormente y que son habitados por pueblos aún incapaces de regirse por sí mismos en las condiciones particularmente difíciles del mundo moderno. El bienestar y desarrollo de esos pueblos constituye una misión sagrada de civilización, y conviene incluir en el presente pacto garantías para el cumplimiento de esta misión.

2.- El mejor método para realizar prácticamente este principio consiste en confiar la tutela de esos pueblos a las naciones adelantadas que, gracias a sus recursos, su experiencia o su posición geográfica, están en mejores condiciones para asumir esta responsabilidad y que consienten en aceptarla. Ellas ejercerán esta tutela en calidad de mandatarios y en nombre de la sociedad.

En resumen, se trataba de un colonialismo encubierto, que colocaba bajo la autoridad de las potencias mandatarias la defensa, las relaciones exteriores, el poder de policía y la obra pública del Estado mandante. En Medio Oriente persistieron dos mandatos: Siria, que comprendía a Líbano y Siria, bajo supervisión francesa, y Palestina, que incluía a Palestina y Transjordania, bajo control británico. Hubo un tercero, de muy corta vida, llamado Mesopotamia, en el actual territorio iraquí, también vigilado por Londres. Este régimen estuvo vigente hasta 1945, cuando

fue reemplazado por el Consejo de Administración Fiduciaria, uno de los órganos de las Naciones Unidas.

El régimen jurídico impuesto en el Levante no era sorpresivo. Algunos años antes, en 1916, Francia y el Reino Unido habían acordado resolver pacíficamente la división de territorios una vez que se confirmase la derrota de los otomanos y el desmembramiento de su imperio, corolario largamente preconizado por Occidente sobre la “Cuestión Oriental”¹⁰. Con motivo de ello, habían suscrito un acuerdo secreto, negociado por sir Mark Sykes, funcionario de la *Foreign Office* dedicado a temas de Medio Oriente, y François Georges-Picot, miembro del cuerpo diplomático francés. El acuerdo Sykes-Picot sirvió de fuente de inspiración para el reparto que estableció la Sociedad de las Naciones años más tarde (Barr, 2011).

En el Líbano, tras un período de ocupación militar que había comenzado en 1918, el general francés Henri Gouraud, escoltado por el gran muftí sunita Mustafa Naja y el patriarca maronita Elias Hoayek, proclamó el Estado del Gran Líbano el 1 de septiembre de 1920 en el patio de la embajada francesa en Beirut. El ordenamiento indicaba que en la nación mandante gobernaba un alto comisionado¹¹ nombrado por París y asesorado por una Comisión Administrativa, un órgano de carácter consultivo, compuesto por diecisiete miembros elegidos por el alto comisionado siguiendo criterios de representación confesional entre las diferentes comunidades. La Comisión era similar a la que habían constituido los otomanos en 1861 para brindar a la región de Monte Líbano un marco de autonomía gubernamental, que también seguía pautas sectarias. La reforma de 1922 inspirada en el censo del año anterior elevó la cantidad de consejeros a treinta, ahora elegidos por la población; sin embargo, el criterio de asignación de bancas por grupo confesional no se alteró (Fieldhouse, 2006).

¹⁰ Por “Cuestión Oriental” se entiende el posicionamiento de las potencias de la Pentarquía frente a la crisis agónica que sufría el Imperio Otomano a lo largo del siglo XIX. Esta situación derivó en largas negociaciones y repetidas guerras en la zona.

¹¹ Los altos comisionados franceses fueron: Henri Gouraud (1919-23), Maxime Weygand (1923-24), Maurice Sarrail (1924-25), Henry de Jouvenel (1925-26), Henri Ponsot (1926-33), el conde Damien de Martel (1933-39), Gabriel Puaux (1939-40), Henri Dentz (1940-41), Georges Catroux (1941-43) y Jean Helleu (1943).

Tabla 2*Evolución temporal de la asignación confesional de bancas en la Comisión Administrativa*

secta	cantidad de bancas			
	Comisión 1861	Comisión 1912	Comisión 1920	Comisión 1922
cat. maronitas	4	5	6	10
cat. melquitas	1	1	1	1
ortodoxos	2	2	3	4
minorías ¹²	0	0	0	1
st cristianos	7	8	10	16
sunitas	1	1	4	6
chíitas	1	1	2	6
drusos	3	3	1	2
st musulmanes	5	5	7	14
total	12	13	17	30

Fuente: construcción propia en base a datos tomados de Fieldhouse (2006)

Dentro de la población local, el principal sostén de la presencia francesa eran los católicos maronitas, por lo que el refuerzo de su presencia tras la ocupación francesa tiene lógica. El vínculo entre ambos no era coyuntural, y databa de los primeros siglos de la dominación otomana en el Levante. Fieldhouse (2006) lo explica del siguiente modo:

Mientras la mayor parte de los reclamos franceses en Medio Oriente tenían escaso fundamento histórico, sus vínculos con los maronitas eran genuinos y provenían de largo tiempo atrás [...] [Los franceses] habían reclamado específicamente la salvaguarda de los

¹² La secta “minorías” dentro de la comunidad cristiana hace referencia a las poblaciones menos numerosas. Esta categoría ha variado con el tiempo. Actualmente (2024) agrupa a libaneses coptos, asirios, católicos caldeos, católicos siríacos, ortodoxos siríacos y católicos de rito ordinario.

maronitas en 1649 y, desde entonces, los consideraban parte de su protectorado sobre los católicos orientales. (pp. 307-308)

Sin renegar de esta relación que a la larga los beneficiaba, lo cierto es que, al momento de la llegada de los franceses, los maronitas ya contaban con varias décadas de administración de los asuntos comunales. No había entre ellos una vocación de sujeción servil a los franceses; buscaban en cambio su protección en un régimen de amplia autonomía para evitar que los partidarios de un gran Estado sirio-libanés lograsen sus objetivos. El temor por los intentos expansionistas de sus vecinos árabe-musulmanes de Damasco era mayor. Por ello, celebraron la victoria de las tropas de París sobre Faisal, efímero rey de Siria, en la batalla de Maysalun en abril de 1920. Tras la capitulación, Faisal reconoció la independencia e integridad territorial libanesa bajo el Mandato.

Para 1926, el alzamiento de los drusos contra las autoridades francesas en Jabal Al-Druze, en el sudeste de Siria, llevaba un año. Además, la Comisión estaba exhibiendo ciertas diferencias con la administración francesa. En ese contexto, el alto comisionado accedió a dictar una Constitución. El Poder Ejecutivo estaría encabezado por un presidente, que duraría tres años en el cargo, luego extendido a seis, y sería elegido por el Poder Legislativo. El Poder Legislativo estaría investido en un Parlamento bicameral, compuesto por una Cámara de Diputados, elegida por la población, y un Senado de dieciséis miembros, donde siete eran designados por el Poder Ejecutivo y los otros once, electos por la población. El Senado tuvo corta vida, y pocos meses después fue suprimido por orden de París. El alto comisionado que, por su parte, se reservaba el derecho de suspender la Constitución, disolver el Parlamento y vetar sus leyes y designar al presidente por decreto; ejerció estas atribuciones con regularidad hasta la independencia en 1943.

Como heredera de la Comisión, la Cámara de Diputados siguió criterios de ordenamiento confesional, donde los cristianos eran mayoría. En 1932, las autoridades francesas encargaron un censo de dudosa metodología que, hasta la fecha, es el único que se ha organizado en el Líbano. La convocatoria dio ciertas ventajas a los cristianos, otorgando, por ejemplo, la nacionalidad libanesa a residentes cristianos provenientes de otros países árabes inmediatamente antes del censo y permitiendo a los emigrados, mayoritariamente cristianos, empadronarse para el censo

en las embajadas francesas. Al mismo tiempo, se negó el relevamiento a los beduinos sunitas de la zona de Wadi Khaled, al norte, a los que se consideró apátridas y nómades, y a los chiítas de las llamadas “Siete Aldeas”¹³, en la frontera austral, cuyo territorio había sido entregado de forma inconsulta al Mandato de Palestina pocos años antes. En todos los casos, las poblaciones excluidas eran musulmanas. Según Maktabi (1999),

Si bien es posible que estas deficiencias hayan comenzado como errores administrativos, la constante exclusión de los apátridas y los residentes no ciudadanos como miembros del Estado libanés se convirtió, con el tiempo, en una motivación política. Los inmigrantes apátridas, no registrados y de larga data de origen musulmán continuaron siendo excluidos de la ciudadanía mediante la implementación de severas políticas de inmigración para consolidar el dominio numérico cristiano. (pp. 229-230)

La politización de los datos del censo permitió la legitimación del control cristiano de los resortes de poder en el país, especialmente en la Legislatura, donde se forjaban las leyes, situación que resultaba funcional a la potencia ocupante.

Inmediatamente, la preeminencia cristiana en el Poder Legislativo se trasladó al Ejecutivo. Aunque no estaba regulado oficialmente, en la práctica, los cristianos contaban con mayoría propia en la Cámara de Diputados para hacerse de los principales cargos de perfil ejecutivo. Era la Cámara la responsable de elegir al presidente del Estado y, además, como se daba sus propias autoridades, al propio presidente de la Cámara. Al mismo tiempo, el presidente designaba al primer ministro. Estos cargos relevantes serían entregados a otros grupos confesionales únicamente como resultado de alguna negociación. Habitualmente, los más beneficiados eran los ortodoxos y los sunitas, mientras que los católicos melquitas y los drusos fueron los grupos más marginados en el período. Los chiítas emergieron recién en 1943, cuando fue necesario su apoyo para reclamar la independencia de Francia.

¹³ En referencia a Tarbikha, Saliha, Al-Malikiya, Al-Nabi Yuusha, Qadas, Hunin y Abl Al-Qamh. Estas “Siete Aldeas”, ubicadas en territorio libanés, estaban habitadas por unos cuatro mil chiítas en total. En 1921, la potencia ocupante les garantizó la ciudadanía libanesa. En 1923, en virtud del acuerdo Paulet-Newcombe entre Reino Unido y Francia, pasaron a formar parte del Mandato de Palestina, aunque sus habitantes no recibieron documentos oficiales de ese país hasta 1926. En 1948, durante la Primera Guerra Árabe-Israelí, fueron obligados a abandonar sus hogares y se refugiaron en el Líbano.

Tabla 3

Asignación confesional de bancas en la Cámara de Diputados del Líbano tras las elecciones de 1927, 1934 y 1937

secta	cantidad de bancas		
	1927	1934	1937
cat. maronitas	15	6	20
cat. melquitas	2	2	3
ort. griegos	6	4	8
ort. armenios	0	1	2
minorías	2	1	2
st cristianos	25	14	35
sunitas	9	5	13
chiítas	9	4	11
drusos	3	2	4
st musulmanes	21	11	28
total	46	25	63

Fuente: datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

Tabla 4

Pertenencia confesional de los presidentes, primeros ministros y titulares de la Cámara de Diputados del Líbano entre 1926 y 1943

secta	Presidente	Primer Ministro	Presidente de la Cámara de Diputados
católicos maronitas	Habib Basha Al-Saad (1934-36) Emile Eddé (1936-41) Alfred Naqqache (1941-43) Bechara Al-Khoury (1943)	Auguste A. Basha (1926-27, 1930-32) Bechara Al-Khoury (1927-28, 1929) Habib Basha Al-Saad (1928-29) Emile Eddé (1929-30) Alfred Naqqache (1941)	Moussa Namour (1926-27)
ortodoxos griegos	Charles Debbas (1926-34)	Charles Debbas (1932-34) Petro Trad (1943)	Charles Debbas (1932) Petro Trad (1934-45, 1937-39)
minorías		Ayoub Tabet (1936-37, 1943)	
sunitas		Abdullah Beyhoum (1934-36, 38-41) Khaireddine Al-Ahdab (1937-38) Khaled Chehab (1938) Abdallah Yafi (1938-39) Ahmad Daouq (1941-42) Sami Al-Solh (1942-43) Riad Al-Solh (1943)	Muhammad Al-Jisr (1927-32) Khaled Chehab (1935-37)
chiítas			Sabri Hamadé (1943)

Fuente: datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

B. El Orden de la Segunda Posguerra y el Pacto Nacional de 1943

En 1939, con el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Francia decidió cerrar la Cámara de Diputados del Líbano. Mientras tanto, los nazis tomaron contacto con los nacionalistas árabes, planteando escenarios de cooperación tendientes a obtener la independencia. En ese tiempo, los franceses estaban ocupados en mantener el norte de África libre de la presencia alemana. Ante esta situación, el Reino Unido movilizó sus tropas desde Palestina hacia los territorios del Líbano y Siria. Esta situación inquietaba a Charles de Gaulle, el referente del Gobierno de la Francia Libre, ya que sospechaba que los británicos pretendían ganar influencia en el Levante. El líder francés manifestó en dos ocasiones su voluntad de otorgar la independencia a los territorios bajo el Mandato, pero los discursos eran letra muerta. Ciertamente, Winston Churchill, el primer ministro británico, se presentaba distante de De Gaulle. Consideraba que la estrategia colonial de Francia era insostenible y anticuada; se mostraba, por tanto, partidario de ayudar a los pueblos árabes a obtener la independencia como camino a la estabilidad. Su representante ante De Gaulle, sir Edward Spears, declaró públicamente que los británicos no tenían interés alguno en permanecer más allá del tiempo necesario en los territorios bajo la esfera francesa (Khoury, 1987). Los libaneses, por su parte, buscarían la forma de obtener alguna ventaja frente a esta discusión entre las potencias.

Los cristianos libaneses estaban organizados en dos grupos. Por un lado, estaban los nacionalistas, liderados por Emile Eddé, partidarios de una república cristiana protegida por Francia. Por otro lado, se hallaban los constitucionalistas, bajo la conducción de Bechara Al-Khoury, que entendían que el papel de París en la región estaba agotado y eran favorables a un acuerdo interreligioso para declarar la independencia, aunque resguardada de proyectos de integración con Siria. Los constitucionalistas sabían que un pacto con los musulmanes del país serviría para mostrarse fuertes ante la potencia ocupante y al mismo tiempo construir un contexto estable, favorable al comercio y al desarrollo (Kiwan, 1988). Para lograr el objetivo, estaban dispuestos a asegurar la representación islámica en los órganos deliberativos.

Los musulmanes libaneses estaban mucho más desorganizados. Eran, en su mayoría, de tendencia arabista, es decir, partidarios de la integración con Siria. Aunque temían al poder de los cristianos, coincidían con los constitucionalistas sobre la necesidad de un regreso de la estabilidad al país para poder hacer negocios y reactivar la economía. La guerra había creado pobreza y desempleo y además les había quitado los escasos espacios de participación política que poseían en el Poder Legislativo. Este fue el motor que los impulsó a buscar un acuerdo.

Los británicos autorizaron la organización de elecciones para septiembre de 1943 aprovechando la distracción francesa y la movilización de sus tropas al teatro norteafricano. La Cámara de Diputados eligió a Bechara Al-Khoury como presidente, éste nombró al caudillo sunita Riad Al-Solh como primer ministro. Ambos líderes solicitaron al alto comisionado Jean Helleu la declaración de independencia, que éste rechazó. La Cámara de Diputados respondió reformando la Constitución y suprimiendo los artículos referidos al Mandato. Declarados en sedición, Al-Khoury y Al-Solh fueron detenidos por las autoridades francesas y enviados a una lejana fortaleza militar.

Los hechos posteriores se sucedieron rápidamente. Eddé fue nombrado presidente por decreto de Helleu, responsabilidad que éste rechazó. El viceprimer ministro Habib Abu-Chahla trasladó el gabinete a la localidad de Bshamoun y se proclamó líder del gobierno legítimo. Desde allí, el ministro de Defensa, Majid Arslan, se ocupó de organizar las tropas irregulares y promover la adopción de una bandera distintiva. El presidente de la Cámara de Diputados, Sabri Hamadé, hizo pública su solidaridad con Abu-Chahla. Beirut amaneció con las persianas bajas: se había decretado paro general. En la mañana del 22 de noviembre de 1943, Al-Khoury y Al-Solh fueron liberados y restaurados en sus puestos y, de esta forma, cayó el telón sobre el Mandato. (Winslow, 1996)

Para que la independencia fuera posible, entre el presidente maronita y el primer ministro sunita hubo un acuerdo oral, sellado por la buena fe de estos dos caballeros, conocido como Pacto Nacional. Los cristianos constitucionalistas, que contaban con una posición dominante fundada en el censo de 1932 y las simpatías francesas, estaban de acuerdo con la declaración de independencia, seguros de que traería mayor prosperidad y nuevas oportunidades de negocios.

Sin embargo, temían ser absorbidos por la corriente arabista que pretendía la unidad con Siria. Los musulmanes, por su parte, que simpatizaban con esa idea, sabían que era prácticamente imposible de concretar mientras se sostuviera la alianza maronita-francesa. En ese contexto, privilegiaron la posibilidad de acceder a espacios en la toma de decisiones en el Líbano, que hasta entonces no poseían. Esta situación puso de manifiesto que las relaciones intercomunales eran de carácter pragmático, por lo que había entre ambos grupos espacio para el diálogo y la negociación. Al final, emergía lo político, radicalmente enraizado en las categorías identitarias en las que se ordenaba la sociedad libanesa, ya que las cuestiones teológicas, naturalmente más propias de lo religioso, quedaban resguardadas para su discusión al interior de cada comunidad.

Como afirma Traboulsi (2007) “el Pacto Nacional podía ser visto como la confirmación de garantías políticas para los cristianos a cambio de promesas socio-culturales para los musulmanes” (p. 111). Según Salibi (1988), el Pacto Nacional abordó cuatro puntos fundamentales:

1. La independencia se declaró de hecho, pero, teniendo en cuenta el contexto bélico, la retirada de las tropas extranjeras del país se hizo de manera escalonada, que concluiría en 1946, al finalizar la Segunda Guerra Mundial.
2. Aunque ambas comunidades reconocían ahora al Líbano como un país árabe, se mostraron comprometidos a custodiar la soberanía del país como una nación independiente de cualquier injerencia extranjera, incluso de Siria. Este principio fue conocido como “arabidad sin arabismo”. Además, se adoptaría una política exterior neutral a los problemas regionales.
3. A nivel de instituciones políticas, se realizaba el siguiente reparto de las tres “presidencias”: el presidente de la República sería cristiano católico de rito maronita, el presidente del Consejo de Ministros musulmán sunita y el presidente de la Cámara de Diputados musulmán chiíta. Como contraparte, para garantizar el acuerdo al momento de nombrar al primer ministro y el titular de la Legislatura, las sectas cristianas conservaron la mayoría de bancas en el Poder Legislativo, a razón de 6:5 con los musulmanes, a lo largo de todo este período.

4. Los musulmanes tendrían garantizada su participación en el Consejo de Ministros y serían integrados al proceso de toma de decisiones. Además, se permitiría una mayor presencia de islámicos en la Administración Pública.

En resumen, el Pacto Nacional reafirmó los contenidos de la Constitución, transfiriendo al Poder Ejecutivo la distribución confesional que había comenzado en el Poder Legislativo. Desde entonces, la voluntad de apartar al Líbano de tensiones externas a través del principio “arabidad sin arabismo” fue una constante en la vida política del país que marchará al ritmo de los conflictos regionales: las guerras árabe-israelíes, los conflictos en el Golfo y los episodios de violencia que siguieron a la Primavera Árabe. La concepción de la neutralidad exterior como una forma de conservar la paz interior fue reeditada en diversos acuerdos posteriores, aunque con éxito dispar.

Tabla 5

Asignación confesional de bancas en la Cámara de Diputados del Líbano tras las elecciones de 1943, 1951, 1953, 1957 y 1960

Secta	cantidad de bancas				
	1943	1951	1953	1957	1960
cat. maronitas	19	23	12	20	30
cat. melquitas	3	5	3	4	6
cat. armenios	0	0	0	1	1
ort. griegos	5	8	5	7	12
ort. armenios	2	3	2	3	3
protestantes	0	1	0	0	1
Minorías	1	1	1	1	1
subtotal cristianos	30	41	23	36	54
Sunitas	11	16	10	14	21
Chiítas	10	15	8	12	18
Drusos	4	5	3	4	6
subtotal musulmanes	25	36	21	30	45
Total	55	77	44	66	99

Fuente: datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

C. La Guerra Fría y el Acuerdo de Taif de 1989-1990¹⁴

El Acuerdo de Reconciliación Nacional, comúnmente conocido como Acuerdo de Taif por la ciudad saudita en la que fue firmado, introdujo importantes reformas en la vida política de los libaneses. El mismo está relacionado a uno de los eventos más trágicos de la etapa moderna del país: la guerra civil que se extendió desde 1975 hasta 1990. Sin embargo, no es posible comprender el conflicto armado sin desentrañar los clivajes intermésticos que tuvieron lugar a lo largo de su ciclo en esos tres lustros. Se trata de una época atravesada por la Guerra Fría, el panarabismo, la Revolución Islámica y la caída del Muro de Berlín. El conflicto contó con la participación activa de los guerrilleros palestinos y los gobiernos sirio e israelí, en quienes las facciones libanesas se fueron apoyando en uno y otro momento, de manera alternada. Asimismo, cabe destacar el carácter metamórfico de esa guerra civil, fruto de los cambios históricos mencionados que se fueron sucediendo a medida que el conflicto se fue desarrollando.

Vale aclarar que el objetivo de esta sección no es hacer un desarrollo histórico del período, sino resaltar esa vinculación local-foránea que tuvo el conflicto. Siendo el Líbano un país donde lo confesional genera categorías de ordenamiento político, es posible afirmar que el conflicto estuvo atravesado por dinámicas confesionales.

Por entonces, emergió el fortalecimiento del bloque musulmán libanés, que respondía a dos cuestiones. Por un lado, a la revalorización de la lucha palestina. Esta situación generará lazos de solidaridad entre los grupos guerrilleros refugiados en el Líbano y los partidos musulmanes. Por otro lado, estaba la cuestión del ascenso del islam político. Esto profundizó el carácter confesional de los partidos, tendiendo a su radicalización.

En relación a Palestina, el Líbano se involucró en el conflicto desde la creación del Estado de Israel en 1948, cuando un gran número de refugiados buscó asilo en el sur del país. En la década

¹⁴ El Acuerdo para la Reconciliación Nacional o Acuerdo de Taif fue firmado el 22 de octubre de 1989 y ratificado por la Cámara de Diputados el 5 de noviembre de ese año. Las reformas fueron aprobadas como enmiendas constitucionales el 22 de agosto de 1990. El presidente promulgó la Constitución con los nuevos arreglos un mes más tarde. El 13 de octubre Michel Aoun fue expulsado del Palacio Presidencial de Baabda. En la historiografía libanesa, esa fecha es considerada como el final de la guerra civil.

de los setenta, vivían en el Líbano unos trescientos mil palestinos desplazados. La mitad de ellos vivían en alguno de los doce campos de refugiados¹⁵ y otros tantos en las ciudades costeras. En ambos casos, poseían un tejido social que los mantenía muy unidos. La población palestina en el Líbano era la tercera más importante en número, detrás de aquella que permanecía en el territorio histórico y de los que se habían trasladado al Reino de Jordania. La presencia palestina generaba temor entre los libaneses. Tanto cristianos como musulmanes temían una posible incursión militar israelí; además, los primeros tenían dudas acerca del rol que podrían jugar en el delicado balance entre los grupos religiosos existentes en el país. El 27 de diciembre de 1968 la Fuerza Aérea israelí atacó el aeropuerto de Beirut y destruyó doce aviones, entre ellos ocho de la aerolínea de bandera. Mientras el entorno del presidente Charles Helou culpó a la creciente infiltración de guerrilleros palestinos en los campamentos de refugiados, otros sectores, próximos al primer ministro Abdullah Yafi, apoyaron a la resistencia en silencio. (Faris, 1981)

Helou intentaba imponer la neutralidad libanesa en un contexto conflictivo, invocando los principios del Pacto Nacional. Esta neutralidad era afirmada por el Ejército, que reprimía las actividades políticas de los palestinos, diseminaba e incomunicaba a sus caudillos en distintos asentamientos para evitar su organización y desmantelaba la mayoría de las operaciones que la resistencia llevaba adelante contra Israel desde el territorio libanés. Esta postura no era compartida por todos los políticos. En 1969 se organizó una alianza multipartidaria de izquierda, el Frente de Partidos y Fuerzas Progresistas Nacionales, opositora a Helou y su política de neutralidad frente a la cuestión palestina. La lideraba Kamal Jumblatt, y la integraban los socialistas, comunistas, baathistas y nasseristas de diferente extracción y contaban con las simpatías de las diferentes facciones de la guerrilla palestina. Más tarde, en 1972, la coalición simplificó su nombre por el de Movimiento Nacional Libanés.

El primer ministro Rashid Karami admitió ante la Cámara de Diputados que el Poder Ejecutivo estaba dividido ante la posibilidad de que la guerrilla palestina operase o no en el territorio libanés. Para evitar un conflicto interno, las comunidades recurrieron a un mediador externo.

¹⁵ En referencia a los campamentos de Ain Al-Helwe, Rashidiyé, Burj Al-Shemali, Al-Bass y Mieh-Mieh, ubicados en las afueras de Tiro y Sidón; Bedawi y Nahr Al-Bared en el área metropolitana de Trípoli; Wavel, cerca de la ciudad de Baalbek y Shatila, Mar Elias, Dbayé y Bourj Al-Barajneh en el distrito de Beirut y su zona conurbana. Los tres primeros concentran dos tercios del total de refugiados.

Egipto intercedió a favor del primer ministro, y el presidente perdió la pulseada. A través del acuerdo de El Cairo, el gobierno del Líbano eliminó las restricciones a la acción de las agrupaciones palestinas en el sur de su país y habilitó los mítines políticos en los asentamientos. En los meses sucesivos, la influencia de la guerrilla palestina se incrementó y el Ejército abandonó los campamentos; el Estado se mostró incapaz de controlar la situación. (Faris, 1981)

Los grupos armados palestinos no eran homogéneos. O'Ballance (1998) advierte que conviene evitar la idea de que la guerrilla se hallaba bajo el control total de Yasser Arafat. En cambio, se pueden distinguir dos grupos “que rivalizaban en personal, prestigio, territorio y dominación, particularmente en los cambios de refugiados” (p. 69). Mientras uno apoyaba a Arafat y su búsqueda de una solución más o menos pacífica, otro creía que la independencia sólo podía alcanzarse a través de la lucha armada. El 28 de octubre 1974, en la cumbre de Rabat, la Liga Árabe empoderó aún más a Yasser Arafat y la OLP, entidad que éste presidía, declarándola única y legítima representante del pueblo palestino.

Junto con esta nueva perspectiva en torno a la lucha palestina, ahora revalorizada en el contexto del agotamiento del modelo panarabista, tuvo lugar otro fenómeno, análogo a lo que acontecía en la región: el islam político, que promovía el fortalecimiento de la identificación confesional de los musulmanes libaneses. Los ciudadanos musulmanes respaldaban a los partidos que acentuaban el carácter comunitario de la identidad islámica. En un país donde la organización política estaba atravesada por el estatus religioso, esta situación prometía acentuar los clivajes cristiano-musulmanes de la sociedad.

Para los dirigentes musulmanes, el uso de un discurso que los reunía como comunidad y confrontaba los privilegios de los cristianos en el país era una forma sencilla y práctica de acercarse a sus votantes. Knudsen (2003) resalta las diferencias económicas que existían entre ambos grupos: “las disparidades en los ingresos aparecían vinculadas a las identidades confesionales: pobre y musulmán, rico y cristiano. Además, las áreas de mayoría musulmana al sur, este y norte eran las más pobres del país” (p. 8). Esta afirmación es respaldada también por Winslow (1996): “cada vez más, era obvio que la distinción entre rico y pobre era paralela a aquella de cristiano y musulmán” (p. 168).

La unidad musulmana generó el endurecimiento de los partidos cristianos, como Falange Libanesa y el Partido Liberal quienes poco tiempo después se unieron al Movimiento Marada y otras agrupaciones nacionalistas para formar el Frente Libanés. Estos, temerosos de que cualquier concesión implicase una salida abrupta del statu quo en el que estaba el país desde 1943, se mostraron poco dispuestos a negociar. El presidente Sleiman Frangieh acompañó esa postura, nombrando primeros ministros de escasa relevancia para los sunitas, que no cumplían la función de referentes de su comunidad.

En febrero de 1975, un grupo de trabajadores pesqueros protestó por la instalación de una compañía, *The Protein Company*, cuyos capitales estaban vinculados al ex presidente Camille Chamoun. Este hizo uso de sus contactos para pedir a las autoridades que despejen la zona. Mientras el primer ministro Rashid Al-Solh pidió al general Iskandar Ghanem que sus tropas se mantuvieran al margen de la disputa, el presidente Frangieh solicitó acabar con la manifestación y restablecer el orden. La muerte del líder pesquero Maarouf Saad en manos del Ejército fue un mal signo para el país, que interpretó el hecho como una disputa en clave religiosa. El Consejo Supremo de la Sharia Islámica, que agrupaba al clero sunita, pidió a Al-Solh que renuncie. Como se observa,

El unilateralismo fue visto por los musulmanes como una afrenta a su comunidad, un signo de que el Ejército no permanecería neutral en disputas intercomunales [...] La intervención del Ejército amplió la brecha entre musulmanes y cristianos [...] Si las Fuerzas Armadas intervendrían a partir de ahora en nombre de los intereses cristianos, acabarían por destruir el Pacto Nacional. (Winslow, 1996, p. 175)

Desde el incidente de los pescadores, el camino hacia la guerra civil fue barranca abajo. El 13 de abril, en la inauguración de la iglesia de Nuestra Señora de la Salud, en el barrio beirutí de Ain Al-Remmaneh, cuatro personas que estaban participando del acto perdieron la vida en una balacera, atribuida a militantes palestinos. El titular de la Falange Libanesa, Pierre Gemayel, que estaba allí, resultó ileso. Ese mismo día, militantes falangistas detuvieron un autobús con refugiados palestinos y asesinaron a veintiocho de sus ocupantes. Era el inicio de una guerra civil que duraría quince años.

Rashid Al-Solh presentó la renuncia y el presidente Frangieh ordenó la formación inconsulta de un gabinete militar, cuestión que irritó a los sunitas. Sin embargo, el general Nouredine Al-Rifai duró apenas tres días en el cargo. Frangieh acabó cediendo y nombró primer ministro a un hombre fuerte del establishment sunita: el diputado Rashid Karami, de sólidos vínculos con el Movimiento Nacional Libanés. Karami y Jumblatt comenzaron las negociaciones con el Frente Libanés anunciando sus intenciones de postularse a la presidencia (O'Ballance, 1998; Winslow, 1996), lo cual constituía una violación al Pacto Nacional; asimismo, exigían la abolición prácticamente total del sistema confesional. Desde el Frente Libanés respondieron con una propuesta para un referéndum sobre la permanencia de la guerrilla palestina en el territorio nacional. Las negociaciones, implementadas en el marco de un Comité de Diálogo Nacional convocado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Siria, quedaron en punto muerto. El conflicto se acrecentó y se alzaron los militares musulmanes de segundo rango, formando el Ejército Árabe de Líbano. La otra facción, que continuaba siendo fiel al presidente y, de este modo, estaba alineada indirectamente con el Frente Libanés, se llamó Ejército del Líbano Libre.

Tabla 6

Composición del Comité de Diálogo Nacional convocado por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la República Árabe Siria, octubre-noviembre de 1975

Secta	nombre y función
cat. maronitas	Camille Chamoun, ex presidente, presidente del Partido Liberal Pierre Gemayel, diputado, presidente de Falange Libanesa Raymond Eddé, diputado, presidente de Bloque Nacional Libanés René Moawad, diputado
cat. melquitas	Philippe Takla, ex ministro de Relaciones Exteriores
ort. griegos	Ghassan Toueni, diputado Abbas Khalaf, ex ministro de Finanzas Elias Saba, ex ministro de Economía
ort. armenios	Khatchik Babikian, diputado
Minorías	Edmond Rabbat, abogado constitucionalista
total cristianos	10 (diez)
Sunitas	Rashid Karami, primer ministro Abdullah Yafi, ex primer ministro Saeb Salam, ex primer ministro Najib Karanouh, diputado
Chiítas	Kamel Al-Assaad, presidente de la Cámara de Diputados Rida Wahid, ex ministro de Trabajo Assem Qanso, presidente del Partido Baath Socialista Árabe Hassan Awada, presidente del Partido Comunista Libanés
Drusos	Kamal Jumblatt, diputado, presidente del Partido Progresista Socialista Majid Arslan ¹⁶ , diputado
total musulmanes	10 (diez)

Fuente: datos tomados de El-Khazen (2000)

¹⁶ A partir del siglo XVI las autoridades otomanas comenzaron a otorgar algunos títulos nobiliarios a las familias libanesas que, de alguna forma, cooperaban con el gobierno o la administración de los territorios de Monte Líbano. Tal es el caso de los Arslan, que recibieron el título de emires y lo usan en la actualidad. La ley libanesa reconoce estas dignidades solo a modo de trato distintivo, sin que conlleven ningún tipo de privilegio. Su uso está prohibido en el Consejo de Ministros y la Cámara de Diputados.

Winslow (1996) sostiene que el problema del Líbano no era la rivalidad entre la diada cristiano-musulmana. En tal caso, las diferencias políticas se podrían haber resuelto a través de concesiones negociadas con el objetivo de satisfacer las demandas más importantes de ambos grupos. En realidad, la cuestión libanesa era que había muchas demandas para satisfacer. En un territorio de 10.452 kilómetros cuadrados, la mitad de la provincia de Tucumán y un poco menos que la ciudad de Buenos Aires y su área metropolitana, había unos cuarenta grupos guerrilleros. Los entes más pequeños eran quienes, con frecuencia, echaban por la borda el esfuerzo de organizaciones más grandes para llevar adelante, por ejemplo, una tregua o conversaciones tendientes a un acuerdo. A los proyectos de la derecha, la izquierda y de aquellos que promovían el statu quo se sumaron más tarde los de Siria e Israel, que alejaron a la guerra civil libanesa de ser un conflicto puramente interno. La adición de estos últimos dos impedían que la situación del Líbano fuera pensada únicamente como una guerra civil o un conflicto interno.

En Siria, el presidente Hafez Al-Assad se mostró interesado por la evolución de los asuntos libaneses por su proyección regional: “[Al-Assad] tenía la visión estratégica de unificar bajo su liderazgo cuatro pueblos y tres países (Siria, Líbano, Jordania y los palestinos) como un contrapeso a Sadat, que estaba comenzando a marchar, paso a paso, hacia una paz bilateral con Israel” (Traboulsi, 2007, p. 194). Ya sin Nasser, Al-Assad podría proyectarse con más fuerza si lograba controlar la situación en el Líbano. El líder sirio apoyaba algunas reformas en beneficio de los musulmanes, pero respaldaba la continuidad de Frangieh e indirectamente al Frente Libanés como un freno a la libertad de acción de la guerrilla palestina, a la que deseaba controlar. En marzo de 1976, el embajador estadounidense Richard Murphy le comunicó a Al-Assad que su gobierno no intervendría directamente en el conflicto libanés. Debilitado, Frangieh pidió a Siria la intervención armada con el apoyo del Frente Libanés. En abril, los primeros soldados sirios se asentaron en el oeste del Líbano. En octubre, la Liga Árabe, reunida en Riad, legitimó el accionar de Siria como “fuerza árabe de disuasión” (Avon y Khatchadourian, 2012, p. 19).

Israel, por su parte, preocupado por la alianza entre la guerrilla palestina y el Movimiento Nacional Libanés, se convirtió en el principal proveedor de armamento del Frente Libanés. Perseguían con estos últimos una política de solidaridad activa, abriendo las fronteras del norte

del país a las localidades cristianas del sur, permitiendo el libre tránsito. De momento, el Frente recibía, por canales separados, la ayuda de dos enemigos jurados: Israel y Siria. En 1978, con la paz en el límite egipcio-israelí prácticamente asegurada por los acuerdos de Camp David, el primer ministro Menachem Begin lanzó la operación “Litani”, una invasión temporal al territorio libanés con el objetivo de destruir bases de la guerrilla palestina desde la frontera hasta el río Litani. El Frente huyó a cualquier condena sobre el accionar israelí, y de este modo, se terminó su sociedad con Siria. A partir de entonces, Al-Assad comenzó a atacar también a esas milicias, “reconociéndose imparciales frente al intento de supresión de la batalla faccional” (O’Ballance, 1998, p. 78). En los hechos, esto significó un apoyo moderado y selectivo por parte de Siria al Movimiento Nacional Libanés, ahora liderado por Walid, el único hijo de Kamal Jumblatt, que había sido asesinado en marzo de 1977. Walid condujo el Partido Progresista Socialista desde la muerte de su padre hasta junio de 2023.

Tras la invasión de 1978, Israel organizó, en el lado libanés de la frontera, un territorio de casi novecientos kilómetros cuadrados, al que comenzó a denominar “Franja de Seguridad”. La administración de la zona fue entregada al Ejército del Líbano Sur, una organización paramilitar que rivalizaba con la guerrilla palestina y tenía ideas afines a las del nacionalismo cristiano libanés. El presidente Elias Sarkis, dominado por Al-Assad, reclamó entonces los territorios ocupados a los organismos internacionales. La resolución 425 (ONU, 1978) del Consejo de Seguridad exigió al ocupante la retirada de todos los territorios y creó una fuerza de separación, la FPNUL, para ser desplegada en el lugar.

Israel llevó adelante una penetración a mayor escala en territorio libanés en 1982: la operación “Paz para Galilea”, que empujó sus tanques hasta Beirut y persiguió a los guerrilleros palestinos hasta el último rincón de la zona metropolitana. Este avance tuvo dos consecuencias importantes para el Líbano:

1. A nivel doméstico, permitió la elección de Bashir Gemayel como presidente del Líbano. La agenda del nuevo jefe de Estado, líder de las Fuerzas Libanesas, el brazo armado del Frente Libanés, incluía el diálogo con los musulmanes, pero también un acuerdo con Israel y la retirada de las tropas sirias del país.

2. A nivel internacional, empujó el desembarco de Estados Unidos, con la ayuda de Francia, Italia y el Reino Unido, a través de una fuerza militar multinacional, destinada a garantizar la salida pacífica de las facciones armadas palestinas del país y entrenar a un nuevo Ejército libanés para que se haga cargo de la seguridad de su país.

Sin embargo, estos cambios tuvieron corta vida. Bashir Gemayel murió asesinado pocos días más tarde, y fue reemplazado por su pragmático hermano mayor, Amin Gemayel. Éste decidió poner la cuestión de la retirada de Siria en un paréntesis y descartó cualquier posibilidad de un acuerdo con Israel. Crecientemente deslegitimado por sus pares partidarios, debió apoyarse cada vez más en Al-Assad. Por otra parte, la Fuerza Multinacional en el Líbano también acabó abruptamente tras los atentados contra la embajada de Estados Unidos en Beirut y la sede del comando mayor que estas tropas extranjeras mantenían en las afueras de la capital. Israel, por su parte, se replegó hasta la llamada “Franja de Seguridad”.

En 1988, con su presidencia próxima a concluir, Gemayel nombró como primer ministro a Michel Aoun, un general maronita, quien, según el funcionamiento consuetudinario de la administración, estaba destinado a reemplazarlo provisionalmente como jefe de Estado una vez que su mandato llegara a su fin, al menos hasta la elección de un nuevo presidente. Este hecho fue resistido por el primer ministro Salim Al-Hoss, quien se negó a renunciar. Desde entonces, y hasta la finalización de la guerra, el Líbano contó con dos gobiernos: uno liderado por Aoun, que contaba con el respaldo de las naciones occidentales, y otro conducido por Al-Hoss, apoyado por los países árabes. Gemayel se mudó a Suiza, viviendo el exilio hasta el 2000.

En octubre de 1989, Arabia Saudita convocó a una reunión en la ciudad saudita de Taif¹⁷, que precipitó el final del conflicto armado. Asistieron a esa localidad 62 diputados, exactamente 31 cristianos y otros tantos musulmanes, de los 73 sobrevivientes a las últimas elecciones que se

¹⁷ Los esfuerzos de Arabia Saudita para resolver la cuestión libanesa no eran nuevos. El rey Fahd había propiciado las conferencias de paz para el Líbano que tuvieron lugar en Ginebra en 1983 y 1984. Luego, había articulado el Comité Tripartito, un grupo especializado de la Liga Árabe que estaba buscando resolver la cuestión libanesa. Estaba integrado por los ministros de Relaciones Exteriores de Arabia Saudita (el príncipe Saud bin Faisal), Marruecos (Abdellatif Filali) y Argelia (Sid Ahmad Ghozali) y un enviado especial de Secretaría de la Liga (Lakhdar Brahimi). La organización de la cumbre de Taif había sido confiada al príncipe Bandar bin Sultan, embajador saudita en Estados Unidos, y el empresario libanés Rafic Hariri, quienes trabajaron codo a codo con el presidente de la Cámara de Diputados del Líbano, Hussein Al-Husseini.

habían realizado en el Líbano, en abril de 1972. Las reformas políticas acordadas en Taif fueron muy importantes. El espíritu consagraba, en sus artículos 5.a y 5.b (ONU, 1989), dos principios que iban a regir en la división de bancas de la Cámara de Diputados y de carteras en el Consejo de Ministros:

1. La igualdad de representación entre la comunidad cristiana y la comunidad musulmana.
2. La proporcionalidad de representación entre las sectas que componían cada comunidad.

Asimismo, se fortaleció la figura del primer ministro y del presidente de la Cámara en detrimento de las atribuciones del presidente de la República. En resumen, el régimen mutó de un modelo presidencialista a otro parlamentario y dotó de equilibrio al poder político de ambos grupos religiosos.

Los principales damnificados por el tratado eran los cristianos, “convencidos de que años de lucha y sacrificio no habían aportado nada a su comunidad excepto dificultades, migración y sucesivas derrotas en los frentes militares y políticos” (Harik y Khashan, 1993, p. 52). La preocupación estaba justificada, en tanto perdieron relevancia política.

D. Dimensión externa de la ocupación siria (1990-2005)

En el contexto de las negociaciones que derivaron en el Acuerdo de Taif, la situación internacional se volvió un gran condicionante que afectó al Líbano nuevamente, y esta vez por un largo tiempo. Siria, que había intervenido en el Líbano en 1976 con motivo de la guerra civil, logró sostener su permanencia en el país más allá del acuerdo de paz. Entre 1990 y 2005, una parte importante de la política libanesa se manejaba desde Damasco.

En un contexto de creciente debilidad de la Unión Soviética, el presidente iraquí Saddam Hussein demostraba una actitud crítica hacia el Estado de Kuwait, reflatando viejas disputas fronterizas y barajando un posible conflicto. En ese contexto, el presidente estadounidense

George Bush entendía que un acuerdo con Siria sería ideal para contener la amenaza que Irak podría representar para sus intereses en la región. Entre Damasco y Bagdad había un ambiente de rivalidad que llevaba varias décadas. En primer lugar, el Partido Baath en Siria había cambiado su dirigencia, mientras su homónimo en Irak la había mantenido; ante la purga, la conducción tradicional de la agrupación siria buscó refugio en Bagdad. El segundo lugar, Irak acusó a Siria de traicionar a la causa árabe cuando respaldó las resoluciones 242 (ONU, 1967) y 338 (ONU, 1973) del Consejo de Seguridad, que ponían fin al conflicto de 1967 con Israel, y también cuando ingresó a territorio libanés con el objetivo de disciplinar a la guerrilla palestina. En tercer lugar, la construcción de la represa de Al-Tabqa y del lago artificial Al-Assad en 1973 complicó la provisión hídrica de Irak. En cuarto lugar, Irak desarrolló en los setenta rutas alternativas para el transporte de petróleo, que antes pasaba casi exclusivamente por Siria. La apertura de nuevos oleoductos hacia el Golfo y a través de Turquía dejaron a Damasco sin importantes ingresos a partir de 1976. Finalmente, la proximidad entre Al-Assad y el líder supremo iraní, Ruhollah Khomeini, también inquietó a Bagdad, cuyas sospechas se confirmaron cuando Irán recibió apoyo sirio en la guerra que ambos sostuvieron en los ochenta.

El objetivo de Bush era apoyarse en esas diferencias para minar el respaldo a Hussein en Medio Oriente. Mientras tanto, Siria buscaba un nuevo socio ante el ocaso soviético. Por eso, intentó persuadir a Egipto de que podía jugar un rol en la cuestión árabe-israelí. Así, Bush se convenció de que Siria podría ser el apoyo que buscaba para generar un nuevo orden en Medio Oriente: Siria no solo le ayudaría a contener la amenaza que Saddam Hussein representaba, sino que además podía servir de pivot para arbitrar las intenciones de Irán más allá del Golfo. Entre las nuevas responsabilidades en Siria, se hallaba la supervisión de la situación en el Líbano, más allá del conflicto armado. Esta condición resultó muy ventajosa para Siria: restableció sus relaciones diplomáticas con el Reino Unido, afianzó su vínculo con los Estados Unidos y logró el final de

las sanciones de la Comunidad Europea¹⁸. Como contraparte, accedió a participar de una serie de encuentros con Israel, tendientes a destrabar el problema árabe-israelí. (Drysdale, 1992)

En Taif se acordó la presencia de las Fuerzas Armadas de Siria en el territorio libanés como una forma de garantizar el proceso de paz entre las comunidades nacionales más allá de la firma del acuerdo. Según Stack (2005), al término de la guerra, había cuarenta mil soldados sirios en el Líbano. Asimismo, aunque todos los brazos armados de las agrupaciones políticas que intervinieron en la guerra civil acordaron la entrega de su arsenal, no fue el caso de las fuerzas de Hezbolá, un partido conservador chiíta alineado con Irán, que recibió el estatus de “resistencia nacional” contra Israel, que por entonces todavía ocupaba la Franja de Seguridad. Esta concesión fue una muestra de buena voluntad por parte de Siria a Teherán, quien, de esta forma, apoyaría el rol de Damasco como interventor en los asuntos libaneses, tanto domésticos como externos. También recayó en Siria la responsabilidad de seleccionar a un nuevo presidente alineado con la nueva época que se aproximaba; el cargo recayó en René Moawad, un ex diputado de perfil moderado, que no había tenido un rol relevante durante el conflicto armado. Su asesinato, pocas semanas después de su elección, precipitó la designación de su reemplazante, Elias Harawi, un empresario con un perfil similar. Mientras tanto, Salim Al-Hoss fue confirmado en su cargo. En 1991, Michel Aoun, tras refugiarse en la embajada francesa con la anuencia de su titular René Ala, fue derrotado y partió al exilio en Marsella, donde permaneció hasta 2005.

Pero la presencia de Siria no era solamente militar, sino que abarcaba también otros ámbitos. En mayo de 1991, Líbano y Siria firmaron el Tratado de Hermandad, Cooperación y Coordinación. Este acuerdo creaba un Consejo Supremo, integrado por los presidentes, los primeros ministros y los presidentes de ambos parlamentos. Según el artículo 6.D del convenio, las resoluciones que

¹⁸ El 17 de abril de 1986, una ciudadana irlandesa, Anne-Marie Murphy, fue detenida en el aeropuerto de Heathrow (Londres) poco antes de abordar un vuelo de El-Al, la aerolínea de bandera israelí, con destino a Tel Aviv. Llevaba un kilo y medio de explosivos en la valija. Murphy culpó a su novio, el jordano Nizar Al-Hindawi, que se entregó veinticuatro horas más tarde. En el juicio, Al-Hindawi reconoció haber trabajado con la inteligencia de la Fuerza Aérea Siria para cometer el atentado. Los agentes trabajaban de manera encubierta como funcionarios de SyrianAir, la aerolínea de bandera siria. Al-Hindawi fue condenado a 45 años de prisión. La primera ministra Margaret Thatcher rompió relaciones con el gobierno sirio y pidió sanciones a la Comunidad Europea (CE). En noviembre, la CE anunció un paquete de medidas contra Siria: prohibición de venta de armas, suspensión de visitas de alto nivel, averiguación de antecedentes del personal de las embajadas sirias en la región y una investigación sobre los vuelos de SyrianAir. El presidente Hafez Al-Assad habló de un complot del Mossad. Estados Unidos imitó el gesto británico, mientras Bélgica y Canadá llamaron a consultas a sus embajadores. Las medidas se levantaron en 1994.

emitía el Consejo tenían jerarquía constitucional. Junto a él se crearon otros comités: el Económico Social, el de Defensa y Seguridad y el de Relaciones Exteriores. En septiembre, el gobierno libanés accedió a firmar un “refuerzo”, el Pacto de Defensa y Seguridad, que extendió la coordinación militar a la policía y la inteligencia y permitía la censura a la prensa. Junto al tratado y al pacto, afirma El-Husseini (2012), “se firmaron otros diecisiete tratados que, vinculando la política libanesa con los intereses sirios, institucionalizaron completamente el dominio de Siria en el Líbano” (p. 17). El poder de Al-Assad se materializaba a través del jefe local de la Dirección de Seguridad Política, una de las ramas del servicio secreto, conocido por su nombre genérico de *mukhabarat*.

La retención de soberanía que Siria ejercía en el Líbano era enorme. En los hechos, el gobierno de Beirut no podía ir en ninguna dirección que implicase un riesgo para la seguridad o los intereses de Damasco. Así describe la situación Bou Malhab Attallah (1992):

Además, la organización prevista por el tratado permitía, en sí misma, considerar que allí no se hablaba de cooperación, sino más bien de integración camuflada, o al menos de una “integración por cooperación”, o en el mejor de los casos, de una satelización institucionalizada (p. 188).

Con estos términos, lo que el autor implica es que el Líbano, sin perder totalmente su soberanía, quedaba atado a Siria en un marco de gran dependencia. Las diferencias sociales y económicas entre sirios y libaneses, junto con las dificultades ideológicas graves que presentaba especialmente para un sector de la elite libanesa, que rechazaba su condición de “árabe”, impedían que Damasco fusione ambas naciones, aunque eso fuera, a largo plazo, lo que pretendía con una estrategia como la que terminó aplicando que, cuanto menos, eliminó cualquier posibilidad de conflicto y ponía a la ansiada unidad como un objetivo posible. Vale recordar que éste no era simplemente un acuerdo de cooperación tal y como se lo conoce en la jerga internacional. La palabra que se usó para titularlo fue, justamente, “fraternidad” (Bou Malhab Attallah, 1992).

En 1991, Harawi eligió directamente a cuarenta legisladores para integrar la Cámara de Diputados: todos ellos tenían vínculos con Damasco. Esta situación permitió agilizar los

acuerdos suscritos. Asimismo, prometió elecciones libres para el año venidero. La creencia general era que las elecciones legislativas prometidas para 1992 legitimarían a un nuevo cuerpo político que promovería la salida de Siria del territorio nacional, ejemplo que sería copiado por los israelíes apostados en el sur. Los maronitas, en cambio, sostenían que la realización de elecciones con la presencia de Siria en el país sería una interferencia para el desarrollo de las mismas, por lo que debían celebrarse después de su salida, que tendría que concretarse lo más rápido posible. Los partidarios de Michel Aoun propusieron la abstención electoral, medida que, tiempo más tarde, fue acompañada por otros partidos afines, coordinados por Nasrallah Sfeir, cardenal patriarca de Antioquía de los Maronitas, la persona más influyente de esa comunidad. (Harik y Khashan, 1993)

E. Dimensión doméstica de la ocupación siria (1990-2005)

Como indica Baumann (2016), “Taif fue un acuerdo entre, y administrado por, Estados Unidos y los sirios, a través de los sauditas” (p. 40). El acuerdo de Taif implementó cambios político-institucionales profundos, vinculados a la igualdad entre las comunidades cristiana y musulmana y la proporcionalidad al interior de cada comunidad, teniendo en cuenta el censo de 1932 y las religiones oficialmente reconocidas por resolución del Consejo de Ministros. En relación al Poder Legislativo, la Cámara de Diputados se amplió una vez más, esta vez para alojar 128 bancas. Además, se fortaleció la figura de su titular, al prolongar su mandato a la totalidad de duración de la Legislatura, es decir, desde el período que se extiende de una elección hasta la subsiguiente, en promedio, cuatro años. Los presidentes anteriores eran elegidos únicamente por el mandato del período de sesiones, es decir aproximadamente un año. Además, el presidente de la República debía contar con su aprobación para designar al primer ministro.

Tabla 7

Asignación confesional de bancas en la Cámara de Diputados del Líbano a partir de 1992

comunidad	secta	bancas
cristiana	católicos maronitas	34
	católicos melquitas	8
	católicos armenios	1
	ortodoxos griegos	14
	ortodoxos armenios	5
	protestantes	1
	otros cristianos	1
subtotal cristianos		64
musulmana	sunitas	27
	chiítas	27
	drusos	8
	alauitas	2
subtotal musulmanes		64
total		128

Fuente: datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

También el Poder Ejecutivo atravesó importantes cambios. El más importante de ellos fue que, a partir de ahora, el presidente debía compartir su poder con el primer ministro y el Consejo de Ministros. Además, el gabinete debía guardar cierta correspondencia con la Cámara de Diputados, ya que también estaba obligado a respetar los principios de igualdad entre comunidades y proporcionalidad entre sectas.

Tabla 8*Cambios en la Constitución vinculados al Poder Ejecutivo tras el Acuerdo de Taif*

art.	tema	antes del Acuerdo	después del Acuerdo
17	Ejercicio del Poder Ejecutivo	El presidente	El Consejo de Ministros
18	Elaboración de los proyectos de ley	El presidente o la Cámara de Diputados	El Consejo de Ministros o la Cámara de Diputados
52	Ratificación de tratados internacionales	El presidente	El presidente y el primer ministro
53	Nombramiento del primer ministro	El presidente	El presidente y el presidente de la Cámara de Diputados
53	Nombramiento de los ministros	El presidente	El presidente y el primer ministro
54	Firma de decretos del Poder Ejecutivo	El presidente y los ministros involucrados	El presidente, el primer ministro y los ministros involucrados
55	Decisión del Poder Ejecutivo de disolver la Cámara de Diputados	Según la opinión del presidente y el Consejo de Ministros	El presidente y el Consejo de Ministros deben invocar alguna de las razones específicamente tipificadas en la Constitución
76	Reforma de la Constitución	Iniciativa del presidente o de la Cámara de Diputados	Iniciativa del presidente y el Consejo de Ministros o de la Cámara de Diputados

Fuente: datos tomados de Tabbarah (1997)

F. La comunidad chiíta libanesa durante la guerra civil y la ocupación siria

Teniendo un panorama sobre cómo se desarrolló la guerra civil en el Líbano cabe preguntarse, a esta altura, qué sucedía con los 900 mil chiítas libaneses que residían allí y constituían casi un tercio de la población total. El objetivo de esta sección es relatar el empoderamiento de este grupo tradicionalmente en desventaja frente a las otras sectas y explicar su relación con Irán.

El boom de la construcción y los servicios turísticos en Beirut a partir de la década de 1960 requirió mano de obra de baja calificación, que emigró desde el interior rural, fundamentalmente desde el sur, donde residían los chiítas. Este desplazamiento rural-urbano fue alentado por la situación de inseguridad causada por la presencia de la guerrilla palestina cerca de la frontera con Israel. Por entonces, los chiítas eran una comunidad políticamente marginada, relegada a la titularidad de la Cámara de Diputados, un rol protocolar y menos visible que el que poseían los sunitas liderando el Consejo de Ministros o los maronitas en la Presidencia de la República. Además, la conquista de esa posición política llevó algún tiempo y estuvo marcada por la resistencia de los ortodoxos y los melquitas, mientras que ni maronitas ni sunitas habían sido desafiados cuando accedieron a las suyas. Sobre esta exclusión es posible afirmar que contaba con cierta lógica en un régimen elitista como el libanés, donde los chiítas eran una comunidad “empobrecida y subdesarrollada” (Norton, 2009, p. 12).

Los cuadros políticos chiítas pertenecían a familias tradicionales de la zona sur y sudeste del país. Algunas familias tradicionales en los cargos públicos eran los Al-Assaad, los Al-Khalil y los Hamadé. Sin embargo, al mismo tiempo que se produjo la migración rural-urbana del sur hacia Beirut, regresó al país, con cierto buen pasar económico, una generación que había emigrado al Golfo y África occidental en su juventud en busca de oportunidades. Esta nueva clase media se negaba a alinearse con los partidos de notables, provocando una crisis de legitimidad en el liderazgo tradicional. (Shanahan, 2011)

En ese contexto de cambio emergió la figura del carismático clérigo Musa Al-Sadr, quien, con un mensaje de justicia social y de anhelos de mejorar la representación política chiíta en los órganos de gobierno libaneses, rápidamente logró popularidad en esa nueva clase media chiíta. Su proyección se consolidó cuando promovió la creación del Consejo Supremo Islámico Chiíta en 1967, del que se convirtió en su titular. A modo de comparación, los sunitas ya estaban organizados desde 1932, con el Consejo Supremo de la Sharia Islámica, conocido como *Dar Al-Fatwa*, y los drusos desde 1948, con el Consejo de la Comunidad Drusa. (Harik, 1994)

En 1974, Al-Sadr fundó el Movimiento de los Desposeídos, que adoptaría el nombre de “Regimientos de la Resistencia Libanesa” (*Afwaj Al-Moqawama Al-Lubnaniya*) durante la guerra

civil. Las iniciales del grupo formaban el acrónimo *AML* o bien *Amal* (“esperanza”), y tanto el Movimiento como los Regimientos pasaron a ser llamados de ese modo. Como afirma Shanahan (2011), el Partido Amal “fue el primer intento que hicieron los chiítas para organizarse políticamente en torno a líneas sectarias, independientes de los punteros tradicionales” (p. 107). Al-Sadr no buscaba excluir a las otras comunidades; de hecho, estaba de acuerdo con que los maronitas conserven la presidencia del país. Sus demandas se centraban en el “olvido del Sur”, es decir, la falta de inversión pública en esa región del Líbano, donde vivían la mayoría de los chiítas. Aunque en el comienzo de la guerra civil Amal fue asesorado por una de las organizaciones palestinas más numerosa, Fatah, se acabó distanciando por las consecuencias que traía la presencia en el sur de esa guerrilla extranjera. Por eso, a partir de 1976 se apoyó en Siria y el Movimiento Nacional Libanés. (Norton, 2009)

El Partido Amal ganó popularidad entre los chiítas por diversos motivos. El primero de ellos fue el rol protagónico que jugó en la defensa de los habitantes musulmanes del sur del Líbano cuando, en 1978, Israel lanzó la operación “Litani”. En segundo lugar, estaba la desaparición de Al-Sadr en un viaje a Libia, donde se presume que fue asesinado por Muammar Al-Gaddafi. El hecho de que no se conociera su paradero fue asociado por algunos a la condición de que Al-Sadr era, en realidad, el “imán oculto”, que en su ausencia protegía a la comunidad y un día habría de venir como *mahdi* (“guiado”) a liberar la tierra del pecado, en una suerte de “juicio final”. Esto le dio al partido una connotación mística que generó adhesiones en ciertos círculos. En tercer lugar, estaba el ascenso del clérigo Ruhollah Khomeini como líder supremo de Irán, tras haber derrocado al sha en 1979 y haber proclamado la Revolución Islámica.

Durante el resto de la guerra civil, Amal continuó apoyando a Siria, mostrándose favorable a su intervención y a su intento de controlar el accionar de la guerrilla palestina. En ese contexto dio muestras de fortalecimiento, especialmente a partir de 1984, cuando Hussein Al-Husseini, uno de los fundadores del Partido, se convirtió en el presidente de la Cámara de Diputados. En 1992, fue sucedido en el puesto por Nabih Berri, un juez de segunda instancia que provenía de la misma agrupación, quien, aunque era su titular desde 1980, había tenido hasta entonces menos

exposición que Al-Husseini. Berri fue reelegido para el cargo en 1996, 2000, 2005, 2009, 2018 y 2022.

Aunque Amal fue el primer espacio de politización concreta de la comunidad chiíta libanesa, aún debía emerger otro actor, altamente relevante no solo para la agenda nacional sino también para la regional. El surgimiento de *Hezbollah* (“Partido de Dios”), el otro gran movimiento chiíta, respondió a una matriz originaria diferente. Mientras Amal surgió al calor de las demandas sociales y las aspiraciones políticas de su comunidad, Hezbollah lo hizo desde una perspectiva combativa, como resistencia a la ocupación israelí, que había invadido el país en 1978 y 1982 y se hallaba asentada en la Franja de Seguridad, y a la presencia de la fuerza multinacional que lideró Estados Unidos entre 1982 y 1984.

A fines de la década de 1970, tras el triunfo de la revolución islámica en Irán, comenzaron a reunirse en torno a Hezbollah militantes provenientes de una pequeña agrupación simpatizante con la gesta iraní, el Partido Dawa, al que se sumaron elementos de Amal más radicalizados, descontentos con ciertas internas en su movimiento, y otros independientes. A Hezbollah le resultó sencillo reclutar voluntarios para su causa en el contexto de la guerra civil y de la presencia extranjera, sumado al enfrentamiento entre Amal y la guerrilla palestina. Partidarios de una cosmovisión islámica conservadora, confiaron la conducción de la agrupación a expertos religiosos.

El vínculo con Teherán se afianzó tras la invasión israelí de 1982, en el marco de la operación “Litani”. El lazo entre ambos era profundamente ideológico. Finalmente, en su Carta Abierta de 1985, rescataron formalmente el ideario del ayatolá Ruhollah Khomeini como bandera. Para Irán, Hezbollah era un suceso trascendente, ya que marcaba la posibilidad de “exportación” de su revolución confesional a otros países de la región y la posibilidad de tener una posición de autonomía frente al conflicto este-oeste. Esta situación marcaba el corazón de su prédica: en los peores momentos de la población chiíta libanesa, nadie acudió a su ayuda; el Estado los desatendió en los años dorados y los abandonó más tarde, cuando los israelíes invadieron el territorio. Las superpotencias, por su parte, solo miraban sus propios intereses. Hezbollah surgió, según el propio relato, como una respuesta islámica a los problemas de los musulmanes

libaneses. Nadie acudiría a socorrerlos. Esta visión de la propia comunidad como un grupo oprimido no es exclusiva de los chiítas libaneses. Como dice Marusek (2018),

Por supuesto, los chiítas no siempre han sido víctimas de opresión, han sido también opresores. Sin embargo, las múltiples narrativas del sufrimiento chiíta son muy poderosas y moldearon profundamente su activismo como movimiento transnacional islámico que promueve una cultura de resistencia contra diferentes formas de injusticia. (p. 27)

Uno de los aspectos que generaba mayor contraste entre Amal y Hezbolá era el desprecio del segundo por la política electoral, a la que el primero se acomodaba muy bien. Desde la presidencia de la Cámara de Diputados, Amal comenzó a generar oportunidades para los chiítas en el sector público a través de una red burocrática cada vez más densa. Hezbolá, por su parte, hubiese preferido mantenerse al margen de la política eleccionaria. En los hechos, como indica Azani (2011), entre las dos agrupaciones había importantes diferencias:

1. Amal no consideraba a la liberación de Palestina como un punto fundamental en su agenda internacional. En cambio, había apoyado a Siria en su intento de mantener la guerrilla bajo control. Para Hezbolá, la causa palestina constituía una bandera que podía traer la unidad a todos los países musulmanes.
2. Amal era proclive a lograr un entendimiento con Israel por la vía diplomática. Hezbolá descartó esta posibilidad, reivindicando la lucha armada.
3. Amal se mostraba predispuesta a generar acuerdos con los sunitas y maronitas, lo que para Hezbolá implicaba traicionar al chiísmo.

En el contexto de esas diferencias, entre uno y otro grupo se sucedían enfrentamientos armados por el control de las zonas chiítas, fundamentalmente en el sur y Beirut. A pesar de ese distanciamiento, había dos actores interesados en que ambos partidos caminen juntos. Para Irán, era de suma importancia cuidar a Hezbolá, fundamentalmente después de los logros que había mostrado en el terreno libanés. Para ello acudió a Siria, en búsqueda de una solución. Para Siria, Hezbolá era un puente con Irán, su tema de conversación más frecuente. Al-Assad estaba embanderado en una visión más pragmática, aunque no desconocía el alineamiento con Teherán,

entendía que, como árbitro de la cuestión libanesa, podía permitirle al Partido de Dios ciertas concesiones que iban a empujar a mejorar su relación también con los sirios. La condición de “resistencia” que Siria le garantizaría a Hezbolá en los acuerdos de Taif no solo serviría para mantener a raya a los israelíes; también cumpliría el rol de mantener a raya a los libaneses descontentos con su presencia militar en el país. En esa estrategia, Amal aparecía como el balance ideal para Hezbolá, una forma de responder al dilema del *quis custodiet ipsos custodes*. La muerte de Khomeini en 1989 marcó un momento de debilidad para Irán y, como consecuencia, consolidó el rol de Siria como moderador de Hezbolá. (Norton, 2009)

Los dos acuerdos de Damasco, firmados en 1988 y 1990 por ambas agrupaciones a instancias del asesoramiento sirio-iraní, generaron cambios en su relación. Por un lado, Amal entró en una relación forzada pero conveniente con Hezbolá. Como afirma Preston (2004), Amal “se transformó de una organización revolucionaria en un sistema de patronazgo” (p. 140), obligada, a su tiempo, por las autoridades en Damasco, “a cooperar con Hezbolá en sus ataques contra Israel y las fuerzas pro israelíes en el sur del Líbano para sostener su perfil público y su posición política” (p. 209). Shanahan (2011) habla de una “alianza electoral impuesta” (p. 118) donde, frente al abstencionismo de las agrupaciones cristianas, Siria necesitó valerse de partidos capaces de obtener votos en las elecciones. Amal se apoyó en este acuerdo que le ofreció Al-Assad comprendiendo la lógica del sistema, mientras Hezbolá se adaptó de manera paulatina en el contexto de fuertes debates internos.

Finalmente, la participación en las elecciones de 1992 fue comunicada a su público como una nueva forma de resistencia: la política, en las trincheras institucionales (Azani, 2011). Algunos meses antes de las elecciones, el secretario general de Hezbolá, Abbas Al-Musawi, murió en un atentado perpetrado por Israel junto a su esposa, su hijo y otros ocupantes del convoy de autos que los trasladaba. Fue reemplazado por Hassan Nasrallah, un clérigo del Consejo Asesor de la agrupación, que había estado a cargo de las secciones financiera y militar y, en su juventud, había militado en Amal. Proveniente de otra generación, Nasrallah entendía mejor que sus antecesores la importancia de los medios de comunicación y su manejo, y entabló con estos una relación

frecuente. Fue reelecto para el cargo en 1995 y 1998. En 2001, fue nombrado secretario general vitalicio. (Alagha, 2011)

A partir del 2000, un suceso marcó a fuego a Hezbolá: la retirada de Israel del territorio libanés. En efecto:

En 1999, el candidato a primer ministro de Israel por el Partido Laborista, Ehud Barak, prometió en campaña el regreso de los más de mil quinientos soldados que todavía estaban apostados en la Zona de Seguridad. Creía que esta estrategia, en el plano internacional, habilitaría las negociaciones con Damasco y debilitaría a Irán, ya que, sin Israel en el territorio libanés, Hezbolá perdería la razón de ser. La milicia atacaba a las poblaciones del norte de Israel con frecuencia, y causaba de manera constante bajas militares a los soldados apostados en la frontera. Asimismo, buscaba limpiar la imagen del país, comprometida después del bombardeo, en 1996, de un refugio de Naciones Unidas en Qana, en el sur del Líbano, donde murieron 106 civiles y otros 116 resultaron heridos. Barak ganó la elección y confirmó que en julio retiraría las tropas de la Zona de Seguridad, en cumplimiento con las exigencias de la resolución 425 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, votada en 1978. (Chaya, 2020a)

Cuando la retirada israelí se concretó en mayo de 2000, había gran expectativa en torno al papel que jugarían Siria y Hezbolá a partir de entonces. En los cálculos israelíes, la intervención de ambos actores en los asuntos militares del Líbano perdería razón de ser. Sin embargo, ni el primero aceptó la posibilidad de abrir un diálogo para la paz ni el segundo desarmó a la milicia, que, de hecho, logró canalizar la salida de Israel como una victoria partidaria. Con el objetivo de sostener su condición de “resistencia contra la ocupación”, reclamó a Israel una novedad: que haga efectiva su salida también de las Granjas de Shebaa. La zona era un conjunto de explotaciones agrícola-ganaderas de 2.500 hectáreas situadas en el sudeste del país, que estaban en disputa entre el Líbano y Siria desde la demarcación de fronteras en 1919. Durante los años de duración del Mandato, Francia había intentado zanjar el debate otorgándole la soberanía del territorio al gobierno de Damasco, lo que generó la protesta de los libaneses. Más tarde, en 1964, una comisión binacional sirio-libanesa recomendó que la zona pase al control del gobierno de

Beirut, aunque esta propuesta nunca fue implementada. En 1967, Israel ocupó el área en el marco de la toma de los Altos del Golán. En 2000, tras la retirada israelí, Siria reconoció finalmente la soberanía libanesa sobre las Granjas en medios de comunicación, aunque no lo hizo ante los organismos internacionales correspondientes, quitándole cualquier validez formal. Esta nueva situación generaba otros ordenamientos. Como afirma Baumann (2016),

El consenso internacional en el que descansaba el acuerdo de paz libanés se había roto: tanto la aceptación estadounidense de la dominación siria en el Líbano, como el rol saudita de dar garantías a Siria a través de su aliado Rafic Hariri y la tolerancia *de facto* por parte de Estados Unidos e Israel del papel militar de Hezbolá. Hariri acabó capturado en estas luchas de poder. (p. 121-122)

A nivel regional, ya sin la presencia israelí en el Líbano y derribado el acuerdo tácito con Estados Unidos, Siria necesitó reafirmar su autoridad asumiendo un rol más conservador, lo que acabó dándole mayor margen de acción a Hezbolá y al presidente de turno, Emile Lahoud. Envalentonados por el apoyo de Siria, Hezbolá incrementó su movilización a favor del ocupante, consciente de que un debilitamiento de Damasco implicaría una amenaza para su posición de poder, en un contexto donde la amenaza externa, es decir Israel, ya no existía.

George Bush quedó liberado del acuerdo que su padre había forjado con Hafez Al-Assad, por lo que comenzó a endurecer su retórica contra Siria. Tras los atentados del 11-S, Washington amenazó con incluir a Damasco, aliado de Irán, en el llamado “Eje del Mal”. Esta metáfora, utilizada por el presidente estadounidense George Bush en su discurso sobre el Estado de la Unión en 2002, recurrió al término “eje” como recuerdo a la articulación entre nazis y fascistas en la Segunda Guerra Mundial, mientras que, al hablar del “mal”, buscaba llevar su discurso hacia lo moral-religioso. En concreto, señalaba a países que, según la visión de los Estados Unidos, auspiciaban el terrorismo y buscaban obtener armas de destrucción masiva, incluyendo a Irak, Irán y Corea del Norte (Heradstveit y Bonham, 2007). La amenaza a Siria podría significar sanciones económicas y, considerando lo que sucedió más tarde con Irak, hasta una invasión internacional.

G. La comunidad sunita libanesa durante la guerra civil y la ocupación siria

La guerra civil fue una etapa donde los sunitas libaneses demostraron ciertas limitaciones para obtener el control de su propia comunidad y erigirse como figuras representativas de otros sectores de los libaneses. Los chiítas habían logrado emanciparse de los liderazgos tradicionales y habían encontrado en Amal y Hezbolá una nueva forma de representación política para su comunidad, ambas a la búsqueda de mayor protagonismo. Los drusos, por su parte, mantuvieron razonablemente unida a su comunidad y proyectaron su visión nacional sobre otros grupos confesionales bajo la conducción de Kamal Jumblatt primero y su hijo Walid después, eclipsando cualquier pretensión de otro sector de conducir al Movimiento Nacional Libanés o a su entidad sucesora a partir de 1982, el Frente Nacional de la Resistencia Libanesa. Incluso los cristianos lograron mantenerse unidos, primero bajo el Frente Libanés, con la conducción tripartita de Pierre Gemayel, Camille Chamoun y Sleiman Frangieh, y a partir de 1980, con el férreo liderazgo de Bashir Gemayel sobre las Fuerzas Libanesas. Aunque después de su muerte el poder comenzó a diluirse en distintos referentes, hubo experiencias de unidad más o menos prolongadas en la comunidad cristiana durante el conflicto armado.

Las naciones extranjeras involucradas en el conflicto también tenían sus preferencias. La guerrilla palestina era aliada de los Jumblatt. Israel se alineó con el Frente Libanés primero y con las Fuerzas Libanesas después, situación a la que se sumó Estados Unidos y la fuerza multinacional. También Francia apoyó a los cristianos hasta el final. Hafez Al-Assad, por su parte, confió primero en el presidente Frangieh y luego en Amal; en todo caso, tenía abierta la línea con Walid Jumblatt, con quien resultaba conveniente mantener abierto el diálogo. Irán contaba con Hezbolá. Los sunitas libaneses, en cambio, permanecieron divididos durante los años de la guerra, sin un referente externo claro. Las grandes ciudades que habitaban, como Beirut, Trípoli o Sidón, estaban bajo control de los grupos palestinos. Esto implicó la toma de un rol relativamente secundario. Como afirma Khashan (2013), la marginación de los sunitas de la vida política de Siria tras la llegada de Al-Assad, siendo él mismo alauita, “se derramó para afectar también a los sunitas libaneses”. (p. 69)

Tras el asesinato del primer ministro Riad Al-Solh en 1951, los sunitas buscaron las soluciones a sus problemas de liderazgo fuera del Líbano, como fue con el presidente egipcio Gamal Abdel Nasser. Por otra parte, los intentos de consolidar un liderazgo local durante la guerra civil y la posguerra no tuvieron éxito:

- Ibrahim Qulayat era el líder de la numerosa milicia nasserista Al-Mourabitoun y uno de los jefes militares más importantes del sunismo. Sin embargo, a lo largo del conflicto armado, había quedado a la sombra de los Jumblatt. Abandonado por sus aliados de la izquierda, partió a Francia en 1985 y se desvinculó de la política.
- Rashid Karami, ocho veces primer ministro del país y uno de los políticos más respetados por la secta sunita, falleció en 1987 en un atentado mientras se trasladaba en helicóptero entre Trípoli y Beirut.
- Hassan Khaled, gran muftí de Beirut y todo el Líbano, era un clérigo reconocido por su moderación y sus contactos políticos. Durante la guerra civil, fue moderador del foro de los ex primeros ministros del país. Fue asesinado en 1989 en un atentado con coche bomba mientras se desplazaba por Beirut.

Huérfanos de liderazgo, solo quedaba Salim Al-Hoss, un primer ministro poco carismático, alineado con Siria. Pero en las elecciones de 1992 emergió un nuevo candidato que se convertiría en el actor excluyente de la política libanesa de los noventa: el empresario Rafic Hariri, de 48 años, hijo de un pequeño agricultor de Sidón, que sería electo primer ministro.

El primer ministro llevaba largo tiempo asentado en Arabia Saudita. Cuando comenzó la guerra en el Líbano en 1975, Hariri ya había pasado una década viviendo en Riad. Allí tuvo éxito trabajando para Oger, una constructora francesa que finalmente adquirió y rebautizó como Saudi Oger. Los antiguos dueños tenían vínculos con el rey Khaled de Arabia Saudita, que el empresario heredó y supo cuidar. En el contexto de la guerra, comenzó a ser convocado para obras de reconstrucción en 1977, dando origen a Liban Oger. El boom de la obra pública en el país de los Saud benefició las arcas de Hariri. En 1979, ya con algo de experiencia en filantropía, fundó el Instituto Islámico para la Cultura y la Educación Superior que, en la zona de Sidón y

alrededores, se dedicaba a realizar actividades de promoción social y financiaba los estudios universitarios de alumnos de la zona. En lugar de usar el flujo de dinero que hacía ingresar al municipio como una forma de desafiar a los líderes tradicionales, prefirió entablar alianzas con ellos. En 1981 adquirió la mayoría de las acciones del grupo inversor dueño del Banco Mediterráneo y obtuvo el permiso necesario para iniciar el Banco Saudita-Libanés. La muerte del rey Khaled en 1982 no fue un impedimento para que continuase vinculado comercialmente a Arabia Saudita. De hecho, obtuvo nuevos e importantes contratos de la mano del nuevo monarca, Fahd bin Abdulaziz, hermano del predecesor, con quien también forjó una relación cercana. (Baumann, 2016)

Pocos meses después de la toma de posesión del rey Fahd, el presidente Amin Gemayel visitó Riad. El nuevo rey le solicitó que el Líbano continúe abierto a los flujos de capital provenientes de Arabia Saudita. Ambos jefes de Estado estaban dispuestos a mantener las relaciones cordiales que regían entre ambos países; Arabia Saudita, en línea con la postura internacional que llevaba adelante la superpotencia norteamericana, apoyaba la permanencia de Gemayel como presidente. Sin embargo, estaba buscando un interlocutor a su medida. El presidente libanés, cuyo hermano había tenido serios vínculos con el gobierno israelí, se mostraba distante de su identidad árabe y, además, era cristiano, no podía negociar como el representante saudita en el conflictivo contexto libanés.

Ese mismo año, el embajador saudita en Beirut, Ali Al-Shaer, regresó a Riad como ministro de Información del Reino, y se convirtió en uno de los principales asesores del rey en relación al conflicto que se desarrollaba allí. Al-Shaer, un diplomático de alto perfil, había llegado al Líbano en 1976 y tenía buenos vínculos con Saeb Salam, el ex primer ministro libanés conocido por su moderación y experiencia. Hariri había colaborado con Salam en la reconstrucción de Beirut tras la invasión israelí y, desde entonces, habían consolidado su vínculo. Tras su llegada a la capital saudita, Hariri se convirtió en un consultor habitual de Al-Shaer sobre el conflicto libanés. Indirectamente, el empresario usó este vínculo para afianzar su relación con el rey Fahd. Al mismo tiempo, la relación con el monarca y el patronazgo de Salam le abrieron las puertas de la élite política libanesa. (Baumann, 2016)

En 1985, Hariri se mudó a Damasco y, una vez allí, las relaciones con la corona saudita le facilitaron el acceso a los círculos políticos sirios. Arabia Saudita y Siria tenían una relación compleja. Sin llegar a un enfrentamiento directo, habían demostrado disidencias en varios escenarios regionales: mientras uno favorecía a Estados Unidos, el otro mantenía excelentes relaciones con la Unión Soviética. En la guerra irano-iraquí, el temor de Riad lo había colocado junto a Saddam Hussein, mientras que Damasco había apoyado a Teherán. Hariri, ahora interlocutor frecuente del vicepresidente sirio Abdel-Halim Khaddam, se convirtió en un negociador informal entre Al-Assad y el monarca. Como afirma Baumann (2016), “Hariri era la auténtica voz del rey Fahd” (p. 33).

Ante la vacante presidencial que se aproximaba por la finalización del período de Gemayel como presidente, Hariri participó activamente de las fallidas negociaciones en Beirut para elegir a un sucesor. También fue, por delegación del gobierno saudita, el encargado de la organización de la conferencia de Taif, donde se reunieron los diputados libaneses para firmar el Acuerdo de Reconciliación Nacional que puso fin a la guerra civil. Finalmente, hizo lo mismo con la reunión de Chtaura, donde, bajo la supervisión del Ejército sirio, los diputados libaneses eligieron a Harawi como presidente.

De esta forma, en la persona del empresario Rafic Hariri coincidieron algunos aspectos, tanto a nivel interno como externo, que permitieron que se convirtiera en el esperado referente unívoco de la comunidad sunita libanesa:

1. A nivel doméstico, la relación con un veterano político prestigioso para los sunitas, como Saeb Salam, junto a su actividad benéfica en su ciudad de origen y al vínculo que forjó con los diputados libaneses entre 1988 y 1989, le permitió ubicarse en un lugar referencial para la secta sunita.
2. A nivel internacional, contaba con el apoyo de Arabia Saudita, uno de los principales socios económicos del Líbano y ligado culturalmente a los sunitas libaneses, y también con el de Siria, responsable de la seguridad, relaciones exteriores y poder de policía en el país. Al-Assad encontró en Hariri a una figura dialoguista, moderada, con capacidad de influir en el círculo del rey Fahd.

En resumen, es cierto que el rol saudita en el Líbano estaría limitado por la presencia siria; sin embargo, los márgenes eran porosos. Aunque la intromisión de Riad en algunos temas más delicados quedaba vedada, tenía un amplio catálogo de acciones por realizar en el ámbito de la acción social, conservando su influencia entre los sunitas del país, y también en lo económico-financiero, cuidando sus crecientes negocios en Beirut y acompañando con el capital de sus ciudadanos la reconstrucción del país.

Las elecciones de 1992 fueron las primeras en veinte años. Aunque la Constitución establecía que los distritos electorales debían coincidir con las gobernaciones, que por entonces eran cinco¹⁹, el uso de *gerrymandering*²⁰ multiplicó las circunscripciones y estableció sus fronteras de manera caprichosa; esta manipulación respondía a la importancia de asegurarle a los aliados de Siria un resultado favorable (Assi, 2016). A ello se sumó una campaña entre los partidos cristianos para boicotear las elecciones promoviendo la abstención. Como resultado, participó en los comicios únicamente el treinta por ciento del padrón. Entre los diputados electos se contaba Rafic Hariri, a quien el presidente Harawi, con el consentimiento de Berri, flamante titular de la Cámara de Diputados, le pidió, días más tarde, que formara gobierno. El primer ministro designado presentó un numeroso gabinete de 32 ministros, que fue aprobado por el Poder Legislativo y entró en funciones rápidamente.

El carácter histórico del Consejo de Ministros presidido por Hariri residía en que era el primero después de una elección legislativa y directamente influido por ella, es decir, que reflejaba de manera más acabada el nuevo espíritu parlamentario que la Constitución quería imprimir al régimen político libanés. Además, reflejaba un cambio de época: ninguno de los ministros sunitas pertenecía a las familias tradicionales de la secta; en cambio, eran cercanos a Hariri y representantes de una nueva generación. Siniora y Ghaziri participaban en los directorios de las empresas de Hariri, Tabbarah era su apoderado legal, Ezzeddine y Misqawi tenían perfiles técnicos y eran recién llegados a la política. También hubo un guiño al presidente Harawi: su

¹⁹ Líbano Norte, Líbano Sur, Monte Líbano, Valle del Bekaa y Beirut. En la actualidad (2024) son ocho. A las cinco originales se agregaron Akkar, separada de Líbano Norte; Nabatieh, separada de Líbano Sur; y Baalbek-Hermel separada del Valle del Bekaa.

²⁰ Acción de manipular los límites de las circunscripciones electorales con el objetivo de obtener ventajas en los comicios.

verno, Fares Boueiz, casado con su hija Zalfa, fue nombrado canciller. En la búsqueda de apoyos, Siria jugó un papel activo para lograr que Hariri llegara al poder. A partir de ahora, como indica Preston (2004), “en el parlamento y el gobierno, los sirios encontraron aliados primero y más que nada entre los sunitas” (p. 43). En otras palabras, la restitución de la centralidad de los sunitas en la vida política libanesa a partir de los noventa fue resultado de la aparición de Hariri y el permiso de Al-Assad.

Tabla 9*Formación ministerial del primer gobierno de Rafic Hariri (1992)*

secta	Ministerio (nombre del ministro)
católicos maronitas	1. Fares Boueiz (Relaciones Exteriores y Emigrados) 2. Mikhael Daher (Educación Nacional y Bellas Artes) 3. Georges Frem (Energía y Agua) 4. Michel Eddé (Cultura y Educación Superior) 5. Sleiman Frangieh (Municipios y Aldeas) 6. Elie Hobeika (Asuntos Sociales y Minusválidos)
católicos melquitas	1. Michel Samaha (Información) 2. Assaad Rizk (Industria y Petróleo) 3. Nicolas Fattoush (Turismo)
ortodoxos griegos	1. Michel Al-Murr (viceprimer ministro) 2. Bechara Merhej (Interior) 3. Adel Qortas (Agricultura) 4. Samir Muqbel (Ambiente)
ortodoxos armenios	1. Hagop Demirdjian (Economía y Comercio) 2. Shahé Barsoumian (sin cartera)
católicos armenios, protestantes, minorías	Ninguno
subtotal cristianos	15 (quince)
sunitas	1. Rafic Hariri (primer ministro) 2. Fouad Siniora (Asuntos Financieros) 3. Muhammad Ghaziri (Correo y Telecomunicaciones) 4. Bahige Tabbarah (Justicia) 5. Hassan Ezzedine (Capacitación Técnica y Vocacional) 6. Omar Misqawi (Transporte)
chiítas	1. Mohsen Dalloul (Defensa) 2. Mahmoud Abu-Hamdan (Vivienda y Cooperativas) 3. Abdullah Al-Amin (Trabajo) 4. Muhammad Murtada (Obras Públicas) 5. Reda Wahid (Emigrados) 6. Ali Osseiran (sin cartera)
drusos	1. Marwan Hamadé (Salud y Asuntos Sociales) 2. Walid Jumblatt (Desplazados) 3. Anwar Al-Khalil (sin cartera)
alauitas	Ninguno
subtotal musulmanes	15 (quince)
total	30 (treinta)

Fuente: datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

Con el final de la Guerra Fría, Estados Unidos le había confiado a Siria el encauzamiento de la situación libanesa. Arabia Saudita, a través de Rafic Hariri, logró un entendimiento con Damasco para no perder influencia en el Levante. Hafez Al-Assad se mostraba proclive al trabajo conjunto con Washington; Riad se ofreció a supervisar el cumplimiento de esas intenciones.

Así como logró seducir a drusos y maronitas para sumarlos a su proyecto de gobierno, Hariri entró en negociaciones con los partidos chiítas. Con Hezbolá el acuerdo fue imposible por tener visiones contrapuestas; sin embargo, Damasco no permitiría un enfrentamiento directo entre Hariri y Hassan Nasrallah. Por otro lado, “el éxito de la relación con Amal dependía de la forma de encarar su relación con el régimen en Damasco, difícil de complacer” (Khashan, 2013, p. 70). Acordar con Amal implicaba respetar la estabilidad de sus militantes en determinados organismos burocráticos, aspecto que chocaba con el intento de Hariri de implementar una reforma administrativa, que, para evitar inconvenientes, nunca realizó.

Para 1998, el abstencionismo electoral de una parte significativa de la comunidad cristiana se mantenía estable. Además, era el cardenal patriarca Sfeir, el maronita más influyente del Líbano, quien la promovía. Ante este escenario, la opción de Hafez Al-Assad era endurecer su control sobre el Líbano. Para ello, preveía la elección de un presidente libanés fuerte, que pudiera rivalizar con el jerarca episcopal. La designación, como opción realista, recayó en Emile Lahoud, un general todavía en actividad, que controlaba los resortes de seguridad del país. Mientras tanto, Hariri crecía en popularidad entre los libaneses y ganaba prestigio internacional. La reconstrucción de Beirut maravillaba al mundo. El primer ministro estaba cada vez más deseoso de deshacerse de la contención impuesta por el país vecino en un momento en el que Al-Assad tenía pensado aumentar el control. Fue por eso que acordó una salida negociada. Tras la elección de Lahoud, presentó la renuncia, y sus diputados accedieron al pedido de Siria de acompañar con sus votos la designación de Salim Al-Hoss como primer ministro.

Las elecciones legislativas de 2000 fueron clave: la lista de Hariri conquistó 26 bancas, un número alto para el elevado nivel de dispersión política libanesa (Chaya, 2017), hasta el primer ministro Al-Hoss había perdido la suya. Hariri, envalentonado con los resultados, comenzó a aspirar a un mayor nivel de autonomía para su gestión o, en otras palabras, mayor independencia

de Siria. Frente al pedido de los líderes políticos sunitas, el presidente Lahoud no tuvo otra alternativa más que nombrar a Rafic Hariri como primer ministro.

Arabia Saudita, por su parte, estaba decidida a levantar el perfil en su relación con el Líbano. Con los Acuerdos de Oslo entre israelíes y palestinos en punto muerto, deseaba tomar un rol protagónico en la mediación, aunque Estados Unidos prefería acudir a Jordania y Egipto. Apoyar a Hariri en su nueva nominación como primer ministro era una medida acorde a esa búsqueda de mayor protagonismo. Junto a ello, se fortaleció la ayuda económica de Arabia Saudita, alentada por Estados Unidos, como una forma de contrarrestar la posible presión proveniente desde Damasco y los chiítas para contener a un Hariri en expansión (Blanford, 2006). De esta forma, el pacto tácito entre Arabia Saudita y Siria comenzaba a resquebrajarse y, junto con él, el que existía entre el primer ministro y el presidente en el Líbano.

Los sucesos del 11-S y subsecuente anuncio de una política de lucha contra el “Eje del Mal” por parte del presidente de Estados Unidos George Bush alimentaron todavía más la grieta entre Arabia Saudita, por un lado, y Siria e Irán, por el otro. Al final del ciclo, esta situación empujó aún más lejos a Hariri de Lahoud, y puso al primero en una situación de enfrentamiento con el nuevo presidente sirio, Bashar Al-Assad, quien protegía al presidente libanés.

El mandato de Lahoud, que culminaba el 24 de noviembre de 2004, fue motivo del distanciamiento final entre el presidente y el primer ministro, y de este último con Siria. Damasco presionó a los diputados libaneses para que aprueben una enmienda constitucional que extienda el período del presidente por otros tres años. El 26 de agosto, Bashar Al-Assad convocó a Hariri a Damasco para comunicarle que no admitiría ninguna discusión al respecto. Finalmente, en medio de presiones, la reforma fue aprobada el 3 de septiembre con 96 votos a favor, 26 en contra y seis ausencias.

En protesta, varios ministros presentaron su renuncia cuatro días después: Marwan Hamadé, de Economía, Ghazi Aridi, de Cultura, Abdullah Farhat, de Ambiente, y Fares Boueiz, de Desplazados. Finalmente, Hariri renunció el 4 de octubre y fue reemplazado por Omar Karami dos semanas más tarde. Liberado de las responsabilidades del cargo, comenzó a mostrar públicamente sus coincidencias con el cardenal Sfeir, quien reclamaba la salida de las tropas

sirias del territorio libanés, y con Walid Jumblatt, quien lideraba el bloque que había votado contra la reelección de Lahoud. El diputado tampoco participó del desfile militar del 22 de noviembre, lo que fue considerado como un desplante al jefe de Estado. (Blanford, 2006)

Conocedores de la situación que acontecía en el Líbano, Bush y su par francés, Jacques Chirac, impulsaron la resolución 1559 en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, con el objetivo de presionar a Siria. El documento exigía la salida de las tropas extranjeras del Líbano y el desarme de todas las milicias, aludiendo implícitamente a Siria y Hezbolá (Naciones Unidas, 2004). Como parte de esta imbricación entre lo doméstico y lo externo, la reacción en el interior del país no se hizo esperar: los chiítas de Hezbolá comprendieron que su supervivencia estaba atada a la reelección de Lahoud, lo que generó un quiebre con los sunitas que apoyaban a Hariri. Además, la resolución atrajo la atención internacional sobre las elecciones legislativas, que iban a celebrarse entre mayo y junio de 2005. La crítica sobre el accionar de Siria se incrementó. Esta situación generó enfrentamientos verbales entre los miembros del gabinete de Karami y Hariri y los legisladores de su bloque. Damasco intentó negociar sin éxito una lista con el ex primer ministro. (Blanford, 2006)

El 14 de febrero de 2005 fue un día aciago. Poco después del mediodía, una potente detonación, calculada en mil kilos de explosivos, interceptó la caravana de Hariri frente al hotel Saint George, acabando con la vida del ex primer ministro y otras 21 personas. La explosión dejó un cráter de diez metros de diámetro y tres metros de profundidad. Dada la relevancia de la figura de Rafic Hariri, este suceso generaría un cambio trascendental en la política libanesa y se proyectaría de lleno en toda la región.

H. El Líbano tras la retirada de Siria (27 de abril de 2005)

Tras el asesinato de Rafic Hariri el 14 de febrero de 2005, se precipitaron una serie de hechos que favorecieron la retirada de Siria del territorio libanés. Este suceso generó cambios a nivel interno y también alteró ciertas dinámicas regionales. En torno a la retirada siria, confluyeron dos fuerzas

de presión: una externa y otra interna. En cuanto a la externa, es posible afirmar que los posicionamientos de ciertos actores relevantes empujaron esa salida (Assi, 2016)

- Estados Unidos, que había acordado con Siria la ocupación del Líbano en 1989, cambió su posición después de los atentados de 11-S. El Congreso de los Estados Unidos acusó a Siria de “albergar y apoyar grupos terroristas”, “desarrollar amenazas misilísticas”, “mantener relaciones con Irán y Hezbolá”, “impedir al Líbano el ejercicio de su soberanía”, “adquirir armas de destrucción masiva” (Congreso de los Estados Unidos, 2003), abriendo la puerta para una eventual intervención como la que habían llevado adelante en Irak.
- Francia, aliado histórico de los cristianos libaneses, que se había diferenciado de Estados Unidos en relación a las denuncias de que el régimen de Al-Assad apoyaba terroristas y estaba desarrollando armas de destrucción masiva, encontró puntos de encuentro con Washington en la cuestión de la soberanía libanesa y la crítica al Hezbolá. Eso llevó a que apoyara la propuesta estadounidense que dio origen a la resolución 1559 del Consejo de Seguridad. Esta coincidencia entre ambas potencias se profundizó después del asesinato de Hariri, amigo personal del presidente Chirac.
- Arabia Saudita había mostrado su aprobación al control de Siria mientras se le permitiese conservar el patronazgo sobre los sunitas libaneses y la autorización para desarrollar con libertad sus negocios e inversiones. Ahora, entendía al asesinato de Hariri, amigo de la dinastía Saud, como un intento del eje Damasco-Teherán de debilitar su influencia en el Líbano. Por lo tanto, le hizo saber a Al-Assad su desacuerdo sobre la permanencia de las tropas sirias en el país.

El 5 de marzo, el presidente de Siria Bashar Al-Assad anunció ante el Congreso que las tropas estacionadas en el Líbano serían trasladadas a la frontera, en la zona del valle del Bekaa, para una eventual retirada total futura. A nivel interno, la coalición chiíta formada por Amal y Hezbolá, junto a otras agrupaciones pro sirias minoritarias de identificación sunita, como la Organización Popular Nasserista y el Partido Social Nacionalista Sirio, convocaron medio millón

de personas en Beirut el 8 de marzo. Allí denunciaron la intervención internacional de las potencias occidentales en los asuntos internos del Líbano, materializada en la resolución 1559 y dieron gracias a Siria por “todos los sacrificios hechos a favor de la unidad y la integridad del Líbano” (Blanford, 2006, p. 160).

Una semana más tarde, el 14 de marzo, un millón de personas (Harris, 2012) se movilizaron pidiendo la salida de Siria, cuyo gobierno era el principal acusado del asesinato de Hariri. La manifestación había sido organizada por un colectivo que reunía a drusos, cristianos y sunitas, principalmente el Partido Progresista Socialista, Fuerzas Libanesas y el Movimiento del Futuro. El 30 de abril de 2005, el último soldado sirio abandonó el territorio libanés. En las elecciones legislativas de ese año, las primeras sin presencia extranjera desde 1972, las alianzas electorales pasaron a identificarse genéricamente como “8 de Marzo” y “14 de Marzo”.

En ese contexto es importante notar la aparición de un nuevo elemento: el regreso de Michel Aoun al Líbano, con intenciones de ser candidato en las elecciones legislativas. Usó el sello del partido que en 1994 había fundado en el exilio, el Movimiento Patriótico Libre. Junto a un antiguo rival suyo, Elias Skaff, creó Cambio y Reforma, la coalición cristiana más numerosa de la Cámara de Diputados.

Los resultados de las elecciones estuvieron marcados por tres tendencias: en 8 de Marzo, aquellos que renegaban de la intervención extranjera occidental en los asuntos libaneses y promovían un nuevo entendimiento con Siria; en 14 de Marzo, los que deseaban la plenitud del cumplimiento de la resolución 1559 y buscaban ahora el desarme del Hezbolá; y en Cambio y Reforma, los cristianos de corte más nacionalista, que se negaban a formar parte de un colectivo conducido por los sunitas y los drusos.

Tabla 10*Resultado de las elecciones legislativas libanesas de 2005*

Partido	secta que representa	bancas
Hezbollah	chiítas	13
Amal	chiítas	14
Tashnag	católicos y ortodoxos armenios	1
Organización Popular Nasserista	sunitas	1
Partido Social Nacionalista Sirio	maronitas	2
Partido Baath	sunitas	1
Frente de Acción Islámica	sunitas	1
total "Alianza 8 de Marzo"		33
Movimiento del Futuro	sunitas	30
Partido Progresista Socialista	drusos	15
Hunchak	católicos y ortodoxos armenios	2
Partido Liberal Democrático Armenio	católicos y ortodoxos armenios	1
Falange Libanesa	maronitas	4
Fuerzas Libanesas	maronitas	7
Izquierda Democrática	maronitas	1
Bloque Safadi / Coalición Trípoli	sunitas	3
Movimiento de la Independencia	maronitas	3
total "Alianza 14 de Marzo"		66
Movimiento Patriótico Libre	maronitas	14
Bloque Popular	maronitas	5
total "Cambio y Reforma"		19
Independientes	-	10
total diputados		128

Fuente: elaboración propia

Aunque en un primer momento Aoun adhirió a las críticas al gobierno sirio y se mantuvo distante de ambas alianzas, decidió más tarde disputarle a Saad Hariri, heredero político de su padre, el control del Parlamento (Osoegawa, 2013). Para ello, y en un giro pragmático, decidió forjar un acuerdo con un socio político inesperado, uno de sus enemigos históricos durante la guerra civil: Hezbolá. El 6 de febrero de 2006, Aoun y Hassan Nasrallah suscribieron un memorándum de entendimiento, llamado Acuerdo de Mar Mikhael. En sus diez artículos, repasaba la importancia de la reconciliación nacional, jerarquizaba el rol de Hezbolá en la protección de los intereses nacionales frente a Israel y otros posibles enemigos extranjeros. Al mismo tiempo, le daba a Aoun el apoyo del partido chiíta e, implícitamente, el apoyo de Siria, a una eventual candidatura presidencial suya. Desde el final de la guerra, era la primera vez que una coalición cristiana, sin la coacción militar del poderoso vecino del este, manifestaba su respaldo abierto a la condición de “resistencia armada”. Desde entonces, Cambio y Reforma comenzó a trabajar en coordinación con Hezbolá y Amal. Con el apoyo de Aoun y sus aliados, el tándem chiíta estaba protegido de cualquier maniobra de la oposición en el Parlamento. Como afirman Salloukh, Barakat, et al. (2015),

El Memorándum de Entendimiento del 6 de febrero de 2006 con el Movimiento Patriótico Libre de Aoun servía un propósito similar: había sido diseñado para contrabalancear a la Alianza 14 de Marzo y su invasión en las instituciones estatales una vez obtenida la salida siria del Líbano (p. 166)

En diciembre de 2008, dos meses después de que Líbano y Siria establecieran relaciones diplomáticas, Aoun visitó Damasco, donde se encontró con el presidente sirio Bashar Al-Assad. Juntos, dieron por superadas sus viejas rivalidades. La pertenencia del MPL al campo de la Alianza 8 de Marzo era indiscutible.

Las primeras elecciones libres y la organización del campo político en dos sectores, conformados por 8 de Marzo y 14 de Marzo, no fueron los únicos sucesos trascendentes en la política libanesa de ese entonces. Hay otro hecho que terminó de configurar la situación política del país: la guerra de julio de 2006. El 12 de julio, Hezbolá, en un raid por el sur del país, secuestró a dos soldados israelíes y mató a otros tres que se hallaban en la frontera. Pretendía, con ello, exigir la liberación

de cuatro detenidos en el país vecino. El primer ministro de Israel, Ehud Olmert, denunció al gobierno del Líbano por no dar cumplimiento a la resolución 1559 del Consejo de Seguridad, que ordenaba el desarme de todas las milicias. Puso énfasis en que el adversario era Hezbolá, como organización a la que llamó “terrorista”. Además, criticó la intervención extranjera de Irán y Siria en el Líbano (Olmert, 2006). El primer ministro del Líbano, Fouad Siniora, uno de los líderes del Movimiento del Futuro, se distanció de Hezbolá: “el gobierno no está al tanto, no asume ninguna responsabilidad ni tampoco apoya los sucesos acontecidos en la frontera internacional”, afirmó (Qawas y El-Rafei, 2006). El gobierno se mostró incapaz de detener el accionar de Hezbolá, limitándose a ofrecer sus buenos oficios para detener la guerra. Las Fuerzas de Defensa de Israel iniciaron un ataque aéreo y terrestre, que destruyó infraestructura fundamental, como centrales eléctricas, plantas potabilizadoras, rutas, escuelas, hospitales y el aeropuerto de Beirut. En los ataques, que se extendieron a lo largo de 34 días, murieron más de mil personas. El 14 de agosto se acordó un cese del fuego.

El silencio del presidente y la incapacidad del primer ministro para obligar a Hezbolá a adoptar un cese al fuego hacen referencia a un Estado dividido, loteado entre diferentes actores. La Alianza 14 de Marzo, en ejercicio del gobierno, acusó a sus rivales de dañar la credibilidad y la gobernabilidad del país. La Alianza 8 de Marzo, por su parte, se quejó por la falta de apoyo. Teniendo en cuenta el resultado electoral y el procedimiento democrático, estaba claro que Siniora encabezaba un gobierno legítimo y legal, que contaba con el respaldo de la mayoría de los libaneses. Sin embargo, ello demostraba ser insuficiente. Hezbolá tenía la capacidad de sostener posiciones en un tema tan delicado como la defensa nacional con un gran margen de autonomía, incluso a pesar de la salida de Siria. Su conducción partidaria era tan poderosa que hasta podía decidir si adherir o no a los mandatos del gobierno del Estado en el cual realizaba sus actividades.

Este amplio margen de discrecionalidad con el que contaba Hezbolá frente al Estado era inédito en el país desde la época de las milicias palestinas, en la antesala de la guerra civil. Entre 1990 y 2005, su supervisión había caído en manos de quien era, al mismo tiempo, socio y benefactor, la vecina Siria. Ahora, ante la existencia de divergencias profundas sobre la dirección de los

intereses del país y del partido con la otra gran agrupación congregante de los sunitas, el Movimiento del Futuro, estaba claro que Hezbolá estaba decidido a dar batalla, independientemente de los mecanismos institucionales formales, para hacer escuchar su voz y, siempre que sea posible, dar curso a su voluntad.

CAPÍTULO III - ARABIA SAUDITA E IRÁN: ESTRATEGIAS RIVALES, RELACIONES BILATERALES Y POLÍTICA EXTERIOR

“¡Confrontaremos al mundo con nuestra ideología!”

- Ruhollah Khomeini, junio de 1980

“Nuestra lealtad no debe ser hacia el bloque oriental u occidental, sino hacia Dios, su Profeta y las masas musulmanas de todo el mundo”

- Khaled, rey de Arabia Saudita, 26 de enero de 1981

A. Sunitas y chiítas en la tradición religiosa islámica

Cuando el profeta Muhammad murió en 632, se abrió el debate en torno a su sucesión. Había dos posturas en torno a la cuestión. Un grupo sostenía que quien debía sucederlo era Abu Bakr, llamado *Al-Saddiq* (573-634), que provenía de una rica familia de mercaderes y fue uno de los primeros conversos al islam en La Meca. Rápidamente tomó el lugar como el asistente más cercano del Profeta. Junto a él, emigró a Yathrib, luego llamada Medina, en 622. También lo acompañó de cerca en la conducción de todas sus maniobras militares. En 631, Muhammad le encargó peregrinar a la Kaaba en su nombre. Una de sus hijas, Aisha, se casó con el Profeta. Otro grupo, en cambio, apoyaba la candidatura de Ali (600-661). Hijo de Abi-Talib y primo hermano del Profeta, corría por sus venas la misma sangre que la suya. Se convirtió al islam siendo todavía un niño, en La Meca. Al igual que Abu Bakr, lo había acompañado en la mudanza a Medina y había participado en las principales batallas que lideró Muhammad. Trabajó en la

escritura del Corán y de algunos acuerdos relevantes de la comunidad islámica con otras tribus, y era reconocido por su piedad. Contrajo matrimonio con Fátima, una de las hijas de Muhammad. (Nasr, 2006)

Tras el fallecimiento de Muhammad, reunidos en asamblea, los musulmanes eligieron a Abu Bakr, a quien dieron el título de “califa”, que en árabe significa “sucesor”, y aunque algunos partidarios de Ali quedaron descontentos, primó la unidad. Abu Bakr fue sucedido por Omar, y éste por Othman. Asesinado en el contexto de un motín militar, Ali fue designado para reemplazarlo. El nuevo califa tenía ante sí dos alternativas: alentar la restauración del consenso o buscar venganza por el asesinato de Othman, tal y como reclamaba su familia, entre ellos uno de sus primos, Muawiya, gobernador de Siria. La diferencia cobró vuelo rápidamente y Ali quedó enfrentado al administrador provincial. El 28 de enero del 661, después de la oración matinal, Ali fue mortalmente herido por un fanático perteneciente a un grupo que rechazaba un acuerdo entre él y Muawiya, quien, aprovechando el caos y haciendo uso de su fuerza militar, se impuso como califa. El período de los primeros cuatro califas, que se extiende desde la muerte de Muhammad en 632 hasta el asesinato de Ali en 661, se conoció como el Califato Ortodoxo o de los *Rashidun*, voz árabe que significa “los rectamente guiados”. (Nasr, 2006)

Muawiya, el nuevo califa, había demostrado ser un buen administrador en Siria y contaba con la adhesión de las tropas, lo que le permitiría, en los años venideros, extender el dominio de la comunidad islámica. Además, delegó la autoridad en temas religiosos en los clérigos, a los que convirtió en funcionarios de su Corte en Damasco. El grupo que había apoyado el ascenso de Abu Bakr, Omar y Othman decidió aceptar su gobierno. Sostenían que el califa no era el heredero de la condición profética de Muhammad, sino más bien un líder comunitario, por lo que lo más importante era que pudiera mantener unida a la comunidad, permitiendo el fortalecimiento espiritual del islam y al mismo tiempo contara con capacidad de defender a la población y promover la fe. (Nasr, 2006)

Los seguidores de Ali ibn Abi-Talib, en cambio, no adhirieron a la figura del nuevo califa y se distanciaron ideológicamente, con el tiempo, de los primeros tres representantes del Califato Ortodoxo. Estaban descontentos con el hecho de que una persona sin condiciones morales y sin

formación religiosa avanzada pudiera asumir como sucesor del Profeta, insistían en que debía ser un ejemplo para su comunidad. Temían, además, la subyugación del poder religioso al poder político, y que Muawiya intentara crear una nueva dinastía nombrando herederos a sus descendientes. Comenzaron a considerar infalibles y los verdaderos referentes del islam solo a los miembros de la Casa del Profeta, es decir, Ali y sus once sucesores, los llamados “Doce Imanes”. (Nasr, 2006)

Quienes reivindicaban a los primeros califas comenzaron a ser conocidos como *Ahl Al-Sunna*, o “comunidad de la tradición”, o sunitas, y los segundos como *Shiat Ali*, o “seguidores de Ali”, o chiítas. En 680, en la ciudad de Kerbala, las tropas del califa Yazid, hijo y sucesor de Muawiya, se enfrentaron a la pequeña escolta de Hussain, hijo de Ali, a quien interceptaron en una emboscada mientras se dirigía a La Meca. Hussain y sus acompañantes fueron masacrados. Este hecho caló hondo en la memoria histórica de los chiítas. Fue difícil, después de ese suceso, lograr que miembros de este grupo adhirieran al imperio que estaba desarrollándose con capital en Damasco. En referencia a este enfrentamiento como constitutivo de la identidad chiíta, afirma Abdo (2017):

El problema de la autoridad en el islam siempre ha sido particularmente agudo entre los chiítas, quienes deben su propia existencia e identidad a desacuerdos fundamentales entre los primeros musulmanes sobre la legítima sucesión religiosa y política del profeta Muhammad. Con el tiempo, la comunidad chiita llegó a compartir una serie de ideas, creencias y prácticas distintas a las de la mayoría sunita. Al igual que otras narrativas fundacionales duraderas, la tradición histórica chiíta se forjó en la batalla, en medio de los últimos jadeos de los caídos, los gemidos de los fatalmente heridos, en las oraciones lúgubres por los muertos. De esta manera, se parece mucho a los mitos de creación posteriores, aquellos que rodean el surgimiento del Estado-nación europeo durante el siglo XVIII, ya que, en la historia sagrada de los chiítas, como los mitos nacionalistas de Francia o Alemania, por ejemplo, se transforma “la fatalidad en continuidad [...] preocupándose por los lazos entre lo que ha muerto y aquello que todavía no ha nacido”. (p. 32)

También Nasr (2006) rescata la centralidad de este combate como un punto de inflexión en la división entre sunitas y chiítas:

Para los sunitas, Kerbala es historia, aunque se trate de un capítulo oscuro. Para los chiítas es el comienzo, el motivo en torno al cual se modeló la fe. Kerbala define los ideales del chiísmo: dedicación a los imanes como un artículo de fe y compromiso para perseguir la justicia frente a la tiranía. A través de los siglos, la identidad y espiritualidad de los chiítas creció a la sombra de la narrativa de Kerbala. Para los teólogos chiítas, el martirio de Hussain fue el triunfo de los principios de la moral sobre la fuerza bruta. (p. 109-110)

Esas diferencias de espíritu han calado hondo en los mecanismos de autoridad y en la concepción de comunidad que uno y otro tiene. Mientras los sunitas rescataban la importancia del consenso en torno a lo político, los chiítas se concentraban en la importancia de un liderazgo virtuoso para la conducción de la comunidad. Para los sunitas, los clérigos están asociados a funciones de escolarización y administración, mientras que para los chiítas son portadores de una espiritualidad que los ubica en otro plano.

En la actualidad, los sunitas están distribuidos en toda la región del Medio Oriente y Norte de África, mientras que los chiítas, que son el 13% del total de los musulmanes, se concentran principalmente en Irán, con grupos mayoritarios también presentes en el Líbano, Irak y Bahrein. Los musulmanes son mayoría en la región bajo estudio, aunque constituyen apenas el 20% de la población total mundial. La mayoría de los adherentes al islam viven en Indonesia, Bangladesh y Pakistán. (Pew Research Center, 2009)

Tabla 11

Porcentaje máximo de chiítas al interior de cada comunidad musulmana en la región del Medio Oriente y Norte de África

Países de Medio Oriente y Norte de África	Porcentaje máximo de chiítas
Irán	95%
Bahréin	75%
Irak	70%
Líbano	55%
Yemen	40%
Kuwait	25%
Siria	20%
Turquía, Arabia Saudita	15%
Omán, Qatar, Emiratos Árabes Unidos	10%
Marruecos, Mauritania, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Sudán, Jordania, Palestina, Israel	Menos de 1%

Fuente: construcción propia en base a datos del Pew Research Center (2009)

B. La construcción del Estado moderno en Arabia Saudita (1932-1975)

Hacia el final del siglo XIX, el territorio de lo que actualmente se conoce como Arabia Saudita aún no se había constituido como una unidad. Estaba, en cambio, dividido entre diferentes líderes; vale destacar a dos de ellos. Por un lado, al emir de Jabal Shammar, Muhammad bin Abdullah, quien pertenecía al clan rashidí y era aliado de los otomanos, que dominaban la zona, al menos nominalmente, en un contexto de creciente decadencia del poder sultánico. Aunque su

jurisdicción se extendía originalmente en la franja norte del país, había derrotado en 1891 a los emires de Nejd, en la zona central del desierto de Arabia, extendiendo de esta forma sus dominios. Habitaban allí poblaciones seminómadas, vagamente organizadas. Alangari (1998), menciona que “la Arabia central tenía un pronunciado carácter faccioso, próximo al ‘estado de naturaleza’ hobbesiano, donde la cohesión resultaba prácticamente imposible dados los intereses contrapuestos entre grupos rivales muy pequeños” (p. 5). Por otro lado, ubicado en el margen colindante al mar Rojo, estaba el jerife de La Meca, Hussain bin Ali, de la tribu hachemita. Esta zona, conocida como Hijaz, atraía peregrinos a los santos lugares y migrantes interesados en el comercio, era próspera, la población era sedentaria y tenía una burocracia organizada. Hussain era un interlocutor habitual de los británicos, con quien mantenía buenas relaciones. Londres estaba interesado en la protección de sus súbditos que visitaban La Meca y Medina y además tener un socio cercano especialmente tras la construcción del canal de Suez.

Los emires de Nejd, pertenecientes al clan Saud y desplazados por Muhammad bin Abdullah, se habían exiliado sobre la costa del mar Arábigo, con cuyas tribus tenían una relación de proximidad. No solo contaban con el ascendiente que les daba una larga tradición principesca y la fidelidad que aún les juraban las familias notables de Nejd. Junto a ello, habían forjado en 1744 un pacto con Muhammad bin Abdelwahab, un devoto intelectual musulmán, que proponía un retorno a los principios promovidos por el profeta Muhammad y una interpretación más estricta del Corán, alentando una suerte de regeneración moral de los practicantes. Aunque ellos preferían identificarse simplemente como *muwahhidun* (“monoteístas”), en la práctica eran llamados wahabitas, en referencia a su maestro. Con el tiempo, de la mano de los Saud, esta forma de ver la fe islámica pasó a ser la oficial del Emirato de Nejd (Wynbrandt, 2004). Este acuerdo dotaba de un carácter confesional la misión del clan dinástico, por lo que, como gobernantes de Nejd, eran al mismo tiempo emires e imanes, es decir, ejercían un liderazgo tanto político-militar como religioso.

En las horas del alba de 13 de enero de 1902, poco después de la finalización del mes sagrado Ramadán, Abdulaziz bin Abdulrahman Al-Saud y otros sesenta hombres conquistaron la ciudad de Riad de manos de los rashidíes. Desde esa localidad comenzaría el proceso de expansión a lo

largo y ancho del Nejd primero y de Jabal Shammar después, que duraría una década (Mackey, 2012). En ese contexto, el apostolado religioso y una política de matrimonios consistente emergieron como factores cohesionantes, generando intereses comunes en la sociedad del desierto de Arabia. De esa forma, fue más fácil reunir a las tribus y sus hombres armados en una suerte de “confederación” militar bajo el mando de Abdulaziz. Al mismo tiempo, el emir comenzó a promover el poblamiento estable a través de la agricultura, empujando una paulatina sedentarización de los pueblos nómades que habitaban la zona.

La finalización de la Primera Guerra Mundial tuvo importantes implicancias. La creación del Reino del Hijaz y la adopción de una política panarabista significó el alejamiento de Hussain de los británicos. El agotamiento del financiamiento externo derivó en una fuerte suba de impuestos, enfrentando al monarca con los comerciantes de Jeddah, en su mayoría wahabitas. A ello se sumaron las disputas territoriales que enfrentaron a Hussain con sus hijos Abdullah, emir de Transjordania, y Faisal, rey de Irak²¹. Ambos dependían de Londres para su sostén, por lo que, en lo que respecta al sistema de alianzas, también estaban distanciados de su padre. Por otra parte, el estilo de vida privilegiado de Ali, príncipe heredero del Hijaz, también debilitaba la posición del rey frente a los demás líderes tribales. Con motivo del enfrentamiento con los wahabitas, Hussain prohibió a los nejdíes peregrinar a La Meca. Atento a la situación, Abdulaziz y sus tropas atacaron Hijaz en 1926, provocando la abdicación del monarca y su heredero. (Alangari, 1998)

Tras la unificación del emirato y el reino, Abdulaziz encaró un proceso de modernización. En este tiempo, se definieron las fronteras con Irak, se crearon los Ministerios de Economía y de Relaciones Exteriores, se establecieron vínculos diplomáticos con las principales potencias, se extendió la red de correos y telégrafos comunicando Nejd y Hijaz, se eliminaron las milicias informales y se nombró a los primeros gobernadores. El 23 de septiembre de 1932, en La Meca, el emir Faisal bin Abdulaziz proclamó en nombre de su padre la creación del Reino de Arabia Saudita. El nuevo monarca suscribió un acuerdo con los británicos con el objetivo de respetar sus protectorados, tanto formales como informales, que se habían establecido a lo largo de la costa del Golfo Pérsico y que no se independizaron hasta la segunda mitad del siglo XX. Se trataba de

²¹ Entre noviembre de 1919 y julio de 1920, Faisal bin Hussain fue rey del Reino Árabe de Siria.

Mascate y Omán, que se conformó como Estado soberano en 1951; Kuwait, en 1961; y Bahrein, Qatar y los Estados de la Tregua, hoy Emiratos Árabes Unidos, en 1971.

Sin embargo, los Saud no deseaban atarse a la protección británica. Por eso, en 1933, concedieron los derechos sobre la búsqueda y perforación de petróleo a un consorcio estadounidense, *Standard Oil of California* (SOCAL), que en 1944 se convirtió en *Arabian American Oil Company* (ARAMCO). Estados Unidos comenzó un proceso de dependencia con el petróleo saudita, que creció de manera sostenida hasta 1970 (Commins, 2012). En 1945, tras intensas negociaciones encaradas por el presidente Franklin Roosevelt, Washington abrió su primera base militar en territorio saudita, en la ciudad de Dhahran, junto a la sede de la compañía petrolera. Para 1950, las regalías del petróleo se dividían equitativamente entre ARAMCO y la familia real saudita.

La muerte del rey Abdulaziz en 1953 generó una importante crisis familiar, que respondía a la forma en la que el poder está organizado no solo en Arabia Saudita sino también en las otras monarquías de la región del Golfo: este no descansa en el individuo que ostenta la corona, sino en la familia real. Por eso, el fallecimiento del monarca generó divisiones entre su sucesor, el rey Saud, y sus hermanos, el príncipe heredero Faisal y el príncipe Talal; este último se mostraba partidario de un gobierno constitucional²². A partir de 1956, la creciente popularidad de Gamal Abdel Nasser difundió los ideales del arabismo entre los obreros del sector petrolero, a lo que Saud respondió apoyándose en los Estados Unidos para su política de defensa. La oposición al rey creció, no solo en la familia real sino también en la población saudita. En 1961, una enfermedad lo llevó a apartarse de la gestión cotidiana, que quedó *de facto* en manos del príncipe heredero. (Commins, 2012)

A nivel interno, Faisal recortó los gastos de los Saud a favor de un plan de desarrollo que involucró la creación de escuelas, universidades, hospitales, bancos, rutas y la provisión de agua potable en todo el país. Asimismo, envió a Talal al exilio como advertencia a la facción

²² El príncipe Talal bin Abdulaziz formó, junto a una decena de hermanos y primos suyos, el Movimiento de Príncipes Libres, de inspiración constitucionalista. Inicialmente, el rey Saud los integró parcialmente entregándoles algunas carteras en el Consejo de Ministros. Más tarde, Faisal envió a Talal al exilio en Beirut y todos los que participaron con él en el Movimiento fueron despojados de sus derechos dinásticos. En 1964 el rey le permitió regresar a Arabia Saudita, con la promesa de disolver el grupo.

constitucionalista. En lo ideológico, promovió el wahabismo como ideología nacional con el objetivo de combatir al panarabismo. A nivel externo, usó esa misma herramienta para combatir a Nasser en la región, la difusión de aquella tendencia del pensamiento musulmán, especialmente en la región del Golfo, y la creación de la Liga Mundial Islámica, un ente religioso financiado por el gobierno, destinado a esparcir el islam a través de la imprenta, la construcción de mezquitas y la caridad. Además, impulsó la creación de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) junto a Irak, Kuwait, Irán y Venezuela. Finalmente, en 1964, una asamblea de clérigos destituyó a Saud, y Faisal fue proclamado como nuevo rey. Sostuvo a lo largo de su gobierno las políticas de desarrollo que había encarado siendo príncipe heredero. En 1975, fue asesinado por uno de sus sobrinos²³. En su reemplazo, asumió su hermano Khaled, testigo de uno de los hechos más importantes de la región: la Revolución Islámica en el vecino Irán. (Commins, 2012)

C. La construcción del Estado moderno en Irán (1921-1979)

En 1921, el general Reza Khan, junto a tres mil hombres, ocupó Teherán y derrocó al primer ministro Fathollah Akbar, que se había mostrado incapaz de contener a los comunistas, que habían ocupado el norte y amenazaban con marchar sobre la capital, y de generar consensos en la clase política con el objetivo de estabilizar el gobierno. La situación era crítica. Como indica Abrahamian (2018):

Los ministerios tenían escasa presencia más allá de la capital. El gobierno estaba inmovilizado no solo por las rivalidades entre los magnates tradicionales y los nuevos partidos políticos sino también por el tratado Anglo-Persa. Algunas provincias estaban en manos de señores de la guerra y otras de rebeldes armados. El Ejército Rojo había

²³ El 25 de marzo de 1975, después de una audiencia, Faisal bin Musaid Al Saud, hijo del príncipe Musaid, uno de los hermanos del monarca, disparó tres veces a quemarropa sobre el rey Faisal cuando éste se acercó a saludarlo. Nunca quedaron claros los motivos del asesinato. El criminal fue condenado a decapitación por traición a la patria tres meses más tarde.

ocupado Guilán y amenazaba con desplazarse a Teherán. El sha, en palabras de los británicos, “no entraba en razón”. (p. 62)

El apoyo del Reino Unido en el golpe fue muy importante. Fundamentalmente proveyó municiones y dinero a los soldados que respaldaron a Reza Khan. En respuesta, el nuevo líder nombró primer ministro a Ziya Tabatabai, un periodista anglófilo, comprometiéndose a cuidar los intereses de Londres en el país. Sin embargo, exigió la salida de las tropas británicas, seguro de que, de esa forma, lograría acordar también la partida de los soldados soviéticos que amenazaban la capital. Mientras tanto, en 1925, la Asamblea Nacional destituyó al sha Ahmad, que llevaba un tiempo exiliado en Europa, y nombró en su lugar al general Reza Khan, quien de esta forma fundó la dinastía Pahlavi.

El sha Reza comenzó un proceso de modernización que se apoyó en dos pilares. El primero fue la expansión del Ejército en todo el territorio del país, lo que fue posible a través de la conscripción obligatoria por dos años. La formación militar fue ideal para integrar social y culturalmente a una población diversa. La enseñanza del idioma oficial y el uso del uniforme ayudaron a amalgamar la identidad nacional. Esta medida fue acompañada de la adquisición de material militar al Reino Unido y de la separación de los extranjeros de los cargos jerárquicos en las Fuerzas Armadas, que fueron relegados como asesores. El segundo pilar fue la multiplicación de la burocracia estatal. Los ministerios de Interior, Educación y Justicia aumentaron significativamente su número de empleados y comenzaron a tener presencia en las provincias, donde los referentes feudales tradicionales fueron reemplazados por gobernadores nombrados por la capital. También el servicio de correo y telégrafos amplió su red. Comenzaron a registrarse los nacimientos de manera centralizada y las familias fueron obligadas a adoptar un apellido, según la costumbre occidental. Este proceso de consolidación nacional fue acompañado de nuevos ingresos al fisco, provenientes principalmente de nuevos impuestos al consumo y a la riqueza, aumento de tasas al comercio internacional creciente y las regalías por la venta de petróleo, que fueron arrebatados al control de los notables provinciales. Es importante destacar que el aumento en las transacciones con otros países fue posible gracias a la expansión de la red de rutas, vías y puertos. Junto con ello, se comenzó la práctica de presentar un presupuesto anual

a la Asamblea Nacional. Asimismo, la abundancia de trabajo y la posibilidad de acceso a la vivienda marcó un crecimiento en los índices de migración rural-urbana. (Abrahamian, 2018)

Sin embargo, la modernización encarada por Reza fue acompañada de represión política. Aunque la Asamblea continuó funcionando, la expansión del fraude a las provincias, ahora controladas desde la capital, las despojó de sus legisladores tradicionales, que fueron reemplazados por otros afines al sha. Además, se suprimieron los partidos políticos, se eliminó la inmunidad parlamentaria y se creó una dirección de inteligencia militar llamada *Rokn-e Dovom*. La situación era similar en el gabinete, donde los primeros ministros que se sucedieron en el cargo eligieron para sus equipos a funcionarios afines al sha. El control de la Corona sobre las instituciones políticas del país se dio en un marco de detención y ejecución de los líderes críticos al régimen y el cierre de medios de comunicación opositores.

En este contexto, el rol de la clerecía chiíta fue fundamental. Como afirman Gill y Keshavarzian (1999), los clérigos tenían sobradas razones para apoyar a Reza en su ascenso al poder. Primero, se mostraron de acuerdo con el fortalecimiento del Estado central y su proyecto de modernización “nacional” como respuesta a la influencia de las potencias extranjeras. También estaban conformes con su estilo de conducción en el Ejército, en contraste con la falta de autoridad de los shas de la dinastía anterior, los Qajar. Además, lo percibían como un *outsider*, nacido en el interior del país, proveniente de una familia trabajadora. Como indican los autores mencionados, “al contrario de lo que podrían predecir ciertos modelos ideacionales, la situación demostraba una sorprendente falta de hostilidad entre el régimen modernista y la autoridad religiosa tradicional” (p. 15). Sin embargo, la manipulación de los resultados electorales en las elecciones legislativas implicó la merma de los representantes clérigos en la Asamblea, y con ello su marginación de la política: su participación pasó de 14% en 1923 a 4% en 1930, mientras que para 1938 ya no había religiosos en el Poder Legislativo. A partir de entonces, Reza perdió interés en concretar acuerdos políticos con el sector. Fue entonces cuando decidió ir directamente contra tres baluartes de la clerecía: la educación, los impuestos especiales y la justicia.

En el ámbito educativo, el Estado expandió con fondos públicos la creación de escuelas y de la Universidad de Teherán. Antes de ello, las escuelas coránicas anejas a las mezquitas eran por

excelencia los centros de instrucción básica de los iraníes. La aparición de los primeros profesores de Lengua sin ordenación religiosa también constituyó una novedad, así como la posibilidad de poder encarar estudios superiores sin pasar por los seminarios.

En el ámbito tributario, la legislación vigente permitía a los religiosos cobrar tasas por dar fe de ciertos documentos, especialmente los vinculados a deudas y propiedades, así como ciertos poderes especiales. Una nueva norma aparecida en 1932 creó la figura de los notarios laicos y obligó a la población a registrar sus inmuebles en oficinas públicas. Esto significó una merma en los ingresos de los clérigos.

En el ámbito judicial, una serie de leyes sucesivas fortalecieron a la justicia estatal en detrimento de la jurisdicción personal que estaba en manos de los clérigos, impidiendo que un caso llegue a la justicia religiosa sin antes haber pasado por el fuero laico. Algunos de los aspectos antes reservados al fuero religioso eran matrimonios, divorcios y herencias. Asimismo, para ejercer cargos en la justicia, se exigió formación universitaria en Derecho y conocimiento del reciente Código Civil. El avance de los tribunales estatales acabó por llevar al desuso al fuero religioso.

Abrahamian (2018) agrega otra dimensión, que cobra también una particular importancia en la relación entre el sha y el clero: el ámbito cultural. La introducción de la vestimenta occidental en 1935, junto con la desobligación del uso del velo en las mujeres y la prohibición de que las maestras lleven uno mientras trabajan, se sumaron a la admisión de las primeras alumnas en la universidad, la supresión de festejos en la vía pública de ciertas fechas menores del calendario musulmán y la apertura de las ciudades de Mashhad e Isfahan, centros de peregrinaje islámico, al turismo extranjero. Junto con ello, se negó el uso de los títulos de cortesía de *hajj* y de *sayyed* a los musulmanes²⁴. En 1935, una protesta en Mashhad liderada por un grupo de practicantes fue reprimida duramente por el sha, imponiendo incluso la ejecución sumaria a los soldados que se negaron a reprimirlos.

Al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, Irán se había declarado neutral. Con el frente occidental bloqueado por los alemanes, el llamado “corredor iraní” era la principal vía de

²⁴ Habitualmente se trata con el título honorífico de *hajj* a los que realizaron la peregrinación a La Meca y *sayyed* a aquellos que eran reconocidos como descendientes del profeta Muhammad.

suministros estadounidenses a la Unión Soviética. Además, los británicos se abastecían con el crudo producido localmente, que también enviaban a Moscú; por otra parte, la proximidad con el subcontinente indio hacía del país un territorio estratégico para cuidar sus colonias. Con el avance de Adolf Hitler, y ante las sospechas de que el sha simpatizaba con el nazismo, Stalin y Winston Churchill acordaron la invasión de Irán en agosto de 1941 con el objetivo de asegurar la posición estratégica de los Aliados. El sha abdicó a favor de su hijo, el príncipe heredero Muhammad Reza, que se puso inmediatamente a disposición de las tropas extranjeras. La ocupación duró hasta 1945. Mientras tanto, los notables desplazados por Reza recuperaron el control de la Asamblea Nacional y el gabinete.

En 1951, tras ganar la votación en la Asamblea con 79 votos a favor y doce en contra, el sha designó al legislador Muhammad Mossadeq, fundador del Frente Nacional dos años antes, como primer ministro de Irán. Proveniente de una familia de alcurnia y educado en Suiza, Mossadeq se caracterizaba por ser un líder carismático, que había logrado congregarse en torno suyo a las principales tendencias nacionalistas del país y contar con el apoyo de universitarios y sectores medios, con voluntad de movilizarse por sus demandas. El primer ministro denunciaba, por un lado, la injerencia de las potencias extranjeras en el país, especialmente el Reino Unido. Las concesiones realizadas a los británicos, sostenía, invitaban a que otros países en competencia con Londres, como Estados Unidos o la Unión Soviética, tomen la misma iniciativa de presionar a Teherán para obtener prebendas, amenazando la soberanía. Proponía la nacionalización del petróleo, incluyendo la expropiación de la *Anglo-Iranian Oil Company* (AIOC), que en 1954 adoptó el nombre de *British Petroleum*, y alentaba que toda la cadena, desde la exploración hasta su exportación, esté en manos de capitales iraníes. Mossadeq tampoco acordaba con el legado del sha Reza, especialmente con el golpe de 1921 y la manipulación de los comicios, y se mostraba distante del Ejército.

En 1952, las diferencias entre Mossadeq y Muhammad Reza se profundizaron. El primero reclamó una reforma de la ley electoral, con el objetivo de incluir mayor número de representantes de habitantes de centros urbanos en la Asamblea, ecuación de la que se vería beneficiado. También recortó los gastos de la Corte y le disputó abiertamente el nombramiento

del ministro de Guerra al monarca. En paralelo, se ampliaron las diferencias con Estados Unidos y el Reino Unido cuando giró a la Legislatura el proyecto de nacionalización del petróleo, negándose radicalmente a cualquier tipo de negociación con la AIOC. Para empujar esta iniciativa, recibió el respaldo de los comunistas. Los británicos respondieron con un *lockout*. Muhammad Reza ordenó el despido de Mossadeq, que fue reemplazado por Ahmad Qavam, quien inmediatamente anunció el restablecimiento del diálogo con la AIOC. Las manifestaciones callejeras duraron varios días, y Mossadeq fue repuesto en el cargo. En julio de 1953, envalentonado por la restitución de su líder, el Frente Nacional propuso debatir la posibilidad de un referéndum para adoptar un régimen republicano en Irán, por lo que se desataron nuevos enfrentamientos. El sha partió a Bagdad junto a su familia, mientras el país sufría una de las crisis más importantes de su historia reciente. El Ejército iraní, con el apoyo de la CIA y el MI6, logró controlar la situación e instalar en el poder al general Fazlollah Zahedi, que contó con la aprobación del sha en su regreso al país. Mossadeq fue juzgado por traición a la patria y condenado a pasar el resto de su vida en reclusión domiciliaria. Sin desmerecer el difícil contexto interno, el apoyo extranjero, derivado de las diferencias entre Mossadeq y las potencias por la cuestión del petróleo, fue fundamental para el éxito del golpe. Como afirma Axworthy (2008):

El golpe probablemente no habría ocurrido sin los errores propios de Mossadeq; de hecho, casi falla. Pero ciertamente no hubiera sucedido sin la intervención del servicio secreto británico y la CIA estadounidense. [...] El golpe también tuvo importancia de otras maneras. Instaló a los Estados Unidos en Irán como el principal aliado y protector del régimen de los Pahlavi y logró el objetivo de eclipsar la influencia comunista soviética. Pero también le quitó gran parte del encanto que Estados Unidos había tenido anteriormente. [...] Estados Unidos ya no era el príncipe azul. (p. 237)

La posición anterior es ampliada por Abrahamian (2018), que también destaca el rol que las naciones extranjeras tuvieron en el derrocamiento de Mossadeq, y el legado que esta situación constituyó para el futuro de Irán:

El golpe de 1953 dejó un legado profundo y duradero. Al destruir a Mossadeq, el sha quedaría bajo la sombra de su mística que, en muchos aspectos, era comparable a la de

otros grandes héroes nacionales contemporáneos como Gandhi, Nasser y Sukarno. El golpe socavó gravemente la legitimidad de la monarquía, particularmente en una época de republicanismo desatado. El sha quedó identificado con los británicos, la *Anglo-Iranian Oil Company* y las potencias imperiales. También identificó a los militares con esos mismos poderes imperiales, especialmente la CIA y el MI6. (p. 122)

En lo político, la salida de Mossadeq implicó el fin de la era liberal. El sha ordenó la disolución del Frente Nacional y creó dos agrupaciones a través de las cuales intervenía directamente en las elecciones legislativas: el Partido Nacional y el Partido Popular. Además, disolvió la Oficina del Primer Ministro, absorbiendo la totalidad de sus funciones. La prensa, por su parte, quedó bajo supervisión estatal.

En la década del setenta, estas medidas se profundizaron. El Partido del Renacimiento de la Nación Iraní, *Rastakhiz*, reemplazó a las dos agrupaciones autorizadas, centrando toda expresión política en un único movimiento. Además, puso a los sindicatos bajo el control de los gobernadores. La censura de la imprenta se extendió. En tiempos de afianzamiento de la democracia y los valores republicanos en otras partes del mundo, el sha parecía no comprender este peligro. Al igual que su padre, el sha acompañó este proceso de restricción política con una nueva oleada modernizadora: la Revolución Blanca, anunciada en 1963. Entre sus medidas, incluyó la aprobación del voto femenino, la privatización de las empresas públicas, el lanzamiento de un plan de alfabetización en las zonas rurales y créditos para el acceso a la tierra. Algunos años después se implementó una nueva ley de matrimonio, que permitía a las mujeres obtener la tenencia de sus hijos y pujar por la mitad de los bienes conyugales.

En lo económico, la década del setenta comenzó con un ciclo de bonanza. El alza en los precios del petróleo, fundamentalmente en torno a la guerra del Yom Kippur en 1973, benefició a las cuentas nacionales. Sin embargo, estos ingresos no generaron mejoras sustantivas en la mayoría de la población. En cambio, fueron utilizados para realizar una importante inversión en materia de defensa, que contó con compañías estadounidenses y británicas como sus principales proveedores. Junto con ello, una red de corrupción y sobornos se extendía en la burocracia estatal. La dirigencia se enriquecía progresivamente y llevaba un estilo de vida occidental. El sha

y su familia²⁵ se destacaban por un modo de vivir opulento, residiendo en grandes mansiones y habitualmente apartados de la población en general. En 1967 se inauguró un moderno palacio en el barrio de Niavaran que serviría como nueva residencia privada del monarca, que por entonces vivía en el Palacio Blanco, de líneas más austeras, construido por su padre en los años treinta. También en 1967 se realizó una costosa ceremonia de coronación imperial para el sha y su esposa, la shahbanou Farah. En 1971, con motivo de los 2.500 años de la fundación del Imperio, se realizó una cinematográfica fiesta en el desierto, cerca del complejo arqueológico de Persépolis, a la que asistieron dignatarios de todo el mundo. Estas reuniones, financiadas con el erario público, estaban restringidas a pocos iraníes. Además, el miedo por un posible atentado contra su vida alejaba al monarca de los actos públicos. El Estado emergió entonces como un todo distante de los intereses populares.

En lo social y cultural, el ambiente de abundante flujo de dinero fue propicio para la instalación de cuentapropistas y pequeñas y medianas compañías extranjeras que, por entonces, estaban abandonando Vietnam. Por su parte, los residentes estadounidenses en Irán se habían multiplicado de ocho mil en 1970 a más de cincuenta mil en 1979. Gozaban de un estándar de vida por encima del que tenía la mayoría de los iraníes, asistían a colegios separados, vivían en complejos cerrados y compraban sus productos en el *Commissary* o economato especial. Su estilo de vida era copiado por las clases altas iraníes, a quienes frecuentaban en la educación, el ocio y el deporte, y era continuamente exhibido por los medios de comunicación. Aunque lejos del chauvinismo, esta situación de importación masiva de la cultura estadounidense afectó a los iraníes:

²⁵ Se trataba de un clan numeroso. Los varones solían estar al frente de compañías públicas iraníes, habitualmente en puestos ceremoniales. Hacia 1978-1979, además del sha Muhammad Reza, formaban parte de la Familia Real su esposa la shahbanou Farah; su madre, la reina viuda Taj-Al-Moluk; sus hijos: el príncipe heredero Reza, el príncipe Ali Reza y las princesas Shahnaz (casada, tres hijos), Farahnaz y Leila; sus hermanos los príncipes Gholam (casado, tres hijos), Ahmad (casado, cinco hijos), Abdul (casado, dos hijos) y Hamid (casado, cuatro hijos); y sus hermanas las princesas Hamdamsaltaneh (casada, tres hijos), Shams (casada, tres hijos), Ashraf (casada, tres hijos) y Fatemeh (casada, tres hijos). El príncipe Mahmoud, hermano del sha, estaba excluido de las reuniones familiares por su vínculo con carteles de droga. El príncipe Patrick, sobrino del sha e hijo de su hermano Ali-Reza (fallecido), fue detenido por opositor y también había sido apartado de la dinastía. La suegra del sha, Farideh Ghotbi, viuda del capitán Sohrab Diba y madre de la shahbanou, estaba, en la práctica, integrada a las actividades cotidianas de la Familia Real.

Muchos iraníes admiraban a Estados Unidos y muchos esperaban el tipo de desarrollo económico que defendía Estados Unidos. Pero los iraníes tenían (y tienen) también un gran orgullo por Irán, su historia y su cultura. Ver que la historia y la cultura intentaba dejarse de lado en su propio país no fue fácil para ellos (Axworthy, 2013, p. 81).

Se trataba de una forma de alienación, donde sentían la superioridad de la cultura extranjera en su propio país; situación que, además, se materializaba en el estándar de vida que los forasteros sostenían en la ciudad más importante del país.

En el último tercio de 1977, un núcleo de estudiantes, académicos, profesionales y comerciantes comenzaron a reunirse en asambleas en las cercanías de la Universidad Tecnológica de Teherán, donde se criticaba abiertamente al sha y al Partido del Resurgimiento. El gobierno respondió con detenciones esporádicas y alentando cargos contra los manifestantes. En enero de 1978, un diario oficialista arremetió contra el ayatolá Ruhollah Khomeini, acusándolo, entre otras cosas, de llevar una vida licenciosa, disparando nuevas protestas. Khomeini era referente del sector clerical más intransigente, a pesar de llevar muchos años fuera del país. En 1962, había comenzado a frecuentar y organizar reuniones contra el voto femenino y la participación de no-musulmanes en los órganos de gobierno local. Sostenía que eran medidas contrarias a la tradición y, además, vacías, especialmente en un país sin libertades políticas. Este posicionamiento le permitió acercarse a sectores más progresistas. El movimiento rápidamente se extendió de Qom a Teherán. En junio de 1963, en medio de grandes tensiones por las leyes que el monarca proponía, Khomeini fue detenido por su prédica: había comparado a Muhammad Reza con el califa Yazid, de cuya importancia en la historiografía chiíta se habló más arriba. Fue entonces cuando estallaron las protestas, que el sha ordenó reprimir. Tras pasar algunos días en prisión, el clérigo fue enviado a su hogar, donde permaneció detenido hasta agosto. En 1964, el gobierno otorgó entre bambalinas inmunidad diplomática al personal militar estadounidense residente en el país, poniéndolo por fuera de la jurisdicción de las cortes nacionales en materia civil o penal. Khomeini apareció ante una multitud en Qom con un sermón que alentaba a desconocer al gobierno y la Asamblea Nacional. Fue detenido a los pocos días y empujado a un largo exilio, que lo llevó a Turquía (1964-1965), Irak (1965-1978) y Francia (1978-1979). (Moin, 2000)

En las protestas de 1978 confluyeron dos sectores. Por un lado, el islamismo intransigente, representado por Khomeini, que promovía la instalación de un gobierno clerical en el marco de un Estado confesional, “aunque para este punto hablaba de un islamismo progresista” (Moin, 2000, p. 151) que por ejemplo incluyera a las mujeres; además, entendía a la religión islámica como un componente cultural del ser iraní. Por otro lado, el chiísmo de acción, elaborado por Ali Shariati, un sociólogo que había muerto en el exilio en 1977. Sin ser marxista, reivindicaba una revolución social contra la opresión, la injusticia y la corrupción, y tenía un carácter marcadamente nacionalista. El primero se nutría de las bases rurales del interior y los sectores populares de las grandes ciudades; el segundo, en cambio, era particularmente fuerte entre la clase comerciante y los universitarios. Unos y otros deseaban acabar con el gobierno del sha, que intentó convocar a los líderes políticos para formar una coalición y entregarles el ejercicio efectivo del poder, aunque sin éxito. En enero de 1979, Muhammad Reza abandonó el país junto a su familia. En medio del caos, Khomeini llegó al país en febrero para conducir el alzamiento y designó a Mehdi Bazargan como responsable del gobierno provisional y anunció la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Aunque los enfrentamientos continuaron algunos meses, la revolución ya había triunfado. (Moin, 2000)

D. Las relaciones bilaterales irano-sauditas hasta la Revolución Islámica

A mediados del siglo XX, Irán había alcanzado un acuerdo militar con Irak, Pakistán, Turquía y el Reino Unido, llamado Organización del Tratado Central (CENTO), también conocido como el Pacto de Bagdad. El tratado había sido firmado en 1955 y promovido por Estados Unidos, aunque no participaba del mismo. Por otro lado, el gobierno de Dwight Eisenhower llevaba un tiempo consolidando su relación con la monarquía saudita, que se había convertido en un importador relevante en materia de armamento. El fortalecimiento de Gamal Abdel Nasser en Egipto y su coqueteo con la Unión Soviética convenció a la diplomacia estadounidense sobre la necesidad de alentar un acercamiento entre Arabia Saudita e Irán. El rey Saud visitó Washington en noviembre de 1956 como un fuerte gesto de alineamiento, y, cuatro meses más tarde, recibió

al sha Muhammad Reza en su peregrinación a La Meca. Desde un punto de vista estratégico, Washington consideraba que Irán era más importante por el tamaño de su economía y de su aparato de defensa y por su proximidad con la Unión Soviética; sin embargo, la relación no se asentó hasta la salida de Mossadeq en 1953. En cambio, las relaciones con Arabia Saudita habían sido buenas desde la fundación del Estado moderno en 1932, ya que el país presentaba grandes oportunidades para sus inversiones, comenzando con ARAMCO. Una muestra del buen vínculo que lograron articular Riad y Teherán fue el apoyo diplomático y económico que prestaron el presidente libanés Camille Chamoun en la crisis de 1958, cuando sufrió un intento de golpe de Estado por parte de una coalición liderada por los nasseristas, mientras éste intentaba una enmienda constitucional que le permitiera la reelección. Asimismo, el sha cooperó con el rey saudita en la contención de la guerra civil yemenita de 1962-1970, brindando provisiones militares. En escenarios más complejos, como la nacionalización del canal de Suez, el reconocimiento de Israel o el golpe de Estado contra el rey Faisal II de Irak, Arabia Saudita tomó distancia de los Estados Unidos, mientras que Irán pudo alinearse con mayor facilidad con Washington. (Keynoush, 2016)

En resumen, con independencia de las dificultades que pudieran surgir, Estados Unidos alentó la cooperación entre estos actores regionales, especialmente en materia de seguridad, pero también en otros ámbitos, como el comercio o el tránsito de personas, en relación, por ejemplo, a las peregrinaciones a las sagradas mezquitas de La Meca y Medina. En el ámbito educativo, por ejemplo, se admitieron a estudiantes sauditas becados a la carrera de Medicina en la Universidad Pahlavi y se donaron incunables persas a los archivos nacionales sauditas.

Irán tenía mayor margen de autonomía para apostar al alineamiento explícito con Estados Unidos, situación que para Arabia Saudita era mucho más compleja, especialmente en un contexto regional marcado por el liderazgo nasserista y la situación de los palestinos, que despertaban gran sensibilidad en la población de la región y resultaban fundamentales para asegurar su influencia. Esta capacidad que demostró Riad para mantener un posicionamiento independiente en temas clave para la agenda de los árabes de Medio Oriente era, al mismo tiempo, la que le otorgaba capital suficiente para sostener la alianza con Irán y así contentar a

Estados Unidos, su principal proveedor armamentístico, fundamental para evitar una avanzada de los nasseristas.

Un aspecto fundamental en la relación entre Irán y Arabia Saudita mediada por los Estados Unidos fue la Política de los Pilares Gemelos o *Twin Pillar Policy*, desarrollada por Richard Nixon, presidente de Estados Unidos entre 1969 y 1974. La máxima indicaba que la estabilidad en la región del Golfo dependía de la cooperación entre los dos actores: Irán y Arabia Saudita, especialmente tras la salida británica de Bahrein, Qatar y los Emiratos Árabes Unidos en 1971 y el Tratado de Amistad y Cooperación Soviético-Iraquí de 1972.

Aunque la relación bilateral consolidada en la década del cincuenta nunca se puso en entredicho, se presentaron algunos escenarios que contribuyeron a su deterioro. Primero, en relación a la coyuntura regional, se manifestaron contrapuntos en torno a los precios del petróleo en el contexto de la crisis de 1973-1974, cuando Arabia Saudita buscaba una suba moderada mientras Irán apuntaba a lograr precios más altos. Además, el sorpresivo fallecimiento de Gamal Abdel Nasser y el subsecuente debilitamiento del nasserismo, causa contra la cual tanto Irán como Arabia Saudita luchaban de manera conjunta, también relajó la relación. Luego, el acercamiento entre el presidente sirio Hafez Al-Assad y el sha, dado que éstos compartían un mismo posicionamiento con respecto al tema petrolero; en el foro árabe, Siria rivalizaba con Arabia Saudita por este asunto. Finalmente, estaba el fortalecimiento de Irak a través de su nuevo presidente, Saddam Hussein, con quien Arabia Saudita buscaba acordar para preservar cierta unidad entre los árabes, mientras que Irán estaba dispuesto a confrontar.

En segundo lugar, es importante destacar el ocaso de las figuras que habían consolidado el vínculo irano-saudita. En 1975, el rey Faisal fue asesinado en manos de uno de sus sobrinos. Luego, a partir de 1977, el marcado debilitamiento del sha Muhammad Reza en el ámbito doméstico y la falta de apoyo político con el que contaba se hizo manifiesto también a nivel regional e internacional.

La Revolución Islámica de 1979 cambió radicalmente la relación entre Arabia Saudita e Irán. De alguna forma, ambos Estados comenzaron a rivalizar en la constitución de una sociedad islámica modelo. Mientras el primero se fundaba en una monarquía tradicional, enraizada en un acuerdo

entre la clerecía y los jeques varios siglos atrás, el segundo se sostenía a través de bases populares, usando la estructura de una república con identidad confesional. Pero, ¿cuál es la relación entre el cambio de régimen y el giro de política exterior, que hundió el vínculo entre Riad y Teherán? Como afirma Sombra Saraiva (2003), “el argumento principal es que no existe una relación causal universal entre políticas exteriores y régimen político. Sin embargo, esto no significa que no haya conexiones entre ambos conceptos” (p. 13). Al mismo tiempo, figuras de la Historia de las Relaciones Internacionales, como Pierre Renouvin y Jean-Baptiste Duroselle, advierten a los estudiosos de la disciplina que, junto con la variable “sociedad internacional” debía convivir otra, “factores domésticos”. Por lo tanto, era esperable que el cambio de carácter del régimen iraní acarrearía una serie de transformaciones en su política exterior. Estas novedades afectaron, invariablemente, su posición en el escenario internacional, más precisamente en Medio Oriente, y, dada su centralidad, significó vientos de cambio en la política exterior de Arabia Saudita.

En otras palabras, en el caso de Arabia Saudita e Irán, la Revolución precipitó una serie de cuestiones, algunas que ya se hallaban latentes y otras novedosas. Entre las primeras, destaca el momento de declive iraní en Medio Oriente, fruto de su inestabilidad política, contrastante con el crecimiento saudita en el área de defensa, lo que implicaba un mayor peso regional. Ciertamente, la monarquía saudita tenía mayores posibilidades asociativas en un contexto de mayoría árabe y sunita. Fortalecida, podía aspirar a quitar a Irán su rol de nación predominante en Medio Oriente. Entre las causas que trajo la Revolución, una de las más destacables es el hecho de que, a partir de 1979, ambas emplean la herramienta religiosa como discurso hegemónico, como si, de alguna forma, compartieran el mismo público. Esto fue resultado del alejamiento de Irán del modelo laico que había promovido a lo largo del dominio de los Pahlavi, entre 1921 y el derrocamiento de Muhammad Reza. La otra novedad fue la relación con una de las superpotencias del momento: Estados Unidos. Cuando Irán pasó de la alianza al enfrentamiento con el gobierno estadounidense, la relación con Arabia Saudita, en proceso de fortalecimiento con el hegemon, acabó por consolidarse. El derrumbamiento de la Política de los Pilares Gemelos implicó que, para sostener el orden en esa zona vital, ahora Washington debía apoyar sin medias tintas a

Arabia Saudita en la contienda regional emergente. Tras la Revolución, ambos Estados no retomaron relaciones diplomáticas hasta 1991.

E. La política exterior contemporánea del Reino de Arabia Saudita

Al momento de observar el comportamiento de Arabia Saudita en el sistema internacional, resulta prudente evaluar lo siguiente:

1. La forma en la que se toman las decisiones en materia de política exterior, explicando los dos círculos que aconsejan al monarca: el de los miembros mayores de la dinastía Saud y el de los tecnócratas.
2. El rol que los clérigos y expertos religiosos poseen en la conformación de la identidad nacional, fundamental para la cohesión entre la dinastía Saud y los habitantes de su reino.
3. El papel que Estados Unidos, un actor global de primer orden, juega en la política exterior saudita, como un aliado tradicional con el que existen coincidencias y disidencias, según las personalidades de los diferentes monarcas.
4. El rol fundamental que juega el Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en la proyección saudita sobre la región y el mundo, como espacio de intercambio, tampoco carente de tensiones, con sus aliados más próximos.

Tabla 12

Jefes de Estado, ministros de Relaciones Exteriores y ministros de Estado para las Relaciones Exteriores del Reino de Arabia Saudita desde 1975

Jefe de Estado	Ministro de Relaciones Exteriores	Ministro de Estado para las Relaciones Exteriores
El rey Khaled (1975-1982)	El príncipe Saud bin Faisal de Arabia Saudita	Ninguno
El rey Fahd (1982-2005)	El príncipe Saud bin Faisal de Arabia Saudita	Ninguno
El rey Abdullah (2005-2015)	El príncipe Saud bin Faisal de Arabia Saudita	Nizar Madani
El rey Salman (desde 2015)	Adel Al-Jubeir (2015-2018)	Nizar Madani
	Ibrahim Al-Assaf (2018-2019)	Adel Al-Jubeir
	El príncipe Faisal bin Farhan de Arabia Saudita (desde 2019)	Adel Al-Jubeir

Fuente: elaboración propia

En materia de política exterior, el proceso de toma de decisiones en Arabia Saudita se ha complejizado. La decisión de fondo corresponde al monarca; en casos donde el rey tiene alguna forma de disminución o impedimento, el príncipe heredero ha intervenido activamente en el área. Ejemplo de ello fue el rol que tomaron Abdullah bin Abdulaziz tras el inconveniente de salud del rey Fahd en 1995, o Muhammad bin Salman ante la avanzada edad de su padre a partir de 2017. Sin embargo, existen en torno a él varios grupos de poder con diversos niveles de

institucionalización, que no poseen un carácter monolítico y que se vinculan entre sí a través de alianzas y enfrentamientos. Por tanto, no es posible afirmar que el rey y/o su heredero son los únicos actores en el perfilamiento de la política exterior; en cambio, esta es el resultado de pactos resultantes de diferentes opiniones.

Los miembros mayores de la dinastía de los Saud juegan un rol muy importante en estas discusiones y constituyen el primer círculo de asesoramiento del monarca. Prueba de ello es que, salvo excepciones que tuvieron lugar durante breves espacios de tiempo, la persona elegida para encabezar el Ministerio de Relaciones Exteriores ha sido siempre un miembro de la familia real (Eilts, 2004): el príncipe Faisal bin Abdulaziz en los períodos 1932-1960 y 1962-1964; el príncipe Saud bin Faisal entre 1975 y 2015; y el príncipe Faisal bin Farhan desde 2019. Saud bin Faisal fue ministro hasta abril de 2015, apenas tres meses antes de su muerte, ostentando el récord mundial en el cargo. Fue el responsable de la organización y de la profesionalización de la burocracia de la cartera. Una situación similar sucede con el Ministerio de Defensa, que también queda en manos de la familia. Estos nombramientos, junto a otros en el gabinete y en las gobernaciones, forjan coaliciones al interior del clan. Desde 2007, las tradiciones familiares de consulta y asesoramiento se institucionalizaron en el Consejo de la Fidelidad, que reúne a los descendientes varones del primer monarca, Abdulaziz bin Abdulrahman. Esta institución tiene el poder de nombrar al príncipe heredero y declarar al monarca incapacitado para gobernar. En resumen, como indica Alsultan (2013):

La toma de decisiones de política exterior saudita se basa principalmente en una serie de tomadores de decisiones políticamente independientes dentro del círculo íntimo de la familia real. Hay varias normas informales que alientan a estos actores clave a resolver desacuerdos sobre decisiones clave de política exterior y llegar a una solución. En este contexto, el rey desempeña el papel crucial como *broker* entre las diferentes facciones reales y sus opiniones son ampliamente respetadas por todos los miembros de la familia real. (p. 459)

En un segundo círculo se hallan los tecnócratas. En un mundo crecientemente complejo, la monarquía se ha apoyado cada vez más en este estamento al momento de tomar sus decisiones.

Este grupo, cada vez más numeroso, consiste en una suerte de élite ilustrada, educada en el exterior, o bien con prósperos negocios en el país. A partir de ellos, la familia real puede, además de asesorarse, medir el impacto que las decisiones tendrán en la opinión pública.

Esta tecnocracia opera en dos niveles. El primero de ellos y decididamente más influyente es el gabinete, que es habitualmente presidido por el monarca, al menos hasta 2022, cuando esa función recayó en el príncipe heredero Muhammad bin Salman. A partir de 2005, se instituyó el cargo de ministro de Estado para las Relaciones Exteriores, un cargo que ha quedado en manos de profesionales con amplia experiencia en el área, próximos a la familia real. Sin contar con el presupuesto del canciller ni con su influencia, desde su posición aconseja al monarca y encara misiones que le son encomendadas especialmente.

El segundo nivel operativo de la tecnocracia reside en la Asamblea Consultiva, también conocida como *Majlis Al-Shura*, un cuerpo semi legislativo creado en 1992. Tiene 150 miembros designados por el monarca cada cuatro años. Redacta proyectos de ley para elevar a la Corona, estudia asuntos de la agenda pública para realizar recomendaciones, revisa el presupuesto estatal y, eventualmente, puede convocar a los ministros para consultas. Cuenta con un Comité de Relaciones Exteriores, que revisa acuerdos con otros Estados y sugiere líneas de cooperación internacional. aunque, como indican Korany y Fattah (2008), “la política exterior saudita no se ha visto realmente influenciada, positiva o negativamente, por ninguna discusión en el *Majlis*, una fuerte indicación de su naturaleza puramente ceremonial o decorativa” (p. 356).

En ese contexto de presiones donde, como se indicó más arriba, el rey funciona como *broker*, o generador de consensos, pueden identificarse dos fuerzas entre las cuales el Reino debe balancear: por un lado, el poder doméstico que poseen los ulemas, que representan la tradición wahabita que cimienta a la monarquía; por otro, la presión de los Estados Unidos, socio privilegiado de Arabia Saudita, favorable a la modernización (Korany y Fattah, 2008).

La fe islámica “es ciertamente la base de la estructura social saudita, su conformación estatal y su cultura política” (Korany y Fattah, 2008, p. 350). Allí, los ulemas, o expertos en la fe y el derecho islámico, o simplemente clérigos, se ubican en los cimientos de la legitimidad del Reino, en función de una alianza con la familia Saud realizada hace tres siglos. Este grupo se percibe a

sí mismo como una suerte de custodia de las tradiciones religiosas. Las decisiones de la Corona son refrendadas por los ulemas a través de decretos religiosos o *fatwas*. Solo los que integran el Consejo Mayor de Ulemas, un organismo financiado por el Estado, pueden emitir esas regulaciones. A modo de ejemplo, la presencia de tropas extranjeras en el país tras la invasión iraquí a Kuwait en 1990 o la condena a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos fueron respaldadas por *fatwas*. Los ulemas pueden poner a la Corona en un lugar difícil en su posicionamiento sobre los asuntos en el extranjero, ejemplificando la importancia de los factores domésticos en el diseño de la política exterior. Como afirman Korany y Fattah (2008):

Así, la matriz de Arabia Saudita en política exterior, tanto los elementos que configuran la orientación internacional saudita como su comportamiento, está estrechamente relacionada con el patrón de formación del Estado, su contexto geopolítico, las características personales de sus líderes y la dialéctica de sus relaciones Estado-sociedad. A pesar de la magnitud de su activos, tanto espirituales como materiales, Arabia Saudita tiene muchas decisiones desafiantes a tomar, tanto en el ámbito interno como en términos de su política exterior. (p. 390)

Como el *establishment* religioso posee un rol capital en la aceptación de la autoridad monárquica, contar no solo con su opinión, sino además con su respaldo, es fundamental para generar consenso. Esa influencia se ejercita a través de tres canales:

1. El acceso al primer y segundo círculo de los procesos de toma de decisiones. Los ulemas cuidan a la familia real, especialmente al monarca, dejando en claro que cualquier cuestionamiento a su figura podría considerarse una falta a los principios religiosos. Al mismo tiempo, reciben su apoyo económico; los Saud son, en definitiva, quienes empoderan a los ulemas.
2. El control de ciertas áreas donde se piensan y ejecutan políticas públicas, que ejercen una influencia, en mayor o menor medida, en la política exterior. Controlan los ministerios de Educación, Justicia, Asuntos Islámicos y Peregrinación, junto a las facultades y centros de formación religiosa y los fondos para la promoción del islam alrededor del mundo.

3. La capacidad de la movilización de la población, fundamentalmente a través de su presencia en los medios de comunicación y la predicación de los sermones de los viernes en las mezquitas, donde se abordan no sólo cuestiones religiosas, sino que abordan además temas sociales, económicos, culturales, de actualidad, etc.

El *hajj* es, además, un fenómeno importante en la transmisión de la imagen saudita más allá de sus fronteras. Aunque se esfuerce por declarar su carácter apolítico, la peregrinación a La Meca, que reúne cada año a más de dos millones de musulmanes, en su mayoría no árabes, es una oportunidad para demostrar al mundo las capacidades del país. Las inversiones en alojamiento, transporte e infraestructura general son cuantiosas, con el objetivo de que los visitantes se lleven una imagen positiva del Reino. La cantidad de peregrinos que viajan cada año se establece a partir de cuotas por país, lo que brinda oportunidades de negociación y diálogo con otros Estados. Además, estas comunidades nacionales suelen arribar a Arabia Saudita bajo la guía de alguna autoridad política relevante, generando la ocasión de estrechar lazos y promover la cooperación. Íntimamente vinculado a este carácter islámico del gobierno, el rey Fahd decretó en 1986 que el monarca ya no recibiría el trato de “Su Majestad” sino el de “Custodio de las Dos Sagradas Mezquitas”. Esa tradición se mantiene hasta la actualidad.

La segunda fuerza que agrega tensión al armado de la política exterior es la condición de Estados Unidos como socio privilegiado de Arabia Saudita. A partir del desarrollo de la Política de los Pilares Gemelos, la relación se consolidó a ambos lados del Golfo, casi en paralelo, entre Washington y Riad por un lado, y Washington y Teherán por el otro. Esa relación tuvo desafíos, de los cuales se habló más arriba, cuando se recorrió el estado de las relaciones irano-sauditas desde la fundación del Estado moderno hasta la llegada del ayatolá Khomeini al poder en Irán, en 1979.

En efecto, la Revolución Islámica implicó un cambio radical para las estrategias de vinculación entre Estados Unidos y Arabia Saudita. El temor por un efecto contagio en Irak, teniendo en cuenta su numerosa población chiíta al sur del país, llevó al rey Fahd a mostrarse aliado del presidente Ronald Reagan durante la guerra irano-iraquí. La posterior invasión a Kuwait en 1990 echó por tierra la posibilidad de un acercamiento a Bagdad. Arabia Saudita alentó el

involucramiento de los países árabes en la coalición militar que lideró Estados Unidos para liberar al país ocupado, incluso aceptando el ingreso de más de 700.000 soldados extranjeros a la región. Como muestra del compromiso entre Washington y Riad, el Reino participó activamente en el comando militar que condujo a las tropas. Aunque la mayoría del personal militar se retiró al término del conflicto en 1991, unos cinco mil soldados estadounidenses permanecieron en Arabia Saudita para custodiar las zonas de exclusión aérea sobre Irak (Bronson, 2006), estableciendo allí su base más importante en la región.

Para Arabia Saudita, los compromisos contraídos con Estados Unidos y la comunidad internacional en relación a Irak lo colocaban en una situación difícil no solo con su vecino del norte sino también con los demás países árabes. Como parte del acuerdo generado tras la retirada de Kuwait, el gobierno de Saddam Hussein debía someterse a inspecciones de arsenal, para las cuales no prestaba colaboración. Ello derivó en bombardeos estadounidenses a Irak en 1993, 1994 y 1998. Asimismo, en 1995, Estados Unidos sufrió diecinueve bajas tras el atentado en las Khobar Towers y otras cinco en la sede de la Guardia Nacional, donde sus oficiales estaban sirviendo como instructores en un entrenamiento de las fuerzas locales.

En 1995, el daño en la salud del rey Fahd significó para el príncipe heredero Abdullah bin Abdulaziz la posibilidad de asumir un rol protagónico. El emir comenzó un camino de acercamiento con Teherán, ante la mirada desconfiada de Washington, que se potenció tras la salida de Akbar Rafsanjani y la llegada de Muhammad Khatami a la presidencia iraní en 1997, a quien Riad veía como un posible agente de cambio en el país vecino. En julio de 2000, el deterioro de la relación entre israelíes y palestinos en el contexto de una nueva *intifada* implicó una serie de reclamos de Arabia Saudita a los Estados Unidos, con motivo de su rol de mediador. George W. Bush, que acababa de asumir la presidencia en enero de 2001, creía en una solución regional, mientras se focalizaba en el recambio de poder en Rusia y el crecimiento económico de China. En Riad, en cambio, la expectativa que despertaba era que continuaría los pasos de su padre, George Bush, buscando una salida integral a la situación en Medio Oriente. La contraposición con la realidad decepcionó a los sauditas. Abdullah rechazó la posibilidad de una visita oficial a los Estados Unidos y mantuvo al presidente Bush al tanto de sus quejas a través de

su embajador, el príncipe Bandar bin Sultan. Como indica Bruce Riedel (2018), quien por entonces se desempeñaba como asesor especial del presidente y director de Asuntos de Medio Oriente del Consejo de Seguridad Nacional estadounidense,

Bush y todo su equipo estaban unidos en una sola cosa: querían establecer de manera urgente una buena relación con Arabia Saudita y, para lograrlo, pretendían reunirse con el príncipe heredero Abdallah. Bush, Cheney, Powell, el secretario de Defensa Donald H. Rumsfeld y Rice querían que Abdallah visitara Washington para una reunión con el presidente. La invitación fue enviada a través de Bandar. La respuesta fue firme e inequívoca: no. El príncipe heredero no vería al presidente Bush hasta que este tomara una acción sobre Palestina. Querían que asumiera medidas dramáticas para detener la violencia entre Israel y los palestinos; querían que viera a Arafat; y quería que terminara la ocupación israelí de Cisjordania y Gaza. Ya tenía en mente una propuesta de paz que presentaría en Febrero de 2002. (p. 132)

Los sucesos del 11 de septiembre de 2001 constituyeron un desafío para el vínculo entre ambos países; el hecho de que quince de los diecinueve terroristas que secuestraron los aviones en esa jornada fueran de nacionalidad saudita puso en tela de juicio el compromiso del Reino con los Estados Unidos, especialmente en la opinión pública. Las investigaciones derivaron en el hallazgo de redes de financiamiento, apoyo y reclutamiento a Al-Qaeda y otras organizaciones fundamentalistas en mezquitas, escuelas, bancos y fundaciones, que no fueron debidamente supervisadas por las oficinas de gobierno. Como afirma Bronson (2006),

Durante la Guerra Fría, los fines religiosos y políticos se unieron, en tanto el aumento de la religiosidad sirvió tanto a los pragmáticos, que entendían la necesidad de trabajar con Estados Unidos y rechazar el expansionismo soviético, y los fanáticos, decididos a aplicar políticas ideológicamente puras. [...] A lo largo de la Guerra Fría, los fines políticos y religiosos se reforzaban mutuamente. Después del 11 de septiembre, divergieron de manera aguda. (p. 241)

Finalmente, en 2002, el príncipe heredero aceptó reunirse con Bush aunque en su propiedad particular, la estancia Chapel Hill en Crawford, Texas, como una forma de reforzar el carácter

privado de la visita. Ambos líderes seguían presentando divergencias en sus agendas regionales: mientras el primero pretendía una revalorización de la problemática en Palestina, el segundo insistía con la lucha contra el terrorismo, que incluía reformas en materia de derechos humanos y prácticas democráticas. El monarca también manifestó su descontento frente a una posible incursión militar contra Irak, que se concretaría el año posterior.

Una serie de atentados terroristas realizados en Riad entre 2003 y 2004 forzaron al Reino a cambiar la estrategia: se reforzó la seguridad, al tiempo que la policía se capacitó especialmente para este tipo de delitos, y se implementaron leyes para monitorear el lavado de activos y el financiamiento del fundamentalismo armado. Estas medidas fueron acompañadas por una condena religiosa al accionar de los rebeldes por parte de los clérigos próximos a la Corona. Junto con ello, el príncipe heredero pudo reunir cierto consenso para inaugurar el Foro de Diálogo Nacional, que reunió entre sus filas a setenta personas, entre ellos chiítas, mujeres y personas con perfiles liberales, para abordar temas como el rol de la diversidad, el extremismo y la inclusión en el país. Cuando el rey Fahd falleció en 2005 y Abdullah asumió al trono, una delegación estadounidense de alto nivel, compuesta por el vicepresidente Dick Cheney, el ex presidente George H. Bush y el ex secretario de Estado Colin Powell, participaron en su despedida. (Bronson, 2006)

El reinado de Abdullah no marcó el final de la cooperación saudita-estadounidense, pero sí la llegada de nuevos términos. Poco después de acceder al trono, se intensificó el traslado de las tropas de Washington de la base Príncipe Sultan a una nueva locación en Qatar. Riad, por su parte, comenzó a diversificar las adquisiciones de armamentos, buscando nuevos proveedores. En consonancia con otros países árabes de la región, pedía a Washington el final de la ocupación en Irak. En Riad estaban convencidos que el sostenimiento de la presencia extranjera en ese país constituía un aliciente a los sectores reaccionarios, especialmente a aquellos que eran favorables a Irán, un actor popular en el país. Los chiítas no solo eran numerosos, también habían sido masacrados y humillados por Saddam Hussein durante décadas. Era previsible que ahora quisieran intervenir de manera más activa en las dinámicas decisorias de su país. La llegada de Barack Obama a la presidencia de los Estados Unidos en 2009 se inició con concesiones al rey

Abdullah. En el marco de una gira por El Cairo y Riad, anunció la necesidad de relanzar la relación entre su país y los musulmanes, lamentó los intentos por cambiar los regímenes en la zona y alabó los esfuerzos por promover el diálogo interreligioso realizados por el monarca saudita. En ese viaje, decidió no visitar Israel, lo que constituyó un gesto inusitado en comparación con sus antecesores (Riedel, 2018). El posicionamiento que Irán había ganado en el Líbano y en Irak, que le permitía proyectarse con fuerza a la región, incomodaba a Arabia Saudita. Aquí se presentaba una convergencia con Obama, para quien la potencialidad nuclear de Irán se ubicaba al tope de su agenda hacia Medio Oriente. Esta situación derivó en un refuerzo de las capacidades sauditas de defensa por parte de los Estados Unidos.

El rey estaba descansando en Marruecos cuando en diciembre de 2010 comenzaron las sorpresivas revueltas que dieron marco a la Primavera Árabe en varios países de la región. El Reino gestionó esta situación de manera pragmática. En las naciones que quedaban próximas a su frontera, promovió soluciones de rápida concreción, entendiendo que éstas constituían una amenaza a su propia existencia.

En Bahreín se desataron protestas en la Rotonda de la Perla de Manama, la capital²⁶. Allí, Arabia Saudita vio la mano de Irán agitando a la importante población chiíta que residía en la isla. El 14 de marzo de 2011, una fuerza multinacional, integrada por mil doscientos soldados sauditas y ochocientos soldados emiratíes irrumpió en el lugar y dispersó definitivamente a los manifestantes, mientras el gobierno Bahreíní derrumbaba el monumento y arrasaba con la plaza. Abdullah anunció, además, un plan de 130 mil millones de dólares en apoyo a la vivienda y la obra pública en su país, y créditos blandos a Bahreín y Omán, en función del financiamiento de los demás miembros del Consejo de Cooperación del Golfo.

En Yemen, donde también habitaba una importante minoría chiíta, se desataron manifestaciones en contra del presidente, Ali Abdullah Saleh, en la capital, Saná, a partir de febrero de 2011, que luego se extendieron a la segunda ciudad más importante, Adén. En junio, el presidente abandonó el país para instalarse en Arabia Saudita, mientras el rey sirvió como mediador para

²⁶ En el contexto regional, Bahreín es un país plenamente alineado con la política exterior de Arabia Saudita. Allí, las protestas fueron particularmente fuertes y estuvieron vinculadas a la discriminación religiosa y a cierta manipulación de datos demográficos a favor de la comunidad sunita.

lograr que éste entregue sus poderes al vicepresidente Abderrabuh Mansour Hadi en noviembre de ese año, en una ceremonia que tuvo lugar en Riad.

A cambio de evitar la intervención de los Estados Unidos en estos escenarios que le resultaban particularmente delicados para sus intereses nacionales, el gobierno en Riad apoyó a los rebeldes que se alzaron contra las autoridades en Libia y Siria. En el último caso, el creciente apoyo de Irán al presidente sirio Bashar Al-Assad implicó, en paralelo, un involucramiento ascendente por parte de las autoridades del Palacio de Al-Yamamah²⁷ en ese conflicto, incrementando la venta de armamento y la cooperación con los grupos opositores. El factor religioso también se hizo presente, ya que Al-Assad era musulmán alauita y sus opositores principalmente sunitas. En Egipto, la elección de Muhammad Morsi, después de la destitución de Hosni Mubarak, también puso en alerta a Riad, atento a que un gobierno liderado por los Hermanos Musulmanes constituiría un competidor dentro del espacio árabe-musulmán. Por eso, cuando Abdelfatah Al-Sisi y los militares realizaron un golpe y tomaron el poder, contaron con el apoyo diplomático de Arabia Saudita. El rey visitó a Al-Sisi en El Cairo en 2014. (Riedel, 2018)

Tras el fallecimiento de Abdullah, su hermano Salman bin Abdulaziz asumió el trono en enero de 2015. El nuevo rey era próximo al sector más tradicional de la clerecía, y había trabajado con distintos grupos islamistas en el exterior: la resistencia palestina en los sesenta y setenta, los afganos que desafiaron al régimen soviético en los ochenta y los bosnios en los noventa.

A nivel doméstico, el nuevo monarca parecía decidido a conmovier las estructuras de la dinastía a través de una serie de cambios. En abril de 2015, apenas tres meses después de su asunción, removió a su hermano el príncipe heredero Muqrin, el hijo vivo más pequeño del rey Abdulaziz, fundador del Reino, y nombró en su lugar a quien hasta entonces era el príncipe heredero suplente, su sobrino el príncipe Muhammad bin Nayef. Sin embargo, el sustituto duró poco tiempo en el cargo: en junio de 2017, Muhammad bin Nayef fue reemplazado por el hijo del monarca, el príncipe Muhammad bin Salman, que por entonces contaba con 31 años. Algunos años más tarde, en 2022, el rey nombró primer ministro a su hijo, en un hecho sin precedentes en

²⁷ Lugar de trabajo del rey de Arabia Saudita y su Corte, ubicado en la ciudad de Riad.

la historia de Arabia Saudita, ya que, tradicionalmente, el cargo era ejercido por el monarca en persona.

En noviembre de 2017, padre e hijo comenzaron un raid de detenciones a numerosos miembros de la familia real, junto a algunos empresarios y clérigos, un total de 381 personas, bajo diversas acusaciones que iban desde la comisión de actos de corrupción hasta la promoción del extremismo. Las detenciones incluyeron al ex embajador en Estados Unidos Bandar bin Sultan y al ex príncipe heredero Muhammad bin Nayef. Algunos fueron confinados en sus hogares y otros alojados temporalmente en el Ritz-Carlton de Riad. Se les ofreció la libertad a cambio de un arreglo extrajudicial: en tanto devolvieran el dinero mal habido y regresaran a la vida privada, se levantarían los cargos. En enero de 2018, fuentes de la Fiscalía de Arabia Saudita afirmaron que se habían recuperado más de 106 mil millones de dólares en efectivo, propiedades y acciones en compañías (Kalin y Paul, 2018). Las persecuciones se repitieron en septiembre de 2019, con foco en los empleados públicos (The New Arab, 2019), en noviembre de 2020, con el arresto de tres príncipes detenidos por traición y llevados a juicio (Stein y Stephens, 2020), y agosto de 2021, con 175 empleados del Estado detenidos (Al-Jazeera, 2021). Este proceso de “purga” intermitente, aunque basado en cargos concretos, fue selectivo y permitió consolidar al príncipe heredero en el poder y, de alguna forma, constituye un cambio sobre la intervención del consenso familiar, especialmente en aquel primer círculo que se mencionó anteriormente, por lo que, indudablemente, ha intervenido en la toma de decisiones en materia de política exterior.

En relación a Estados Unidos, Salman y su hijo eran proclives a mantener una relación cordial, aunque la Primavera Árabe, especialmente la incursión a Manama, que Obama no aprobaba, había generado un enfriamiento de las relaciones. Washington tampoco parecía decidido a intervenir con firmeza en el teatro sirio, lo que incomodaba a los sauditas. La elección del republicano Donald Trump en noviembre de 2016 marcó un nuevo acercamiento que abrió una era de marcada convergencia, sostenida a lo largo de todo el mandato del magnate, hasta 2021. El nuevo presidente estadounidense eligió a Arabia Saudita como su primer viaje al exterior y reforzó, a través de una serie de gestos, el vínculo entre ambos Estados. Por un lado, criticó abiertamente a los gobiernos de Irán y Siria en los discursos oficiales. Por el otro, abandonó la

agenda de reforma política y promoción de los derechos humanos que había sostenido su antecesor. (Riedel, 2018)

Asimismo, Trump sirvió, indirectamente, como un puente entre la preocupación que Arabia Saudita sentía por Irán y la amenaza percibida por Arabia Saudita. En 2020, el presidente estadounidense promovió la normalización de relaciones diplomáticas entre Israel y los países árabes, comenzando por aquellos del Golfo, aprovechando su proximidad con el rey Salman y su hijo. Si bien Arabia Saudita no fue de la partida, es imposible que la adhesión de Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos a los mentados Acuerdos de Abraham tomara por sorpresa al gobierno de Riad. Aunque los tratados han demostrado ser útiles para potenciar las relaciones económicas entre los Estados, no han logrado resolver el problema palestino-israelí, especialmente la cuestión de la seguridad al interior del Estado judío.

Uno de los flancos más vulnerables de la política exterior saudita desde la llegada de Salman y su hijo ha sido la guerra en Yemen, que tocó especialmente al príncipe heredero, quien se desempeñó como ministro de Defensa entre 2015 y 2022. En 2014, la insurgencia de los hutíes, vinculada a Irán, había ocupado Saná y un año más tarde se había movilizado hacia Adén, donde residía el gobierno del presidente Hadi. Con el sorpresivo apoyo del ex presidente Saleh, con quien se habían enfrentado por años en reiteradas guerras, los hutíes tomaron la ciudad y expulsaron a Hadi. En 2018, una coalición regional²⁸ liderada por Riad recuperó Adén y su *hinterland*, aunque poco después comenzaron los enfrentamientos entre el sector partidario de Hadi, apoyado por los sauditas, y el que reclamaba la secesión del sur, respaldado por Abu Dabi. En el medio, emergieron células de Al-Qaeda en la Península Arábiga en el interior del país. Muhammad bin Salman debió lidiar no solo con la decisión de bombardear Saná y otras posiciones hutíes sino también con los ataques con drones que los rebeldes realizaban en las localidades fronterizas y, al mejorar el alcance de sus instrumentos, también en el centro del país. Las tácticas encaradas desde el Ministerio de Defensa de Arabia Saudita no derivaron en el cese inmediato de los ataques de los hutíes ni en un arreglo regional que genere fronteras seguras al sur del país, lo que mostró la vulnerabilidad de las propuestas del príncipe heredero.

²⁸ La coalición, liderada por Arabia Saudita, reunía también a los Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Kuwait, Egipto, Jordania y Senegal. Sudán, Qatar y Marruecos participaron de manera intermitente.

El Consejo de Cooperación del Golfo es una de las herramientas más importantes que posee Arabia Saudita para estar al tanto de lo que sucede en sus fronteras más próximas. Cualquier cambio en estos países podría implicar alteraciones que pongan en peligro el *statu quo* interno. El Consejo fue creado en 1981, durante la guerra irano-iraquí, como una herramienta de discusión y coordinación entre Arabia Saudita y las monarquías vecinas próximas a sus fronteras²⁹. Constituía, además, una reacción contra el expansionismo iraní y un marco de supervisión para Irak, quien nunca fue admitido en el organismo. Ulrichsen (2019) lo describe de la siguiente manera:

El nuevo organismo no era una alianza política ni militar, y carecía de un mecanismo de toma de decisiones de integración supranacional para compartir soberanía, similar a la Comisión Europea. No tenía ningún poder explícito de formulación de política exterior basado en tratados, como lo llamaba la Carta, sólo una coordinación de la política exterior y la cooperación política. Sus gobiernos miembros retuvieron la responsabilidad de casi todos los aspectos de la política doméstica y económica, y resistieron cualquier supuesta limitación a su soberanía. Excepto Arabia Saudita, los otros cinco miembros todavía estaban en el proceso de formación estatal y consolidación burocrática y se mostraban alertas ante un potencial dominio o hegemonía saudita dentro de la nueva organización, ya sea en términos de su población, el tamaño de sus Fuerzas Armadas, sus flujos comerciales intrarregionales y su importancia geoestratégica. En parte para obviar este desequilibrio de poder, el Consejo se presentó desde el principio como una cautelosa entidad favorable al *statu quo* que pretendía proteger a los Estados miembros y sus sociedades del impacto transnacional y la amenaza poco convencional del derrame de inestabilidad existente en Irán e Irak. (p. 213)

Los procesos de toma de decisiones en materia de política exterior en los demás Estados que integran el Consejo no se caracterizan por descansar en un organismo burocrático como el Ministerio de Relaciones Exteriores, sino en un grupo pequeño de personas vinculadas por lazos de sangre; en ese sentido, el resto de las monarquías del Golfo guardan similitudes con los

²⁹ Son miembros del Consejo de Cooperación del Golfo el Reino de Arabia Saudita, el Estado de Kuwait, el Reino de Bahrein, el Estado de Qatar, los Emiratos Arabes Unidos y el Sultanato de Omán.

procedimientos que usa Arabia Saudita para delimitar sus acciones internacionales. Eso llevó a que, superado el conflicto irano-iraquí que los acercó a la convergencia, la anexión de Kuwait demostró que el auténtico aparato defensivo regional capaz de hacerle frente a un agresor como Saddam Hussein no descansaba en su coordinación sino en el poder de fuego de las potencias occidentales. Eso los empujó a buscar acuerdos bilaterales tanto en los ámbitos de la defensa como en el comercio (Ulrichsen, 2019).

Con el auge de la Primavera Árabe, la diplomacia saudita intentó reforzar los lazos políticos en el Consejo, aunque con escaso éxito. La iniciativa de intervención en Bahrein fue posible a través de acuerdos particulares entre Manama, Riad y Abu Dabi. La victoria de Muhammad Morsi en Egipto tuvo el rechazo de los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita, pero el respaldo de Qatar. Estas divergencias comenzaron a ahondar la grieta entre aquellos dos y éste, en búsqueda de una política exterior autónoma, expansiva y, por tanto, díscola a las disposiciones que Riad pretendía imponer. Entre marzo y noviembre de 2014, Arabia Saudita y los Emiratos Árabes Unidos retiraron a sus embajadores de Doha, ante la certeza de que allí se refugiaban grupos islamistas. Qatar logró revertir la situación tras comprometerse a intercambiar información de inteligencia y expulsar a los militantes acusados de su país. En 2017 se desató una nueva crisis que el Consejo no logró prevenir. Las monarquías de Riad, Abu Dabi y Manama, a los que se sumó también Egipto, denunciaron a Qatar por su apoyo a grupos islamistas y sus relaciones con Irán. El enfrentamiento incluyó sanciones económicas y el cierre de fronteras con Qatar.

Finalmente, en enero de 2021, Arabia Saudita, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos hicieron las paces con Qatar. Este accionar, que estuvo encabezado por el príncipe heredero Muhammad bin Salman, tuvo lugar en un momento muy particular: el regreso de los demócratas al gobierno de los Estados Unidos de la mano de Biden podría significar el reavivamiento del acuerdo nuclear con Irán. En ese contexto, resultaba más provechoso mostrar la unidad árabe al oeste del Golfo.

F. La política exterior contemporánea de la República Islámica de Irán

El estudio de la política exterior iraní tras la Revolución Islámica es de particular interés no solo para comprender mejor la situación de Irán sino como aporte general a la disciplina, ya que, como afirman Abdolmohammadi y Cama (2020),

Las democracias consolidadas tienen una tradición de pluralismo y transparencia que facilita el análisis de los efectos de la política interna en su política exterior. Sin embargo, el proceso monolítico de toma de decisiones de los regímenes autoritarios tiende a ocultar conflictos y divisiones internas. La República Islámica de Irán ofrece un caso interesante ya que, como régimen híbrido peculiar que permite espacios limitados de pluralismo y competencia política, brinda una oportunidad única para estudiar la interacción entre los factores internos y externos que configuran la política exterior del país. (p. 173)

Los autores remarcan la importancia de Irán para el sistema internacional desde diferentes puntos de vista. Uno de ellos es el geopolítico: su ubicación estratégica lo convierte en puente entre diferentes regiones, como la península Arábiga, la meseta de Anatolia, el Cáucaso, Asia Central y el subcontinente indio, incluso con Rusia a través del mar Caspio. Junto a ello, su numerosa población, extensión territorial y disponibilidad de recursos naturales lo vuelven un actor de alta relevancia regional. Esa centralidad es, al mismo tiempo, disputada por sus vecinos, especialmente por su principal competidor, Arabia Saudita, con quien refleja la clásica disputa entre sunitas y chiítas y entre el Medio Oriente árabe y no árabe; también con Turquía, con quien comparte su potencial de ser puente entre Oriente y Occidente.

Tabla 13

Líderes supremos, presidentes de la República y ministros de Relaciones Exteriores de la República Islámica de Irán

Líder Supremo	Presidente de la República	Ministro de Relaciones Exteriores
Ruhollah Khomeini (1979-1989)	Consejo de la Revolución Islámica (1979-1980)	Karim Sanjabi (1979)
		Ebrahim Yazdi (1979)
		Sadegh Ghotbzadeh (1979-80)
	Abolhassan Banisadr (1980-81)	Sadegh Ghotbzadeh (1980)
	Muhammad-Ali Rajai (1981)	Mir-Hossein Mousavi
	Ali Khamenei (1981-1989)	Ali Velayati
Ali Khamenei (desde 1989)	Akbar Rafsanjani (1989-1997)	Ali Velayati
	Muhammad Khatami (1997-2005)	Kamal Kharazi
	Mahmoud Ahmadinejad (2005-2013)	Manouchehr Mottaki (2005-2010)
		Akbar Salehi (2011-2013)
	Hassan Rouhani (2013-2021)	Javad Zarif
	Ebrahim Raisi (2021-2024)	Hossein Amir-Abdollahian
	Massoud Pezeshkian (desde 2024)	Abbas Araghchi

Fuente: elaboración propia

En cuanto a su estructuración y proceso de toma de decisiones en materia de política exterior, es posible identificar tres niveles, determinados por las relaciones que llevan adelante entre sí sus diferentes componentes (Abdolmohammadi y Cama, 2020). En primer lugar, están las relaciones que mantienen entre sí las diferentes organizaciones burocráticas del Estado, incluidas las fuerzas de seguridad. En esta dinámica, intervienen:

- El líder supremo, jefe de la Revolución y referente político y religioso del país. El cargo es vitalicio. Es elegido por la Asamblea de Expertos³⁰. Solo él puede declarar la guerra, acordar la paz y movilizar a las Fuerzas Armadas. Además, la Constitución iraní lo proclama referente de la comunidad islámica transnacional. Por el control que posee de los resortes del Estado, no es posible conducir una política exterior con su oposición explícita. Esta situación no cambió con el paso de Khomeini a Khamenei.
- El presidente de la República, elegido por el voto directo de la población para un período de cuatro años con posibilidad de una reelección inmediata, tras una preselección de candidatos llevada adelante por el Consejo de los Guardianes³¹. En concreto, es quien administra el presupuesto y quien se ocupa efectivamente del diseño y supervisión ejecutiva de la política exterior iraní. Es el representante más destacado ante los gobiernos de otros países y está autorizado a negociar y suscribir tratados de todo tipo.
- El ministro de Relaciones Exteriores, designado por el presidente de la República, integra el gabinete y es el responsable de la ejecución de la política exterior. Desde la muerte de Khomeini en 1989, suele ser una figura de alto perfil, con estabilidad en el cargo durante todo el período presidencial. Ello permite suponer que interviene activamente en el asesoramiento a las figuras políticas superiores. Un deseado alejamiento de posturas excesivamente ideológicas en las relaciones con otros actores externos puede chocar con una creciente politización de la política exterior, fruto de la designación de embajadores políticos, sin experiencia (Zaccara, 2016).
- El Consejo Supremo para la Seguridad Nacional es un órgano que brinda un espacio de coordinación para la política doméstica y la política exterior. Es el responsable de establecer la política de defensa y de articular, como indica la Constitución, las medidas

³⁰ La Asamblea de Expertos es un órgano con jerarquía constitucional, compuesto por 88 miembros, versados en derecho islámico, elegidos por la población para un mandato de ocho años, en función de una lista de candidatos previamente supervisada por el Consejo de los Guardianes. Su principal función consiste en supervisar el trabajo del líder supremo y designar un sucesor cuando fuera necesario.

³¹ El Consejo de los Guardianes es un órgano con jerarquía constitucional, compuesto por doce miembros expertos en diferentes áreas del Derecho, elegidos por seis años, la mitad de ellos designados por el líder supremo y la otra mitad por la Asamblea Consultiva según una terna propuesta por el presidente de la Corte Suprema. Sus funciones consisten en supervisar las elecciones, incluyendo la presentación de candidatos en todos los niveles, y aprobar, vetar e interpretar la legislación.

necesarias para salvaguardar la soberanía e integridad territorial de amenazas internas y externas. Lo encabeza el presidente, aunque el líder supremo nombra al secretario y supervisa sus resoluciones. También lo integran los altos mandos de las Fuerzas Armadas y los ministros de Relaciones Exteriores, Interior y Defensa, junto a otros funcionarios convocados por el líder supremo y el presidente.

- La Guardia Revolucionaria (*Pasdaran*), un cuerpo militar dentro de las Fuerzas Armadas, responsable de cuidar la Revolución y su carácter islámico. Su comandante en jefe es designado por el líder supremo. En sus orígenes era una fuerza doméstica destinada a suprimir a grupos disidentes hasta que adquirió una dimensión internacional a partir de la guerra irano-iraquí. Coopera con otras fuerzas político-militares y es uno de los responsables de la implementación de la política exterior iraní en Medio Oriente. Se encuentra alineado con grupos chiítas como Hezbolá en el Líbano y Organización *Badr* en Irak, y también con otros actores con quien confluye en varios aspectos, como el gobierno sirio, los hutíes en Yemen y Hamas en Palestina. (Sabet y Safshekan, 2019)

Luego, otro espacio de debate de política exterior se halla junto a las relaciones de poder que sostienen entre sí las facciones políticas, sus líderes y los grupos de la población que los apoyan, formando coaliciones de diferente duración. Esta instancia de deliberación tiene lugar en la Asamblea Consultiva Islámica, el órgano unicameral en el que está investido el Poder Legislativo de Irán. Tiene 290 legisladores con mandatos de cuatro años con capacidad de reelección, elegidos por el voto directo de los ciudadanos, organizados en distritos electorales territoriales. Posee poder de censura sobre el presidente y el gabinete, del cual el ministro de Relaciones Exteriores forma parte; además, es en última instancia quien debe aprobar o rechazar los acuerdos que firme el presidente en nombre del país.

Finalmente, aparece un tercer espacio, congregado en torno a las relaciones de poder que Irán mantiene con los países con los que posee vínculos diplomáticos, siguiendo las dinámicas del sistema regional y la evolución del sistema internacional. Zaccara (2016) se focaliza en la importancia de este apartado, indicando que han sido catalizadores de oportunidades para Irán. Aunque la expansión de la Revolución había sido resistida por las naciones occidentales, la

derrota del movimiento talibán en Afganistán y el derrocamiento de Saddam Hussein en Irak a principios de siglo le permitieron involucrarse activamente en esos “huecos” que se fueron habilitando. Una situación similar surge ahora, con el declive de la presencia de Estados Unidos en Medio Oriente.

Bakhash (2004) reconoce una primera época de la política exterior contemporánea iraní en el período que va desde la Revolución en 1979 hasta la muerte de Khomeini en 1989, en contraste con una segunda época, que se abre después de su fallecimiento. En esta etapa, afirma, tiene lugar una profunda reforma de las prácticas que el país empleaba para relacionarse con el extranjero. Como se indicó en la sección anterior, en tiempos del sha Muhammad Reza el alineamiento de Irán con Estados Unidos y Europa Occidental era muy fuerte. Además, tenía excelentes relaciones con Israel y en el Golfo se identificaba con monarquías conservadoras como Arabia Saudita y Jordania. En líneas generales, apoyaba el *statu quo* regional. Tras la Revolución, el giro fue radical. Rompió relaciones diplomáticas con Estados Unidos y tuvo episodios de crisis de diferente calibre con Francia, el Reino Unido y la República Federal Alemana. En la cuestión árabe-israelí, pasó a rechazar el derecho de existencia de Israel y se opuso al proceso de paz. Luego, cambió su vínculo con los países árabes, optando por relacionarse con gobiernos de carácter revolucionario, como Siria y Libia, adoptando un discurso de afrenta contra Arabia Saudita y las monarquías del Golfo. Por estos factores, “Irán se veía a sí mismo y se comportaba como una potencia anti status quo” (Bakhash, 2004, p. 248). En otras palabras, es posible afirmar que la posición internacional iraní osciló entre opciones fuertemente contrastantes, con la Revolución como momento de ruptura entre una y otra. Mientras la monarquía de los Pahlavi basaba su apariencia exterior en el carácter milenarista de la identidad nacional persa, el ayatolá Khomeini optó por una suerte de internacionalismo islámico. (Abdolmohammadi y Cama, 2020)

Luego, a partir de la Revolución, es posible identificar dos caracterizaciones para la política exterior iraní: una de tinte idealista³² y otra más pragmática. La primera se identifica con las

³² En este caso, se utiliza el término “idealismo” exclusivamente como antónimo de pragmatismo, sin vinculación específica con la corriente teórica de las Relaciones Internacionales que tiene el mismo nombre. Otros autores llaman a este mismo término “principismo” o “normalización”.

administraciones del líder supremo Khomeini (1979-1989) y las presidencias de Mahmoud Ahmadinejad (2005-2013) y Ebrahim Raisi, quien asumió en 2021. La segunda, en cambio, se posiciona durante las presidencias de Akbar Rafsanjani (1989-1997), Muhammad Khatami (1997-2005) y Hassan Rouhani (2013-2021). En las presidencias pragmáticas se realizan acciones favorables a la diplomacia fundamentadas en vinculaciones comerciales y asistencia económica. En las presidencias idealistas, más próximas al conservadurismo, irrumpe el carácter confesional en las relaciones diplomáticas. Entre una y otra se observa un movimiento pendular.

Durante la preeminencia idealista, la política exterior iraní fue concebida como un catalizador para otros levantamientos similares alrededor del mundo y buscó prestar ayuda material y diplomática alentando el éxito de esos movimientos, habitualmente desde las embajadas, especialmente en los países que contaban con minorías chiítas significativas, aunque, en general, apoyó las demandas islamistas, también de origen sunita. En ese sentido, promovió las luchas armadas de los musulmanes en el Líbano, Palestina, Bosnia, Somalia, Afganistán, Bahréin e Irak. Junto con ello, la figura de Ruhollah Khomeini se presentó como la de un líder proyectado sobre todo el mundo islámico. Zaccara (2016) lo resume en una combinación entre política de no alineamiento e ideología anti imperialista. Sin embargo, ello no implica que no se recurriera a instancias pragmáticas cuando fuera necesario. El ministro de Relaciones Exteriores, Akbar Rafsanjani, de perfil acuerdista, comenzó una serie de visitas internacionales, incluso a Estados rivales, durante la guerra irano-iraquí. Esta actividad fue conocida como “política de ventanas abiertas” y Khomeini las apoyó en tanto sirvieron para quebrar el aislamiento del país inmediatamente después de la Revolución y durante los años de la guerra con su vecino.

La alternativa pragmática se profundizó en 1989, cuando el líder supremo murió en junio, el rol de la figura presidencial se fortaleció con la reforma constitucional de julio y Rafsanjani fue elegido presidente de la República en agosto. En palabras de Zaccara (2016), el advenimiento pragmático coincidió con que “el atractivo panislámico de los dirigentes se degradó y la posición se volvió más nacional que transnacional” (p. 189). De hecho, Rafsanjani, lejos del marco ideológico revolucionario, buscó una aproximación a la Unión Europea y Medio Oriente en su necesidad de reconstruir la economía de posguerra. Ello implicó bajarle el tono a la retórica

religiosa. Además, la disolución de la Unión Soviética permitió el surgimiento de nuevos Estados en dos regiones vecinas donde podría ejercer una cierta influencia: el Cáucaso y Asia Central. Las articulaciones posibles con esos actores implicaban un abandono del discurso confesional, recurriendo en cambio al *soft power*: con Tayikistán, recurrió a la afinidad lingüística; con Uzbekistán, Azerbaiyán y Armenia, a la historia compartida; con los vecinos del mar Caspio, la necesidad de cooperación regional. En la crisis del Golfo de 1990, permaneció neutral, para no incomodar a los países árabes de la región; luego, acabó denunciando la invasión a Kuwait, mostrándose, al mismo tiempo, contrario a la presencia militar extranjera en la zona, especialmente a la de Estados Unidos (Zaccara, 2016).

En el caso particular de las relaciones entre Irán y Arabia Saudita, Keynoush (2016) menciona un escenario de *détente*. En 1991, ambos países retomaron sus vínculos diplomáticos. Rafsanjani visitó Riad ese mismo año, y un año más tarde lo hizo su canciller, Ali Velayati. Sin embargo, permanecieron vivas algunas disputas latentes entre ambas naciones que impidieron que el acercamiento se profundizara, junto con la falta de originalidad por parte de Estados Unidos, un socio privilegiado de la monarquía saudita, para reorientar sus relaciones con Irán tras la muerte de Khomeini. Algunos de los inconvenientes que evitaron la profundización del vínculo entre Teherán y Riad fueron:

- La política de “contención dual” de los Estados Unidos, que apuntaba a marginar a Irán e Irak de los asuntos regionales. Por eso, ambas naciones fueron excluidas del proceso de paz palestino-israelí y de las iniciativas de Washington para mejorar sus vínculos con el Consejo de Cooperación del Golfo. En sus intentos por desarrollar energía nuclear y mejorar sus armamentos, Teherán encontró la oposición de Washington, promoviendo sanciones en su contra.
- En las ex repúblicas soviéticas, tras la salida de Mijail Gorbachov, tanto Irán como Arabia Saudita perseguían incrementar su influencia en el Cáucaso y en Asia Central, abriendo un escenario de competencia.

- En el Golfo, Arabia Saudita se inquietaba por las iniciativas iraníes contra sus socios. En el caso de la disputa territorial con los Emiratos Árabes Unidos por las islas de Tunb y Abu Musa, Rafsanjani prefirió dejarla abierta. La relación también era tensa con Bahrein, que acusaba a los clérigos iraníes de fomentar la rebelión en la población chiíta local.

En 1997, Rafsanjani fue reemplazado por Khatami, que continuó en la misma línea pragmática. Promovió una política de “diálogo entre civilizaciones” como oposición al concepto de Huntington, “choque de civilizaciones”, para lo cual trabajó en alianza con la Organización de la Conferencia Islámica, la ONU y la Organización de Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, conocida por sus siglas como UNESCO. En 1998, tras el asalto talibán al consulado iraní en Mazar-e-Sharif, propuso la mesura; también se mantuvo alejado de la guerra en Afganistán, aunque cooperó en la detención de militantes de Al-Qaeda que buscaban escapar de ese país. Además, se solidarizó con Estados Unidos tras los atentados del 11 de septiembre de 2001. Para Riad, el nuevo presidente constituía una auténtica renovación, más lejana al influjo ideológico de Khomeini. En su relación con Arabia Saudita, concretó una amplia gama de tratados de cooperación científica, turística, educativa, deportiva, de comunicaciones y de seguridad. Además, mejoró sensiblemente el comercio bilateral. En 1997, el príncipe heredero de Arabia Saudita, Abdullah bin Abdulaziz, visitó Teherán. Asimismo, Riad designó como embajador en la capital iraní a Jamil Al-Jishi, un chiíta, y Teherán nombró ministro de Defensa a Ali Shamkhani, un iraní de etnia árabe originario de la provincia de Juzestán (Keynoush, 2016).

Sin embargo, la hostilidad entre Irán y Estados Unidos sobrevolaba la relación entre los vecinos. En 2002, el gobierno de Washington elaboró una categoría llamada “Eje del Mal”, donde incluyó a países que consideraba cooperadores del terrorismo internacional y que perseguían la obtención de armas de destrucción masiva. Irán fue incluido en esta lista, junto a Irak y Corea del Norte. Zaccara (2016) sugiere que este concepto de “Eje del Mal”, junto con la invasión a Irak en 2003, fueron los catalizadores de la victoria de Mahmoud Ahmadinejad en las elecciones presidenciales de 2005. El nuevo jefe de Estado se hizo cargo de un país donde había conflictos en proceso en su frontera este (Afganistán) y oeste (Irak), por lo que optó por una política de securitización frente a posibles derrames de las guerras vecinas. Irán dejó de cooperar con el Organismo

Internacional de Energía Atómica (OIEA), que desde 2002 estaba llevando adelante una serie de investigaciones en el país en relación a su programa nuclear. También encendió una fuerte retórica anti israelí. Este proceso es conocido como “estrategia anti-sistema” (Zaccara, 2016, p. 193).

En tiempos de Ahmadinejad sucedió uno de los fenómenos más relevantes en la región del Medio Oriente y Norte de África desde el proceso de descolonización: la llamada “Primavera Árabe”. Este conjunto de revueltas populares que tuvo lugar en países árabes, tales como Túnez, Egipto, Libia, Siria, Yemen y Bahrein, posee una serie de características comunes que permiten identificarlas como un todo. Como indica al respecto Álvarez-Ossorio (2013):

Pese a las particularidades de cada país, la población comparte unas mismas demandas como el desmantelamiento del Estado autoritario, la lucha contra la corrupción, la derogación de las leyes de emergencia, la separación de poderes, la instauración de sistemas pluripartidistas, la celebración de elecciones libres y, sobre todo, el respeto de los derechos civiles con la libertad de expresión a su cabeza. En definitiva: más democracia y menos autocracia. (p. 17)

En consonancia con su línea de trabajo, el gobierno iraní intentó darle una interpretación pan-islámica a estos sucesos, buscando capitalizar la situación.

Junto con ello, durante la presidencia de Ahmadinejad se produjo una expansión de la política exterior iraní, incorporando la llamada “Mirada hacia el Este” (Askari y Zarei, 2020), donde cobra mayor relevancia la cooperación con China, Rusia, India y la Organización de Cooperación de Shanghai (OCS). En un contexto de denuncia por parte de Estados Unidos sobre el programa nuclear, la consigna de apelar a dos miembros permanentes del Consejo de Seguridad como Rusia y China constituía una estrategia para evitar nuevas sanciones. La política en sí constituyó un contrapeso al posicionamiento de las naciones occidentales en un momento de fortalecimiento de propuestas favorables al multilateralismo.

A nivel interno, Ahmadinejad mostró legitimidad ideológica con la revolución. Eso le valió el apoyo de actores fundamentales del entramado social iraní. Por un lado, la Guardia

Revolucionaria, que constituía el aparato de seguridad, y por otro, las *bonyads*³³, que custodiaban la vigencia de los lazos clientelares. Estos grupos se habían visto amenazados por la corriente reformista de Rafsanjani y de Khatami. Asimismo, con el sector del líder supremo Khamenei se entabló una relación por conveniencia. Entre el grupo neoconservador y los conservadores de línea dura se desarrolló una competencia por el poder (Warnaar, 2013).

En 2013, Ahmadinejad fue sucedido por Hassan Rouhani. Éste había sido funcionario de los ministerios de Relaciones Exteriores y Defensa, con especial foco en la cuestión del programa nuclear, durante las presidencias de Rafsanjani y Khatami. La Primavera Árabe había generado un doble juego en la exposición internacional del país: aunque había fortalecido sus posiciones en Siria y Palestina, esta solidez había levantado las alarmas en Arabia Saudita, que, como consecuencia, había resuelto endurecer su oposición a Irán y, en función de su vinculación con Estados Unidos y la Unión Europea, aumentaron la presión sobre Teherán y su aislamiento. En ese contexto, un hombre con contactos internacionales como Rouhani, reformista moderado y dialoguista, comprometido con la reconstrucción económica y el fin de las sanciones, parecía estar en condiciones para llevar al país a una nueva etapa. Además, sus credenciales revolucionarias eran incuestionables. Había sido expulsado del país en 1977 por adherir al pensamiento de Khomeini y había conocido al ayatolá en París durante su exilio. Junto con ello, era veterano de la guerra irano-iraquí. Había integrado diferentes organismos públicos y trabajó en el despacho de Khamenei.

Durante la presidencia de Rouhani, las necesidades económicas atravesaron la política exterior. En 1984, Estados Unidos había prohibido toda forma de asistencia y la venta de armamento. En 1995, el impedimento se extendió a inversiones y comercio en todas sus formas. En 1996, esas sanciones se hicieron más duras para empresas del sector petrolero, y han sido renovadas desde entonces. En 2006, nuevas sanciones tomaron la forma de respaldo económico a grupos

³³ Las *bonyads* (singular: *bonyad*) son un conjunto de aproximadamente cien fundaciones exentas de impuestos y auditorías, independientes aunque fuertemente vinculadas con el Estado, de quien reciben subsidios, responsables de la ayuda social tanto en el territorio nacional como en el exterior. Poseen inversiones y realizan emprendimientos por cuenta propia. En algunos casos funcionan como obras sociales. Algunas están vinculadas a determinados ayatolás, otras a partidos, o bien a entidades del mundo político, incluso a organizaciones como la Guardia Revolucionaria. Algunas de las más importantes son la Fundación de Mártires y Veteranos, la Fundación de los Oprimidos y Minusválidos y la Fundación del Santuario del Imán Reza, entre otras.

opositores. En 2011, el Congreso votó a favor de expandir los poderes del presidente para la implementación de las sanciones contra Irán. El país estaba en una fuerte crisis, Por eso, el desarrollo económico a través de los recursos naturales podría permitirle a Irán salir rápidamente del problema; sin embargo, para eso era necesario resolver la cuestión nuclear y que se levantasen las sanciones. Para ello, Rouhani estaba dispuesto a acercarse a Estados Unidos, aunque, en el fondo, creía en una construcción multilateral de la seguridad internacional, donde los diferentes actores pudiesen aportar soluciones a problemas transnacionales como el terrorismo. En ese contexto, parecía lógico que, con el objetivo de mejorar la economía, el primer paso fuera destrabar el problema nuclear. (Colleau, 2016)

Irán había firmado el Tratado de No Proliferación Nuclear en 1968. A partir de 1992, cuando se hizo público su programa nuclear, aceptó las inspecciones frecuentes de la OIEA. En 2003, en un contexto de presión tras su inclusión en el llamado “Eje del Mal” y las invasiones a Afganistán e Irak, decidió suscribir el protocolo adicional del año 2000, que permitía inspecciones sorpresivas a sus instalaciones donde desarrollaba uranio enriquecido. En 2004, tras intensas negociaciones con el Reino Unido, Alemania y Francia, conocidos como “los tres de la Unión Europea” (EU-3), Irán suscribió el Acuerdo de París, en el que suspendía temporalmente su programa nuclear y aceptaba nuevas misiones de la OIEA en su país a cambio de cooperación tecnológica para desarrollar nuevas fuentes de energía. Este acuerdo evitó que Estados Unidos llevara el caso al Consejo de Seguridad.

Poco después de asumir la presidencia, y en un ambiente de creciente hostilidad, Ahmadinejad comenzó a apartarse de estos compromisos, obstaculizando las inspecciones del organismo especializado, cuyos expertos acabaron emitiendo un dictamen negativo. Ante esa situación, el Consejo de Seguridad adoptó en julio la resolución 1696 (ONU, 2006b), acusando al gobierno de Irán de falta de claridad en los objetivos de su programa nuclear y advirtiéndole los riesgos de la proliferación. Por ese entonces se creó un grupo de contacto, formado por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y Alemania (P5+1), para encauzar las negociaciones con Irán. Las mismas no tuvieron éxito inmediato: cinco meses más tarde, se ordenó el congelamiento de los activos de entidades e individuos vinculados al programa nuclear y al de

desarrollo de misiles balísticos. La situación se profundizó aún más en 2012 cuando, a pedido de la Unión Europea, Irán fue removido de la plataforma SWIFT³⁴, impidiendo transferencias en divisas y aislando financieramente al país. Los riales iraníes dejaron de ser aceptados en las casas de cambio y los bancos iraníes se vieron impedidos de concretar transacciones internacionales, generando un derrumbe en el valor de la moneda. Frente a las presiones y múltiples críticas provenientes de los sectores más conservadores, Khamenei se mostró dispuesto a negociar, indicando que en las conversaciones con el P5+1 se abordarían únicamente cuestiones vinculadas al plan nuclear y las sanciones. (Rezaei, 2019)

La llegada de Rouhani implicó un cambio importante en las relaciones irano-estadounidenses. Las reuniones entre las partes dedicadas a abordar la cuestión nuclear comenzaron a volverse más frecuentes. En septiembre de 2013, Rouhani dialogó por primera vez de manera telefónica con Barack Obama. En abril de 2015, el secretario de Estado John Kerry se reunió con Javad Zarif en la residencia del embajador iraní en Nueva York. El diálogo que permitió la concreción del Plan de Acción Integral Conjunto, conocido por sus siglas en inglés JCPOA, llevó dos años y se firmó finalmente en la ciudad de Viena en julio de 2015. La OIEA tendría bajo su supervisión con la más avanzada tecnología la posibilidad de supervisar el proyecto de enriquecimiento de uranio, así como acceso frecuente a las instalaciones. Ello derivó en el levantamiento de las sanciones contra Irán. La elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos en noviembre de 2016 marcó un cambio en las negociaciones. En 2018, Estados Unidos se retiró del JCPOA y se reservó el derecho de aplicar nuevas medidas contra Irán.

En 2021 la situación económica en Irán era crítica, a lo que se sumaba el aislamiento regional del país y el malestar generado por las políticas de confinamiento en el marco de la pandemia de COVID-19. La elección estuvo marcada por el veto aplicado por el Consejo de los Guardianes a las candidaturas moderadas y otras de figuras reconocidas, con peso propio, especialmente la de Ali Larijani, ex titular de Asamblea Consultiva (Espinosa, 2021). Estas medidas provocaron una elevada abstención electoral, facilitando el camino del clérigo Ebrahim Raisi, líder de la Corte Suprema, para la presidencia de la República. Conservador, mantenía una sólida relación con

³⁴ La *Society for Worldwide Interbank Financial Telecommunication* (SWIFT) es una compañía belga dedicada a las transferencias financieras electrónicas desde 1973.

Khamenei. Todo hacía suponer que el país se embarcaba en una nueva oscilación pendular, esta vez hacia la vertiente más idealista.

El contexto internacional preveía algunas sorpresas. La llegada de Joe Biden a la primera magistratura de los Estados Unidos constituía un panorama alentador tras la salida de Trump. El nuevo mandatario, que había sido vicepresidente de Obama, nombró en la conducción del Departamento de Estado a miembros del equipo de su antecesor demócrata. Tal era el caso de Antony Blinken, secretario de Estado, que se había desempeñado como subsecretario; Wendy Sherman, subsecretaria de Estado, que había conducido las negociaciones por el JCPOA; y Victoria Nuland, subsecretaria para Asuntos Políticos y tercera en la línea sucesoria del Departamento, antigua asistente para Asuntos Europeos y Euroasiáticos (Lee, 2021). También había veteranos de Obama en otras funciones del Departamento: el nuevo jefe de asesores del área, Derek Chollet, fue asistente para Asuntos Internacionales de la Defensa, mientras que la embajadora para Naciones Unidas, Linda Thomas-Greenfeld, había sido directora del Servicio Exterior. A nivel internacional, esta situación se presentaba ventajosa para Raisi, ya que suponía una continuidad con la tendencia a negociación propia del ciclo 2009-2017. Aunque Biden no se mostraría favorable a un giro abrupto, el escenario futuro parecía prometedor.

Sin embargo, el comienzo de su mandato estuvo marcado por las protestas que ocurrieron en 2022 derivadas de la muerte de una adolescente. El 13 de septiembre de 2022, Mahsa Amini, una joven de 22 años, fue detenida por no llevar el velo colocado correctamente. Tres días más tarde, falleció en un hospital tras fuertes contusiones sufridas en manos de las autoridades policiales. Esta situación generó protestas en todo el país, en tanto sirvió como catalizadora para otras demandas como la crisis económica y una crítica al sistema político, que en las elecciones presidenciales había demostrado limitaciones. Raisi respondió a los tumultos con un fuerte dispositivo de represión que causó la condena de la comunidad internacional. (Consejo de Derechos Humanos, 2022)

G. El factor sirio como triangulación

En todos los cálculos que Arabia Saudita e Irán realizan en torno a la cuestión libanesa, hay un factor ineludible: la República Árabe Siria. Por ello, resulta prudente incluir algunos aspectos fundamentales que permitan graficar mejor la relación entre el Líbano y Siria, ya que el gobierno de Damasco juega un rol preponderante en la vida cotidiana de su vecino. Siria siempre es parte de la ecuación.

Tabla 14

Presidentes y ministros de Relaciones Exteriores de la República Árabe Siria desde 1971

Presidente de la República	Ministro de Relaciones Exteriores
Hafez Al Assad (1971-2000)	Abdel-Halim Khaddam (1971-1984)
	Farouq Al-Sharaa (1984-2000)
Bashar Al-Assad (desde 2000)	Farouq Al-Sharaa (2000-2006)
	Walid Al-Mouallem (2006-2020)
	Faisal Al-Meqdad (desde 2020)

Fuente: elaboración propia

En la Conferencia de Paz de París de 1919, los nacionalistas sirios se mostraron contrarios a la independencia libanesa, en tanto consideraban a Monte Líbano como la región occidental de un macroestado, la “Gran Siria”. Este proyecto, promovido por los sunitas que contaba con cierto consenso en el Líbano, rivalizó con la propuesta francesa plasmada en el Acuerdo Sykes-Picot: establecer una base en el Líbano, con la comunidad cristiana allí asentada haciendo las veces de pivot. Los drusos, por su parte, preferían balancear con los cristianos; el ejercicio no sería posible con los sunitas, mucho más numerosos si se sumaban los de las regiones de Damasco y Alepo. El temor a ser engullidos por el proyecto de la Gran Siria movilizó a las minorías locales y la propuesta francesa fue la vencedora; además, las autoridades de París estaban convencidas de que un territorio dividido sería más fácil de dominar. Por su parte, el nacionalismo sirio se

hallaba fragmentado entre republicanos y monárquicos; asimismo, mientras algunos buscaban el apoyo británico para lograr la independencia, otros rechazaban esta ayuda. Los sunitas del Líbano, liderados por Riad Al-Solh, preferían pactar con los maronitas libaneses más liberales, como Bechara Al-Khoury, en lugar de acordar con la posición ortodoxa de sus vecinos de Damasco (Olmert, 1996).

En 1943, la agitación en torno a las protestas en el Líbano que conducirían a la independencia puso sobre la mesa, una vez más, la importancia de su unidad con Siria, proponiendo una federación sirio-libanesa con un estatus especial para las minorías. El primer paso para los sirios era, cuanto menos, defender la unión aduanera que habían establecido los franceses entre ambas naciones árabes en 1928. Sin embargo, a este punto, la posición independentista compartida por Al-Khoury y Al-Solh entre los libaneses era ampliamente mayoritaria; además, contaba con el apoyo de los británicos. Egipto e Irak reconocieron rápidamente al gobierno libanés independiente. El presidente de la Siria del Mandato, Shukri Al-Qowatli, y su canciller, Jamil Mardam, se mostraron críticos de Al-Solh y alineados con los franceses. Buscaron el apoyo de Arabia Saudita, que se mostró neutral. Debieron conformarse con los hechos consumados (Olmert, 1996).

Cuando en marzo de 1945 se creó la Liga Árabe, Siria accedió a reconocer al Líbano como un Estado independiente, aunque sin establecer relaciones diplomáticas. Esta nueva época estuvo marcada por el desinterés político de Siria hacia el Líbano, aunque ambos Estados mantenían intensas relaciones comerciales. El puerto de Beirut era una herramienta central para el ingreso de las importaciones a Siria; al mismo tiempo, el control de las fronteras permitía al gobierno de Damasco condicionar las exportaciones libanesas. Además, Siria dependía de las remesas que enviaban los más de cuatrocientos mil obreros sirios residentes en el Líbano, fundamentalmente en el sector de la construcción. El Líbano apoyó la declaración de independencia siria en 1946. La llegada al poder de Gamal Abdel Nasser marcó una polarización entre los libaneses, especialmente entre los panarabistas y los que rechazaban esta doctrina. Esta situación, junto a la cuestión de Palestina que se suscitó posteriormente, tendió puentes entre los musulmanes del Líbano y el gobierno sirio (Khoury, 1985).

A partir de 1963, con la llegada del Partido Baath al poder, Siria retoma una posición ideológica más conservadora, reclamando al Líbano como parte de su proyecto nacional de “Gran Siria”. Esta situación se profundizó en 1970, con la muerte de Nasser en El Cairo y la llegada al poder de Hafez Al-Assad en Damasco, con vocación de disputar ese espacio de liderazgo que ahora quedaba vacío. A nivel doméstico, el fallecimiento del presidente egipcio puso fin a las disputas en torno al alineamiento con El Cairo al interior del Partido Baath. Al-Assad logró disciplinar y unificar ambos sectores. A nivel externo, su vocación de discutir el liderazgo regional de Egipto le ganó el favor de Arabia Saudita y los países del Golfo, al menos temporalmente. Todos ellos habían sufrido la presión de Nasser. Tras la Cuarta Guerra Árabe-Israelí (1973), la intención de Anwar Sadat de acordar con Israel bajo los auspicios de Estados Unidos le subió el precio a Damasco, quien empezó a ser visto por la Unión Soviética como un preciado bastión en Medio Oriente (Belcastro, 2019).

Al-Assad se interesó por disciplinar a la guerrilla palestina residente en el Líbano como una herramienta que le permitiera sumar volumen en una eventual disputa contra los israelíes. Por eso, cuando en 1976 el presidente libanés Sleiman Frangieh y la Liga Árabe solicitaron la intervención de las Fuerzas Armadas sirias en la guerra civil del país vecino, el objetivo de expansión del dominio de Damasco sobre el Líbano se hizo realidad. Rápidamente el Líbano se convirtió en el territorio donde Siria e Israel continuaron el conflicto que los había enfrentado por décadas. Al-Assad se desmarcó del gobierno libanés al que había ingresado a auxiliar y acabó aliado al Frente Nacional, rival de Frangieh (Belcastro, 2019).

En 1980, en la guerra irano-iraquí, Al-Assad optó por una alianza con Teherán³⁵. Esta situación lo distanció de la Liga Árabe. En 1988 la guerra terminó e Irán había quedado muy debilitado pero había logrado sobrevivir. La apuesta de Al-Assad había tenido frutos, porque le permitió

³⁵ Esto puede parecer llamativo, ya que ambos países eran gobernados por el Partido Socialista Árabe Baath. La agrupación, fundada en 1940, había tomado su configuración actual en 1952, tras incorporar al Partido Árabe y al Partido Socialista. Llegó al poder gracias a golpes de Estado: en enero de 1963 en Irak y en marzo de ese año en Siria. En Irak, la conducción partidaria, ejercida por el fundador, Michel Aflaq, logró desplazar al sector que pretendía acordar con otros grupos en 1964, tras un golpe interno. En Siria, las disputas entre Aflaq y el sector militar se profundizaron. Tras la purga de 1966, Aflaq fue desplazado del partido en Damasco y se refugió en Irak. Ello implicó una ruptura entre las filiales del Partido. Hafez Al-Assad, el ministro de Defensa sirio que contribuyó a su caída, se convirtió en primer ministro en 1970 y en presidente en 1971. En 1968, Aflaq fue apartado de la conducción de la sección iraquí, conservando títulos ceremoniales únicamente. El artífice de ese desplazamiento fue Saddam Hussein, vicepresidente de Irak desde ese año y presidente a partir de 1979.

ganarse, junto al favor de Irán, también el de los chiítas del sur del Líbano; especialmente el de Hezbolá, la guerrilla que se había inspirado en la Revolución Islámica de 1979. Por eso, con el desmoronamiento de la Unión Soviética y de la alianza iraquí-estadounidense, Siria se mostró proclive al diálogo con Washington. Acordó con George Bush y Arabia Saudita prestar su ayuda contra Saddam Hussein a cambio de conservar su rol de árbitro en la cuestión libanesa, incluida su posición de mantener la contención sobre Hezbolá y el accionar de Irán en el Levante. Al mismo tiempo, protegió los intereses de los chiítas en el sur, permitiendo a Hezbolá mantener su armamento en su carácter de “resistencia”, en lo que constituía un guiño a Teherán. A partir del Acuerdo de Taif, en 1989, la política exterior y de defensa del Líbano comenzaba a pasar necesariamente por Damasco.

La posición de Siria como árbitro entre las comunidades libanesas comenzó a ser cuestionada en 2000, cuando los sunitas libaneses enrolados en el Movimiento del Futuro, bajo el liderazgo de Rafic Hariri, comenzaron a exigir un mayor margen de acción. Junto con ello, la salida del Ejército israelí del sur del Líbano en mayo de ese año marcó un nuevo cuestionamiento a su presencia en el país. Bashar Al-Assad sucedió a su padre en la presidencia de Siria en junio de ese año; aunque era partidario de una tímida apertura, que llevó adelante en su país, la resistencia que la ocupación siria empezaba a mostrar en el Líbano lo empujó a un control más estricto de la situación política allí vigente. En octubre de 2004, Hariri renunció en rechazo a la reelección del presidente libanés Lahoud, promovida por Damasco. En febrero de 2005, la opinión pública involucró a Siria en el asesinato de Hariri. La presión fue tal que en abril de 2005 el Ejército sirio abandonó definitivamente el Líbano, dando origen a una nueva etapa.

En 2008, Siria y Líbano iniciaron relaciones diplomáticas e intercambiaron embajadores por primera vez: Damasco nombró a Ali Abdulkarim y Beirut a Michel Khoury. El primero se mantuvo en su puesto hasta 2022, cuando culminó el mandato presidencial de Michel Aoun. Desde entonces, la titularidad de la sede diplomática está vacante. El segundo fue relevado en 2011 y Farah Berri, hija del presidente de la Cámara de Diputados Nabih Berri, fue nombrada encargada de negocios. Su reemplazo llegó recién en 2017, de la mano del embajador Saad Zakhia.

Sin abandonar la bandera del Partido Baath, la presidencia de Hafez Al-Assad se mostró pragmática al momento de buscar alcanzar sus objetivos en materia de política exterior, aliándose primero a Arabia Saudita y luego a Irán. Asimismo, a lo largo de la Guerra Fría, osciló entre la Unión Soviética y Estados Unidos. La presidencia de Bashar Al-Assad, su hijo, mostró la necesidad de asegurar el control del territorio libanés a través de la implementación de políticas más conservadoras, lo que derivó en una mayor resistencia por parte de la población, llevando a la salida de las tropas sirias en 2005 y, desde entonces, a un creciente desorden institucional en el Líbano. La falta de un árbitro en el sistema instaurado en 1990 obligó a Irán a tomar mayor protagonismo en defensa de Hezbolá, que rompió lanzas con el Movimiento del Futuro. El quiebre de la unidad de los partidos cristianos agudizó la grieta entre los grupos rivales, la Alianza 8 de Marzo y la Alianza 14 de Marzo, para los cuales el alineamiento con Siria y la valoración de su rol durante los veintinueve años de la ocupación constituyó un auténtico parteaguas ideológico entre ambos grupos.

La guerra que se desató en Siria en 2011 debilitó aún más su posición en el Líbano. Desde entonces, ingresaron al país más de un millón de refugiados, que fueron desplazados por el conflicto que se volvió un problema regional y viven mayoritariamente en condiciones de pobreza. El presidente sirio Bashar Al-Assad, por su parte, logró su reelección en 2021 y renovó su mandato por siete años más. El accionar de Hezbolá en el territorio sirio contra la entidad llamada “Estado Islámico” y otros rivales del gobierno de Damasco le dio proyección regional y una vasta experiencia en el terreno.

H. Un modelo para comprender las relaciones irano-sauditas

En este capítulo se describió y analizó en detalle las estrategias de aproximación a la región que presentan Irán y Arabia Saudita, protagonistas de manera excluyente de los principales sucesos que se dieron en la región de Medio Oriente a lo largo del período de estudio, que abarca de 2005 hasta 2022. La centralidad de estas dos naciones se debe a varias ventajas comparativas en relación a otros Estados de la región:

- **Recursos territoriales:** Arabia Saudita posee una superficie de 2.149.690 km² con casi 37 millones de habitantes, colindante con ocho países, mientras que Irán tiene 1.648.195 km² habitados por casi 90 millones de personas y comparte fronteras con otros siete. Ambos Estados se encuentran entre los cinco países más grandes de la región MENA.
- **Recursos naturales:** tanto Irán como Arabia Saudita se encuentran detrás de Venezuela como líderes mundiales en reservas de petróleo e integran el grupo de los cinco países con mayores reservas de gas.
- **Recursos económicos:** en enero de 2024, Arabia Saudita era, en materia de su producto bruto interno, la segunda economía de la región MENA, sólo superada por Turquía. Por otra parte, a pesar de las sanciones económicas impuestas, Irán logró meterse a la lista de las diez economías más importantes de la zona (García, 2024).
- **Recursos militares:** con un presupuesto de 76 mil millones de dólares estadounidenses para el 2023, Arabia Saudita fue el Estado que previó mayor cantidad de gastos de este tipo en la región MENA. Al mismo tiempo, con un Ejército de 610 mil efectivos y capacidad para el desarrollo potencial de armas nucleares, Irán es otro de los líderes militares de la zona.
- **Recursos simbólicos:** mientras la monarquía saudita custodia dos de los Santos Lugares del islam, nada menos que La Kaaba en La Meca y el lugar donde murió el profeta Muhammad en Medina, el triunfo de la Revolución Islámica encabezada por el ayatolá Khomeini constituyó un hito para el islam político que se desarrollaba en la región con enorme fuerza.

Siria ha jugado un rol fundamental como vecino y moderador de la política doméstica del Líbano. Sin embargo, por las causas mencionadas arriba, el protagonismo de Arabia Saudita e Irán es mucho mayor. Damasco aunque quiera, no podría; mientras tanto, Riad y Teherán tienen con qué.

Además, la centralidad de la dupla se vuelve evidente en dos aspectos fundamentales. Primero, en su **vocación protagónica en los conflictos regionales**. Tanto uno como el otro tienen intereses y posiciones adoptadas en relación a las situaciones de crisis que emergen en la zona, en tanto comprenden que se trata de factores con el potencial de cambiar la relación de fuerzas desplegadas, para mal o para bien. Ejemplo de ello han sido las revueltas en el marco de la

llamada “Primavera Árabe”; las repetidas crisis políticas en el Líbano e Irak; los escenarios de guerra en Siria, Yemen y Libia; la persistente e irresuelta cuestión de Palestina; la inserción de Israel en la región y la crisis entre Qatar y los demás miembros del Consejo de Cooperación del Golfo, entre otros hechos.

En segundo lugar, a través del posicionamiento en esos conflictos regionales, ambas naciones **son atractivas para las potencias globales**. Por su capacidad de despliegue e intervención en los escenarios que se abren en Medio Oriente, la proximidad con Irán o Arabia Saudita es un activo deseado por los Estados más poderosos. La Tabla 22 muestra la importancia de esas relaciones entre potencias globales, como podrían ser los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, y los gobiernos de Arabia Saudita e Irán, a través de las visitas oficiales de jefes de Estado y de Gobierno. En el caso saudita, se consideró también aquellas realizadas por el príncipe heredero. Las visitas oficiales son herramientas simbólicas de muy alto valor en las relaciones diplomáticas. Del cuadro mencionado se desprende la proximidad de Rusia y China con Teherán; también la de Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos con Riad, aunque probablemente el caso Khashoggi³⁶ redujo su frecuencia.

³⁶ En referencia al asesinato de Jamal Khashoggi, empresario y periodista, crítico del rey Salman y el príncipe heredero Muhammad bin Salman. El 2 de octubre de 2018, Khashoggi fue convocado al consulado saudita en Estambul, donde fue ejecutado, según los servicios de inteligencia de Turquía. La CIA sugirió que el gobierno saudita había ordenado su muerte. El Reino fue acusado en diversos foros de derechos humanos al respecto, incluso en la ONU.

Tabla 22

Visitas oficiales realizadas por jefes de Estado y de Gobierno de países miembros del Consejo de Seguridad de la ONU a Arabia Saudita e Irán, así como las visitas oficiales de éstos a aquellos, entre 2005 y 2024

	Arabia Saudita	Irán
China	<p>Presidentes de China en Riad (4 visitas): Hu Jintao: 2006, 2009 Xi Jinping: 2016, 2022</p> <p>Autoridades de Arabia Saudita en Beijing (4 visitas): Abdullah (monarca): 2006 Salman (monarca): 2017 Muhammad bin Salman (heredero): 2019, 2024</p>	<p>Presidentes de China en Teherán (3 visitas): Hu Jintao: 2006, 2009 Xi Jinping: 2016</p> <p>Presidentes de Irán en Beijing (7 visitas): Mahmoud Ahmadinejad: 2006, 2008, 2010, 2012 Hassan Rouhani: 2014, 2018 Ebrahim Raisi: 2023</p>
Estados Unidos	<p>Presidentes de Estados Unidos en Riad (8 visitas): George Bush: 2008 (enero), 2008 (mayo) Barack Obama: 2009, 2014, 2015, 2016 Donald Trump: 2017 Joe Biden: 2022</p> <p>Autoridades de Arabia Saudita en Washington (4 visitas): Abdullah (monarca): 2008, 2010 Salman (monarca): 2015 Muhammad bin Salman (heredero): 2018</p>	Ninguna.
Francia	<p>Presidentes de Francia en Riad (9 visitas): Jacques Chirac: 2006 Nicolas Sarkozy: 2008, 2009 Francois Hollande: 2012, 2013, 2015 (enero), 2015 (mayo) Emanuel Macron: 2017, 2021</p> <p>Autoridades de Arabia Saudita en París (4 visitas): Abdullah (monarca): 2007, 2010 Muhammad bin Salman (heredero): 2018, 2023</p>	<p>Presidente de Irán en París (1 visita): Hassan Rouhani: 2016</p>

Reino Unido	<p>Primeros Ministros del Reino Unido en Riad (7 visitas): Gordon Brown: 2008 David Cameron: 2012 (enero), 2012 (noviembre) Theresa May: 2017 (abril), 2017 (noviembre) Boris Johnson: 2022 Rishi Sunak: 2023</p> <p>Autoridades de Arabia Saudita en Londres (2 visitas): Abdullah (monarca): 2007 Muhammad bin Salman (heredero): 2018</p>	Ninguna.
Rusia	<p>Presidentes de Rusia en Riad (3 visitas): Vladimir Putin: 2007, 2019, 2023</p> <p>Autoridades de Arabia Saudita en Moscú (4 visitas): Abdullah (monarca): 2009 Salman (monarca): 2017 Muhammad bin Salman (heredero): 2015, 2023</p>	<p>Presidentes de Rusia en Teherán (5 visitas): Vladimir Putin: 2007, 2015, 2017, 2018, 2022</p> <p>Presidentes de Irán en Moscú (9 visitas): M. Ahmadinejad: 2009, 2013 H. Rouhani: 2014, 2015, 2017 (marzo), 2017 (noviembre), 2019 Ebrahim Raisi: 2022, 2023</p>

Fuente: construcción propia

La relación entre estos dos poderes regionales, centrales para Medio Oriente, ha tenido cambios drásticos a lo largo de los años, mientras **Estados Unidos ha sido un factor determinante en los procesos de acercamiento y distanciamiento entre Irán y Arabia Saudita**. Tras el agotamiento del sistema de Mandatos, Washington entendió que no sería posible influir en Medio Oriente con una estrategia similar a la que habían aplicado franceses y británicos. Acabado el proceso de descolonización, eran necesarias ideas nuevas. En un contexto con la popularidad de Nasser y sus ideas arabistas en alza, era preciso formular una renovada aproximación a la región, especialmente al Golfo Pérsico, relevante por su importancia geográfica, su concentración de recursos naturales y su condición de nodo de transporte. La zona era punto de salida de una proporción altamente significativa del petróleo mundial. La amenaza del expansionismo arabista alineado con los intereses comunistas provenientes desde El Cairo y Bagdad constituían un peligro para los Estados Unidos.

Durante las presidencias de Richard Nixon y James Carter hasta la Revolución Islámica de 1979, la *Twin Pillar Policy* facilitó la convergencia de intereses entre Riad y Teherán a través de la adopción de un patrón de cooperación equidistante, especialmente en materia de defensa. Esto aumentó la confianza entre Riad y Teherán, que buscaron coordinar sus acciones en el Golfo y la región, brindándole certezas en la provisión de petróleo a los Estados Unidos. A cambio, contaban con el beneplácito de una de las superpotencias para imponer sus intereses estratégicos y crecer en influencia regional. Irán y Arabia Saudita intervinieron conjuntamente en la guerra de Yemen de 1972, apoyando al norte, y en la rebelión de Dhofar entre 1973 y 1976, sosteniendo la permanencia del sultán de Omán. En ambos casos, los combatientes enemigos tenían el apoyo de Moscú (Zaccara, 2021).

Con el advenimiento de la Revolución Islámica liderada por el ayatolá Khomeini en 1979 se abrió una nueva etapa, marcada por tres hitos:

1. La ruptura de relaciones entre Estados Unidos e Irán en 1980 y entre Arabia Saudita e Irán en 1987.
2. El apoyo de Washington a Saddam Hussein, el presidente iraquí que buscaba ocupar el lugar del sha Muhammad Reza en la estrategia estadounidense para la región, alentando la guerra irano-iraquí de 1980-1988.

3. El repliegue de Arabia Saudita hacia su frontera oriental, empujando la conformación del Consejo de Cooperación del Golfo, y a partir de entonces rivalizando con Teherán como legítimo centro gravitatorio de los musulmanes.

La oposición de intereses con Washington, cristalizada en el apoyo militar estadounidense a Irak y en el sostenimiento de la alianza con Arabia Saudita, abrió un escenario de disputas. **Tras los sucesos de 1979, Riad y Teherán no perdieron la vocación de consolidarse como poderes regionales, pero el segundo ya no contaba con el patrocinio de Estados Unidos, por lo que debía medir sus expectativas o apostar a una expansión.** Se abrió entonces un escenario de confrontación con Riad, que, aunque tuvo vaivenes, se manifestó en el proceso de paz árabe-israelí, la guerra del Golfo, las invasiones a Afganistán e Irak, la salida de las tropas sirias del Líbano, la Primavera Árabe, las guerras en Siria y Yemen, el bloqueo a Qatar y la normalización con Israel, entre otros sucesos (Zaccara, 2021).

En los noventa, asomó un proceso de distensión. En 1991 se restableció el vínculo diplomático entre Riad y Teherán. Khomeini había muerto en 1989, el mismo año de la caída del Muro de Berlín. Todavía persistía un choque de intereses en la región del Cáucaso, por motivos comerciales, y en el Golfo, a razón de ciertas disputas territoriales con otros miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. En 1997, con la llegada del presidente Khatami al poder, el comercio y la cooperación entre ambos Estados creció fuertemente. Este período se extendió hasta el final de la década. Sin embargo, Estados Unidos siguió aplicando técnicas de contención, imponiendo nuevas sanciones económicas a Irán, sin apartarse de la estrategia de los ochenta. La situación se profundizó a comienzos del nuevo siglo, cuando Irán fue incluido en el “Eje del Mal” por el presidente Bush en 2003. A lo largo de esta etapa, Arabia Saudita continuó manifestando ciertas coincidencias con Irán, como la condena a la invasión a Irak y el rol sesgado que jugó Bush en las negociaciones entre palestinos e israelíes. Sin embargo, nunca rompió lanzas con su aliado.

La elección presidencial de Ahmadinejad, en un contexto de persistencia de un enfrentamiento con Estados Unidos que llevaba treinta años, junto con la presencia de tropas extranjeras en sus fronteras este (Afganistán) y oeste (Irak) empujaron a un proceso de securitización creciente. Las percepciones en torno a la Primavera Árabe acabaron por distanciar a Riad y a Teherán. En 2016,

la relación cayó nuevamente en punto muerto con una nueva ruptura de relaciones diplomáticas, situación que se profundizó aún más con la elección presidencial de Trump en noviembre de ese año, quien reafirmó la política exterior clásica de la Guerra Fría y, en 2018, retiró a su país del acuerdo nuclear.

En resumen, el vínculo irano-saudita después de la Revolución atravesó cuatro etapas:

1. El **enfrentamiento**, donde la presencia de Khomeini y la voluntad de expansión de la Revolución que había llevado adelante amenazaba con infiltrarse en los países de la región. Entonces la coincidencia entre Riad y Washington era absoluta. El período abarca desde la Revolución de 1979 hasta la muerte del líder supremo en 1989. Entre 1987 y 1990, Riad y Teherán no tuvieron relaciones diplomáticas.
2. La **distensión**, que estuvo marcada por el ensayo de cierta autonomía por parte de Arabia Saudita en su sociedad con Estados Unidos. El rey Fahd buscó acercarse tímidamente al presidente Rafsanjani, y luego, con mayor decisión, al presidente Khatami. Se celebraron diversos acuerdos de cooperación y se intensificó el vínculo comercial. El presidente iraní buscó la aceptación de Occidente. Sin embargo, Estados Unidos sostuvo su postura de rechazo a Irán; incluso después de los atentados del 11-S la profundizó, incluyéndolo en el llamado “Eje del Terror” como Estado patrocinante del terrorismo internacional. El período comienza con el Acuerdo de Taif en 1989 y se extiende hasta 2005, cuando coinciden la elección del presidente Ahmadinejad y la toma de posesión del rey Abdullah.
3. La **distensión “armada”**³⁷ fue un *intermezzo* que coincidió con una serie de factores regionales: la presencia militar extranjera en Afganistán e Irak, a ambos lados de la frontera iraní, y las revueltas libanesas que fuerzan la salida de las tropas sirias, obligando a Teherán a un mayor involucramiento en el país. El proceso de securitización creciente y renovada retórica antisiónista por el lado iraní no es acompañado por un ritmo similar entre los sauditas. El nuevo monarca, Abdullah, siguió apostando a una suerte de

³⁷ Distensión “armada” como recuerdo de aquella “paz armada”, antesala que a partir del último tercio del siglo XIX llevó a la Primera Guerra Mundial.

“política de apaciguamiento”, aunque emergieron preocupaciones en torno a temas de seguridad regional, como el programa nuclear iraní.

4. Un **segundo enfrentamiento**, que coincide con la reelección presidencial de Ahmadinejad y los sucesos en torno a la Primavera Árabe. Tanto Irán como Arabia Saudita ven esta coyuntura como una oportunidad, por lo que la rivalidad por la hegemonía se incrementa y terminan apoyando, en cada uno de los escenarios de revueltas, a *partners* enfrentados entre sí. El escenario deriva en una segunda ruptura de relaciones diplomáticas entre 2016 y 2023, que se supera con el memorándum bilateral auspiciado por la República Popular China. Nuevamente, la coincidencia de visiones entre Estados Unidos y Arabia Saudita es total. Desde Washington se brindaron incentivos para sostener esta situación.

En resumen, se trata de proyectos de distinto alcance. **Arabia Saudita prefirió conservar el respaldo de los Estados Unidos a su proyecto regional de mediano alcance en lugar de converger por sí mismo en un acuerdo de seguridad con Irán. En cambio, Irán se atrevió a desafiar el rol de Riad buscando un proyecto más ambicioso, confrontando con Estados Unidos en el ámbito regional.**

CAPÍTULO IV - CRISIS DOMÉSTICAS LIBANESAS E INFLUENCIA EXTRANJERA

“En el Líbano, las cosas nunca terminan para nadie. Aquí no se puede dar a nada ni nadie por perdido”

- Saad Hariri, 25 de enero de 2011

A. Las crisis de las instituciones gubernamentales en el Líbano

Como se observó en un capítulo anterior, el Líbano es una república parlamentaria, por lo que el gobierno efectivo del país es ejercido por una autoridad que se apoya en las mayorías de una asamblea legislativa. Sin embargo, el país presenta algunas particularidades, siendo una de ellas la conformación de una suerte de “triumvirato” para la adopción de resoluciones de fondo, integrado por los líderes políticos del país que llevan el título de “presidentes”: el de la República, el de la Cámara de Diputados y el del Consejo de Ministros.

La puesta en funcionamiento del Gabinete es uno de esos aspectos clave donde intervienen estos tres actores. El primer ministro, una vez designado mediante un decreto que lleva solo la firma del presidente, presenta a este la lista de miembros del Consejo de Ministros. La designación de los ministros se concreta a través de la promulgación de otro decreto, que en esta ocasión debe contar con las firmas del presidente y el primer ministro. Dentro de los primeros treinta días de la promulgación de esa norma, el primer ministro, en nombre del Consejo, debe presentar a la Cámara de Diputados el programa de gobierno para su aprobación. En todo el proceso, el titular de la Cámara interviene en dos ocasiones. En primer lugar, para aprobar oralmente la designación del primer ministro que propone el presidente antes de que este emita el decreto correspondiente. Luego, para convocar a la sesión legislativa que considerará el programa de

gobierno. Esto demuestra que el Consejo de Ministros no está constituido solo por el parecer del primer ministro, sino que en su formación participan también el presidente de la República y el líder de la Legislatura.

La formación del Gabinete constituye un trabajo arduo para el primer ministro. Según la norma vigente, el Consejo de Ministros debe respetar las proporciones de la Cámara. Esto se refiere a dos dimensiones. En primer lugar, a la proporción entre ministros cristianos y musulmanes; asimismo, es importante asignar una cantidad determinada a cada secta al interior de cada una de esas mitades, aunque las más pequeñas, en ocasiones, puedan quedar afuera de la conformación del Consejo. En segundo lugar, la alta dispersión del sistema de partidos representados en el Poder Legislativo empuja a la necesidad de tejer complejas alianzas en la Cámara que se reflejen en la asignación de carteras ministeriales. Por lo tanto, el primer ministro debe tener en cuenta no solo el reparto confesional, sino también partidario de los departamentos de gobierno.

A las complicaciones ya descritas se suma el hecho de que no todos los ministerios son considerados igualmente valiosos. Aunque no haya leyes escritas que respalden esta diferenciación, en la práctica hay cuatro ministerios llamados “soberanos”, particularmente requeridos por su centralidad estratégica, su abultado presupuesto y su importancia simbólica. Son los ministerios de Defensa, Interior, Finanzas y Relaciones Exteriores. Desde la firma del Acuerdo de Taif que puso fin a la guerra civil, estos ministerios han estado en manos de diferentes sectas, dos bajo jurisdicción de ministros cristianos y los otros dos, musulmanes. Excepto por dos breves períodos entre octubre de 1989 y diciembre de 1990 y mayo y octubre de 1992, los grupos beneficiados en la asignación de estos ministerios soberanos han sido los maronitas, los ortodoxos griegos, los sunitas y los chiítas. Este esquema se repite porque maronitas, sunitas y chiítas son, en virtud del Pacto Nacional descrito en el primer capítulo, los que ocupan la conducción del triunvirato presidiendo los poderes del Estado, mientras que, por usos y costumbres, el cargo de viceprimer ministro ha quedado en manos de los ortodoxos desde el Acuerdo de Taif.

Tabla 14

Proporción de ministerios “soberanos” asignados a cada secta desde el Acuerdo de Taif (22 de octubre de 1989)

Primer Ministro	Defensa	Interior	Finanzas	Rel. Ext.
Al-Hoss (1989-1990)	melquita	maronita	chiíta	sunita
Karami (1990-1992)	ortodoxo	sunita	chiíta	maronita
Al-Solh (1992)	ortodoxo	sunita	chiíta	melquita
Hariri (1992-1998)	chiíta	ortodoxo	sunita	maronita
Al-Hoss (1998-2000)	chiíta	ortodoxo	maronita	sunita
Hariri (2000-2004)	maronita	ortodoxo	sunita	chiíta
	chiíta	ortodoxo	sunita	maronita
Karami (2004-2005)	sunita	maronita	ortodoxo	chiíta
Miqati (2005)	ortodoxo	sunita	maronita	chiíta
Siniora (2005-2009)	ortodoxo	sunita	maronita	chiíta
Hariri (2009-2011)	ortodoxo	maronita	sunita	chiíta
Miqati (2011-2014)	ortodoxo	maronita	sunita	chiíta
Salam (2014-2016)	ortodoxo	sunita	chiíta	maronita
Hariri (2016-2020)	ortodoxo	sunita	chiíta	maronita
Diab (2020-2021)	ortodoxo	sunita	chiíta	maronita
Miqati (desde 2021)	ortodoxo	sunita	chiíta	maronita
PROPORCIÓN	maronita: 6% ortodoxo: 63% melquita: 6% sunita: 6% chiíta: 19%	maronita: 25% ortodoxo: 25% melquita: - sunita: 50% chiíta: -	maronita: 18% ortodoxo: 6% melquita: - sunita: 31% chiíta: 45%	maronita: 44% ortodoxo: - melquita: 6% sunita: 12% chiíta: 38%

Fuente: elaboración propia en base a datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

El cuadro anterior permite identificar la existencia de ciertas tendencias en lo que se refiere a la asignación de alguno de los ministerios soberanos a determinadas sectas. De esta forma, la mayoría de los ministros de Defensa han sido ortodoxos (63%), los de Interior, sunitas (50%) y los de Finanzas, chiítas (45%). Únicamente en Relaciones Exteriores la cuestión asoma más repartida entre maronitas (44%) y chiítas (38%).

En resumen, la labor es muy compleja, dada la cantidad de dimensiones a considerar al momento de analizar el funcionamiento del Consejo de Ministros del Líbano. Ellas son:

1. El parecer del primer ministro, que promueve la gestión de las designaciones;
2. El punto de vista del presidente, con quien mantiene algunas reuniones antes de su designación y quien firma el decreto de formación del Consejo junto con él;
3. Las consideraciones del titular de Diputados, que cooperó en el nombramiento del primer ministro y con quien se generan una serie de compromisos implícitos que permiten el nombramiento de aquel;
4. El reparto confesional de las carteras ministeriales, de forma tal que una mitad sean cristianos y la otra musulmanes, y al mismo tiempo se respete la proporcionalidad sectaria al interior de cada comunidad;
5. La asignación de las carteras estratégicas denominadas “soberanas”, reconocidas por su abultado presupuesto y alto valor simbólico, así como por los largos períodos en los que cada una de las sectas ha tomado control de ellas, prácticamente considerándolas de algún modo como si fueran “de su propiedad”;
6. Las ambiciones de las agrupaciones con representación en la Cámara de Diputados que integran la bancada del primer ministro y, dada la gran dispersión de votos, los opositores que transitoriamente le permitieron obtener su designación.

Como se observa, la situación en la que se ve envuelto el primer ministro es compleja, dada la cantidad de variables que intervienen en la negociación. Como consecuencia de ello, en algunas

ocasiones, la aprobación definitiva de los Consejo de Ministros pueden llevar semanas o incluso meses.

El lapso transcurrido desde el decreto de designación del primer ministro hasta el decreto que declara conformado el Gabinete es, por tanto, tiempo de intensas negociaciones; en ocasiones, el gobierno no llega a conformarse, y el ciclo concluye con la renuncia del primer ministro designado. Teniendo en cuenta la tabla 14, que referencia el intervalo que tomaron esas negociaciones a lo largo de las presidencias de Lahoud (1998-2007), Sleiman (2008-2014) y Aoun (2016-2022), el paréntesis promedio queda establecido en 78 días. En este trabajo se llama “crisis” a todo tiempo de negociaciones que supere ese promedio.

Tabla 15

Tiempo transcurrido entre la designación del primer ministro y la formación del gobierno durante las presidencias de Lahoud, Sleiman y Aoun (1998-2022)

Presidente	Primer Ministro	Designación del Primer Ministro	Formación del Gobierno	días transcurridos
Emile Lahoud (asume el 24/11/1998)	Salim Al-Hoss	01/12/1998	04/12/1998	3
	Rafic Hariri	07/09/2000	26/10/2000	49
	Rafic Hariri	15/04/2003	17/04/2003	2
	Omar Karami	21/10/2004	26/10/2004	5
	Omar Karami	28/02/2005	renunció a la designación 30/03/2005	31
	Najib Miqati	15/04/2005	19/04/2005	4
	Fouad Siniora	30/06/2005	19/07/2005	19
Michel Sleiman (asume el 25/05/2008)	Fouad Siniora	28/05/2008	11/07/2008	44
	Saad Hariri	27/06/2009	renunció a la designación 10/09/2009	75
	Saad Hariri	16/09/2009	09/11/2009	54
	Najib Miqati	24/01/2011	13/06/2011	140
	Tamam Salam	06/04/2013	15/02/2014	315

Michel Aoun (asume el 31/10/2016)	Saad Hariri	03/11/2016	18/12/2016	45
	Saad Hariri	24/05/2018	31/01/2019	252
	Hassan Diab	19/12/2019	21/01/2020	33
	Mustapha Adib	30/08/2020	renunció a la designación 26/09/2020	28
	Saad Hariri	22/10/2020	renunció a la designación 15/07/2021	267
	Najib Miqati	27/07/2021	10/09/2021	45
	Najib Miqati	23/06/2022	pendiente	

Fuente: elaboración propia en base a datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

Con todo, las temporadas más breves en el proceso que va desde la designación del primer ministro hasta la formación del gobierno corresponden al período de la presencia militar siria en el Líbano, demostrando, de esa forma, su cualidad de poder ordenador dentro de la política local. Se trata, en todos los casos, de la presidencia de Emile Lahoud. Como se observa en la Tabla 14, tras la retirada del mencionado Ejército extranjero el 30 de abril de 2005 y las elecciones legislativas libres que tuvieron lugar entre mayo y junio de ese mismo año, los tiempos entre la designación y la formación del gabinete comenzaron a estirarse, y las crisis a aumentar su frecuencia. Por tanto, queda establecido que los procesos de crisis se abren durante las presidencias de Sleiman (2008-2014) y Aoun (2016-2022), especialmente después de la retirada de Siria como poder regulador de la institucionalidad libanesa.

Junto a ello, también es posible reconocer como una crisis a las vacantes presidenciales, que dejan sin representación efectiva en el triunvirato a una de las tres comunidades más numerosas y la única cristiana: los católicos maronitas. El presidente, su representante en el triunvirato, es además Jefe del Estado y de las Fuerzas Armadas. El mecanismo para la elección del presidente está especificado en la Constitución, en su art. 73. Entre uno y dos meses antes de la finalización del mandato del presidente en ejercicio, el titular de la Cámara convoca a los diputados a la elección. Si no lo hiciera en ese período, pueden reunirse sin él a partir de los diez días anteriores a la conclusión de la presidencia. Una vez congregados, el vencedor deberá obtener dos tercios de los votos positivos, caso contrario, a partir de ese momento, es suficiente con concentrar la mitad más uno de los sufragios. La sesión debe concluir satisfactoriamente; de otra forma, en cada sesión, el proceso se repite: mayoría calificada en la primera ronda y mayoría absoluta a partir de la segunda. Si finalmente se produce la vacante presidencial, la Cámara de Diputados no podrá debatir proyectos de ley hasta que no se produzca la elección de un nuevo presidente.

Aunque el presidente, por sí mismo, no puede gobernar sin el primer ministro y el titular de la Cámara de Diputados, y sus funciones fueron reducidas después del Acuerdo de Taif que puso fin a la guerra civil, ante su ausencia, algunas de sus tareas quedan en suspenso. En el ámbito de la administración pública, no pueden realizarse nombramientos de nuevos ministros, embajadores,

oficiales de las Fuerza Armadas y otras altas autoridades del Estado, como el Banco Central. No está permitido tratados internacionales ni reformarse el presupuesto nacional. Tampoco pueden aprobarse nuevas leyes y la Legislatura sesiona únicamente como asamblea electoral hasta su elección. Ante la vacancia, el primer ministro asume las funciones más urgentes del presidente, pero no recibe el título de “presidente provisional”³⁸. En concreto, con el fin de la guerra civil, se produjeron tres vacantes presidenciales:

- Desde la finalización del mandato de Emile Lahoud hasta la elección de Michel Sleiman, es decir, del 24 de noviembre de 2007 al 25 de mayo de 2008, por un total de 182 días.
- Desde la finalización del mandato de Michel Sleiman hasta la elección de Michel Aoun, es decir, del 25 de mayo de 2014 al 31 de octubre de 2016, por un total de 890 días.
- Desde la finalización del mandato de Michel Aoun, el 31 de octubre de 2022, no ha sido posible todavía elegir un nuevo presidente de la República.

En los tres casos, las consecuencias que arrojan sendos tipos de crisis de las instituciones gubernamentales, tanto las producidas por la falta de designación firme del primer ministro y el gabinete como las que emergen con motivo de la vacante presidencial, son similares: presentan obstáculos al correcto funcionamiento del Estado, una suerte de parálisis. Además, en las tres situaciones, la causa que los empuja cuenta con similitudes: falta de acuerdo entre las comunidades nacionales para poder dotar al Estado de un Poder Ejecutivo estable, sea en la formación del Consejo de Ministros o la elección de un jefe de Estado. Junto con esos factores domésticos, y habiendo considerado las vinculaciones entre las comunidades y sus anclajes en el exterior, cabe preguntarse por las responsabilidades de los gobiernos foráneos en estas crisis y su perpetuación.

En resumen, se utiliza el término “crisis” para definir un momento de distorsión o suspenso en el funcionamiento del Estado. Teniendo en cuenta el tiempo anómalo que tarda un primer ministro

³⁸ Esta situación se dio una única vez, cuando el 18 de septiembre de 1952 la Cámara de Diputados aceptó en una única sesión la renuncia del presidente Bechara Al-Khoury, declaró dimitido al gobierno liderado por Saeb Salam, nombró al jefe del Ejército Fouad Chehab como primer ministro y al mismo tiempo le otorgó plenos poderes con el título de “presidente provisional”. El 22 de septiembre se procedió a la elección de un nuevo presidente, el abogado Camille Chamoun, que puso fin al interinato de Chehab.

en entrar en funciones junto a su gabinete y también el transcurrido entre las vacantes presidenciales, es posible identificar las siguientes crisis de las instituciones gubernamentales libanesas:

1. El caso A: comenzó con la finalización del mandato presidencial de Emile Lahoud el 24 de noviembre de 2007 y se extendió hasta la elección de su sucesor Michel Sleiman el 25 de mayo de 2008, por un total de 182 días.
2. El caso B: comenzó con la designación de Saad Hariri como primer ministro el 27 de junio de 2009 hasta que logró formar gobierno el 9 de noviembre. Se distinguen dos etapas: desde la primera designación hasta la renuncia y desde la segunda designación hasta que logró formar gobierno; entre ambas, suman 129 días.
3. El caso C: comenzó con la designación de Najib Miqati como primer ministro el 24 de enero de 2011 hasta la asunción del gabinete el 13 de junio, mediando un total de 140 días.
4. El caso D: comenzó con la designación de Tamam Salam como primer ministro el 6 de abril de 2013 hasta la asunción de su gabinete el 15 de febrero de 2014. En el medio transcurrieron 315 días.
5. El caso E: desde la finalización del mandato del presidente Michel Sleiman el 25 de mayo de 2014 hasta la elección de su sucesor Michel Aoun el 31 de octubre de 2016 pasaron 890 días en total.
6. El caso F: comenzó con la designación de Saad Hariri como primer ministro el 24 mayo de 2018 y se prolongó hasta que logra formar gobierno el 31 de enero de 2019 pasaron un total de 252 días.
7. El caso G: comenzó con la designación de Mustapha Adib como primer ministro el 30 de agosto de 2020 y concluye el 10 de septiembre de 2021 cuando Najib Miqati logra formar gobierno. Comprende tres etapas: los intentos fallidos de Adib y Hariri para formar gobierno y el exitoso de Miqati. Pasaron un total de 340 días.

8. El caso H: desde la finalización del mandato de Michel Aoun, el 31 de octubre de 2022, todavía no hay sido posible elegir un nuevo presidente de la República.

Estos casos de crisis institucional no responden a movimientos impávidos o efímeros, no se trata de “tormentas de verano”. Se corresponden, más bien, a lentos procesos de conflicto gestados a lo largo de varios meses, o incluso años, que derivan en el bloqueo mutuo que ejercitan uno y otro grupo, con el apoyo de naciones extranjeras.

B. Análisis de la crisis A (noviembre de 2007 - mayo de 2008)

1. Desarrollo del caso

La elección presidencial de 2007 debía nombrar al sucesor de Emile Lahoud, que finalizaba su mandato en noviembre de ese año tras nueve años al frente del Poder Ejecutivo. El comicio constituía una prueba de fuego para el sistema político, ya que eran las primeras elecciones sin la presencia militar siria desde 1970. Como dictaba la Constitución, en septiembre, dos meses antes de la finalización del mandato de Lahoud, el presidente de la Cámara de Diputados y líder de Amal, Nabih Berri, puso en agenda la convocatoria a la sesión electiva. Sin embargo, esta situación fue capitalizada por la oposición a Siniora, que se negó, de forma sistemática, a habilitar el quórum necesario para la reunión.

La oposición reunía a algunos actores con gran peso. Por un lado, estaban los partidos chiítas Hezbolá y Amal, que se habían beneficiado con la presencia siria en el Líbano y ahora debían continuar por sí mismos. Amal, comprometido por el rol de su líder en la Cámara de Diputados, se mostraba dialoguista con la facción de Siniora; no era el caso de Hezbolá, que relucía su intransigencia hacia el primer ministro, lugarteniente del fallecido Rafic Hariri. Además, en febrero de 2006, había firmado un memorándum de entendimiento con el Movimiento Patriótico Libre (MPL), partido fundado por Michel Aoun durante su exilio en los noventa. Aoun ganaba votos para disputarle la representación de los cristianos a Samir Geagea, líder de las Fuerzas

Libanesas y aliado de Siniora. Esta convergencia simplificó las disputas, ya que le permitió a Hezbolá ganar un socio entre los líderes políticos cristianos, situación de la que ya gozaba el Movimiento del Futuro, alineado con Geagea. Quedaron, de un lado, Aoun y los chiítas en el Frente 8 de Marzo (8M), y del otro, Geagea y los sunitas en el Frente 14 de Marzo (14M). Las coaliciones tomaron los nombres de las manifestaciones de 2005: la del 8 de marzo, que fue favorable a Siria, y aquella del 14 de marzo, en el primer mes del asesinato de Hariri, promoviendo su retirada del país. La interpretación acerca del rol de los intereses extranjeros selló las dos grandes alianzas nacionales que se disputaron el control del Líbano durante más de una década.

Asimismo, la situación de seguridad se había deteriorado, incluso para aquellos que contaban con equipos policiales a su servicio. Tras la muerte de Rafic Hariri el 14 de febrero de 2005, se produjeron una serie de ejecuciones de figuras públicas que actuaron de manera disuasoria, con el objetivo de silenciar las críticas y amedrentar a los políticos. Engrosaban la lista de asesinatos las siguientes personas:

- Samir Kassir, periodista del diario *An-Nahar* (2 de junio de 2005).
- George Hawi, dirigente del Partido Comunista (21 de junio de 2005).
- Gibran Tuani, activista y director del diario *An-Nahar* (12 de diciembre de 2005).
- Pierre A. Gemayel, ministro de Industria (21 de noviembre de 2006).
- Walid Eido, diputado (13 de junio de 2007).
- Antoine Ghanem, diputado (19 de septiembre de 2007).
- François Al-Hajj, oficial del Ejército (12 de diciembre de 2007).
- Wissam Eid, oficial de Seguridad Interior (25 de enero de 2008).

Las víctimas fatales mencionadas tenían como factor común haber criticado públicamente la presencia de Siria en el Líbano, o bien habían estado involucradas en las investigaciones en torno al caso de Hariri.

La generación de acuerdos parecía compleja. La oposición se unificó detrás de la candidatura presidencial de Michel Aoun. Sin embargo, incluso cuando éste ofreció bajarse, emergieron complicaciones en torno a la formación del futuro gabinete, que, para dejar satisfechos a todos los sectores, debía negociarse junto al cargo presidencial. Esto sucedía porque, especialmente en Hezbolá, había una percepción de amenaza latente, aunque esta no provenía del exterior, sino de entre los mismos libaneses. La posibilidad de que miembros de su partido estuvieran involucrados en los asesinatos de las figuras públicas, especialmente en el de Rafic Hariri, sólido interlocutor de la comunidad sunita, tenía a la dirigencia en alerta. La UNIIC, Comisión Internacional de Investigación Independiente de Naciones Unidas, había sido creada en 2005 para investigar los asesinatos y se disponía próximamente a la creación de un tribunal internacional para juzgar a presuntos culpables. El carácter público de las investigaciones podría derivar en un sesgo, situación que deseaba evitar a toda costa. El llamado “Partido de Dios” exigió a Siniora más lugares en el Consejo de Ministros con el objetivo de poder frenar cualquier acusación grave, pero su titular rechazó sistemáticamente la disolución del gobierno para formar un nuevo gabinete. Ante la negativa del primer ministro a acceder a sus pedidos, los opositores promovieron la renuncia de los ministros chiítas del gabinete nacional. Se trataba del ministro de Trabajo, Trad Hamadé; el ministro de Energía y Agua, Muhammad Fneish; el ministro de Salud, Muhammad Khalife; el ministro de Agricultura, Talal Sahili; y el ministro de Relaciones Exteriores, Fawzi Salloukh. A ellos se sumó el ministro de Ambiente, Yacoub Sarraf, que respondía al presidente Lahoud.

Por otro lado, en julio de 2006, tras una serie de escaramuzas, Hezbolá había capturado a dos soldados israelíes, Ehud Goldwasser y Eldad Regev, que se encontraban cerca de la frontera israelo-libanesa. El primer ministro Ehud Olmert consideró este accionar una declaración de guerra, dando inicio a un conflicto que persistió hasta mediados de agosto, se llevó la vida de 1200 civiles, desplazó a un millón de personas y dañó severamente infraestructura relevante

como represas, autopistas, centrales energéticas y el aeropuerto (Amnistía Internacional, 2007). Finalmente, la resolución 1701 del Consejo de Seguridad puso fin al conflicto, exigiendo el retiro de Hezbolá e Israel de la zona fronteriza. Allí se desplegarían las tropas de la UNIFIL³⁹, que funcionaban en el Líbano desde 1978. Además, el documento hizo énfasis en el desarme del grupo político libanés (ONU, 2006c).

Siniora desconoció públicamente el accionar de Hezbolá, revelando que no actuó en coordinación con el gobierno nacional: “el gobierno declara que no estaba al corriente de lo que iba a ocurrir, no aprueba la operación llevada a cabo por Hezbolá para capturar a los dos soldados israelíes y no respalda las acciones de Hezbolá” (Siniora, 2006). Como indica Nicolas Michel (2014), secretario general adjunto de Asuntos Legales de la ONU y uno de los promotores del Tribunal Especial para el Líbano, al término del conflicto en 2006 Hezbolá temía que Siniora se dispusiera a implementar la resolución 1701, empujando el desarme. Con la convicción de que el Ejército israelí, el más importante de la región, no había logrado derrotarlos, nuevamente acudieron a Siniora intentando hacer valer sus nuevas credenciales. Sin embargo, este rechazó cualquier pedido para cambiar las proporciones en el gabinete.

Ni la renuncia masiva de los ministros en 2005 ni la supuesta “victoria” frente a Israel en 2006 fueron suficientes para que Siniora pudiera negociar un acuerdo con los opositores. Como se observó, para 2007 la situación se hallaba altamente polarizada. Berri convocó a sesiones en diferentes oportunidades antes de que se produjera la vacante presidencial, sin éxito. La Constitución indicaba que, en caso de ausencia del presidente, sus atributos más importantes eran asumidos por el primer ministro. El antecedente inmediato era 1988, cuando, en el contexto de la guerra civil, al finalizar la presidencia de Amin Gemayel, éste designó a Michel Aoun a cargo del gobierno. Ante la negativa de convalidar la elección de un cristiano para esa posición, equivalente a la de primer ministro, Salim Al-Hoss, quien encabezaba el gabinete, decidió permanecer en su

³⁹ La Fuerza Provisional de Naciones Unidas en el Líbano, conocida por sus siglas en inglés UNIFIL o en español FPNUL, es una misión de mantenimiento de paz autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU a través de su resolución 425. En 1978, Israel invadió el sur del Líbano con el objetivo de desarmar a la guerrilla palestina que actuaba allí. Tras su retiro ese mismo año, la UNIFIL se hizo cargo del control de la zona con el objetivo de confirmar el apartamiento de las tropas extranjeras y colaborar con el gobierno de Beirut para hacerse cargo del área. En 2006 extendió su jurisdicción, acompañando al Ejército del Líbano en su despliegue frente a la salida de Hezbolá de algunas posiciones, tal y como lo exigía la resolución 1701 del órgano citado.

puesto. De esta forma, se generaron dos administraciones nacionales paralelas, la de Aoun y la de Al-Hoss, situación que se sostuvo hasta 1990. Ante la rivalidad existente entre Lahoud y Siniora, un escenario similar al de 1988 no podía descartarse del todo. Sin embargo, el presidente finalizó su mandato el 24 de noviembre de 2007 sin ninguna decisión sorpresiva, por lo que el primer ministro Siniora asumió provisoriamente la jefatura del Estado hasta que los diputados pudiesen elegir a un nuevo mandatario.

A comienzos de 2008, la situación continuaba sin resolverse, generando mayor división entre los grupos políticos rivales. El martes 6 de mayo, el Consejo de Ministros se hizo eco de dos denuncias. La primera consistía en el establecimiento de un sistema de vigilancia ilegal instalado en una zona exclusiva del aeropuerto de Beirut, por lo que indicó la remoción de Wafiq Choucair, responsable de la seguridad de la terminal, alineado con los intereses de Amal y Hezbolá. La segunda fue el tendido de un cableado no autorizado de fibra óptica que comunicaba centros de operaciones de Hezbolá en Beirut y la gobernación de Monte Líbano; el ministro de Telecomunicaciones, Marwan Hamadé, ordenó su desmantelamiento. Al otro día, la ciudad amaneció sitiada, con patrullas armadas de Hezbolá rondando las calles, barricadas, puestos de control y el aeropuerto cerrado. Comenzaron así choques armados aislados, que se incrementaron con el correr de las horas, entre militantes del oficialismo y la oposición. El mensaje del clérigo Hassan Nasrallah, secretario general del partido chiíta, elevó la amenaza:

La decisión [del gabinete] es equivalente a una declaración de guerra contra la Resistencia y sus armas en el interés de Estados Unidos e Israel [...] Aquellos que intenten arrestarnos, serán arrestados por nosotros; aquellos que intenten dispararnos, recibirán nuestros disparos; aquellos que levanten su mano contra nosotros, se la cortaremos. (Blanford, 2008)

Más allá de la retórica, Arsan (2018) explica que la posición del líder de Hezbolá se resumía en el hecho de que la red de comunicaciones que el gabinete pretendía desmantelar no era un secreto para nadie en las autoridades más altas del gobierno; en cambio, era parte consistente de su condición de “Resistencia”, de forma tal que le permitía a los diferentes centros de comando estar comunicados sin temor a que sus líneas fueran intervenidas por espías israelíes. La lectura

que realizaba Nasrallah era que, con el objetivo de complacer a agentes externos, Siniora y sus aliados habían decidido hacer pública la existencia del entramado para poner en riesgo a los militantes del mencionado partido chiíta, en un intento de debilitarlos.

La lucha armada interfacciosa se extendió por todo Beirut y el 9 de mayo comenzó a afectar a las localidades de los suburbios: Choueifat, Baissour y Aley, este último un histórico bastión druso, donde se enfrentaron a grupos armados leales a Walid Jumblatt. El 12 de mayo, finalmente, los combates comenzaron a ceder ante la advertencia del Ejército de que intervendría activamente si las milicias no abandonaban las armas. Salloukh, Barakat et al. (2015) explican los motivos del retraso de los oficiales en intervenir en el conflicto en función de:

1. La forma en la que se abordó la cuestión del tendido de la fibra óptica por parte del Ministerio de Telecomunicaciones, sabiendo que era un tema delicado.
2. La falta de comunicación con las Fuerzas Armadas antes de remover del cargo a Choucair, siendo que era un oficial de alta graduación (brigadier general).
3. El peligro de una faccionalización del Ejército en caso de intervención, mucho más si se diera un enfrentamiento directo con Hezbolá.
4. La posibilidad de que el jefe del Ejército, Michel Sleiman, fuera elegido presidente de consenso entre el oficialismo y la oposición.

El 16 de mayo, a instancias de la Liga Árabe, el emir Hamad bin Khalifa de Qatar invitó a Doha a una cumbre que ayudó a destrabar la situación y permitió la elección de un nuevo presidente el 25 de mayo, tras varios días de deliberaciones. Formaron parte de la reunión los miembros de la Mesa de Diálogo Nacional Libanés, a razón de siete miembros representando cada una de las coaliciones atendiendo a la diversidad entre las comunidades, con sus respectivos nombramientos aprobados por la Cámara de Diputados.

Tabla 16

Miembros de la Mesa de Diálogo Nacional Libanés reunidos en la ciudad de Doha (Qatar), entre el 16 y el 25 de mayo de 2008

N.	Nombre	Comunidad	Cargo	Alianza
1	Fouad Siniora	sunita	Presidente del Consejo de Ministros	14M
2	Saad Hariri	sunita	Diputado y referente del Movimiento del Futuro	14M
3	Muhammad Safadi	sunita	Diputado y referente del Bloque Trípoli	14M
4	Walid Jumblatt	druso	Diputado y referente del Partido Progresista Socialista	14M
5	Samir Geagea	católico maronita	Diputado y referente de Fuerzas Libanesas	14M
6	Amin Gemayel	católico maronita	Ex presidente de la República y referente de Falange Libanesa	14M
7	Ghassan Toueni	ortodoxo griego	Diputado independiente	14M
8	Boutros Harb	católico maronita	Diputado independiente	8M
9	Michel Aoun	católico maronita	Diputado y referente del Movimiento Patriótico Libre	8M
10	Nabih Berri	chiíta	Presidente de la Cámara de Diputados y referente de Amal	8M
11	Hassan Nasrallah	chiíta	Referente de Hezbolá	8M
12	Elias Skaff	católico melquita	Diputado y referente del Bloque Zahlé	8M
13	Hagop Pakradounian	ortodoxo armenio	Diputado y referente de Tashnag	8M
14	Michel Al-Murr	ortodoxo griego	Diputado independiente	8M

Fuente: elaboración propia con datos tomados de Wählisch (2017)

El nombramiento presidencial recayó, como era previsto, en el jefe del Ejército, Michel Sleiman. Asimismo, en una suerte de renovación del Acuerdo de Taif que puso fin a la guerra civil, los

partidos renunciaron al uso de las armas y la retórica belicista. Choucair, por su parte, volvió a su puesto en el aeropuerto y las investigaciones sobre el tendido de fibra óptica pasaron del Ministerio de Telecomunicaciones al Ejército. Siniora fue confirmado en el cargo, aunque en el nuevo gabinete la oposición ganó un tercio de las bancas, suficiente como para obstruir cualquier decisión.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis A

Mahmoud Ahmadinejad había asumido la presidencia de Irán en agosto de 2005 y, como afirma Zaccara (2016), dos eventos iniciados en el exterior, como su inclusión en el “Eje del Mal” por el gobierno de los Estados Unidos y la invasión a Irak que encabezaron también las autoridades de Washington junto a algunos aliados habían sido aspectos relevantes en su victoria electoral. En el movimiento pendular de la política iraní, Ahmadinejad era representante del sector idealista, es decir, encarnaba un discurso anti imperialista, que hablaba desde un espacio confesional común y alentaba eslogans de fraternidad que desafiaban al *statu quo*, basados en criterios religiosos. Este posicionamiento se enmarcaba a la perfección con las consignas que emanaban desde la alianza libanesa del 8M, que veía, detrás de la muerte de Hariri y la salida de Siria, un complot de los poderes hegemónicos occidentales, que usarían la investigación sobre el asesinato como una forma de golpear a la resistencia. La guerra de Hezbolá contra Israel y la mencionada percepción de victoria por parte de la organización chiíta y una parte representativa de la opinión pública fortaleció el discurso de las autoridades iraníes.

La llegada de Ahmadinejad coincide con la proclamación de Abdullah bin Abdulaziz como rey de Arabia Saudita, aunque llevaba casi una década ejerciendo como príncipe regente del Reino. Abdullah era proclive a un acercamiento con Irán, porque entendía que la marginación de los chiítas, que recibían la influencia del país vecino, constituía una amenaza a la estabilidad de la monarquía. Por eso había implementado, en 2003, la convocatoria al Foro de Diálogo Nacional, que, como ya se dijo, reunió entre sus filas a setenta personas, entre ellos chiítas, mujeres y personas con perfiles liberales, con el objetivo de tratar el rol de la diversidad, el extremismo y la inclusión en el país. Sin embargo, la creciente rivalidad entre Irán y Estados Unidos, que derivó

en una política de posicionamiento regional más agresiva por parte de Irán, complicó la estrategia saudita y, paulatinamente, dejó al rey sin el apoyo del *establishment* religioso sunita para continuarla.

Ciertamente, la guerra de junio de 2006 en el sur del Líbano había operado en contra de este acercamiento. Esta situación demostró la vitalidad del vínculo entre Irán y Hezbolá a pesar de la ausencia siria. Además, también puso de relieve la capacidad de autonomía que poseía el grupo armado sobre el gobierno libanés de Siniora al promover un conflicto con un Estado vecino sin la aprobación de las autoridades constitucionales.

Los conflictos regionales, incluyendo las tensiones entre Hezbolá y el gobierno de Siniora en el Líbano, se abordaron en la cumbre que el rey Abdullah y el presidente Ahmadinejad mantuvieron el 3 de marzo de 2007 en Riad, que, sin embargo, concluyó sin un comunicado oficial. Por tanto, no hubo una mención conclusiva a la situación libanesa más allá de que este asunto era parte de la agenda bilateral. Las Cancillerías realizaron declaraciones generales, sin indicar con precisión los resultados del intercambio entre ambos mandatarios. El príncipe Saud bin Faisal, canciller saudita, había afirmado que “las dos partes acordaron detener cualquier intento destinado a extender la lucha sectaria en la región” (Fattah, 2007), mientras que Muhammad Hosseini, embajador iraní en Riad, había sostenido que “Arabia Saudita e Irán son dos países islámicos que tienen una enorme importancia regional e internacional” y que “las relaciones entre ambos se están desarrollando y han progresado con el tiempo” (Qusti, 2007).

La convocatoria a la cumbre de Doha, que acabó resolviendo la situación en torno a la vacante presidencial, no podría haberse realizado sin la venia saudita e iraní a sus respectivos socios libaneses, garantizándoles que las condiciones para avanzar en las negociaciones estaban dadas. En el marco del enfrentamiento entre ambas coaliciones, una y otra ofrecían garantías para la estabilidad regional:

- El resultado de la guerra entre Hezbolá e Israel en 2006 planteaba un escenario abierto, el más peligroso para Irán. Las autoridades en Teherán querían ciertas garantías que evitasen una nueva represalia por el lado israelí. Solo podrían lograrlo con el apoyo de Estados Unidos y Arabia Saudita. Frente a ello, estaban dispuestos a negociar.

- La alianza 14M no buscaba la extinción de Hezbolá, sino la elección de un presidente que no tuviera compromisos determinantes con Teherán. Además, deseaban permanecer a cargo del gobierno, al menos hasta que el resultado de las elecciones parlamentarias de 2009 determinase otra cosa. Ambos ingredientes permitirían la libre afluencia de los negocios, especialmente en el verano libanés, donde el turismo proveniente de la península Arábiga es fundamental.

El acuerdo celebrado en Doha fue recibido con beneplácito por la cancillería iraní, cuyo titular Muhammad Ali Al-Hosseini afirmó que constituía “un ejemplo de integración regional para alcanzar estabilidad y tranquilidad” (KUNA, 2008). También fue celebrado por las autoridades de Arabia Saudita, Francia y los Estados Unidos.

C. Análisis de la crisis B (junio - noviembre de 2009)

1. Desarrollo del caso

Las elecciones legislativas de 2009 tuvieron lugar el 7 de junio en todo el país. Allí, las listas de Hezbolá, Amal, el Movimiento Patriótico Libre y sus aliados obtuvieron 58 bancas, mientras que la facción oficialista, integrada por el Movimiento del Futuro, Fuerzas Libanesas y otros afines lograron retener 48. El Partido Socialista Progresista, liderado por Walid Jumblatt y representativo de la facción drusa, se desmarcó del grupo 14M y obtuvo once bancas, necesarias para incrementar su influencia y balancear entre uno y otro grupo, aunque, implícitamente, eran favorables a la alianza 14M. Los once lugares restantes se distribuían entre un grupo variopinto de figuras que se habían presentado de forma independiente a la elección y, aunque mayoritariamente simpatizaban con Hariri, difícilmente votaban de forma coordinada. Junto con ello, Hariri se apresuró a pactar con Berri, líder de Amal, su reelección como presidente de la Cámara de Diputados a cambio de apoyo; éste lo condicionó a la formación de un gobierno que integre también a los miembros de la alianza rival. Jumblatt adoptó una postura similar: favorecería a Hariri siempre y cuando Hezbolá integre el gabinete. En conclusión, era muy

probable que 14M lograra retener la titularidad del gobierno. Sin embargo, el nombramiento de Saad Hariri tomó 129 días, teniendo en cuenta dos momentos: desde su nominación del 27 de junio hasta la renuncia el 10 de septiembre, y desde su nueva nominación el 16 de septiembre hasta la jura del gabinete el 9 de noviembre.

En todo el período, el asesinato de su padre, Rafic Hariri, gravitará en torno a la nominación. En marzo de ese año se había puesto en marcha el Tribunal Especial para el Líbano (TEL) en la ciudad holandesa de La Haya. Este presentaba ciertas similitudes con otros tribunales internacionales llamados “híbridos”, es decir, que reunían a expertos locales y extranjeros para la investigación de crímenes de alto impacto, como los tribunales penales internacionales para la Ex Yugoslavia y para Ruanda, el Tribunal Especial para Sierra Leona, el Tribunal para el Genocidio Camboyano y la Corte Penal Internacional. También tomaba en cuenta la legislación local para evaluar los cargos que pesaban sobre los sospechosos. Sin embargo, a diferencia de ellos, las condiciones de seguridad en el Líbano impedían que el TEL estuviera en el lugar de los hechos, como una forma de acompañar a las víctimas.

La irrupción del Tribunal en la vida de los partidos libaneses no había llegado exento de polémica. En su momento, Siniora había firmado, en febrero de 2007, un memorándum con la ONU sobre la posibilidad de establecer un tribunal internacional que investigase la muerte de Hariri y otros asesinatos que podrían estar conectados. Envío el documento a la Cámara de Diputados, pero la alianza 8M pudo evitar el tratamiento sobre tablas gracias a que el titular de la Legislatura, Nabih Berri, se negó sistemáticamente a incluir el tema en la agenda de sesiones. Ante la dificultad para sortear el trámite legislativo de manera exitosa, el Consejo de Seguridad emplazó al Poder Legislativo libanés a aprobar el documento antes del 10 de junio de ese año; caso contrario, entraría automáticamente en vigor únicamente con la aprobación del gabinete. Esta situación, que finalmente se concretó, colocó al tribunal en la gama de los grises y abrió las puertas al cuestionamiento por parte de las comunidades cuyos representantes políticos rechazaban su implementación (ICTJ, 2008).

Hariri, para poder contar con los votos de Berri y Jumblatt, propuso un gabinete de treinta miembros, donde quince bancas serían asignadas al oficialismo, diez a la oposición y otras cinco

al presidente de la República. Hezbolá, por su parte, exigía poder de veto en las decisiones de fondo que pudieran tomarse en el Consejo, lo que equivalía a un tercio más una de las carteras, sumando un total de once. La negativa de Hariri a otorgarle al Partido de Dios lo que pedía empujó a un congelamiento de las negociaciones, hasta que el 10 de septiembre decidió presentar su renuncia. El 16 de septiembre, tras una nueva ronda de consultas a los presidentes de las bancadas de la Cámara de Diputados y llevarse a cabo una nueva votación en el recinto, Hariri fue nominado nuevamente como primer ministro. Algunos meses más tarde, logró formar gobierno con la fórmula que había propuesto originalmente.

Aunque esta situación podría considerarse como una retracción para Hezbolá, en realidad fue un regreso al *statu quo ante*. Contra todas las predicciones, el 19 de diciembre de 2009, el primer ministro Saad Hariri comenzó una gira de dos días en Siria, donde el abrazo con el presidente Bashar Al-Assad sepultó, al menos para el ojo público, cualquier división que podría haberse originado con motivo del asesinato de Rafic Hariri. Esta acción podría haber sido parte del pacto de gobierno entre ambas facciones para poder aprobar la composición propuesta para el gabinete.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis B

Este escenario tiene similitudes con el de la crisis A, en tanto Irán encabezaba una política exterior agresiva de la mano de Ahmadinejad mientras que el rey Abdullah de Arabia Saudita aún seguía buscando puntos de encuentro entre ambas naciones. Sin embargo, el mismo presenta otras complejidades, especialmente por el rol que Siria jugó en el vínculo bilateral.

En junio de 2009, Ahmadinejad había sido reelecto con casi el 63% de los votos en un contexto de elevada participación popular, en torno al 85%, el más alto en una elección presidencial desde la Revolución Islámica (Nada, 2021). Aunque estos resultados fueron ampliamente cuestionados por la oposición (Zaccara, 2011), el candidato de la Alianza de Ingenieros del Irán Islámico logró fortalecer su imagen entre sus seguidores. Con motivo de las críticas en torno al proceso

electoral, numerosos líderes de Occidente, entre ellos Barack Obama, se abstuvieron de felicitarlo por su victoria⁴⁰.

La primera visita oficial que Ahmadinejad recibió tras su reelección fue la del presidente sirio Bashar Al-Assad pocos días después de la jura, en agosto de ese año. Este encuentro constituía un mensaje para sus adversarios, que alentaban las protestas que se habían suscitado tras la elección: Damasco se mostraba comprometido con la alianza con Teherán, refractaria a los Estados Unidos. Sin embargo, este escenario de relativo cuestionamiento interno fue propicio para que, en el Líbano, Hezbolá endurezca su postura de cara a las negociaciones para formar parte del gobierno de Hariri: el régimen iraní no estaba dispuesto a tolerar un ambiente díscolo en el país donde todavía contaba con ventaja.

Al momento de considerar la posición saudita, es importante tener en cuenta su vínculo con Estados Unidos. Barack Obama había asumido la presidencia el 20 de enero de 2009, y buscaba una nueva forma de insertarse en Medio Oriente, distinta a la de su antecesor republicano. Teniendo en mente ese objetivo, ensayó un acercamiento a Siria con el objetivo de alejarla de Irán, contando para ello con el auxilio de Riad.

Siria y Arabia Saudita habían comenzado a alejarse tras el asesinato de Hariri en 2005 y las sospechas en torno a la pista que conducía a la posible participación de miembros del gobierno de Al-Assad en el atentado. Este aspecto fue una constante en las relaciones a lo largo de este período. El vínculo se deterioró aún más cuando el presidente sirio criticó la falta de cooperación de las autoridades de Riad con Hezbolá en la guerra que sostuvo contra Israel en 2006. En 2008, el Ministerio de Relaciones Exteriores saudita trasladó a Doha al embajador en Damasco, Ahmad Al-Qahtani, dejando a la misión sin representación de alto nivel. Ese mismo año, sabotó la cumbre de jefes de Estado y de gobierno de la Liga Árabe que se llevó adelante en la capital siria, enviando al representante oficial ante el organismo, Ahmad Qattan, evitando la presencia

⁴⁰ Además del presidente de Estados Unidos, no lo saludaron, entre otros, el presidente de Francia, Nicolas Sarkozy; la canciller de Alemania, Angela Merkel; el primer ministro de Italia, Silvio Berlusconi; y el primer ministro del Reino Unido, Gordon Brown (France 24, 2009). El gobierno de Japón no reconoció la elección, mientras que los de Rusia y China se pronunciaron a favor.

del rey, los príncipes o alguno de sus ministros. Frente a este contexto, la presidencia de Obama representaba, para Riad, la oportunidad de un cambio.

En 2009, los gestos de Riad hacia Damasco se hicieron sentir. En enero, en el marco de una reunión de jefes de Estado de la región que se llevó adelante en Kuwait, el rey Abdullah de Arabia Saudita recibió en su residencia en aquella ciudad al presidente Bashar Al-Assad, junto a otros mandatarios. En marzo, el monarca invitó al líder sirio a Riad a unas rondas de diálogo sobre la situación regional, en compañía del presidente egipcio Hosni Mubarak y el emir Sabah IV de Kuwait (Blanford, 2009). En agosto, el nuevo embajador saudita, Abdullah Al-Aifan, presentó sus cartas credenciales a las autoridades en Damasco. En octubre, el rey Abdullah le devolvió la visita a Al-Assad, que lo recibió en el Palacio Presidencial (Batters, 2009). Eran claros gestos de distensión entre ambos Estados, que seguían las intenciones de Washington hacia la región.

En este contexto, la lectura de la radical abstención de Siniora de participar de la cumbre de Damasco en marzo de 2008 y la subsecuente visita de Hariri a esa ciudad en diciembre de 2009 luce más comprensible. El Movimiento del Futuro, en realidad, acompañaba los movimientos de la política exterior saudita en un intento de alejar a Siria de Ahmadinejad. Hezbolá, por su parte, se sumó al gobierno, luego de haber obtenido la garantía de que el nuevo primer ministro libanés se diferenciaría de la postura que Siniora había sostenido hacia Siria y, en cambio, se apresuraría a mostrar buena disposición para llevar adelante un vínculo cordial con Al-Assad, socio de Teherán en la región del Levante. Era el retorno del *statu quo*.

D. Análisis de la crisis C (enero-junio 2011)

1. Desarrollo del caso

El 12 de enero de 2011, mientras el primer ministro Saad Hariri se entrevistaba en Washington con el presidente Barack Obama, once ministros libaneses presentaban su renuncia, provocando

la caída del gobierno. El mecanismo se activó con la salida de los diez ministros que representaban a la alianza 8M del gabinete, a los que se sumó uno más del cupo presidencial, perteneciente a la comunidad chiíta, en presunta solidaridad con los otros ministros de su mismo grupo religioso:

Tabla 17

Ministros que renunciaron a su cargo el 12 de enero de 2011, provocando la caída del gobierno presidido por Saad Hariri

N.	nombre	cartera	partido	Alianza	secta
01	Hussain Hajj-Hassan	Agricultura	Hezbollah	8 de Marzo	chiíta
02	Muhammad Fneish	Desarrollo de la Administración	Hezbollah	8 de Marzo	chiíta
03	Ali Shami	Relaciones Exteriores	Amal	8 de Marzo	chiíta
04	Muhammad Khalife	Salud Pública	Amal	8 de Marzo	chiíta
05	Ali Abdullah	Juventud y Deportes	Amal	8 de Marzo	chiíta
06	Gibran Bassil	Energía y Agua	Movimiento Patriótico Libre	8 de Marzo	católico maronita
07	Fadi Abboud	Turismo	Movimiento Patriótico Libre	8 de Marzo	católico maronita
08	Charbel Nahhas	Telecomunicaciones	Movimiento Patriótico Libre	8 de Marzo	católico melquita
09	Abraham Dedeian	Industria	Tashnag	8 de Marzo	ortodoxo armenio
10	Youssef Saadé	(sin cartera)	Movimiento Marada	8 de Marzo	católico maronita
11	Adnan Hussain	(sin cartera)	Independiente	(sugerido por el presidente)	chiíta

Fuente: elaboración propia en base a datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

Como dictaba la Constitución, ante la renuncia de más de un tercio del gabinete, el gobierno se consideraba dimitido. El presidente Michel Sleiman, que comenzó las rondas de consultas, le

solicitó a Hariri que siga conduciendo el Consejo hasta la designación de un sucesor. El proceso se prolongó durante 140 días, sumiendo al país en una nueva crisis.

Nuevamente, el eje del problema era la situación en torno al TEL. En la segunda mitad del 2010, las tensiones entre ambas alianzas rivales sobre las acusaciones que emitiría la fiscalía de la corte con sede en La Haya se habían recrudecido. El secretario general de Hezbolá, Hassan Nasrallah, afirmó que el Tribunal era un proyecto de Israel (France 24, 13/8/2010) y dijo que el primer ministro Saad Hariri le había adelantado que miembros díscolos de su partido serían acusados del asesinato de su padre (France 24, 22/8/2010). Para enero de 2011, era insostenible, mucho más ante la decisión de Hariri de seguir adelante con el mandato del TEL y su reciente visita a Washington, a la que seguía otra a París para entrevistarse con Sarkozy. La secretaria de Estado de Estados Unidos, Hillary Clinton, se encontraba en Doha cuando cayó el gobierno de Hariri. Sus declaraciones sentaron posición sobre los motivos que provocaron esta caída, culpando al alineamiento de la alianza 8M con los intereses iraníes como disparadores de esta situación:

Consideramos que lo ocurrido hoy es un esfuerzo transparente de las fuerzas de dentro del Líbano, así como de los intereses de fuera del Líbano, para subvertir la justicia y socavar la estabilidad y el progreso del Líbano. Cuando el presidente Obama se reunió hoy con el primer ministro Hariri, lo elogió por su liderazgo en la protección y el avance de la soberanía y la independencia del Líbano y por mantenerse centrado en las necesidades e intereses reales del pueblo libanés. Creemos que el trabajo del Tribunal Especial debe seguir adelante para que se haga justicia y se ponga fin a la impunidad. Creemos que los dirigentes del Líbano tienen la responsabilidad permanente de servir a los intereses de su propio pueblo, no a fuerzas externas. Intentar derribar al gobierno como forma de socavar al Tribunal Especial como una forma de abdicar de sus responsabilidades no funcionará. Este Tribunal es una creación de las Naciones Unidas y del Consejo de Seguridad. Cuenta con el apoyo de muchos gobiernos, incluido el mío. Su labor continuará. Y es importante que, como hemos debatido el primer ministro y yo, trabajemos con el gobierno libanés, con el pueblo libanés y con otros socios que comparten nuestro interés por la estabilidad y la justicia en el Líbano (Clinton, 2011).

La apuesta de la alianza 8M provocando la salida de Hariri era factible en tanto cambiasen también las mayorías al interior de la Cámara de Diputados para evitar su reelección. En este caso, lograron asegurarse la victoria a través de los diputados drusos de Walid Jumblatt en el Partido Progresista Socialista. Tras algunos días de consultas, el diputado Najib Miqati fue nominado para el cargo de primer ministro con los votos de Hezbolá, Amal, el Movimiento Patriótico Libre, el Partido Progresista Socialista y otras agrupaciones de menor caudal. Miqati era conocido por las autoridades en Siria: había sido ministro en el gabinete que lideró Al-Hoss tras la salida de Rafic Hariri, entre 1998 y 2000 y era diputado desde entonces. En 2005, fue elegido por el presidente Emile Lahoud para supervisar las elecciones de ese año, en medio de la retirada de las tropas del país vecino. En la Cámara de Diputados lideraba el Bloque Solidaridad con Trípoli, que compartía con Ahmad Karami, por lo que requería el andamiaje parlamentario de la alianza 8M para poder aprobar sus proyectos de ley.

El cambio de posición de Jumblatt y sus diputados podría parecer llamativo. Sin embargo, el distanciamiento con la alianza 14M comenzó a darse en 2010. El 15 de febrero acudió a la residencia de Hassan Nasrallah junto a su hijo Taymour a presentarle sus respetos. En abril, pidió disculpas al presidente Al-Assad por sus impropiedades durante los momentos más álgidos del conflicto tras el asesinato de Hariri:

Dije, en un momento de cólera, lo que es impropio e ilógico contra el presidente Bashar Al-Assad. Fue un momento de máxima tensión interna y división en el Líbano [...] Tras la muerte de Kamal Jumblatt, y por el bien de las relaciones nacionales y árabes entre Líbano y Siria, me dirigí al presidente Hafez Al-Assad cuarenta días después y le estreché la mano. En el pasado dije que perdono pero no olvido. Hoy digo que perdono y olvido a la vez. No deseo legar hostilidad y odio a las próximas generaciones al frente de esta dinastía [...] Debemos construir una relación sólida entre Líbano y Siria basada en los factores comunes. (Prothero, 2010)

El presidente sirio lo recibió en Damasco dos semanas después de estas declaraciones. Luego, en mayo, admitió en una entrevista con la BBC que había acordado con Hezbolá el sostenimiento de la condición de “resistencia armada” del Partido de Dios, una “relación especial con Siria” y que

desconfiaba de los países de Occidente frente a un eventual conflicto con Israel (MEMRI TV, 2010).

La estrategia de Jumblatt, pragmática y pensada poniendo como centro a su comunidad⁴¹, le dio vigencia y le permitió sobrevivir en el contexto de la grieta entre los partidos sunitas y chiítas libaneses, donde ambas facciones se llevaban el grueso del debate público y la toma de decisiones. Incluso las agrupaciones cristianas, divididas entre Geagea y Aoun, habían sido alcanzadas por ese fenómeno político. Jumblatt mantuvo la unidad comunitaria y se volvió indispensable para la coalición que le permitió a Najib Miqati su elección como primer ministro. Si resultaba marginado, podría retirar los votos y hacer caer al gobierno. En el nuevo gabinete de treinta miembros, los drusos obtuvieron cuatro carteras. Tres de ellas fueron para la agrupación de Jumblatt: Asuntos Sociales (Wael Abu-Faur), Desplazados (Alaaeddine Terro) y Obras Públicas y Transporte (Ghazi Aridi); el cuarto, un cargo sin área específica, fue para Marwan Khaireddine, militante del Partido Democrático Libanés, que presidía el rival de Jumblatt, Talal Arslan. Esta proporción fue la más importante que hayan obtenido en cualquier otro gabinete desde que el parlamentarismo se instaló como forma de gobierno tras los Acuerdos de Taif que pusieron fin a la guerra civil en 1990.

La respuesta de la alianza 14M fue la de rechazar cualquier forma de gobierno de unidad nacional. En el gabinete que finalmente se conformó, a pesar de las negociaciones que llevó adelante el mismo Miqati, no fue posible incorporar a ministros provenientes del Movimiento del Futuro, Fuerzas Libanesas ni de ningún otro partido proveniente de los socios de Hariri. Sin embargo, sería injusto sostener que el gobierno de Miqati era puramente de la alianza 8M. Por un lado, estaban los cuatro ministerios de Jumblatt, que había sostenido su autonomía haciendo una prueba de su pragmatismo. Frente a otras circunstancias, podría cambiar de nuevo. También logró colocar a seis ministros propios y tres sugeridos por el presidente Sleiman. Ninguno de estos trece funcionarios, entre los que se contaban las carteras “soberanas” de Interior y de Finanzas, estaban alineados automáticamente con la coalición 8M. Se trataba de un delicado

⁴¹ Resulta interesante el concepto de “políticas de adaptación” que emplea Rowayheb (2011) que determina que, políticamente, los drusos del Líbano, conducidos primero por Kamal Jumblatt y luego por su hijo Walid Jumblatt, especialmente desde la guerra civil de 1975-1990, se han adaptado a la situación de turno, empleando las herramientas disponibles para no perder centralidad en la compleja realidad pluricomunal y multisistémica del país.

equilibrio favorable a Irán, que no podía ser interpretado como una afrenta a Arabia Saudita. Sin embargo, en junio de ese año, el primer viaje del flamante canciller Adnan Mansour fue, justamente, a Teherán.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis C

Esta crisis libanesa emerge en un contexto particular, durante los primeros meses de la llamada “Primavera Árabe”, cuyos alcances generales para la política exterior de Arabia Saudita y de Irán se discutieron en uno de los capítulos anteriores. Tanto Riad como Teherán reaccionaron pragmáticamente, tendiendo al conservadurismo y apoyando la represión en países liderados por gobiernos afines e intentando aprovechar las oportunidades que el patrocinio de grupos rebeldes presentaban en las naciones más reactivas a sus intentos de penetración. En otras palabras, buscando ventajas. El rey Abdullah apostó a soluciones militares rápidas cerca de sus fronteras inmediatas, como en el caso de Yemen y Bahrein, con éxito dispar. Ahmadinejad, en cambio, recurrió a la retórica pan islámica, alentando levantamientos en lugares que le resultaban refractarios, como Egipto. Para la dinámica libanesa, el factor de cambio o permanencia más relevante era su gran vecino: Siria. Dominada desde 1971 por Hafez Al-Assad y luego, desde 2000, por su hijo Bashar, mostró signos de agitación recién en marzo, cuando a Miqati ya se le había confiado la formación de un gobierno pero aún no había recibido la aprobación definitiva por parte de la Cámara de Diputados. Para entonces, la suerte ya estaba echada.

La renuncia de los once ministros que provocó la caída del gobierno de Saad Hariri no cayó bien en Riad. Existía, por entonces, una serie de contactos de alto nivel entre el rey Abdullah de Arabia Saudita y el presidente sirio Bashar Al-Assad para descomprimir la tensión en torno al TEL. De hecho, ambos líderes habían visitado Beirut de manera conjunta el 8 de marzo de 2010. Esta actitud permisiva por parte del Reino mostró una nueva faceta al permitir la visita de Hariri a Teherán en noviembre de 2010, situación que no podría haber ocurrido sin la anuencia saudita. Fue por eso que la reacción de la cancillería saudita fue de cierta sorpresa, dando a entender que no estaban al tanto de las renuncias, a las que interpretó como una traición. El Reino se retiró de la mesa de negociaciones el 19 de febrero, hecho que fue confirmado por el ministro de

Relaciones Exteriores, el príncipe Saud bin Faisal (Al-Arabiya, 2011). En este sentido, nuevamente el Movimiento del Futuro acompañó los vaivenes de la política exterior saudita: poco después de la salida de Riad, decidió no integrar el gabinete de Miqati. A pesar de la contradicción saudita, el rey evitó confrontar con el primer ministro designado, sabiendo que el mismo, aunque cercano a Damasco, no se contaba como uno de los incondicionales de Al-Assad. Las circunstancias a futuro, por tanto, eran pasibles de cambios.

El gobierno iraní, por su parte, aprovechó la oportunidad para, en boca de su presidente Ahmadinejad, criticar la interferencia extranjera, cristalizada en la reunión que Hariri mantuvo con Obama y la que luego mantendría con Sarkozy (Al-Jazeera, 2011). De esta forma, Ligó las renuncias al intento de intervención foránea. Luego, tradujo la designación de Miqati como una victoria de los propios libaneses sobre los intereses extranjeros que algunos buscaban imponer. Aunque el primer ministro designado no era un funcionario alineado a los intereses de Teherán, simbolizaba el desplazamiento de Hariri del poder, el interlocutor más representativo en la comunidad sunita, en función de las bancas que conducía en la Cámara de Diputados. Desde la finalización de la guerra civil en 1990, el Movimiento del Futuro había conducido el Consejo de Ministros en tres largos períodos: 1992-1998, 2000-2004 y 2005-2011. Su salida era suficiente para anotarse una importante victoria frente a Riad.

Sin embargo, en este caso, el factor más importante de la ecuación fue el interno: el posicionamiento de Walid Jumblatt y su salida de la órbita de Riad para entrar en la de Teherán, al menos temporalmente. Al perder la protección de Arabia Saudita, ¿cuál sería el sentido de la alianza 14M? Riad no sólo habilitó el regreso de Siria al escenario libanés a través de aquella visita conjunta en marzo de 2010, sino que además no se quejó por la designación de Miqati. La protección de los intereses sunitas no correspondía a los drusos. Para él, resultaba preferente lograr una participación destacada de sus alfiles en el futuro gabinete. Siria era garantía de estabilidad. Los vínculos de Damasco con Teherán y el 8M eran consecuencias de ese entramado, que preocupaban demasiado a Jumblatt.

En definitiva, Arabia Saudita e Irán no bloquearon la formación del gabinete de Miqati. En cambio, después de las negociaciones iniciales, los meses que el mismo tardó en formarse

responden más bien a negociaciones administrativas internas, resultantes de las tensiones entre los partidos locales. De hecho, ambos actores foráneos apoyaron la propuesta de un gabinete centrista que, aunque miraba mayoritariamente hacia Teherán, conservaba su autonomía, buscando así conformar a todos.

E. Análisis de la crisis D (abril de 2013 - febrero de 2014)

1. Desarrollo del caso

En marzo de 2011, cuando la oleada de revoluciones en la región se extendió hacia Siria, el Líbano se vio súbitamente arrastrado al conflicto. No solo su estructura económica y social se vio comprometida con la llegada de más de un millón de refugiados, sino también su estructura política se vio conmocionada. Como afirman Haddad y Wind:

Uno de los factores concurrentes para distinguir el levantamiento sirio de las rebeliones que han tenido lugar en otros sitios ha sido su importancia a nivel regional. El levantamiento sirio se convirtió rápidamente en algo más que un suceso local. Ahora envuelve, abarca y compromete a un número de conflictos y asuntos de amplio alcance regional e importancia internacional; la situación en Siria involucra al conflicto palestino-israelí, la cuestión de la resistencia al imperialismo, la cuestión de Hezbolá, la lucha de poder entre Irán, Siria y Hezbolá de un lado y Arabia Saudita, Qatar y los países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) del otro, la tensión entre sunitas y chiitas (casi siempre instrumentalmente exacerbada por los actores políticos) y, más recientemente, la cuestión del islamismo regional, dada la dimensión islamista del conflicto sirio. (2014, p. 406)

La situación en Siria obligaba a tomar partido y resulta claro de qué lado quedarían cada una de las coaliciones libanesas. Con el objetivo de preservar la situación doméstica, el presidente de la República Michel Sleiman convocó a una nueva sesión de la Mesa de Diálogo Nacional Libanés,

que estuvo integrada con los miembros que figuran en la Tabla 17 (abajo), para discutir la estrategia de Defensa Nacional. El 11 de junio sus miembros firmaron en el Palacio Presidencial una resolución oficial sobre el posicionamiento del país frente a la crisis siria: la Declaración de Baabda, que fue enviada al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas dos días más tarde (Naciones Unidas, 2012).

Tabla 18

Miembros de la Mesa de Diálogo Nacional Libanés entre 2012 y 2014

N.	Nombre	Comunidad	Cargo	Alianza
1	Saad Hariri	sunita	Diputado, ex primer ministro, referente del Movimiento del Futuro	14M
2	Fouad Siniora	sunita	Diputado, ex primer ministro, miembro del Movimiento del Futuro	14M
3	Samir Geagea	católico maronita	Diputado y referente de Fuerzas Libanesas	14M
4	Amin Gemayel	católico maronita	Ex presidente de la República y referente de Falange Libanesa	14M
5	Michel Pharaon	católico melquita	Diputado independiente	14M
6	Jean Oghassabian	ortodoxo armenio	Diputado y referente del Partido Liberal Democrático Armenio	14M
7	Farid Makari	ortodoxo griego	Diputado independiente	14M
8	Michel Aoun	católico maronita	Diputado y referente del Movimiento Patriótico Libre	8M
9	Sleiman Franjeh	católico maronita	Diputado y referente del Movimiento Marada	8M
10	Nabih Berri	chiíta	Presidente de la Cámara de Diputados y referente de Amal	8M
11	Muhammad Raad	chiíta	Diputado y referente de Hezbolá	8M
12	Hagop Pakradounian	ortodoxo armenio	Diputado y referente de Tashnag	8M

13	Talal Arslan	druso	Diputado y referente del Partido Democrático Libanés	8M
14	Asaad Hardan	ortodoxo griego	Diputado y referente del Partido Nacional Socialista Sirio	8M
15	Michel Sleiman	católico maronita	Presidente de la República	ninguna
16	Muhammad Safadi	sunita	Diputado y referente del Bloque Trípoli	ninguna
17	Walid Jumblatt	druso	Diputado y referente del Partido Progresista Socialista	ninguna
18	Michel Al-Murr	ortodoxo griego	Diputado independiente	ninguna
19	Najib Miqati	sunita	Primer ministro y referente del Bloque Solidaridad con Trípoli	ninguna
20	Fayez Al-Hajj Chahine	católico griego	Académico independiente	ninguna

Fuente: elaboración propia con datos tomados de Wählich (2017)

La Declaración contenía diecisiete puntos. Allí se establecía la “política de disociación”, que, si bien no apuntaba a adoptar una política clara de neutralidad, perseguía evitar de cualquier modo la formulación de políticas en bloque con otros países como una forma de rehuir a posibles tensiones o crisis al interior de las comunidades que habitan el país. En los hechos, el documento declaraba que el Líbano no podría ser sede de contrabando de armamentos o entrenamiento de combatientes, específicamente hablando sobre el conflicto en Siria.

Ciertamente, la situación en Siria agitó con fuerza la política interior libanesa. La coalición 14M se mostró entusiasta ante la posibilidad de la caída del gobierno de Al-Assad, creyendo que ello derivaría en una mayor autonomía para el Líbano, siempre a la sombra de su vecino. Sus rivales de 8M sostenían que se trataba de una estrategia destinada a herir a los árabes y al islam. Esas tensiones se trasladaron al gabinete de Miqati, paralizando la toma de decisiones sobre temas urgentes: la seguridad fronteriza, las designaciones en altos cargos en los organismos de defensa y seguridad, el nulo avance del TEL, la aparición de enfrentamientos armados entre la población civil en algunas localidades, etc. Uno de esos asuntos fue la falta de acuerdo en torno a la nueva

ley electoral y al modo en el que se realizaría la supervisión de las elecciones previstas para junio. En ese contexto de enfrentamientos e incertidumbre, el 22 de marzo de 2013, Najib Miqati presentó la renuncia al cargo de primer ministro.

La candidatura del jefe de Seguridad Interior, Ashraf Rifi, fue presentada por Hariri junto con el 14M. Rifi tenía vasta experiencia en materia de seguridad y era, además, muy próximo a la Familia Real de Arabia Saudita. Sin embargo, emergió otra propuesta, liderada por Walid Jumblatt. El líder druso propuso al diputado Tamam Salam, una figura independiente dentro de la bancada del 14M en la Cámara de Diputados, muy respetada por sus opositores. El padre del candidato había sido uno de los signatarios de la Declaración de Independencia, factor que, para los políticos libaneses, contaba como una muestra de elevado pedigrí. El referente socialista reunió los votos necesarios, y el 6 de abril el presidente le confió la formación de un gobierno que, sin embargo, tardaría 315 días en armar.

Mientras tanto, el contagio de la crisis siria se manifestó en las crecientes tensiones al interior de las comunidades islámicas en Líbano, reflejadas en un fuerte deterioro de la seguridad doméstica. Al norte, en Trípoli, estallaron enfrentamientos entre los vecinos del barrio sunita de Bab Al-Tabbaneh y los alauitas de Jabal Mohsen, identificados con el gobierno de Al-Assad. Fue necesaria la intervención del Ejército para separar a los grupos. Al sur, en Sidón, los seguidores del imán sunita Ahmad Al-Assir denunciaron la presencia de chiitas libaneses en el conflicto sirio, en contravención a la Declaración de Baabda. Ello derivó en escaramuzas entre estos y los militantes de Hezbolá, siendo necesaria la llegada de tropas nacionales para llevar calma a la zona. La capital, Beirut, también fue arrastrada por el desastre. En el barrio chiíta de Dahyeh se sucedieron dos atentados, presuntamente alentados por opositores a Al-Assad. También la embajada iraní sufrió un atentado con coche-bomba. El mismo método se utilizó para asesinar a Muhammad Chattah, ex ministro de Economía y hombre de confianza de la familia Hariri. En el este, la localidad de Aarsal, en la frontera con Siria, el Ejército libanés fue emboscado por grupos contrarios al presidente Al-Assad. Bajo el pretexto de la situación de seguridad, el 31 de mayo los diputados votaron una ley especial que trasladó las elecciones previstas en junio por diecisiete meses, hasta noviembre de 2014. Era la primera vez que se tomaba una medida de ese tipo desde

la guerra civil. Como se observa, el conflicto sirio se hizo muy presente en la vida cotidiana de los libaneses, a lo largo de todo el país, profundizando la grieta entre sunitas y chiitas. Los enfrentamientos armados complicaron la gestión de acuerdos entre ambas alianzas, que permitieran a Salam acordar un gabinete (Chaya, 2016).

Finalmente, el 15 de febrero de 2014 asumió el nuevo gobierno, compuesto por 24 ministros organizados en tres grupos: ocho para la alianza 14M, ocho para alianza 8M y otros ocho independientes. De este último grupo, el presidente sugirió tres, el primer ministro asignó otros tres y Jumblatt incorporó a dos de su partido.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis D

Esta crisis del sistema institucional libanés estuvo atravesada por la crítica situación que se desarrollaba en Siria, donde la estabilidad del gobierno de Al-Assad estaba en riesgo. Tanto en el caso de las acciones de política exterior por parte de Arabia Saudita como de Irán, la cuestión fue evaluada de manera holística.

Arabia Saudita, que había intentado anteriormente alejar a Siria de Irán, veía ahora, con el advenimiento de la guerra, una oportunidad para derrocar a Al-Assad y comenzar de nuevo. En otras palabras, en lo que refiere al caso sirio, en la política exterior saudita hubo una transición desde la búsqueda de reformas a un cambio radical del régimen. En ese proceso, no se escatimó esfuerzos, incluso sabiendo que del otro lado se hallaban agrupaciones que encarnaban propuestas islamistas radicalizadas:

El Reino de Arabia Saudita adoptó varias estrategias y tácticas a lo largo del tiempo para derrocar al régimen de Al-Assad, entre ellas apoyar al Consejo Nacional Sirio, desempeñar un papel dominante en la Coalición Nacional para las Fuerzas de la Revolución y la Oposición, armar al Ejército Libre Sirio, apoyar al Frente Islámico, comprometerse a enviar tropas a Siria y acoger a varios grupos armados. (Darwich, 2019, párr. 4)

En materia diplomática, el 7 de agosto de 2011, el rey Abdullah llamó a consultas a Abdullah Al-Aifan, embajador saudita en Damasco. El 14 de marzo de 2012 ordenó el cierre de la misión diplomática en la capital mencionada y exigió la salida de Mahdi Dakhlallah, el embajador sirio en Riad. Tampoco ahorró esfuerzos por promover la salida de Siria de la Liga Árabe. El 16 de noviembre de 2011, con el voto favorable de 19 países, se aprobó su suspensión de la organización regional y se establecieron sanciones comerciales. Asimismo, confluyó con Estados Unidos en diversos proyectos en torno a una intervención armada regional en 2013.

El Movimiento del Futuro no tardó en acoplarse a la estrategia saudita a pesar de las recomendaciones que había suscrito en la Declaración de Baabda con los demás partidos libaneses. En un acto organizado con motivo de un nuevo aniversario por la muerte de su padre, Saad Hariri realizó declaraciones confrontativas, indicando que la alianza 14M estaba lista para dialogar con la oposición siria reclamando democracia para el país vecino. El asesinato de Wissam Al-Hassan, director de inteligencia del Departamento de Seguridad Interior, sunita y aliado de Hariri, contribuyó a encender aún más la retórica del líder del Movimiento del Futuro. Como indica Nerguizian (2012), por entonces “el Movimiento del Futuro, predominantemente sunita, deseaba coordinar su orientación de política exterior en consonancia con un orden regional árabe sunita más amplio, centrado en Arabia Saudita y Qatar, con la esperanza de que el régimen de Al-Assad acabara cayendo” (§ 8). En diciembre de ese año, el gobierno de Damasco emitió una orden de captura contra los diputados libaneses Saad Hariri y Oqab Saqr, que carecía de efecto dada la inmunidad de la que ambos gozaban en su carácter de legisladores nacionales.

En el caso de Irán también se observó un posicionamiento en relación a los eventos en Siria que fue acompañado por los actores políticos libaneses afines. Teherán y Hezbolá coincidían en la importancia de la relación estratégica sirio-libanesa, en un contexto en el cual Al-Assad era percibido como un aliado. Por lo tanto, el apoyo conjunto hacia el gobierno amenazado fue inmediato. A fines de 2011, Hezbolá había comenzado a intervenir militarmente en territorio sirio, contando con el auxilio estratégico, armamentístico y financiero de Irán. Sin embargo, no fue hasta noviembre de 2013 que esa situación se hizo pública tras un anuncio del secretario general de la organización, Hassan Nasrallah. Probablemente el desafío más importante frente a

la opinión pública libanesa fue el de legitimar su ingreso en la lucha armada en un país vecino, cuando lo que consuetudinariamente estaba pactado era un rol únicamente ejercitable ante la amenaza que constituía Israel en la frontera sur. Hezbolá advirtió sobre el peligro que corrían las aldeas chiítas en la frontera sirio-libanesa y en los intentos yihadistas de atacar la mezquita donde descansaban los restos de Zaynab, la hija del califa Ali, especialmente respetado entre los chiítas. El templo se ubicaba en los suburbios de Damasco. Por otra parte, la presencia real de brigadas yihadistas en las localidades limítrofes y en algunas ciudades importantes, como Trípoli y Beirut, junto con el apoyo de los diputados cristianos del Movimiento Patriótico Libre, sostuvieron la base de apoyo de la agrupación chiíta. (Daher, 2017)

Aunque la estrategia de Jumblatt fue agresiva y contribuyó a la rápida designación de Tamam Salam para el cargo de primer ministro, las dificultades más complejas se presentaron al momento de la formación del gabinete. La agenda de los principales actores envueltos en la disputa, Hezbolá y el Movimiento del Futuro, estaba demasiado centrada en la coyuntura externa, visión que uno y otro compartía con sus socios foráneos, Irán y Arabia Saudita, respectivamente. Frente al escenario imposible de aislamiento que planteaba la bienintencionada Declaración de Baabda, que en los hechos había nacido había nacido muerta, lo mejor era buscar la forma de obtener ventajas en el escenario interno usufructuando de la situación que se estaba desarrollando en Siria.

F. Análisis de la crisis E (mayo de 2014 - octubre de 2016)

1. Desarrollo del caso

El encauzamiento de las rivalidades políticas que llevaron a la aprobación definitiva del gabinete encabezado por Tamam Salam en febrero de 2014 no respondió a una madurada propensión de acuerdos por parte de los adversarios. En cambio, buscaba proteger al Líbano de un desorden mayor, ya que el presidente Sleiman culminaba su mandato en mayo de ese año y era necesario que, ante la eventualidad de falta de consensos para la elección de un sucesor, el primer ministro

asumiera transitoriamente las atribuciones de jefe del Estado. Por lo tanto, era fundamental que el Líbano contase con un primer ministro debidamente nombrado, que se mostrase propenso a dialogar con todos los sectores.

Como se mencionó anteriormente, Michel Aoun había regresado al Líbano en mayo de 2014, listo para competir en las elecciones legislativas que se celebraron un mes después. Allí, usando el sello partidario del MPL, el partido que había fundado en 1994, durante su exilio, compitió y logró obtener quince bancas. Tras la elección, entró en coordinación con dos antiguos rivales suyos, Elias Skaff y Michel Al-Murr, que le aportaron siete legisladores en total. Junto a ellos constituyó Cambio y Reforma, la coalición cristiana más numerosa en aquel período de la Legislatura. Aunque en un primer momento mantuvo la crítica a Siria y sus aliados, Aoun entendió que, para construir una mayoría parlamentaria propia, debía construir puentes con otros grupos confesionales (Osoegawa, 2013).

Para ello, en un giro pragmático, Aoun acordó con un socio político inesperado, enemigo histórico durante la guerra civil: Hezbolá. En los diez artículos del memorándum de entendimiento suscrito entre ambos partidos, conocido como Acuerdo de Mar Mikhael⁴², se repasaba la importancia de la reconciliación nacional, se jerarquizaba el rol de Hezbolá en la protección de los intereses nacionales frente a Israel y otros posibles enemigos extranjeros, se reconocía explícitamente la condición de “resistencia armada” del grupo liderado por Hassan Nasrallah y se daba a Aoun el apoyo del partido chiíta en sus futuros proyectos políticos, incluida la presidencia (Al-Manar, 2017). Desde entonces, Cambio y Reforma comenzó a trabajar en coordinación con Hezbolá y Amal. El frente interno en la política chiíta estaba ahora “blindado”: con el apoyo del MPL, también estaba protegido de cualquier agresión en el Parlamento (Chaya, 2023a). Como afirman Salloukh, Barakat, et al. (2015):

El Memorándum de Entendimiento del 6 de febrero de 2006 con el MPL de Aoun servía un propósito similar: había sido diseñado para contrabalancear a la Alianza 14 de Marzo

⁴² Mar Mikhael (“San Miguel”) es el nombre de la parroquia donde se firmó el acuerdo. Es de rito católico maronita y está ubicada en la localidad de Haret Hreik, en los suburbios de Beirut. Allí está la sede de Hezbolá y es el lugar donde nació Michel Aoun, el líder del Movimiento Patriótico Libre. Se la considera una zona confesionalmente mixta, donde conviven maronitas y chiítas.

y su invasión en las instituciones estatales una vez obtenida la salida siria del Líbano. (p. 166)

El 25 de mayo de 2014, con la finalización del mandato del presidente Sleiman, el Líbano entraba en un oscuro tiempo de incertidumbre política. A la búsqueda del reemplazo de Sleiman, la asamblea sesionó el 23 de abril de 2014, sin arrojar un ganador. Las convocatorias posteriores, planificadas para el 30 de abril y el 15 y el 22 de mayo, no tuvieron lugar por falta de quórum. Fue entonces cuando comenzó a revelarse la estrategia de una de las alianzas: “en las convocatorias sucesivas, la intención de la bancada chiíta se hizo manifiesta: desinteresados por las mayorías que se obtuviesen, ni ellos ni sus aliados apoyarían a un candidato que no contase con un consenso ampliamente mayoritario de los diputados” (Chaya, 2023, p. 91). En otras palabras, Hezbolá y sus aliados no buscaban imponer a su candidato Aoun bajo las reglas de la competencia democrática. En cambio, preferían apelar al consenso entre los grupos. En ese contexto, se impuso la opción de no dar quórum en las sesiones de la Cámara de Diputados destinadas a la elección de un nuevo presidente.

Aquí vale hacer un alto para abordar los ánimos sociales en torno a esta crisis generada por la vacante presidencial. En julio de 2015, cuando las temperaturas de Beirut alcanzaban su punto máximo, se suscitó una crisis en torno a la recolección de basura en la capital y la gobernación de Monte Líbano, generando un olor nauseabundo. La Justicia había hecho lugar a un recurso de amparo que solicitaba la clausura del único vertedero habilitado, en Naameh. Asimismo, la empresa responsable del retiro y procesamiento de los residuos, “Sukleen”, denunciaba que su contrato había vencido y exigía un aumento. Los órganos políticos del Estado no se mostraban capaces de resolver ni una cosa ni la otra. A diario, entre tres mil y cuatro mil toneladas de basura comenzaron a acumularse en las calles. La población comenzó a organizar protestas bajo la consigna *talaaet rihetkon* (en árabe, “tienen olor” o “apestan”), popularizada en redes sociales como *#YouStink*. Las demandas por limpieza rápidamente mutaron hacia consignas políticas, exigiendo la salida de la clase política. Este movimientismo tuvo su clímax a fines de agosto, cuando logró reunir a más de 120 mil manifestantes. El entusiasmo se apagó cuando *Beirut Madinati*, la agrupación independiente creada al fragor de esos acontecimientos, fue derrotada en

las elecciones municipales de Beirut en mayo de 2016 por una coalición que reunió a candidatos de las alianzas 8M y 14M.

Finalmente, el 18 de enero de 2016, Aoun pactó con su rival del 14M, Samir Geagea, que baje su candidatura a cambio de una importante participación en la conformación del futuro Consejo de Ministros, en lo que se conoció como Acuerdo de Maarab (LBCI, 2018)⁴³. Para entonces, Aoun y Hezbolá ya contaban con la mayoría suficiente para vencer en la elección, en un ámbito en el que, además, la alianza rival había quedado malherida. Sin embargo, la táctica siguió siendo la misma que en 2014: la búsqueda de consensos. Con esa bandera se motorizó el acercamiento al Movimiento del Futuro, a la búsqueda de un pacto que permitiese tener también la aprobación de los sunitas para exhibir una imagen de unidad.

Sin embargo, eso no es suficiente para explicar el acercamiento. Además, había causas más graves, como el ascenso de Ashraf Rifi, antiguo aliado de Hariri. Rifi había sido jefe de Seguridad Interior y luego ministro de Justicia. Se había mostrado crítico del acercamiento de Hariri a Damasco. Con ambiciones de llegar al cargo de primer ministro, se mostraba contrario al diálogo con Hezbolá y a cualquier tipo de acuerdo con Aoun. Creía, en cambio, que el Movimiento del Futuro y sus aliados tenían que sostener la candidatura de Sleiman Franjieh, el líder del Movimiento Marada, aunque sabía que éste no era rival para Aoun. El 2 de junio de ese año, la lista respaldada por Rifi fue plebiscitada en las elecciones municipales de Trípoli, donde obtuvo 18 de las 24 bancas en juego.

Fue entonces cuando Aoun vio la oportunidad. Desdoblar las elecciones de presidente y primer ministro podría significar que Rifi tome el cargo. Por eso, lo mejor era pactar un acuerdo con el Movimiento del Futuro para alejar ese escenario. Hariri, por su parte, contaba con la posibilidad de perder centralidad en la comunidad sunita ante el ascenso de Rifi, que sostenía un discurso confrontativo hacia Hezbolá. Lo mejor era pactar con Aoun y volver a liderar el Consejo de Ministros. Saad Hariri no tenía nada que perder. Para él, aceptar el cargo de primer ministro era una oportunidad para seguir vigente.

⁴³ Maarab es la localidad donde nació Samir Geagea, el líder de las Fuerzas Libanesas. El acuerdo fue firmado allí.

El 31 de octubre, tras 44 sesiones fallidas, se reunió nuevamente la Cámara de Diputados para proceder a la elección del presidente. Aoun obtuvo 83 votos sobre un total de 128, casi dos tercios del total. Tres días después, Hariri fue designado primer ministro y formó gobierno poco más de un mes más tarde.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis E

El posicionamiento de los rivales en esta crisis no solo se ve mediado por la guerra en Siria, que ya se mencionó. Se agregan, junto con ello, episodios de confrontación más directa, que se desatan con la ejecución de un clérigo chiíta en Arabia Saudita y los ataques a las misiones diplomáticas del mencionado reino en Irán.

Nimr Al-Nimr era un clérigo chiíta de origen saudita que había realizado sus estudios religiosos en Irán. Había sido detenido en repetidas ocasiones tras llamar a la secesión a la provincia Oriental⁴⁴ y criticar a la Familia Real. Entusiasta de la “Primavera Árabe”, en 2014 este activista opositor fue condenado a muerte por la Corte Penal Especial, dedicada a juzgar crímenes vinculados al terrorismo. El 2 de enero de 2016 fue decapitado junto a otras 46 personas. Esta situación fue inmediatamente condenada por el líder supremo, Ali Khamenei, y el encargado de Negocios saudita en Teherán, Marwan Al-Roumi, fue convocado por el ministro de Relaciones Exteriores de Irán, Muhammad Javad Zarif, quien protestó por la ejecución. Inmediatamente, el problema se salió de cauce. Entre el 2 y el 3 de enero grupos de manifestantes atacaron con bombas incendiarias la embajada en Teherán y el consulado en Mashhad; la legación principal, incluso, fue vandalizada y sufrió el saqueo de sus pertenencias. Estos hechos generaron condena generalizada en los principales despachos de los países de la región. Aunque las autoridades iraníes condenaron la situación, el Reino de Arabia Saudita rompió relaciones diplomáticas el 3 de enero. Algunos días después, el 7 de enero, el gobierno de Teherán anunció que su embajada en Saná había sido atacada por aviones de combate sauditas.

⁴⁴ La provincia Oriental es la más rica de Arabia Saudita por sus reservas de hidrocarburos. Asimismo, es donde reside la mayor cantidad de población chíta del país.

La tensión afectó las negociaciones libanesas tendientes a lograr la elección de un nuevo presidente. El escenario interno, condicionado en gran medida por el externo sufrió los efectos de la ruptura diplomática.

Las autoridades de Arabia Saudita comenzaron a mostrar su distanciamiento de Saad Hariri, desconfiando de sus capacidades de gestión y acercándose en cambio a Ashraf Rifi, un candidato mucho más confrontativo con Irán y Hezbolá. El hecho de que Hariri se mostrara dispuesto a dialogar con la oposición que Hezbolá integraba era considerado un desafío para las autoridades del Reino. Para comienzos de 2016, cuando se refuerza la tensión entre los dos gigantes del Golfo Pérsico, Aoun ya contaba con suficientes votos de la Cámara de Diputados para ser consagrado en la primera magistratura libanesa. Frente a la inevitabilidad de su elección, tras el acuerdo que celebró con Geagea en enero, el gobierno de Riad intentaba, al menos, balancear el poder interno que tendría, sabiendo que intentaría arrojar al Líbano completamente al campo iraní. En ese caso, la figura de Rifi resultaba más confiable. Junto con ello, comenzó una ofensiva diplomática muy consistente destinada específicamente al escenario libanés:

- El 4 de febrero, el Ministerio de Defensa del Reino anunció la suspensión de un programa de provisión de armamento a las Fuerzas Armadas del Líbano por cuatro mil millones de dólares.
- El 23 de febrero, los gobiernos de Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos y Bahreín prohibieron a sus ciudadanos viajar al Líbano y sugirieron a quienes allí residían que lo abandonen. Kuwait y Qatar adhirieron a la medida al otro día.
- El 2 de marzo, el Consejo de Cooperación del Golfo declaró a Hezbolá como “organización terrorista”.
- El 11 de marzo, el Consejo de Ministros de Relaciones Exteriores de la Liga Árabe declaró a Hezbolá como “organización terrorista”. La delegación libanesa, encabezada por el canciller Gibran Bassil, yerno de Michel Aoun y lugarteniente en su partido, planteó reservas a la resolución.

En conjunto con estas medidas, el Ministerio de Relaciones Exteriores de Arabia Saudita dispuso, en agosto, el traslado de su embajador Ali Awad Asiri, que se encontraba en el país desde 2009. La sede diplomática quedó vacante hasta enero de 2018.

El gobierno de Irán, por su parte, se limitó a criticar la estrategia saudita de evitar la unidad de los libaneses. En este caso, sus socios locales, específicamente la alianza 8M, se movía ágilmente hacia la posibilidad de generar consenso.

Es digna de reconocer la astucia con la que Aoun se manejó en este contexto. Aunque contaba con los votos necesarios para la elección, optó por atar la suya a la del primer ministro. Por eso, privilegió un acuerdo transitorio con Saad Hariri, asegurándole que, en caso de ser electo presidente, él ocuparía la titularidad del Consejo de Ministros. A través de esta estrategia, se aseguraba, por un lado, la representatividad del líder sunita más reconocido, mientras que, por otro lado, demostraba autonomía frente a las autoridades de Arabia Saudita, que buscaban imponer a un candidato alternativo más confrontativo, lo que a futuro plantearía una convivencia difícil, ya que el candidato a presidente era aliado de Hezbolá. A riesgo de verse marginado del poder, Hariri aceptó en octubre la nominación y en diciembre juró junto a su gabinete. Lejos de representar una detente entre Irán y Arabia Saudita, el acuerdo entre las alianzas 8M y 14M permitió al Líbano recuperar la institucionalidad.

G. Análisis de la crisis F (mayo de 2018 - enero de 2019)

1. Desarrollo del caso

El 6 de mayo de 2018 tuvieron lugar las elecciones para la Cámara de Diputados del Líbano, programadas originalmente para junio de 2013. Por entonces, aludiendo cuestiones de seguridad interior, junto con la falta de consensos en torno a la ley electoral a implementar, los legisladores votaron una primera extensión de su mandato hasta noviembre de 2014, luego una segunda hasta abril de 2017 y, finalmente, una tercera que se estiró hasta la fecha en la que se celebraron, en

mayo de 2018. El Movimiento Patriótico Libre, Hezbolá y sus aliados sumaron 69 bancas, mientras que las Fuerzas Libanesas, el Movimiento del Futuro y sus socios contaban con 35. El Partido Progresista Socialista, de Walid Jumblatt, reunió nueve y los candidatos independientes sumaron quince. La victoria del oficialismo hundía sus raíces en dos situaciones domésticas fuertemente vinculadas a la política exterior: por un lado, el posicionamiento en torno a la guerra en Siria; por otro, la ruptura de los vínculos entre Arabia Saudita y Saad Hariri.

Alineado con Irán en virtud de su alianza con Hezbolá, el presidente Aoun apostó a fortalecer las relaciones con Bashar Al-Assad, distanciándose de la postura aséptica que había planteado su antecesor. Esta posición no era nueva. Desde el comienzo de la guerra en 2011, el Movimiento Patriótico Libre había hecho su opción por el gobierno de Siria (Haboush, 2019), rivalizando con los partidos del 14M, el presidente Sleiman y el cardenal-patriarca de los maronitas Bechara Al-Rai, OMM. Todos ellos proponían que el Líbano debía mantenerse alejado de la situación que ocurría en el país vecino. La última disidencia era particularmente sensible, dado el lugar simbólico que el purpurado tenía en la comunidad maronita, a la que Aoun pretendía representar políticamente. Por eso, cuando Hezbolá asumió su condición de fuerza beligerante en la guerra de Siria, parecía lógico que Aoun prestara su acuerdo. La opinión pública valoraba el rol que el partido chiíta tuvo en la contención de la amenaza que significaba la organización llamada “Estado Islámico”. A la vuelta del conflicto, tras la intervención ruso-iraní y ante la certeza de la victoria de Al-Assad, la opción de Aoun se mostró sólida, porque, a la larga, había apoyado, desde un comienzo, al equipo ganador. Esta decisión lo legitimó frente a la postura del primer ministro Saad Hariri, que había rechazado la intervención de Hezbolá en Siria, aunque sin margen de maniobra para impedirla; y también frente a la interferencia saudita, que alentaba, en cambio, una victoria de los “rebeldes”. En pocas palabras, la victoria de Aoun en las urnas estuvo vinculada a su capacidad de mantener al Líbano seguro dentro de sus fronteras frente a la amenaza terrorista e islamista (Chaya, 2023a).

Junto con ello, la ruptura entre Hariri y las autoridades sauditas, que habían dado muestras de distanciamiento en 2016, se hizo pública de una forma muy violenta. El 3 de noviembre de 2017, sin que esté programado en su agenda, el primer ministro Hariri realizó un sorpresivo viaje a

Riad. Al otro día, apareció en una emisión especial, que duró ocho minutos, donde renunció a su cargo. Los ejes del discurso de renuncia fueron dos. Primero, hizo referencia a la intromisión iraní en los asuntos domésticos del Líbano, una cuestión que no era nueva en absoluto. Luego, mencionó la posibilidad de un atentado contra su vida y la de su familia. La Familia Real saudita estaba al tanto de esta decisión de Hariri, en primer lugar, porque la emisión se había realizado a través del canal *Al-Arabiya*; en segundo lugar, el único medio que se había hecho eco de esta amenaza en los últimos días, aunque sin citar a las fuentes, había sido *Al-Sharq Al-Awsat*. En ambos casos, se trataba de medios fuertemente ligados al Estado⁴⁵ (Chaya, 2018).

En el Líbano, este accionar generó un asombro sin precedentes. Cultor de una abultada agenda internacional, los temas abordados en la última reunión del Consejo de Ministros que Hariri presidió no habían sido llamativos. Aunque se había mencionado la importancia de contar con Arabia Saudita como respaldo a la estabilidad libanesa, también se conversaron los nombramientos de los embajadores a Damasco, Buenos Aires y la Sede Apostólica, asuntos energéticos con base en el norte del país y autorizaciones a algunos municipios para superar la altura máxima de construcción. El premier tenía previstas, para aquellos días, reuniones con autoridades del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. Incluso el día del viaje tenía cita con la ministra francesa de Cultura, Françoise Nyssen, para la hora de la cena. Mientras tanto, el jefe de Seguridad General, Abbas Ibrahim, manifestó rotundamente desconocer cualquier amenaza hacia la vida del primer ministro o su familia. En resumen, ninguna de las causas esgrimidas por Hariri para fundamentar su renuncia resultaba creíble. Todo parecía indicar que tenía otras motivaciones, y una posible hipótesis era la presión saudita para que abandonara el cargo, poniendo en jaque, de este modo, al gobierno que él mismo presidía y al presidente de la República, alineado con Irán (Chaya, 2018).

Aoun rechazó la renuncia y exigió que fuera realizada en el territorio nacional. El 15 de noviembre, el primer mandatario habló claro: dijo que Saad Hariri estaba “detenido” en Arabia Saudita, en violación a la legislación internacional vigente (McKernan, 2017). El canciller

⁴⁵ *Al-Arabiya* pertenece al multimedios MBC Group. Un 60% de las acciones de esta empresa están en manos de una subsidiaria del Ministerio de Finanzas del Reino y el otro 40% está en manos del empresario Walid Al-Ibrahim, cuñado del fallecido rey Fahd. En el caso de *Al-Sharq Al-Awsat*, el diario pertenece al príncipe Faisal de Arabia Saudita, hijo del rey Salman.

Gibran Bassil realizó una gira por Europa para exponer el caso. La conducción del Movimiento del Futuro, por su parte, se reunió y, lejos del alineamiento automático, reafirmó su respaldo al primer ministro y rogó por su retorno. Hezbolá, por su parte, intentó capitalizar la situación, mencionando que el primer ministro había sido secuestrado y que esa agresión, proveniente por otro país soberano, era una forma de declaración de guerra hacia el Líbano y era una situación reñida con el derecho internacional.

Gracias a una gestión de ribetes teatrales realizada por el presidente francés Emmanuel Macron, Hariri abandonó Riad con destino a París y de allí al Líbano, donde regresó en la víspera del 22 de noviembre, Día de la Independencia Nacional. A poco de llegar, visitó la tumba de su padre en la mezquita *Muhammad Al-Amin* y después se dirigió a *Bait Al-Wasat*, la residencia familiar, donde fue recibido por los medios y una numerosa movilización popular⁴⁶. El 5 de diciembre fue recibido por el presidente y retiró su renuncia.

Como se puede observar, después de los hechos de 2017, para las elecciones de 2018 la posición de Aoun se había fortalecido y la de Hariri, empeorado. Entre los sucesos de diciembre y la elección de mayo, Riad se esforzó por restablecer los puentes con los sunitas libaneses, nombrando a Walid Al-Yacoub como nuevo embajador en Beirut en enero de 2018, sede que se hallaba vacante desde 2016. Además, Saad Hariri fue recibido con honores en Riad el 28 de febrero. Sin embargo, la relación entre ambos se había enfriado. La posición de Arabia Saudita se volvió más débil y eso derivó en una mayor vulnerabilidad del primer ministro Hariri. Tras los resultados de las negociaciones, intentó contener las presiones del presidente para copar el gabinete, pero tenía poco margen de maniobra.

Un asunto sensible fue el monopolio de las bancas asignadas a los sunitas en el Consejo de Ministros. En la formación del gabinete de 2016, Hariri había aceptado que uno de los asientos sunitas sea asignado al Movimiento Patriótico Libre, que encargó el Ministerio de Ambiente a

⁴⁶ Ambos edificios están vinculados al rol conductor de la familia Hariri en el país. La mezquita *Muhammad Al-Amin*, inaugurada en 2008, es la más grande del Líbano. Está estratégicamente ubicada junto a la catedral maronita de San Jorge y muy cerca de la Plaza de los Mártires, en el corazón histórico de la capital. Rafic Hariri participó personalmente en su proceso de financiamiento y construcción. El palacete *Bayt Al-Wasat* (del árabe, “la Casa del Medio [de la ciudad]”) perteneció a la familia Ayyas hasta que los Hariri lo obtuvieron en circunstancias dudosas después de la guerra civil, al mismo tiempo que una de sus empresas reconstruía la zona (Makarem, 2014).

Tarek Khatib. Lo que entonces había sido un acuerdo electoral acabó siendo confirmado en las urnas tras los comicios de 2018. Había un sector del sunismo que ya no respondía al primer ministro. Por lo tanto, Aoun presionó para que el Ministerio de Comercio Exterior, asignado a los sunitas, quedase en manos del Partido de la Unión, de tendencia nasserista, integrado en la alianza 8M. Una presión similar fue ejercida sobre Walid Jumblatt y el Partido Progresista Socialista, exigiéndole que la representación de la comunidad drusa fuera compartida entre su agrupación y el Partido Democrático Libanés que encabezaba Talal Arslan.

En enero de 2019, Saad Hariri asumió como primer ministro encabezando su tercer gabinete. Sin embargo, se hallaba en una posición de debilidad más pronunciada que en sus gestiones anteriores. Como se observa en la tabla siguiente, fue perdiendo capacidad de presión. Mientras en 2009 tenía sólido control del Gabinete, en 2016 contaba con una mayoría que le permitía bloquear indirectamente, a través de sus aliados, las decisiones de fondo que los demás ministros quisieran tomar. En esta ocasión, a partir de 2019, su marginación era notoria, aumentando la incertidumbre política, aunque conservaba todavía el cargo de primer ministro, que le permitía por sí mismo bloquear las decisiones que el gabinete quisiera tomar sin su acuerdo.

Tabla 19

Proporción de ministros propios y aliados en los gobiernos encabezados por Saad Hariri en 2009, 2016 y 2019.

	primer gobierno (nov 2009 - jun 2011)	segundo gobierno (dic 2016 - ene 2019)	tercer gobierno (ene 2019 - ene 2020)
Ministros de su propio partido	7 (23%)	7 (23%)	6 (20%)
Otros ministros de la Alianza 14 de Marzo	8 (27%)	4 (13%)	4 (13%)
<i>SUBTOTAL votos seguros</i>	<i>15 (50%)</i>	<i>11 (36%)</i>	<i>10 (33%)</i>
Ministros neutrales y/o independientes	5 (17%)	2 (7%)	2 (7%)
Ministros de la Alianza 8 de Marzo	10 (33%)	17 (57%)	18 (60%)
<i>SUBTOTAL inciertos o contrarios</i>	<i>15 (50%)</i>	<i>19 (64%)</i>	<i>20 (67%)</i>
Total ministros en el gabinete	30 (100%)	30 (100%)	30 (100%)

Fuente: elaboración propia en base a datos tomados del Centro de Investigación y Estudios Jurídicos de la Universidad Libanesa (<http://www.legallaw.ul.edu.lb/>)

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis F

Durante este período, en Arabia Saudita tuvieron lugar una serie de cambios profundos que alteraron la ecuación de poder en el país y afectaron su desempeño en materia de política exterior. De cierto modo, estos eran continuadores de la ofensiva que en 2016 se había encarado contra Irán y Hezbolá. En este caso, los sauditas buscaban arremeter contra el eje que habían

conformado los hutíes de Yemen con Teherán contra el gobierno de Hadi, aliado de Riad. Vale la pena enumerar cada uno de ellos para comprender mejor la dimensión del cambio que se estaba suscitando:

- Entre el 20 y el 21 de mayo de 2017, el presidente estadounidense Donald Trump realizó su primera visita al extranjero tras asumir en enero, eligiendo a Arabia Saudita como destino. En Riad fue condecorado por el rey Salman con el Collar de la Orden de Abdulaziz Al-Saud, máxima distinción que un extranjero podría recibir, y se entrevistó con líderes árabes y musulmanes de la región. Irán no fue invitado al mitin.
- El 5 de junio, Arabia Saudita lideró una ofensiva diplomática rompiendo relaciones con el Estado de Qatar, prohibiendo el uso de su espacio aéreo, exigiendo la salida de sus ciudadanos del país, cerrando sus fronteras y otras medidas. Esgrimió la intervención en asuntos domésticos de otros estados y vínculos con grupos islamistas radicalizados. Bahrein, los Emiratos Árabes Unidos, Egipto y otros países de la zona acompañaron la medida, que se extendió hasta enero de 2021.
- El 21 de junio, el rey Salman nombró a su hijo Muhammad bin Salman príncipe heredero en reemplazo de su sobrino, Muhammad bin Nayef. Muhammad, bin Salman era casi treinta años menor que su antecesor y desde la asunción de su padre en 2015 se desempeñaba como ministro de Defensa. Había tenido a su cargo las ofensivas en Yemen, luego de que el conflicto en ese país, fronterizo con el Reino, adquiriera particular relevancia en 2014.
- A partir de noviembre se realizaron una serie de purgas en la Familia Real y la alta burocracia, denunciando prácticas corruptas como lavado de dinero y coimas. En el episodio, varios nobles fueron detenidos en el lujoso hotel Ritz-Carlton de Riad. El 18 de marzo de 2018 se creó oficialmente el Ente de Supervisión y Lucha contra la Corrupción, conocido en árabe simplemente como *nazaha*, “integridad”, bajo la dirección del príncipe heredero. El equipo formado estaba destinado a seguir indagando en este tipo de delitos.

El creciente protagonismo de Muhammad bin Salman y el desplazamiento de miembros relevantes de la Familia Real del poder coincidían con un discurso más radicalizado hacia Irán y un particular foco en la cuestión de Yemen, donde operaban los hutíes con el apoyo iraní. Junto con ello, Riad se mostró poco dispuesta a aceptar cualquier fragmentación interna en el Consejo de Cooperación del Golfo, instancia que quedó manifiesta tras la ruptura de relaciones con Qatar.

Tras la elección de Trump, el Departamento de Estado mostró su opción preferencial por Arabia Saudita, buscando, a través de la visita del presidente, fortalecer su imagen como líder regional. Esa situación se profundizó cuando en mayo Estados Unidos se retiró del acuerdo nuclear que sostenía con Teherán, donde también intervenía Alemania y los otros miembros permanentes del Consejo de Seguridad. De manera indirecta, esta situación agravaba el enfrentamiento existente entre ambas naciones en las riberas del Golfo.

Es en el contexto de estas medidas que adopta Arabia Saudita a nivel regional que resulta comprensible su accionar intempestivo en el Líbano, llegando a detener a su primer ministro en un viaje forzado a la capital del Reino e invitándolo a renunciar desde una nación extranjera al cargo que desempeñaba en su país de origen. El mayor interés que le suscita el desarrollo de la guerra en Yemen, en tanto se constituía en una amenaza fronteriza, explica las imprudencias cometidas en el escenario libanés y el subsecuente desmoronamiento de su prestigio en ese país, incluso de la sociedad que había conformado con Rafic Hariri a principios de los noventa. Resulta como si, de alguna forma, se hubiese renunciado a lograr una victoria en la contienda libanesa. En otras palabras, la crisis del principal partido sunita libanés estaba atada a una concepción equivocada de la política exterior saudita sobre las estrategias disponibles para generar disciplina entre sus socios.

El creciente aislamiento iraní de la región, avivado por Trump, es capitalizado por los sectores más reaccionarios de Teherán. El plan consistió en acompañar a sus aliados libaneses en la radicalización de sus demandas contra el gobierno que Saad Hariri pretendía formar. Finalmente, lograron su cometido: puesto a elegir entre liderar un gobierno prácticamente formado por ministros de partidos ajenos o ser marginado de la contienda política, optó por la supervivencia ante el abandono de su socio externo. Con Qatar, el gobierno en Riad también realizó una opción

equivocada, ya que la estrategia de Doha para superar el aislamiento fue acercarse a Irán para la provisión de alimentos y otros elementos básicos. Volviendo al escenario libanés, probablemente esta crisis institucional, de la que el gobierno de Teherán salió favorecido, haya marcado la influencia más fuerte de Irán en ese país desde la salida de las tropas sirias en 2005.

H. Análisis de la crisis G (agosto de 2020 - septiembre de 2021)

1. Desarrollo del caso

Este caso reúne sucesivos intentos fallidos de formar gobierno entre agosto de 2020 y septiembre de 2021. Primero, el presidente le encargó a Mustapha Adib, embajador libanés en Alemania, la formación del gobierno el 30 de agosto de 2020. Renunció el 26 de septiembre. El 22 de octubre, Aoun le pidió a Hariri que forme gobierno, quien desistió el 15 de julio de 2021. El 27 de julio, el presidente le solicitó a Najib Miqati que forme gobierno. Finalmente, logró conformar un gabinete definitivo el 10 de septiembre. La sumatoria de los períodos que van desde la nominación hasta la renuncia, en los casos de Adib o Hariri, o la formación del gobierno, en el caso de Miqati, suman 340 días en total. Esta temporada se caracteriza, además, por uno de los períodos de cataclismo más profundo del país, comparable únicamente con el de la guerra civil.

En el verano boreal de 2019, el Líbano atravesaba una crítica situación, reflejada en diferentes coyunturas que se dieron encuentro para generar una combinación compleja y difícil de resolver, mucho más en el contexto de una crisis política. En lo económico, la paridad con el dólar estadounidense establecida en 1509 libras libanesas y vigente desde 1997, se estaba desmoronando. El retiro de fondos de inversión provenientes del Golfo Pérsico tras el “secuestro” de Hariri, sumado a la negativa de CEDRE⁴⁷, el grupo europeo de asistencia al país, de liberar nuevos créditos, sumió al gobierno en un problema grave de liquidez de divisas en un país donde la circulación de la mencionada divisa era un hecho habitual. Eso generó que los

⁴⁷ Auspiciado por el gobierno francés, CEDRE (en francés, “Conferencia Económica para el Desarrollo a través de Reformas junto a las Empresas”) era un foro de 48 aportantes públicos y privados interesados en la situación económica del Líbano. Condicionaban su ayuda a la realización de reformas y ajustes, que nunca se implementaron.

bancos comiencen a restringir el retiro de divisas a sus clientes, en una suerte de “corralito”, que guardaba similitudes con el caso argentino de fines de 2001. Los salarios se congelaron en libras libanesas, mientras que el precio de referencia de los productos estaba en dólares estadounidenses. En un país escasamente acostumbrado a la intervención estatal, esta crisis encontró a los libaneses sin protección alguna. En lo social, a pesar de que la situación de seguridad en Siria había mejorado y los focos de resistencia a Bashar Al-Assad estaban bajo control, todavía continuaban en el país más de novecientos mil refugiados sirios registrados, en su mayoría viviendo en condiciones críticas. Junto con ello, grandes sectores de la población cayeron en la pobreza y la indigencia. Esta situación generó rivalidades que derivaron en que los sirios fueran vistos, en muchos casos, como chivos expiatorios de la situación que atravesaba el país.

En septiembre, el plan económico anunciado por Saad Hariri incluía nuevos impuestos, la reducción de las transferencias a los municipios, el congelamiento de la obra pública y la subida de la edad jubilatoria. Cuando, el 17 de octubre, se anunció que nuevas propuestas de impuestos estaban en estudio, la población tomó la calle. En un proceso de deslegitimación de la clase gobernante, la principal demanda consistía en la renuncia de todo el arco político, bajo la consigna de *kellon yaane kellon!* (“¡todos significa todos!”). Sucedidas en jornadas intermitentes, estas protestas, herederas del movimientismo de 2015, llegaron a reunir más de un millón de personas, un número similar a las que en 2005 marcaron la salida de Siria del país. En ese contexto, el primer ministro Saad Hariri presentó la renuncia, que le fue aceptada en diciembre. En enero el presidente pidió a Hassan Diab la formación de un gobierno, que fue aprobada rápidamente. Diab, con un doctorado en Ingeniería, tenía una larga experiencia académica que lo había llevado entre 2011 y 2014 a integrar el gabinete de Miqati como ministro de Educación. Aunque no contaba con afiliación partidaria, su nombramiento fue promovido en la Legislatura por las bancadas del Movimiento Patriótico Libre, Hezbolá y Amal. Aunque sus ministros se proclamaron “independientes”, el hecho de que fueran propuestas por las agrupaciones de las bancadas mayoritarias no contribuyeron a generar el apoyo popular. Esta situación se podía interpretar como una demostración de fuerza por parte del presidente Aoun, que lograba imponer una estructura de Consejo de Ministros afín a su línea política, aunque de manera indirecta,

refiriéndose a ellos como un “equipo tecnocrático” en conformidad con el clamor de la calle (Chaya, 2023a). Sin embargo, las protestas continuaron, produciéndose incluso choques con bandas armadas que intentaban irrumpir en los campamentos de los manifestantes en el centro de la capital.

Meses más tarde, la pandemia ocasionada por el COVID-19, que en el caso libanés estuvo marcada por un fuerte confinamiento, fue un ingrediente global que empeoró todavía más la situación, aunque apartó, por el momento, a los manifestantes de las rutas. La crisis del coronavirus puso al país al límite de su capacidad hospitalaria. Aunque la tasa de letalidad se mantuvo, de momento, por debajo del promedio de la región⁴⁸, fundamentalmente a causa de una severa cuarentena que se extendió entre marzo y mayo, la situación empujó al país a una profundización de la crisis económica, disparando nuevamente el desempleo, la pobreza y los precios de la canasta básica.

Sin embargo, lo peor todavía estaba por llegar. El 4 de agosto dos explosiones sucesivas en el puerto de Beirut acabaron con la vida de al menos 218 personas, dejando otros siete mil heridos y treinta desaparecidos, y pérdidas materiales que, según el gobierno libanés, ascendían a quince mil millones de dólares. La explosión forzó el desplazamiento de por lo menos 250 mil personas de sus hogares, en una ciudad que, con su área metropolitana, alberga dos millones de personas. El desastre fue atribuido a la negligencia e inacción por parte de la administración pública. Tanto la Seguridad General como las autoridades portuarias habían advertido al gobierno central sobre la existencia de un peligroso cargamento de 2750 toneladas de nitrato de amonio, un fertilizante altamente explosivo, secuestrado en 2014 al *MV Rhosus*, un barco de bandera moldava. La embarcación, abandonada en el puerto, se había hundido en 2018 y nunca había sido remolcada de allí. El carguero cubría la ruta de la ciudad georgiana de Batumi a la de Beira, en Mozambique (Chaya, 2020b). Tras el desastre, la llama de las revueltas de octubre volvió a encenderse con fuerza, y acabó provocando una serie de renunciaciones en la Cámara de Diputados.

⁴⁸ Las tasas nominales y relativas (partes por millón de habitantes, ppm) de fallecidos por COVID-19 en la región MENA fueron relativamente bajas en comparación con otras, probablemente por la juventud poblacional y la calidad de los sistemas de salud en algunos países, especialmente en los miembros del Consejo de Cooperación del Golfo. En el caso particular del Líbano, la tasa relativa (5,8 ppm) era marcadamente baja en el primer semestre de 2020, incluso en comparación con países líderes del Golfo, como los Emiratos Árabes Unidos (29 ppm) o Qatar (31 ppm). Sin embargo, tras la explosión de agosto y la profundización de la pobreza, terminó en 1957 ppm, ubicándose segunda en la escala regional detrás de Túnez (Dyer, 2023).

Tabla 20

Renuncias en la Cámara de Diputados con motivo de la explosión del 4 de agosto de 2020

Nombre fecha de renuncia	Partido
Marwan Hamadé <i>5 de agosto</i>	Partido Progresista Socialista
Paula Yacoubian <i>8 de agosto</i>	Independiente
Henri Helou <i>8 de agosto</i>	Partido Progresista Socialista
Elias Hankash <i>8 de agosto</i>	Falange Libanesa
Sami Gemayel <i>8 de agosto</i>	Falange Libanesa
Nadim Gemayel <i>8 de agosto</i>	Falange Libanesa
Michel Moawad <i>9 de agosto</i>	Movimiento de la Independencia
Nehmat Frem <i>8 de septiembre</i>	Independiente

Fuente: Chaya, S. (2023a)

El primer ministro Hassan Diab dio un paso al costado el 10 de agosto, provocando la caída del gabinete y la convocatoria, por parte del presidente, a la formación de un nuevo gobierno. Tras la visita del presidente Macron a Beirut, el gobierno francés decidió involucrarse en esta crisis multidimensional y comenzó a realizar gestiones para apuntalar la designación de Mustapha Adib, embajador libanés en Berlín, con el objetivo de que asumiera la conducción del Consejo de Ministros e implementase un plan económico para sanear las cuentas nacionales. El funcionario contaba con el respaldo europeo. Aunque inicialmente tuvo el apoyo del presidente Aoun, con el correr de los días las intenciones de libertad de maniobra que el diplomático pretendía para la formación de su futuro gabinete chocaron con los deseos de Hezbolá y Amal. Éstos deseaban

retener para un representante chiíta el control del Ministerio de Finanzas. Esta posibilidad colisionaba con el posible apoyo económico que Estados Unidos y la Unión Europea habían comprometido; Adib entendía que los actores internacionales preferían a otros interlocutores en el área financiera, y no a referentes listados como “terroristas” en sus países. Aoun se abrazó al Acuerdo de Mar Mikhael y respaldó a las agrupaciones chiítas, por lo que Adib presentó su renuncia como primer ministro designado algunas semanas más tarde.

En ese contexto, las protestas recrudecían, dadas las escasas garantías para los jueces de instrucción que siguieron la causa, Fadi Sawan primero y Tarek Bitar después, que fueron agredidos en sus domicilios y amenazados en medios de comunicación por los mismos partidos que se negaban a aceptar el levantamiento de la inmunidad de los diputados y ministros que habían sido llamados a declarar. Por presiones políticas, la cuestión de la explosión quedaba pendiente y lejos de la justicia.

Tras la salida de Adib, Saad Hariri, con apoyo externo similar al de Adib, decidió regresar a la arena política y consiguió los votos para ser designado primer ministro, aunque no contó con el apoyo del partido de Aoun y de sus aliados en el recinto. La negociación con el presidente, que debía aprobar la formación ministerial en virtud del artículo 53 de la Constitución Libanesa, se extendió por nueve meses. Los tironeos por el control del Consejo de Ministros derivaron en el distanciamiento entre ambos líderes. Finalmente, Hariri se apartó en julio, aludiendo que “el principal problema de este país es Michel Aoun, que está aliado con Hezbolá, quien a su vez lo protege. Esta es la ecuación que rige en el país” (Chehayeb, 2021). Finalmente, sería el turno del empresario Najib Miqati, a quien el presidente le pidió que formara gobierno pocos días después de la dimisión de Hariri. El empresario entregó dos tercios de las carteras a Aoun y sus aliados. Con la aprobación del presidente, asumió el poder junto a sus ministros 45 días más tarde.

En octubre, durante las primeras semanas de gobierno, Miqati tuvo que hacer frente a una importante crisis diplomática con los países del Golfo. El ministro de Información, George Qordahi, había intervenido el 5 de agosto, algunas semanas antes de haber asumido su cargo ministerial, en un programa en el canal *Barlamanasha3b TV*, donde había realizado declaraciones sobre el conflicto en Yemen:

- Qordahi: “se trata de un hecho de defensa propia. Los hutíes están defendiéndose. ¿Atacan a alguien? ¿Acaso están atacando a alguien?”
- Presentadora: “en su opinión, lo que sucede en Yemen...”
- Qordahi: “lo que creo es que la guerra en Yemen no tiene sentido y debe terminar”
- Columnista: “perdón, pero están avanzando hacia Arabia Saudita, atacándola”
- Qordahi: “observen el daño que se le ha hecho al pueblo yemení, como han atacado sus casas... en sus aldeas, sus plazas, sus casamientos, sus funerales... Son bombardeados por aeronaves. Es tiempo de que esta guerra termine. Esta es mi opinión. No es posible comparar los esfuerzos de Hezbolá para la liberación de las tierras libanesas con el de los hutíes por defenderse a sí mismos frente a una agresión externa”
- Columnista: “señor George, ¿está queriendo decir que el accionar de los Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudita constituyen una agresión externa a Yemen?”
- Qordahi: “¿agresión? Por supuesto que es una agresión. No importa si se trata de los Emiratos Árabes Unidos o Arabia Saudita. Es una agresión que ya lleva varios años, cinco o seis, ocho años. Lo que no hicieron en dos años, no lo van a hacer en ocho. Esta guerra no tiene sentido. Esta es mi opinión” (Arab News, 2021).

Como consecuencia de ello, Arabia Saudita, los Emiratos Árabes Unidos, Kuwait y Bahréin habían llamado a sus embajadores en Beirut a consultas, mientras que Riad y Abu Dhabi, además, habían pedido a sus ciudadanos residentes en el Líbano que abandonen ese país. Finalmente, Qordahi renunció en diciembre. En marzo de 2022, de cara a las elecciones legislativas, los diplomáticos regresaron a sus puestos y la situación con Qordahi fue dada por superada.

El 24 de enero de 2022, Hariri anunció su retiro de la política y la abstención de su partido de presentarse a las elecciones legislativas de mayo. Toda la situación fue vista como una victoria para la coalición de Aoun. La partida de Hariri, uno de los líderes más convocantes del sunismo libanés, implicaba o bien la disgregación del voto del Movimiento del Futuro o la transición

hacia nuevos liderazgos en su comunidad. En ambos casos, se trataba de un escenario de debilidad en el cual las expresiones políticas del chiísmo se habían anotado una importante victoria.

2. Arabia Saudita e Irán frente a la crisis G

Esta crisis coincide con una nueva profundización en el proceso de distanciamiento entre Arabia Saudita e Irán en torno a las disputas regionales. No solo se profundizó la guerra en Yemen, con un fortalecimiento de las posiciones hutíes alineadas con Irán, sino que, además, se consagró la derrota definitiva de Bashar Al-Assad sobre las tropas del llamado “Estado Islámico” y otras facciones enemigas de su gobierno, habiéndose limitando el conflicto a la frontera norte que compartía con Turquía. Esta situación fue posible, en gran parte, gracias al apoyo que Irán y Hezbolá le prestaron en la disputa. Al mismo tiempo, la victoria del demócrata Joe Biden en las elecciones presidenciales de Estados Unidos fue seguida de un anuncio, en enero, de que ese país atenuaría su involucramiento en Yemen, mostrándose como continuador de las políticas de su antecesor, quien ya había anunciado el repliegue de una parte de las tropas presentes en Siria e Irak.

El 3 de enero de 2020, un dron *Predator B* estadounidense asesinó a diez personas, entre ellas Qassem Soleimani, líder de una de las cinco divisiones de la Guardia Revolucionaria, en las cercanías del aeropuerto de Bagdad. El general provenía de una visita que lo había llevado por Beirut y Damasco; ahora, acababa de aterrizar en la capital iraquí. Al momento de su muerte, estaba acompañado por Jamal Al-Ibrahimi, llamado “Abu Bakr Al-Muhandis”, líder de las Fuerzas de Movilización Popular, una entidad político-militar local que servía de organización-paraguas a los grupos alineados con Irán en el contexto del conflicto iraquí. Washington no cometía un ataque contra un objetivo militar de este rango desde 1943, cuando había asesinado a Isoroku Yamamoto, viceministro de Marina y jefe de Armada japonesa, en los años de la Segunda Guerra Mundial. Soleimani supervisaba una vasta red que iba más allá de Medio Oriente, vinculándose con los intereses de los socios de Irán en África y Latinoamérica. En el caso libanés, cooperó activamente con Hezbolá en la guerra de 2006 y aconsejó a la cúpula

partidaria durante las protestas de 2019. Su muerte significaba un duro golpe para la dirigencia iraní. Durante varios días, los ojos del mundo estuvieron en la región, temiendo el tamaño de la respuesta de Khamenei (Azizi, 2021). El 8 de enero, el gobierno de Teherán ordenó un ataque de misiles balísticos sobre bases estadounidenses en dos aeródromos iraquíes, sin arrojar víctimas fatales. Aunque la fase militar se dio por saldada, estaba claro que la guerra continuaría por otros medios.

Más allá de Soleimani, en torno a su último año de gestión, Trump ensayó dos nuevos proyectos para Medio Oriente, intentando favorecer a los socios de Estados Unidos en la región. El primero de ellos, conocido como “Paz para la prosperidad”, fue presentado el 28 de enero de 2020 junto al primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. El documento prometía la creación de un futuro Estado palestino a cambio de una serie de concesiones gravosas, incluyendo la Ribera Occidental y Jerusalén Oriental; la propuesta resultó, a todas luces, imposible de aprobar para las autoridades palestinas, por lo que fue desechada desde el comienzo. Aunque el plan inicial era avanzar unilateralmente con la ocupación de los territorios que mencionaba el tratado, finalmente nunca se implementó. El segundo fue un conjunto de tratados, los “Acuerdos de Abraham”, nombrados así con motivo del patriarca común de judíos y musulmanes. El documento abría paso a la normalización de relaciones diplomáticas entre Israel y otros Estados árabes de la región. El equipo de Trump llevaba un tiempo trabajando en esta iniciativa, cuyo objetivo primordial era no solo aumentar el consenso en torno a Israel sino además presentar un frente unido contra Irán en Medio Oriente. Con la perspectiva de jugosos acuerdos comerciales que efectivamente se llevaron a cabo, Bahrein y los Emiratos Árabes Unidos se adhirieron el 15 de septiembre, Marruecos hizo lo propio el 10 de diciembre y Sudán concretó la firma el 6 de enero del año posterior.

Irán, de cara a un gobierno de Estados Unidos que empujaba sus propuestas con decisión, no podía permitirse perder posiciones frente a sus rivales. Por eso, cuando se produjo la vacancia en el cargo de primer ministro del Líbano en agosto, apoyó la posición de Aoun, que se mostraba fuerte y había rechazado las formaciones ministeriales propuestas por Adib y Hariri. La plaza levantina debía mantenerse firme. Desde Teherán se propició un escenario de no negociación y,

en cambio, se alentó la imposición de condiciones en un contexto de ventaja, ya que contaba con las herramientas constitucionales domésticas para hacerlo. En otras palabras, no había interés por parte de los actores internos ni voluntad de presión por parte de sus aliados externos de lograr un acuerdo que los llevara a ceder ni el más mínimo espacio.

En noviembre de 2020, Trump perdió las elecciones presidenciales frente al candidato demócrata, el ex vicepresidente Joe Biden. Su salida implicaba una amenaza para los sauditas, ya que el nuevo presidente llegaba al poder con el equipo del Departamento de Estado que había tomado experiencia durante los años de la presidencia de Barack Obama⁴⁹, que había negociado el JCPOA con Irán. Esto, por tanto, podría implicar un eventual giro en la política exterior estadounidense hacia la región, en relación al distanciamiento habitual hacia Irán ensayado en la presidencia próxima a culminar. Además, durante la campaña, Biden se había referido a la Familia Real en duros términos, especialmente en relación a la muerte del periodista disidente Jamal Khashoggi en el consulado saudita en Estambul. En este escenario de peligro, el príncipe Muhammad bin Salman no estaba dispuesto a alentar al Movimiento del Futuro a llegar a un acuerdo con Hezbolá y sus aliados. La relación con el colectivo político de los Hariri era distante desde hacía unos años, mientras que los demás partidos sunitas no contaban con ningún grado de organización y convocatoria que pudiera asemejar la del grupo mencionado. En ese contexto de menor influencia, optó por sostener la posición común de Adib y de Hariri: la formación de un gobierno tecnocrático armado a voluntad del primer ministro designado.

Este escenario contó con una particularidad: la intervención abierta de una potencia global como Francia, que intervino en la cuestión libanesa buscando erigirse como árbitro de la situación. El presidente Emmanuel Macron llegó al Líbano en la mañana del 6 de agosto, apenas dos días después de la explosión en el puerto de Beirut, y regresó allí el 1 de septiembre, intentando hacer uso de sus oficios para lograr mayor respaldo a la candidatura de Adib. Sin embargo, pasada la etapa emocional de la explosión, que generó renuncias en la Cámara de Diputados y el Consejo

⁴⁹ Prácticamente la totalidad de las autoridades del Departamento de Estado durante la presidencia de Biden tuvieron un rol activo durante el gobierno de Barack Obama (2009-2017) en esa misma área. Además de Blinken, Sherman y Nuland, cuyos antecedentes se mencionaron más arriba, se contaba, entre otros, el subsecretario de Administración y Recursos, Brian McKeon, que había sido representante de Estados Unidos ante el Consejo de Seguridad entre 2012 y 2014.

de Ministros, la situación volvió a foja cero. Los grupos retomaron sus disputas comunales, generando nuevas situaciones de bloqueo.

Finalmente, Riad decidió ceder en el escenario libanés. Esta resolución, que podría ser leída como una suerte de derrota, se explica en el hecho de que su posición se hallaba muy debilitada en diferentes dimensiones:

- El apoyo legislativo y los recursos constitucionales con los que contaba el presidente Michel Aoun en el esquema gubernamental libanés;
- La salida de su amigo y aliado Saad Hariri y la abstención de su partido, el Movimiento del Futuro, de las elecciones legislativas libanesas planteadas para mayo de 2022;
- La consolidación del presidente Bashar Al-Assad en el poder en Siria, luego de nueve años de conflictos armados en ese país;
- El fortalecimiento de la posición de los hutíes en Yemen, y la necesidad de acabar con el peligro que éstos representaban al hallarse junto a sus fronteras;
- La amenaza de la elección de Ebrahim Raisi, cercano al ayatolá Khamenei, para la presidencia del Estado rival de Irán, lo que implicaría un mayor endurecimiento de las posiciones radicales de su país vecino;
- La amenaza de la elección de Biden como presidente de los Estados Unidos, frente a la posibilidad de que éste implementara una serie de medidas que resultaran en un menor apoyo a la política exterior saudita frente a la región.

Tras la evaluación de ese panorama adverso, Arabia Saudita decidió dar un paso al costado y optar por un contexto que le permitiese conservar influencia en lugar de arriesgarlo todo. Para ello, ensayó una serie de medidas focalizadas, en primer lugar, en asegurar una buena relación con los Estados fronterizos vecinos:

- Le permitió ensayar a los Emiratos Árabes Unidos un mayor margen de autonomía en su política exterior. En Yemen, por ejemplo, el gobierno de Abu Dabi apoyó hasta 2022 al

Consejo de Transición del Sur, basado en Adén, rival del presidente Abderrabuh Al-Hadi, sostenido por Riad. También reabrió su embajada en Damasco y, tiempo más tarde, se apartaría de la posición saudita con respecto a la crisis de Sudán.

- A pesar de sus posiciones díscolas y su deseo de mayor protagonismo en el escenario regional e internacional, aceptó el regreso de Qatar al Consejo de Cooperación del Golfo y reanudó sus relaciones rápidamente en enero de 2021, en el contexto de una visita del jeque Tamim bin Hamad a Al-Ula con motivo de una cumbre de países del Golfo.

En este nuevo escenario, Arabia Saudita, carente de herramientas para revertir la situación, aceptó el avance de Irán en el escenario libanés y el nuevo statu quo, que venía rechazando por lo menos desde 2011. En el primer trimestre de 2022 se retomaron los lazos con Miqati, el representante más importante de la comunidad sunita en el país, mostrándose dispuesto a darle su apoyo, aunque el sostén financiero que en otro tiempo había existido vía Riad ya había quedado atrás.

I. La crisis H, una situación sin precedentes

Aproximadamente dos semanas después de la elección legislativa del 15 de mayo, el 31 de ese mes, asumieron los nuevos miembros de la Cámara de Diputados. En cumplimiento con el art. 69 inc. E de la Constitución Libanesa, “el gobierno se considera dimitido [...] al comienzo de un nuevo mandato de la Cámara de Diputados”, por lo que, en esa fecha, Miqati presentó la renuncia al cargo, aunque tendría asegurada la permanencia hasta la elección de un sucesor. El 23 de junio, después de las consultas de rigor, el presidente Aoun le solicitó a Miqati que forme un nuevo gobierno, convirtiéndolo en “primer ministro designado”, aunque todavía sin el apoyo del Poder Legislativo que apruebe la formación del Consejo de Ministros ni el decreto presidencial que apruebe su formación.

A partir de entonces se sucedieron una serie de diferencias entre el primer ministro designado y el presidente, sin que pudiera llevarse a cabo la formación de un nuevo gobierno. Mientras tanto, el 29 de septiembre, poco más de treinta días antes de la finalización del mandato presidencial, el titular de la Cámara de Diputados, Nabih Berri, convocó a los nuevos legisladores a conformarse como colegio electoral para elegir al sucesor de Aoun. Ni en esa sesión ni en las subsecuentes fue posible generar acuerdos que permitan su elección. Según el art. 49 de la Constitución, el candidato debe obtener dos tercios de los votos positivos en la primera ronda de la sesión; si nadie alcanza esa mayoría, basta con obtener la mitad más uno de los votos en las rondas subsecuentes dentro de esa sesión. Si la sesión se levanta, por ejemplo, por falta de quórum, en la sesión posterior habría que iniciar el procedimiento desde el principio; es decir, primero, una ronda buscando obtener la mayoría calificada por parte de algún candidato, y de no alcanzarlo ninguno de ellos, proseguir en las otras rondas buscando a alguno que alcance la mayoría absoluta. En una asamblea de 128 miembros, la mayoría calificada es de 86 legisladores y la absoluta de 65.

Tabla 21

Sesiones del Colegio Electoral para la elección del presidente del Líbano desde 2022

sesión	fecha	Resultado
1	29/09/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 36, Salim Eddé (independiente): 11, en blanco: 63, inválidos: 12, ausentes: 6. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
2	13/10/22	Sin quórum.
3	20/10/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 42, Milad Abou Malhab (independiente): 1, en blanco: 55, inválidos: 21, ausentes: 9. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
4	24/10/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 39, Issam Khalife (independiente): 10, en blanco: 50, inválidos: 15, ausentes: 14. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
5	10/11/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 44, Issam Khalife (independiente): 6, Ziad Baroud (independiente): 1, Ziad Hayek (independiente): 1, en blanco: 47, inválidos: 9, ausentes: 20. Los diputados se retiraron y se levantó la

		sesión por falta de quórum.
6	17/11/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 43, Issam Khalife (independiente): 7, Ziad Baroud (independiente): 3, Sleiman Frangieh (Movimiento Marada): 1, Michel Daher (independiente): 1, en blanco: 46, inválidos: 11, ausentes: 16. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
7	24/11/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 42, Issam Khalife (independiente): 6, Ziad Baroud (independiente): 2, Badri Daher: 1, en blanco: 50, inválidos: 9, ausentes: 18. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
8	01/12/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 37, Issam Khalife (independiente): 4, Ziad Baroud (independiente): 2, Badri Daher (independiente): 1, Bechara Abi Younes (independiente): 1, en blanco: 52, inválidos: 14, ausentes: 17. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
9	08/12/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 39, Issam Khalife (independiente): 5, Badri Daher (independiente): 3, Ziad Baroud (independiente): 1, Milad Abou Malhab (independiente): 1, Salah Honein (independiente): 1, en blanco: 39, inválidos: 16, ausentes: 23. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
10	15/12/22	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 38, Issam Khalife (independiente): 8, Ziad Baroud (independiente): 2, Salah Honein (independiente): 2, Milad Abou Malhab (independiente): 1, Chafic Merhi (independiente): 1, en blanco: 37, inválidos: 20, ausentes: 19. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
11	19/01/23	Michel Moawad (Movimiento de la Independencia): 34, Issam Khalife (independiente): 7, Ziad Baroud (independiente): 2, Salah Honein (independiente): 1, Milad Abou Malhab (independiente): 1, en blanco: 37, inválidos: 29, ausentes: 17. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.
12	14/06/23	Jihad Azour (independiente): 59, Sleiman Frangieh (Movimiento Marada): 51, Ziad Baroud (independiente): 7, Joseph Aoun (independiente): 1, en blanco: 1, inválidos: 9, ausentes: 0. Los diputados se retiraron y se levantó la sesión por falta de quórum.

Fuente: <https://x.com/AsiaElects>

El 30 de octubre de 2022 Aoun, enfrentado con Miqati por la formación del Consejo de Ministros, pidió a la Cámara de Diputados remover su nombramiento como primer ministro designado y elegir a un nuevo presidente de la República. Un día más tarde, finalizó su mandato. El 1 de noviembre, Berri rechazó la misiva del ex presidente, aludiendo que llevaría a una vacante total en el Poder Ejecutivo. Dadas las circunstancias, garantizó la continuidad de Miqati como primer ministro designado, liderando su gabinete renunciado, que había presentado la renuncia el 31 de mayo, hasta la formación de uno nuevo (Abbas, 2022).

Las circunstancias en torno a esta doble crisis institucional, que incluye un gobierno designado sin formación definitiva y una vacante presidencial en simultáneo, no tiene precedentes en el Líbano. Dado el carácter todavía abierto de esta situación, un análisis sobre la forma en la que se resolvió esta crisis resulta impropio de abordar en esta tesis.

CONCLUSIÓN

“Debemos seguir de cerca lo que ocurre a nivel internacional y regional para poder ajustar nuestras estrategias y posiciones políticas en consecuencia”

- Walid Jumblatt, 7 de julio de 2009

“**Medio Oriente es el subsistema de relaciones internacionales más penetrado del mundo de hoy**”, afirmaba Brown hace cuarenta años (1984, p. 5), dando a entender que, en su concepción, los límites entre lo doméstico, lo regional y lo global son porosos y no se distinguen con claridad. De cierto modo, Medio Oriente se encuentra bajo el asedio de las tensiones globales y emerge como una suerte de caja de resonancia de las mismas. A nivel estatal sucede un fenómeno similar: las coyunturas regionales afectan con particular intensidad los asuntos domésticos. La propuesta de este trabajo consistió en dar cuenta de la vigencia de aquellos fenómenos que describió Brown hace cuarenta años. En torno al Medio Oriente, existe una convicción generalizada: el fenómeno que menciona Brown es verdadero y está claro que los problemas domésticos se encaran regionalmente. Sin embargo, aquella afirmación es imprecisa. En realidad, es un poco más complejo. La intervención de estos poderes regionales en Medio Oriente frecuentemente se halla mediada por otros actores, que pueden ser gobiernos, como en el caso del presidente Bashar Al-Assad en Siria, o colectivos no gubernamentales, como Hamas o los hutíes del Movimiento Ansar Allah. Estos grupos locales entablan vínculos transnacionales con los referentes extranjeros. Llamados habitualmente *proxies*, son más bien *partners*, porque no se constituyen como meros peones de la estrategia de los poderes regionales, sino que se presentan como socios de esa estrategia que, al mismo tiempo, tiene un correlato que los beneficia en el espacio doméstico. En otras palabras, a través de su vinculación con los actores externos, los *partners* son protagonistas de la internacionalización de los conflictos internos de un país y no ejecutores pasivos de mandatos foráneos.

La historia del Líbano moderno es la historia de los distintos procesos de internacionalización de su política doméstica a través de los *partners*. En el sistema institucional libanés hay diferencias entre las sectas que lo componen que en ocasiones derivan en enfrentamientos violentos. **Hay una vinculación operativa subyacente entre esas sectas, materializadas en agrupaciones políticas, y los poderes regionales y globales.** Esas relaciones permiten resolver las fricciones intersectarias en el interior del país, al menos temporalmente. A lo largo de su historia reciente, desde la creación del Estado de Gran Líbano en 1920 por la Conferencia de Paz de París tras la Primera Guerra Mundial, se han sucedido en ese país diferentes estructuras, que no son más que órdenes domésticos permeados por el orden regional, donde *partners* y poderes externos actuaron bajo una cierta coordinación. Desde la salida de Siria en 2005 no ha sido posible ni para los libaneses ni para los poderes regionales o globales imponer o acordar un orden estable en el país. El período que se abrió por entonces ha estado marcado por subsecuentes crisis políticas que amenazan con la posibilidad de un nuevo conflicto a gran escala.

En los hechos de internacionalización que acontecieron en los distintos órdenes históricos detallados arriba, sunitas y chiítas libaneses cumplieron roles diferentes. **Mientras los sunitas estuvieron presentes en cada etapa, los chiítas emergieron políticamente más tarde, incluso con una forma de organización distinta a los demás grupos.** Los primeros siempre fueron *insiders*, parte del debate público libanés. Los segundos, en cambio, sufrieron cambios vertiginosos, pasando de la marginación al protagonismo en menos de una década. Aunque ambas agrupaciones políticas, Hezbolá y el Movimiento del Futuro, irrumpieron con fuerza a principios de los noventa, los chiítas y sunitas libaneses habían comenzado a buscar canales de representación mucho antes. Aunque ambos constituyen conjuntamente, a la larga, la numerosa comunidad musulmana libanesa, su recorrido hacia la conquista de mayor influencia dentro del sistema político libanés fue sustancialmente distinto.

El objetivo de esta tesis consistió en encontrar explicaciones a esa búsqueda de externalidades de los actores domésticos libaneses, que solo se explica en la función de la existencia de otros actores externos que los necesitan para implementar sus estrategias. No se trata de sometimiento sino de sociedad entre *partners* y *stakeholders*. Especialmente en el período bajo estudio, 2005-2022, hay patrones de cooperación y conflictividad regional que se repiten, con algunas variantes, en el escenario local.

Con ese objetivo en mente, en el capítulo 3, sección H, se delimitó un modelo en función de ciertos datos históricos y categorías preexistentes, que permitió identificar con mayor claridad las etapas de las relaciones entre Irán y Arabia Saudita a partir de la Revolución Islámica de 1979. Al enfrentamiento (1979-1989), lo sucedió la distensión (1989-2005), luego la distensión armada (2005-2009) y más tarde, el nuevo enfrentamiento (2009-2023). Al mismo tiempo, en el capítulo 4, sección A, se enumeraron las diferentes crisis políticas libanesas que se sucedieron desde 2005, tanto las vacantes presidenciales como los problemas del primer ministro para la formación del gabinete. En la siguiente tabla se entrecruzaron los datos para evaluar si el enfrentamiento entre los poderes regionales coincide con las crisis domésticas en el mismo período.

Tabla 23

Encuadre regional de las crisis políticas libanesas entre 2005 y 2022

crisis	tipo	período	cant. días	Descripción	encuadre regional
A	vacancia presidencial	nov 2007 - may 2008	182	Tras la finalización del mandato presidencial de Emile Lahoud, los diputados no logran elegir a un nuevo presidente.	distensión “armada”
B	formación ministerial	jun-nov 2009	129	El PM designado Saad Hariri tiene dificultades para formar gobierno.	distensión “armada”
C	formación ministerial	ene-jun 2011	140	El PM designado Najib Miqati tiene dificultades para formar gobierno.	segundo enfrentamiento
D	formación ministerial	abr 2013 - feb 2014	315	El PM designado Saeb Salam tiene dificultades para formar gobierno.	segundo enfrentamiento
E	vacancia presidencial	may 2014 - oct 2016	890	Tras la finalización del mandato presidencial de Michel Sleiman, los diputados no logran elegir a un nuevo presidente.	segundo enfrentamiento
F	formación ministerial	may 2018 - ene 2019	252	El PM designado Saad Hariri tiene dificultades para formar gobierno.	segundo enfrentamiento
G	formación ministerial	ago 2020 - sep 2021	340	Los PM designados Mustapha Adib, Saad Hariri y Najib Miqati tienen dificultades para formar gobierno.	segundo enfrentamiento

Fuente: elaboración propia.

Como se mencionó oportunamente, entre la suscripción del acuerdo de Taif en 1989 y la retirada de Siria en 2005, no hubo en principio ninguna crisis de formación ministerial y solo una de vacancia presidencial, que sucedió en noviembre de 1989 y duró dos días, tras el asesinato del presidente René Moawad y su reemplazo por Elias Harawi. La misma no fue considerada por resultar irrelevante dada su efímera duración. Sin embargo, en el período bajo estudio, que comienza en 2005, **el surgimiento y posterior agravamiento de las crisis políticas entre los partidos libaneses coinciden con el deterioro de la situación de seguridad en la región de Medio Oriente.** En cada uno de los casos abordados es posible hallar correlaciones con el escenario regional.

El **caso A** tuvo lugar en el contexto de la finalización del mandato presidencial de Emile Lahoud, que había completado los seis años constitucionales y los otros tres suplementarios, habilitados por una ley especial cuando todavía estaba vigente la ocupación siria. Aunque la alianza 14M contaba con mayoría parlamentaria, la misma no era suficiente para lograr la elección de un candidato presidencial. La alianza 8M, por su parte, promovía como candidato a Michel Aoun. La presión de los *stakeholders* externos buscó evitar la competencia electoral y llevó a la elección de un candidato de consenso, de extracción independiente, el general Michel Sleiman. El Ejército era reconocido por su neutralidad frente al dilema sectario.

Sin embargo, en ese contexto de “suma cero”, estalló un conflicto entre las alianzas rivales, donde el gobierno, liderado por el Movimiento del Futuro, intentó apartar a Hezbolá de los controles de seguridad del aeropuerto de Beirut y ordenó el retiro de un cableado ilegal que comunicaba centros de operaciones de Hezbolá en Beirut con otras localidades del interior. Entre el 7 y el 12 de mayo se sucedieron choques armados aislados en la capital y los suburbios. Esta situación quedó fuera del control de los *stakeholders* externos. Fue entonces cuando el Ejército amenazó con intervenir y los enfrentamientos se detuvieron. El 16 de mayo los referentes de los principales partidos representados en la Cámara de Diputados se reunieron en Doha a instancias de las autoridades qataríes, considerado un terreno neutral tanto para Hezbolá como para el Movimiento del Futuro. En la cumbre, la representación política del sunismo logró que Hezbolá adhiriera a un comunicado que invitaba a evitar la retórica del enfrentamiento intersectario y el uso de las armas entre libaneses. Además, se aseguró la conducción del gabinete en manos de su candidato, Fouad Siniora. Hezbolá, por su parte, obtuvo para sí y sus aliados once ministerios en

el gabinete de Siniora y retuvo el control de la seguridad aeroportuaria y el cableado propio entre sus sedes. El presidente Sleiman asumió el 25 de mayo.

El **caso B** estuvo marcado por la dimisión de Fouad Siniora al cargo de primer ministro motivado por las elecciones legislativas de 2009 y el pedido del presidente Sleiman a Saad Hariri para que forme gobierno. Aunque no poseía mayoría propia, el candidato había logrado asegurar varios votos independientes, pero le faltaba la adhesión del partido de Walid Jumblatt, representante de los drusos, para poder confirmarse en el cargo. Jumblatt exigía un gobierno de unidad nacional, que integre también a la oposición. La situación se mostraba tensa, ya que el tribunal encargado de juzgar el asesinato de su padre había comenzado a funcionar; tanto Siria como Hezbolá estaban en la mira. Hezbolá pedía para su alianza el poder de veto en el futuro gabinete, es decir, un tercio más uno de los ministerios. El Movimiento del Futuro estaba dispuesto a darle un tercio de las carteras, pero no la capacidad de bloqueo.

Nuevamente, el proceso de desescalamiento provino desde afuera. El presidente iraní Ahmadinejad había sido reelecto por amplio margen y buscaba un gesto de respaldo a su par sirio como una forma de fortalecer a su aliado. El rey Abdullah, por su parte, estaba tendiendo puentes hacia Damasco para evitar que el país se volviera dependiente de Irán. Uno y otro consideraron que una visita de Saad Hariri a la capital siria sería un gesto de distensión entre ambas partes, incluso en el marco del TEL. Para Hezbolá, la visita fue condición suficiente para aceptar la propuesta del Movimiento del Futuro en el gabinete que asomaba: un tercio de los ministerios, ni uno más. La coincidencia entre *partners* y *stakeholders* externos era absoluta.

El **caso C** fue el primero del período llamado “segundo enfrentamiento”, aunque conservaba características del momento anterior, la “distensión armada”. Podría suponerse que esta crisis, en función su ubicación temporal, se correspondió exclusivamente con las revueltas en el marco de la “Primavera Árabe”. Sin embargo, aunque Irán y Arabia Saudita presentaban posiciones enfrentadas sobre esa coyuntura, el Líbano no se vio afectado por las protestas, salvo por algunas movilizaciones marginales. Además, la situación en Siria todavía no era grave. En realidad, el motivo más importante de la crisis la había generado el TEL, tribunal internacional a cargo de la investigación del asesinato de Rafic Hariri. Su hijo, el primer ministro Saad Hariri, se había mostrado con el presidente Obama en Washington, quien, junto con la secretaria de Estado,

Hillary Clinton, habían aprovechado la ocasión para criticar a Hezbolá y a Siria, sospechados de estar detrás del atentado. Hariri también se había reunido con el presidente Sarkozy, quien se había posicionado en términos similares. Indirectamente, suponía un tiro por elevación a las autoridades de Damasco y Teherán. Los ministros chiítas y algunos aliados renunciaron al gabinete, denunciando interferencia extranjera en los asuntos domésticos libaneses, provocando la caída del gobierno de Hariri.

Para resolver la situación que se había provocado, Hezbolá hizo ejercicio legislativo: obtuvo las simpatías de los drusos del Partido Progresista Socialista proponiendo a Miqati, un nuevo primer ministro moderado, y los recompensó con cuatro ministerios. Arabia Saudita tenía cierto diálogo con Miqati, por lo que se limitó a quitar la colaboración sin impedir su designación. El Movimiento del Futuro se comportó análogamente: decidió no participar del gobierno de Miqati. En resumen, fue un juego de suma cero: el Movimiento del Futuro perdía la conducción del Ejecutivo, que ostentaba desde 2005. A cambio, Hezbolá instalaba a un primer ministro que, aunque tenía relaciones aceitadas con Teherán y Damasco y requería su apoyo para aprobar las leyes, mantenía el diálogo con Riad y las potencias de Occidente, mostrando autonomía. Riad y Teherán se contentaron con la posición centrista: Riad perdía un aliado al frente del gobierno, pero evitaba que Irán, a través de Hezbolá, abuse de su posición instalando un primer ministro alineado a su postura. Irán, por su parte, celebraba la salida de Hariri, aunque había resignado la posibilidad de tener un primer ministro aliado.

En el **caso D**, la situación se había agravado. A partir de este caso, el momento del “segundo enfrentamiento” se hizo mucho más patente. Los actores ya no buscaban un escenario de suma cero, sino que competían abiertamente, aunque cuidando no caer en una situación de violencia abierta o guerra “incivil”. El derrame del conflicto en Siria afectaba la situación económica, social y de seguridad del Líbano. Arabia Saudita se mostraba apoyando diplomáticamente o financiando a los rivales del presidente sirio Al-Assad. Para el Movimiento del Futuro, esta era una posición difícil de acompañar: algunos de estos movimientos contrarios al presidente sirio generaron problemas de seguridad graves en Beirut, Trípoli y Sidón, ciudades con alta concentración de votantes sunitas. Por otra parte, Hezbolá desafió con éxito a las instituciones, al intervenir en el conflicto sirio a pesar de la negativa de las autoridades del Ejecutivo libanés y

del pedido de neutralidad de los partidos representados en la Cámara de Diputados. Fue esta situación la que generó la caída del gobierno del centrista Miqati.

La resolución de la crisis vino de la mano de los drusos, que propusieron a Tamam Salam, un candidato centrista, para que convoque a un gobierno de unidad nacional. Luego de arduas negociaciones, el nuevo primer ministro otorgó a cada alianza un tercio de los ministerios y dejó otro tercio para ministros no alineados. Más próximo a Riad que Teherán, los sauditas ganaban a un interlocutor fuerte, que conocía muy bien a los Hariri y además había habilitado el regreso del Movimiento del Futuro al gobierno. Sin embargo, la victoria de Hezbolá era mucho mayor porque, lejos de ser simbólica, lograba, *de facto*, libertad de acción en el escenario sirio, del cual saldría fortalecido.

En el **caso E**, las tensiones enmarcadas en el momento del “segundo enfrentamiento” llegaron al clímax. El presidente Michel Sleiman se negó a acogerse a la prórroga de su mandato presidencial vía enmienda constitucional, como se había hecho con sus antecesores Harawi y Lahoud. Hezbolá propuso para cubrir la vacante a Michel Aoun, líder del Movimiento Patriótico Libre, aliado suyo en la coalición del 8M. El referente de Fuerzas Libanesas, Samir Geagea, era el candidato natural de la alianza 14M. Contaba, además, con el apoyo de Arabia Saudita.

Sin embargo, Hariri sabía que la figura de Geagea presentaba recelos históricos para la comunidad drusa, que además promovía para el cargo a Henri Helou, miembro de su partido. Este factor pasó desapercibido para los sauditas. Tampoco podría obtener el voto de los diputados del 8M, abroquelados en torno a la candidatura de Aoun. Finalmente, la decisión de Hariri fue polémica: acabó pactando con Sleiman Frangieh, titular del Movimiento Marada, partido integrante del 8M, en un intento por dispersar los votos de la coalición opositora. Esta situación disparó una reacción inesperada: Geagea declaró su adhesión a Aoun para evitar el ascenso de Frangieh. Aoun y Geagea conducían las dos bancadas cristianas más numerosas de la Cámara de Diputados, rivales entre sí, mientras que Frangieh no contaba con respaldo suficiente para lanzarse sin el apoyo de una agrupación de mayor peso. Con los votos del resto del 8M, la elección estaba ganada para Aoun. Irán festejaba la movida al observar que el Líbano quedaría completamente en su campo.

El gobierno de Arabia Saudita se mostró decepcionado con Hariri y llevó adelante una batería de medidas diplomáticas severas. No solo logró que el Consejo de Cooperación del Golfo y la Liga Árabe declaren a Hezbolá como “organización terrorista”; también instó a sus ciudadanos a abandonar y/o no visitar el Líbano, medida que fue imitada por Kuwait, Qatar, Bahreín y los Emiratos Árabes. Además, suspendió toda forma de cooperación con las Fuerzas Armadas del Líbano y retiró a su embajador de la capital. Junto con ello, comenzó a mostrar su apoyo al ministro de Justicia Ashraf Rifi, opositor a Hezbolá, y comenzó a considerar su nombre para el cargo de primer ministro. Esta situación abrió una grieta entre el *partner* y el *stakeholder* externo. Sin el favor de Arabia Saudita, Hariri pactó con Aoun su designación como primer ministro a cambio del respaldo en el Parlamento y se salvó de quedar marginado en el reparto de poder. El posicionamiento oficial libanés respecto a Siria y las armas de Hezbolá ya no eran una cuestión de hecho sino de derecho, promovidas por un presidente de la República en ejercicio de sus facultades.

El **caso F** estuvo atravesado por el agravamiento de la situación de seguridad en Yemen, sosteniendo la rivalidad irano-saudita. Los hutíes, con apoyo iraní, operaban peligrosamente en la frontera con Arabia Saudita y, a través de drones, también atacaban otras localidades más alejadas. En ese contexto, se sucedió el misterioso “secuestro” de Hariri en Riad y su posterior renuncia al cargo. Aoun emergió como un presidente fuerte, que no solo rechazó la renuncia de Hariri sino que, además, exigió su retorno. Meses más tarde, con motivo de las elecciones legislativas, el gobierno fue declarado dimitido, y el presidente invitó a Saad Hariri a formar un nuevo gabinete. Las tensiones entre Aoun y el primer ministro designado eran manifiestas: el Movimiento del Futuro no contaba con los diputados suficientes para aprobar, por sí mismo, una nueva formación ministerial. Expuesto y abandonado públicamente por su *stakeholder* externo, Hariri quedó a merced de la alianza rival y aceptó liderar un gobierno en minoría, ya que no contaba con mayoría propia al interior del gabinete para aprobar proyectos de ley. La sociedad entre el Movimiento del Futuro y las autoridades en Riad parecía disuelta. La situación de Hezbolá, en cambio, se mostraba altamente satisfactoria: además de ser fuerte en el país, aumentaba su participación en el proceso de reconstrucción de Siria de la mano de Irán.

El **caso G** se caracterizó por su complejidad y la radicalidad de los posicionamientos de los actores involucrados. A lo largo de 340 días desfilaron tres candidatos al cargo de primer

ministro: Mustapha Adib, Saad Hariri y Najib Miqati. En todos los casos, hubo fuertes enfrentamientos con el presidente Michel Aoun. Asimismo, resulta prudente recordar la situación que atravesaba el país: el derrumbe de su economía, con fuertes consecuencias en la estructura social y la extensión de protestas en todo el país; el confinamiento por COVID-19, que profundizaba la caída de la economía; y la explosión en el puerto de Beirut, que acabó agravando la crisis política y empujando la renuncia del primer ministro Hassan Diab. A través del presidente Aoun, Hezbolá tenía amplio control de los resortes institucionales destinados a bloquear los nombramientos de los primeros ministros.

Arabia Saudita y otras naciones de Occidente, como Francia, que en esta crisis jugó un papel preponderante, apostaban a un primer ministro con experiencia y gran margen de maniobra, que pudiera sacar al país de la crisis. Por eso apoyaron la candidatura del embajador Adib y luego, circunstancialmente, la de Hariri. La llamada “Iniciativa Francesa” incluía una profunda reforma financiera y administrativa, ejecutada por un gobierno tecnocrático y supervisada por París. Ni uno ni otro obtuvo la designación por parte del presidente, negado a perder el control del Ejecutivo. En ese contexto, Irán se mostraba golpeado. El general Qassem Soleimani⁵⁰, un oficial de alto rango, había sido ejecutado en un ataque de drones por Estados Unidos en las afueras del aeropuerto de Bagdad. Además, los Emiratos Árabes Unidos y Bahrein, con la anuencia discreta de Arabia Saudita, habían decidido establecer relaciones diplomáticas con Israel a través de los Acuerdos de Abraham, promovidos por Washington, lo que muestra una profunda sintonía fina con Riad. Teherán sentía la amenaza cada vez más cerca de sus fronteras, lo que explica el endurecimiento de las posiciones que alentaba en su *partner* libanés. Hezbolá y sus aliados adherían formalmente a la Iniciativa Francesa, pero no estaban dispuestos a entregar sus bancas en el gabinete.

El resultado era previsible. Riad ya no contaba con un *partner* en el territorio. Miqati, candidato centrista con buenas relaciones con Occidente, pero de diálogo fluido con Teherán, obtuvo la nominación. Valoró la importancia de las reformas promovidas por la Iniciativa Francesa y formó un gabinete mixto, compuesto por políticos y tecnócratas, aunque estos últimos fueron promovidos por los partidos políticos tradicionales. Vale decir que, en parte, Miqati logró la

⁵⁰ Qassem Soleimani (1957-2020) fue un militar iraní de alto rango, miembro de la Guardia Revolucionaria y jefe de la Fuerza *Quds*, responsable de sus acciones extraterritoriales. Estuvo a cargo de las operaciones en Siria y era el vínculo oficial entre la Guardia Revolucionaria y los socios transnacionales de Irán en la región.

nominación gracias a la grieta que paulatinamente se abría en 8M: mientras que el Movimiento Patriótico Libre exigía capacidad de veto en el gabinete de Miqati, la posición no era compartida por Hezbolá. Al momento de la aprobación de la nómina ministerial en la Cámara de Diputados, los legisladores del partido del presidente no votaron por Miqati, mientras que los segundos lo respaldaron.

A lo largo del período de la distensión armada, los conflictos domésticos que se suscitaron en el Líbano fueron resueltos a través de la coordinación entre los *partners* y los *stakeholders* externos. Estos últimos alentaban un escenario de empate o “suma cero” como forma de sostener el *statu quo*. En cambio, con el advenimiento del segundo enfrentamiento, la situación tuvo modificaciones. Aunque ambos poderes regionales buscaron evitar una guerra “incivil”, alentaron el bloqueo y la imposición de sus intereses sectarios, en lugar de formular consensos que beneficien a la ciudadanía en general. En otras palabras, buscaron anotarse victorias en el escenario regional.

Por un lado, **en Arabia Saudita predominó la búsqueda de mayor seguridad, de un entorno controlado, traducida en presión a su socio local para lograr resultados que lo beneficiasen.** Para el Movimiento del Futuro resultó difícil alinearse con los enemigos de Al-Assad que cometían actos terroristas en el territorio libanés o incluso opinar favorablemente de los Acuerdos de Abraham. Esta situación, que incluyó quitas intermitentes de apoyo y escándalos en público, como el secuestro de Hariri o las reuniones con Rifi en medio de un proceso electoral, se tradujeron en un alejamiento del *partner*, más interesado su propia supervivencia que en la geopolítica de *stakeholder* externo. Al mismo tiempo, la falta de apoyo del poder regional lo puso en una situación de desventaja con respecto a sus adversarios domésticos, por lo que, en el mediano plazo, resultó vencido. Eso también dañó al *stakeholder* externo, porque perdió su conexión con la población y el territorio a los que solo el *partner* puede llegar, como le sucedió a Arabia Saudita en la crisis G. En otras palabras, la historia del período que abarca este estudio es la historia de la pérdida de influencia de Arabia Saudita en el Líbano.

Irán, por otro lado, también expandió su accionar buscando mayor seguridad, pero se apoyó virtuosamente en sus *partner*, que en el caso libanés se corresponde con Hezbolá. En Siria, tras asegurar la posición de Al-Assad, le abrió más espacio de juego a su socio libanés,

permitiéndole acceso a nuevas fuentes de financiamiento. Hezbolá se consolidó más allá de las fronteras con la fuerza de las armas, pero, a lo largo del período, demostró una creciente experiencia política, evidenciada en la formación de alianzas y el uso de herramientas electorales, como en el caso F, o mecanismos constitucionales, como los bloqueos de los casos F y G. **La valoración del trabajo conjunto con su *partner* y la preocupación por su fortalecimiento le permitió sostener la vigencia de sus políticas en territorio extranjero.**

Asimismo, es importante destacar la importancia del apoyo de los *stakeholders* externos a sus socios locales, mucho más en un proceso de alta polarización como el que se suscitó entre las alianzas 8M, liderada por Hezbolá, y 14M, liderada por el Movimiento del Futuro. **Los desentendimientos se pagan caro:** la falta de coordinación entre Riad y Saad Hariri marginó al Movimiento del Futuro, dispersó a sus votantes y los desalentó de acudir a las urnas, situación que en el mediano plazo benefició a sus rivales.

Las rivalidades existentes en el escenario regional de Medio Oriente se yerguen sobre la política doméstica del Líbano como el anuncio de una tormenta, proyectando su sombra, pero los veteranos actores domésticos de la política libanesa saben leer los signos del tiempo. Esta es una verdad tan sensata como reveladora: para comprender la situación libanesa, no solo es necesario conocer los puentes que las sectas construyen y destruyen entre sí, sino también en el murmullo discreto que los socios locales y sus interesados externos mantienen entre sí.

Frente a un escenario de capas y capas de crisis que se acumulan, una sobre la otra, en el contexto de una población empobrecida por la crisis financiera y un Estado ausente, luego de sucesivas ocupaciones militares y una guerra fratricida cuyo eco todavía resuena, la pregunta es si el Líbano tiene las herramientas para poder salir de este ahogo. A primera vista, parece que no podrá sin ayuda. La coyuntura se presenta compleja. Por lo pronto, la vida de los libaneses, aunque amenazada, prosigue estoicamente su curso, casi de forma surrealista, como aquella rueda de la fortuna que funcionaba incluso en tiempos de la guerra civil: “*gira i torna a girar la sínia de Beirut...*”⁵¹ (Alcoverro, 2019, p. 7).

⁵¹ “Gira y vuelve a girar la noria de Beirut...”.

EPÍLOGO: EL PROBLEMA DE LOS TRES CUERPOS

Los físicos sostienen que calcular la gravedad de dos cuerpos de distinto tamaño es relativamente fácil si se sigue una fórmula estándar. El resultado que arroja, dicen, es de alta precisión si se incluyen las cifras adecuadas. Así, es posible saber de qué forma el primer cuerpo influye en el segundo, y también de qué modo este, aunque sea más pequeño, irrumpe en la trayectoria de aquel. La situación cambia rotundamente cuando se trata no de dos, sino de tres cuerpos. No hay consenso en la comunidad científica sobre cómo llevar adelante el cálculo de la influencia gravitatoria que unos y otros ejercen entre sí. Los cuerpos presentarían dinámicas no lineales que dificultan aventurar trayectorias futuras.

Al recorrer las diferentes coyunturas domésticas que el Líbano ha atravesado, se observa que las mismas son manifestaciones típicas de la región de Medio Oriente, con actores más débiles a merced de los proyectos de amplio espectro de otros más poderosos. Sin embargo, en el cálculo final, son los socios locales los que, en definitiva, cuentan con la capacidad de afectar a su ecosistema de vida más directamente, alentando el cambio o sosteniendo el *statu quo*, en función de las herramientas que proveen, con condiciones, sus socios externos. Las fuerzas gravitatorias no son unidireccionales: es la interacción entre la gravedad de los cuerpos la que cuenta. Junto con ello, como indica el problema de los tres cuerpos, la presencia de varios objetos con vocación ordenadora genera caos en las trayectorias propias y del objeto menor en sí.

Esta investigación omitió prudentemente el **caso H** porque se hallaba fuera de su marco temporal y, además, se trataba de un evento en curso. El primer ministro Najib Miqati, a quien se invitó a formar gobierno el 23 de junio de 2022, aun no pudo lograr su objetivo. Asimismo, el cargo de presidente de la República se encuentra vacante desde el 31 de octubre de 2022. Por otra parte, la coyuntura es inédita, porque reúne en simultáneo una crisis de formación ministerial y otra de vacancia presidencial. La situación en Medio Oriente es crítica, por lo que no sería factible una resolución de la crisis libanesa en un contexto de profundo deterioro del marco de seguridad regional.

El 10 de marzo de 2023, en la ciudad de Beijing, las autoridades chinas informaron la concreción del Comunicado Trilateral, hoja de ruta que restablecía las relaciones diplomáticas entre Riad y Teherán en un plazo de sesenta días y anunciaba el deseo de las partes de reafirmar acuerdos de cooperación firmados entre 1998 y 2001, coincidentes con el período de distensión. El documento de ningún modo anulaba los conflictos vigentes en Medio Oriente, aunque las fricciones entre ambos países ahora se encausaban en los carriles diplomáticos. La existencia de canales abiertos entre ambas potencias regionales rivales abrió nuevas estrategias de revinculación que permitirían suponer una resolución más ágil de las disputas regionales. Para Irán, constituyó una forma de volver a relacionarse con la región de manera pacífica, sin necesidad del beneplácito de Washington. Para Arabia Saudita, implicaba una afirmación de su liderazgo frente a las naciones árabes, demostrando mayor autonomía a través de un socio nuevo, la República Popular China (Chaya, 2023b; Fabani y Chaya, 2023). Esto resolvería, de momento, **el eterno dilema saudita, que oscila entre dejar actuar a los Estados Unidos, apartándose de la región, o intervenir en Medio Oriente de manera decidida para conformar su esfera de influencia**. Estos factores ponían de relieve el repliegue de la influencia de Washington. En el caso libanés, Riad podría moderar su negativa a que Hezbolá participe del gobierno, lo que implicaría un reacomodo de su lazo con el Movimiento del Futuro, que se había mostrado con un perfil más dialoguista. En otras palabras, este acuerdo constituía, en el mediano plazo, una oportunidad de resolución para el caso H.

Sin embargo, una nueva guerra llegó para cambiarlo todo. El conflicto en Gaza se desató tras la cruenta incursión de Hamas en poblados civiles israelíes lindantes con la Franja el 7 de octubre de 2023. Este accionar fue seguido por una desproporcionada respuesta de las tropas israelíes, que causaron la ejecución de decenas de miles de civiles palestinos, el desplazamiento de al menos un millón de personas y la destrucción de la infraestructura local, en una serie de crímenes que claman justicia ante la humanidad. Este conflicto pone a prueba el memorándum chino. El primer ministro israelí Benjamin Netanyahu amenaza con extender el conflicto al sur del Líbano, donde Hezbolá tiene sus bases. Por ahora, Arabia Saudita se mantiene lejos de Estados Unidos y los Acuerdos de Abraham que supo ver con buenos ojos, mientras que Irán y su *partner* libanés ejercen máxima restricción en una conflagración que podría tomar dimensión regional a gran escala con enorme facilidad.

Pero la volatilidad no es la excepción sino la regla. En una zona caracterizada por la celeridad de los cambios, la relación simbiótica entre *partners* y *stakeholders* externos está en permanente movimiento, atravesando nuevos órdenes y adoptando configuraciones inéditas. Francia y Siria han jugado papeles análogos en la historia del Líbano, actuando como grandes *stakeholders* externos que, actuando en solitario, dejaron su marca en los períodos que más arriba fueron denominados como primera estructura (1920-1943) y tercera estructura (1989-2005). En el contexto de una política exterior intervenida por un poder celador, se procuró una cierta estabilidad, cuyo precio fueron las libertades comunitarias y la soberanía nacional. En cambio, los períodos de la segunda estructura (1943-1975) y el que se abrió después de 2005 estuvieron marcados por la polarización sectaria y el paulatino incremento de la violencia intercomunitaria; el segundo orden, incluso, fue seguido por una guerra civil que duró quince años. En esos casos, la polarización doméstica se alimentó no solo de la realidad local, sino también de las tensiones regionales: la primera, derivada de las tensiones Este-Oeste; la segunda, de la rivalidad irano-saudita. Todo parece indicar que este escenario de confrontación doméstica requiere de un nuevo acuerdo nacional que cuente con el consenso de los poderes regionales para dotar al gobierno de Beirut de cierta estabilidad y previsibilidad. Hasta entonces, el destino del Líbano se encuentra sepultado entre claroscuros que impiden adivinar con claridad cuál será el trayecto de los acontecimientos.

BIBLIOGRAFÍA

Abbas, T. (2022 octubre 31). Aoun Approves Lebanese Govt Resignation, Demands Mikati's Removal as PM-designate. *Al-Sharq Al-Awsat*. <https://tinyurl.com/bddebkix> (recuperado el 28/04/2024).

Abdo, G. (2017). *The New Sectarianism: The Arab Uprisings and the Rebirth of the Shi'a-Sunni Divide*. Oxford University Press.

Abdolmohammadi, P. y Cama, G. (2020). *Contemporary and Domestic and Foreign Policies of Iran*. Palgrave Macmillan.

Abrahamian, E. (2018). *A History of Modern Iran*. Cambridge University Press.

Ajami, F. (1986). *The Vanished Imam: Musa Al-Sadr and the Shia of Lebanon*. Cornell University Press.

Ajami, F. (1987). The End of Pan-Arabism. En Farah, T., comp. (1987). *Pan-Arabism and Arab Nationalism: The Continuing Debate*. Westview Press - pp. 96-114.

Al-Alkim, H. (2012). *Dynamics of Arab Foreign Policy-Making in the Twenty-First Century: Domestic Constraints and External Challenges*. Saqi Press.

Alcoverro, T. (2019). *Un barceloní a Beirut: viatges d'anada i tornada d'un corresponsal*. Ed. Diéresis.

Al-Manar (2017). *Memorándum de entendimiento entre el Movimiento Patriótico Libre y el Partido de Dios anunciado en la fecha del 6 de febrero de 2006* [en árabe]. <http://surl.li/iwhzb> (recuperado el 20/04/2024).

Alagha, J. (2011). *Hizbullah's Identity Construction*. Amsterdam University Press.

Alangari, H. (1998). *The Struggle for Power in Arabia: Ibn Saud, Hussein and Great Britain, 1914-1924*. Ithaca Press.

Al-Arabiya (2011 enero 19). *Saudi Abandons Mediation Efforts in Lebanon: Foreign Minister*. <https://bit.ly/4aEhMk1> (recuperado el 02/04/2024).

Al-Jazeera (2011 enero 19). *Saudi Opt Out of Lebanon Talks*. <https://bit.ly/4cKqoYr> (recuperado el 02/04/2024).

Al-Jazeera (2021 agosto 10). *More than 200 Arrested in Latest Saudi Anti-Corruption Purge*. <https://bit.ly/3Folf8V> (recuperado el 17/10/2023).

Alsultan, F. (2013). The Saudi King: Power and Limitation in the Saudi Arabian Foreign Policy Making. *International Journal of Social Science and Humanity*, 3(5) - pp. 457-460.

Álvarez-Ossorio, I. (2013). El desarrollo de la sociedad civil árabe y sus retos tras las revueltas populares. En Álvarez-Ossorio, I., comp. (2013). *Sociedad civil y contestación en Oriente Medio y Norte de África*. CIDOB - pp. 17-48.

Amnistía Internacional (2007). Human Rights in the Lebanese Republic. *Amnesty International Report 2007*. <https://bit.ly/3OjfVbz> (recuperado el 27/1/2024).

Arab News (2021 octubre 27). *Lebanese media minister George Kordahi stirs controversy yet again by defending Houthis*. <https://tinyurl.com/4zhvnhyr> (recuperado el 28/04/2024).

Arsan, A. (2018). *Lebanon: A Country in Fragments*. Hurst & Co.

Askari, A. y Zarei, M. (2020). Towards the East: Iran's Foreign Policy in Ahmadinejad Era - Based on James Rosenau's Continuity Theory. *International Relations and Diplomacy*, 8(6), pp. 240-250.

Assi, A. (2016). *Democracy in Lebanon: Political Parties and the Struggle for Power Since Syrian Withdrawal*. IB Tauris.

Avon, D. y Khatchadourian, A. (2012). *Hezbollah: A History of the "Party of God"*. Harvard University Press.

Axworthy, M. (2008). *A History of Iran: Empire of the Mind*. Basic Books.

Axworthy, M. (2013). *Revolutionary Iran: A History of the Islamic Republic*. Oxford University Press.

Azani, E. (2011). *Hezbollah: The Story of the Party of God*. Palgrave Macmillan.

Azizi, A. (2021). *The Shadow Commander: Soleimani, the U.S. and Iran's Global Ambitions*. Ed. Oneworld.

Bakhash, S. (2004). Iran's Foreign Policy Under the Islamic Republic, 1979-2000. En Brown, L. C., comp. (2004). *Diplomacy in the Middle East: The International Relations of Regional and Outside Powers*. IB Tauris - pp. 247-258.

Barr, J. (2011). *A Line in the Sand: Britain, France and the Struggle that Shaped the Middle East*. Simon & Schuster.

Batters, A. (2009 octubre 8). A Rapprochement Between Syria and Saudi Arabia? *Time*. <https://bit.ly/3PErCu3> (recuperado el 31/03/2024).

Baumann, H. (2016). *Citizen Hariri: Lebanon's Neoliberal Reconstruction*. Oxford University Press.

Bayat, A. y Herrera, L. (2021). Global Middle East. En Bayat, A. y Herrera, L., comps. (2021). *Global Middle East: into the Twenty-First Century*. The University of California Press - pp. 12-42.

Berman, E., Lake, D., Padró i Miquel, G. y Yared, P. (2009). Principals, Agents and Indirect Foreign Policies. En Berman, E. y Lake, D., comps. (2009). *Proxy Wars: Suppressing Violence Through Local Agents*. Cornell University Press - pp. 1-27.

Bronson, R. (2006). *Thicker than Oil: America's Uneasy Partnership with Saudi Arabia*. Oxford University Press.

Beck, M. (2014). The Concept of Regional Power as Applied to the Middle East. En Fürtig, H., comp. (2014). *Regional Powers in the Middle East: New Constellations After the Arab Revolts*. Palgrave Macmillan - pp. 1-22.

Beinin, J. (2001). *Workers and Peasants in the Modern Middle East*. Cambridge University Press.

Beinin, J. y Stork, J. (1997). On the Modernity, Historical Specificity, and International Context of Political Islam. En Beinin, J. y Stork, J., comps. (1997). *Political Islam: Essays from Middle East Report*. University of California Press.

Belcastro, F. (2019). *Syrian Foreign Policy: The Alliances of a Regional Power*. Routledge.

Blanford, N. (2006). *Killing Mr. Lebanon: The Assassination of Rafik Hariri and its Impact on the Middle East*. IB Tauris.

Blanford, N. (2008 mayo 9). Hezbollah Phone Network Spat Sparks Beirut Street War. *Christian Science Monitor*. <https://bit.ly/48wUUld> (recuperado el 25/02/2024).

Blanford, N. (2009 marzo 12). Why Syria and Saudi Arabia are Talking Again. *Christian Science Monitor*. <https://bit.ly/3PIKAjq> (recuperado el 31/03/2024).

Bou Malhab Attallah, D. (1992). Le traité libano-syrien: acte de coopération ou d'intégration? *Cahiers de la Méditerranée*, 44(1), pp. 175-195.

Brown, L. C. (1984). *International Politics and the Middle East: Old Rules, Dangerous Game*. Princeton University Press.

Burleigh, M. (2006). *Earthly Powers: Religion and Politics in Europe from the Enlightenment to the Great War*. Harper Perennial.

Byman, D. (21 mayo 2018). Why Engage in Proxy War? A State's Perspective. *Brookings Institution*. <https://bit.ly/45rZBgb> (recuperado el 15/06/2024).

Chalala, E. (1987). Arab Nationalism: A Bibliographic Essay. En Farah, T., comp. (1987). *Pan-Arabism and Arab Nationalism: The Continuing Debate*. Westview Press - pp. 18-56.

Chávez Segura, A. (2015). Religión y Relaciones Internacionales: del exilio a la construcción de un modelo internacionalista teológico. *Revista de El Colegio de San Luis*, 5(9), pp. 180-199.

Chaya, S. (2016). Estado-Rehén: Líbano a cinco años de la Primavera Árabe en Siria [ponencia]. *VIII Congreso Nacional de Relaciones Internacionales*. Universidad Nacional de La Plata. <https://bit.ly/49pMkFm> (recuperado el 06/04/2024).

Chaya, S. (2017). Los problemas de la democracia libanesa: un análisis de la crisis del sistema político, 2014-2016. *Tesina de Grado en Ciencia Política*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario.

Chaya, S. (2018). El premier cautivo: notas sobre una prolongada visita de Saad Hariri a Riad en noviembre de 2017. *Anuario de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata*, 27(54) - <https://bit.ly/3xKA4MA> (recuperado el 20/04/2024).

Chaya, S. (2020a). Al otro lado del Litani: a veinte años de la retirada israelí del sur del Líbano. *Opiniones en el IRI*. Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. <https://rb.gy/kprnd> (recuperado el 30/09/2023).

Chaya, S. (2020b agosto 21). La explosión en Beirut suma inconvenientes a la crisis estructural que atraviesa el Líbano. *Ámbito*. <https://tinyurl.com/mubpcch9> (recuperado el 25/04/2024).

Chaya, S. (2023a). Michel Aoun y el presidencialismo libanés: notas sobre un legado. *En* Fabani, O. y Rullansky, I., comps. (2023). *¿Y ahora adónde vamos? Nuevos desafíos en Medio Oriente*. Ed. Universidad Nacional de La Plata - pp. 83-100.

Chaya, S. (2023b junio 16). China busca un nuevo rol en Medio Oriente. *Perfil*. <http://bit.ly/3M083L0> (reivariado el 14/10/2023).

Chehayeb, K. (2021 julio 15). Lebanon's PM-designate Saad Hariri resigns as crisis escalates. *Al-Jazeera*. <https://tinyurl.com/5y54zwxt> (recuperado el 26/04/2024).

Clinton, H. (2011 enero 12). Remarks with Qatari Prime Minister Sheikh Hamad bin Jassim Al Thani. *Departamento de Estado de los Estados Unidos*. <https://bit.ly/3xjCkQw> (recuperado el 01/04/2024).

Colleau, M. (2016). Iran's Janus-Faced US Policy: The Rouhani Administration Between Continuity and Change, Opportunity and Constraint. En Akbarzadeh, S. y Conduit, D., comps. (2016). *Iran in the World: President Rouhani's Foreign Policy*. Palgrave Macmillan - pp. 33-58.

Commins, D. (2012). *The Gulf States: A Modern History*. IB Tauris.

Congreso de los Estados Unidos (2003). Ley 108/175 del 12 de diciembre de 2003. *Syria Accountability and Lebanese Sovereignty Restoration Act*. <https://rb.gy/u8o1g> (recuperado el 30/09/2023).

Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas (2022). *Iran: UN experts demand accountability for death of Mahsa Amini, call for end to violence against women* [comunicado de prensa]. <https://rb.gy/84w2n> (recuperado el 30/09/2023).

Daher, J. (2017 septiembre 26). Les conséquences de l'intervention militaire du Hezbollah en Syrie sur la population libanaise chiite et les rapports avec Israël. *Fondation pour la Recherche Stratégique*. <https://bit.ly/4aJuI8j> (recuperado el 07/04/2024).

Darwich, M. (2019). Saudi Policies in the Syrian Crisis. En Hinnebusch, R. y Saouli, A. (2019). *The War for Syria: Regional and International Dimensions of the Syrian Uprising*. Routledge - pp. 120-137

Drysdale, A. (1992). Syria and Iraq: The Geopathology of a Relationship. *Geojournal*, 3(28), pp. 347-255.

Dyer, P. (2023 enero 05). COVID-19 Deaths in the MENA Region. *Middle East Council on Global Affairs*. <https://tinyurl.com/ypwmp54h> (recuperado el 25/04/2024).

Ehteshami, A. (2007). *Globalization and Geopolitics in the Middle East: Old Games, New Rules*. Routledge.

Eilts, H. (2004). Saudi Arabia's Foreign Policy. En Brown, L. C., comp. (2004). *Diplomacy in the Middle East: The International Relations of Regional and Outside Powers*. IB Tauris - pp. 219-244.

El-Husseini, R. (2012). *Pax Syriana: Elite Politics in Postwar Lebanon*. Syracuse University Press.

El-Khazen, F. (2000). *The Breakdown of the State in Lebanon, 1967-1976*. IB Tauris.

Espinosa, Á. (2021 mayo 25). El veto a los candidatos moderados elimina la rivalidad en las elecciones presidenciales de Irán. *El País*. <https://rb.gy/gz94w> (recuperado el 30/09/2023).

Fabani, O. y Chaya, S. (2023). El acuerdo entre Irán y Arabia Saudita: antecedentes e impacto sobre la región en Medio Oriente. *Opiniones en el IRI*. Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata. <https://bit.ly/3PRYDm5> (recuperado el 14/10/2023).

Faris, H. (1981). Lebanon and the Palestinians: Brotherhood or Fratricide? *Arab Studies Quarterly*, 3(4), pp. 352-370.

Fattah, H. (2007 marzo 4). Iran President Meets Saudi to Discuss Mideast Issues. *The New York Times*. <https://nyti.ms/3v6pqoq> (recuperado el 16/03/2024)

Fernández Alonso, J. y Zelicovich, J. (2021). Política exterior como política pública: reflexiones teóricas y metodológicas en el marco de la República Argentina. *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, 134, pp. 7-34.

Fieldhouse, D. (2006). *Western Imperialism in the Middle East, 1914-1956*. Oxford University Press.

Fox, J. y Sandler, S. (2004). *Bringing Religion into International Relations*. Palgrave Macmillan.

Foucault, M. (1998). *Genealogía del racismo*. Ed. Altamira.

France 24 (2009 agosto 19). *Assad meets Ahmadinejad, Condemns 'Foreign Interference' in Iran*. <https://bit.ly/43HOC1g> (recuperado el 31/03/2024).

France 24 (2010 agosto 13). *Hezbollah to Hand Over Data Alleging Israeli Involvement in Hariri Murder*. <https://bit.ly/4bF32To> (recuperado el 18/02/2024).

France 24 (2010 agosto 22). *UN to Prove Hezbollah Over Hariri Assassination, says Nasrallah*. <https://bit.ly/3SIhzoK> (recuperado el 18/02/2024).

García, J. (enero 2024). Ten Largest Economies in MENA. *Middle East Economy*. <https://bit.ly/3zwnbw8> (recuperado el 27/06/2024).

Gerges, F. (2018). *Making the Arab World: Nasser, Qutb and the Clash that Shaped the Middle East*. Princeton University Press.

Giaccaglia, C. (2010). La influencia de los actores domésticos en la política exterior brasileña durante el gobierno de Lula da Silva. *Confines de Relaciones Internacionales y de Ciencia Política*, 6(12). pp. 95-121

Gill, A. y Keshavarzian, A. (1999). State Building and Religious Resources: An Institutional Theory of Church-State Relations in Iran and Mexico. *Politics & Society*, 27(3), pp. 431-465.

Haboush, J. (2019 enero 18). It's Complicated: The Aoun-Hezbollah Relationship. *Middle East Institute*. <https://bit.ly/2RzSHTb> (recuperado el 20/04/2024).

Haddad, B. y Wind, E. (2014). The Fragmented State of the Syrian Opposition. En Kamrava, M., comp. (2014). *Beyond the Arab Spring: The Evolving Ruling Bargain in the Middle East*. Oxford University Press - pp. 397-436.

Haim, S. (1962). *Arab Nationalism: An Anthology*. University of California Press.

Haines-Young, J. (2016). The 2006 Lebanon War: Hezbollah's Expensive "Victory" Ten Years On. *Al-Arabiya*. <https://bit.ly/48Teo4v> (recuperado el 29/1/2024).

Halliday, F. (2005). *The Middle East in International Relations: Power, Politics & Ideology*. Cambridge University Press.

Harik, J. y Khashan, H. (1993). Lebanon's Divisive Democracy: The Parliamentary Elections of 1992. *Arab Studies Quarterly*, 1(15), pp. 41-59.

- Harik, J. (1994). "Shaykh Al-'Aql" and the Druze of Mount Lebanon: Conflict and Accommodation. *Middle Eastern Studies*, 3(30), pp. 461-485.
- Harris, W. (2012). *Lebanon: A History, 600-2011*. Oxford University Press.
- Haynes, J. (2013). *An Introduction to International Relations and Religion*. Routledge.
- Haynes, J. (2021). Religion and International Relations in the Twenty-First Century. En Haynes, J., comp. (2021). *Handbook on Religion and International Relations*. Edward Elgar Publishing.
- Heradstveit, D. y Bonham, G. (2007). What the Axis of Evil Metaphor did to Iran. *Middle East Journal*, 3(61), pp. 421-440.
- Hinnebusch, R. (2003). *The International Politics of the Middle East*. Manchester University Press.
- Hudson, V. (2005). Foreign Policy Analysis: Actor-Specific Theory and the Ground of International Relations. *Foreign Policy Analysis*, 1(1), pp. 1-30.
- Huntington, S. (1993). The Clash of Civilizations? *Foreign Affairs*, 72(3), pp. 22-49.
- Ibrahim, S. (1987). The Concerns and the Challenges. En Farah, T., comp. (1987). *Pan-Arabism and Arab Nationalism: The Continuing Debate*. Westview Press - pp. 57-67.
- International Center for Transitional Justice (2008). *Handbook on the Special Tribunal for Lebanon*. Fundación Friedrich Ebert. <https://bit.ly/492By8d> (recuperado el 18/1/2024).
- Kalin, S. y Paul, P. (2018 enero 30). Saudi Arabia says it has seized over 100 Billion in Corruption Purge. *Reuters*. <https://reut.rs/48YWnSu> (recuperado el 17/10/2023).
- Kaufman, S., Little, R., y Wohlforth, W. (2007). Balance and Hierarchy in International Systems. En Kaufman, S., Little, R., y Wohlforth, W., comps. (2007). *The Balance of Power in World History*. Palgrave-Macmillan - pp. 1-21.
- Kepel, G. (1991). *La revancha de Dios: cristianos, judíos y musulmanes a la conquista del mundo*. Grupo Anaya.

- Keynoush, B. (2016). *Saudi Arabia and Iran: Friends or Foes?* Palgrave Macmillan.
- Khalaf, S. (2002). *Civil and Uncivil Violence in Lebanon. History of the Internationalization of Communal Conflict*. Princeton University Press.
- Khashan, H. (2013). The Political Isolation of Lebanese Sunnis. *Middle East Quarterly*, 3(20), pp. 69-75.
- Khoury, P. (julio-agosto 1985). Syria and Lebanon, 1943-1975. *Middle East Research and Investigation Project (MERIP)*, 134. <https://bit.ly/4ciy8QD>
- Khoury, P. (1987). *Syria and the French Mandate: The Politics of Arab Nationalism, 1920-1945*. Princeton University Press.
- Kiwan, F. (1988). La perception du Grand-Liban chez les maronites dans la période du Mandat. En Shehadi, N. y Haffar-Mills, D., comps. (1988). *Lebanon: A History of Conflict and Consensus*. IB Tauris - pp. 124-148.
- Korany, B. (2016). The Middle East since the Cold War: The Multi-Layered (In)Security Dilemma. En Fawcett, L., comp. (2016). *International Relations of the Middle East*. Oxford University Press - pp. 79-104.
- Korany, B. y Hillal Dessouki, A. (2008). Foreign Policies of Arab States. En Korany, B. y Hillal Dessouki, A., comps. (2008). *The Foreign Policy of Arab States: The Challenge of Globalization*. American University in Cairo Press - pp. 1-8.
- Korany B. y Fattah, M. (2008). Irreconcilable Role Partners? Saudi Foreign Policy Between the Ulama and the US. En Korany, B. y Hillal Dessouki, A., comps. (2008). *The Foreign Policy of Arab States: The Challenge of Globalization*. American University in Cairo Press - pp. 343-396.
- Knudsen, A. (2005). *Precarious Peacebuilding: Post-War Lebanon, 1990-2005* (WP2005:12). Chr. Michelsen Institute.
- Kubáľková, V. (2019). What Constructivism? En Akbarzadeh, S., comp. (2019). *Routledge Handbook of International Relations in the Middle East*. Routledge - pp. 23-45.

Kuwait News Agency (2008 mayo 21). *Iran Welcomes Lebanon Accord in Doha*. <https://bit.ly/3SQL7k0> (recuperado el 26/02/2024)

Lascano y Vedia, J. (2021). Relaciones internacionales, política exterior y diplomacia. *En* Colotta, M., Degiorgis, P., Lascano y Vedia, J. y Rodríguez, Á., comps. (2021). *Manual de Relaciones Internacionales*. Ed. Teseo - pp. 15-54

Lebanese Broadcasting Corporation International (2018 julio 06). *Minuta de reunión entre los líderes del Movimiento Patriótico Libre y el Partido de las Fuerzas Libanesas el 18 de enero de 2016* [en árabe]. <https://bit.ly/4aZYfLa> (recuperado el 19/04/2024).

Lechini, G. (2006). *Argentina y África en el espejo de Brasil: ¿política por impulsos o construcción de una política exterior?* Ed. CLACSO.

Lee, M. (2021 enero 16). Biden Fills Out State Department Team with Obama Veterans. *Associated Press*. <https://tinyurl.com/bd43npna> (recuperado el 30/09/2023).

Lijphart, A. (2012). *Patterns of Democracy: government forms and performance in thirty-six countries*. Yale University Press.

Little, D. (1996). His Finest Hour? Eisenhower, Lebanon, and the 1958 Middle East Crisis. *Diplomatic History*, 20(1), pp. 27-54.

Mackey, S. (2012). The Man They Called Ibn Saud. *The National Interest*, 120, pp. 89-96.

Makarem, H. (2014). Actually Existing Neoliberalism: The Reconstruction of Downtown Beirut in Post-Civil War Lebanon. *Thesis submitted for the degree of Doctor of Philosophy in International Relations*. London School of Economics.

Makdisi, U. (2000). *The Culture of Sectarianism: Community, History and Violence in Nineteenth-Century Ottoman Lebanon*. University of California Press.

Maktabi, R. (1999). The Lebanese Census of 1932 Revisited. Who are the Lebanese? *British Journal of Middle Eastern Studies*, 26(2), pp. 219-241

Manning, B. (1977). The Congress, The Executive, and the Intermestic Affairs: Three Proposals. *Foreign Affairs*, 55(2), pp. 306-324.

Marusek, S. (2018). *Faith and Resistance: The Politics of Love and War in Lebanon*. Pluto Press.

McKernan, B. (2017). Lebanese Prime Minister Saad Hariri is 'detained' in Saudi Arabia, says President Michel Aoun. *The Independent*. <https://tinyurl.com/mr3cv77k> (recuperado el 20/04/2024).

MEMRI TV (2010 mayo 11). Lebanese Druze Leader Walid Jumblatt Defends Hizbullah's Armament and States: We Want Neither Peace Nor a Settlement with Israel. *BBC Arabic*. <https://bit.ly/3PLEfjYx> (recuperado el 01/04/2024).

Michel, N. (2014). The Creation of the Tribunal in its Context. En Alamuddin, A., Jurdi, N. y Tolbert, D., comps. (2014). *The Special Tribunal for Lebanon: Law and Practice*. Oxford University Press - pp. 39-62.

Mijares, V. (2015). Realismo neoclásico: ¿el retorno de los estudios internacionales a la Ciencia Política? *Revista de Ciencia Política*, 3(35), pp. 581-603.

Moghadam, A., Rauta, V. y Wyss, M. (2024). The Study of Proxy Wars. En Moghadam, A., Rauta, V. y Wyss, M., comps. (2024). *Routledge Handbook of Proxy Wars*. Routledge - pp. 1-14.

Moin, B. (2000). *Khomeini: Life of the Ayatollah*. Thomas Dunne Books.

Naciones Unidas (1967). *Resolución 242 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (1973). *Resolución 338 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (1978). *Resolución 425 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (1989). *The Taif Agreement*.

Naciones Unidas (2004). *Resolución 1559 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (2005a). *Resolución 1595 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (2005b). *Carta con fecha del 1 de noviembre de 2005 del representante permanente de la República Árabe Siria al secretario general y al presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas*. <https://bit.ly/4aXCvjT> (recuperado el 17/1/2024).

Naciones Unidas (2006a). *Resolución 1664 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (2006b). *Resolución 1696 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (2006c). *Resolución 1701 del Consejo de Seguridad*.

Naciones Unidas (2012). *The Baabda Declaration*.

Nada, G. (2021). Raisi: Election Results Explainer. *United States Institute of Peace*. <https://bit.ly/4aAvPqV> (recuperado el 31/03/2024).

Nasr, V. (2006). *The Shia Revival: How Conflicts Within Islam Will Shape the Future*. WW Norton & Co.

Nerguizian, A. (2012 octubre 23). Lebanon, Syrian Instability and the Risks of Sunni-Shiite Competition. *Center for Strategic & International Studies (CSIS)*. <https://bit.ly/3vyLjgl> (recuperado el 07/04/2024).

Norton, A. (2009). *Hezbollah: A Short History*. Princeton University Press.

O'Ballance, E. (1998). *Civil War in Lebanon, 1975-92*. Palgrave Macmillan.

Olmert, E. (2006). *Speech to Knesset on Violence in Lebanon and Gaza Strip*. Jewish Virtual Library, <https://t.ly/M8yPI> (recuperado el 25/07/2023).

Olmert, Y. (julio 1996). A False Dilemma? Syria and Lebanon's Independence During the Mandatory Period. *Middle East Studies*, 32(3), pp. 41-73.

Osoegawa, T. (2013). *Syria and Lebanon: International Relations and Diplomacy in the Middle East*. IB Tauris.

Osorno, G. (1995). El vínculo entre los ámbitos interno e internacional: de la política de los eslabones a la diplomacia de doble filo. *Foro Internacional*, 3(35), pp. 426-447.

Pew Research Center (2009). *Mapping the Global Muslim Population: A Report on the Size and Distribution of the World's Muslim Population*. <https://rb.gy/rixnp> (recuperado el 28/07/2023).

Preston, M. (2004). *Ending Civil War: Rhodesia and Lebanon in Perspective*. IB Tauris.

Prothero, M. (2010 marzo 16). Druze chief Walid Jumblatt Apologizes to Syrian President for Insults. *The National*. <https://bit.ly/4aGu8s9> (recuperado el 01/04/2024).

Qawas, N. y El-Rafei, R. (2006 julio 13). Siniora's Cabinet makes clear it had nothing to do with "what happened". *The Daily Star*. <https://rb.gy/k9ueg> (recuperado el 25/7/2023).

Qusti, R. (2007 marzo 4). Abdullah Welcomes Ahmadinejad. *Arab News*. <https://bit.ly/48S5cwk> (recuperado el 16/03/2024)

Rezaei, F. (2019). *Iran's Foreign Policy after the Nuclear Agreement: Politics of Normalizers and Traditionalists*. Palgrave Macmillan.

Riedel, B. (2018). *Kings and Presidents: Saudi Arabia and the United States since FDR*. Brookings Institution Press.

Rose, G. (1998). Neoclassical Realism and Theories of Foreign Policy. *World Politics*, 1(51), pp. 144-172.

Rosenau, J. (1997). Along the Domestic-Foreign Frontier. En Rosenau, J., comp. (1997). *Along the Domestic-Foreign Frontier: Exploring Governance in a Turbulent World*. Cambridge University Press - pp. 3-11.

Rowayheb, M. (2011). Walid Jumblatt and Political Alliances: The Politics of Adaptation. *Middle East Critique*, 20(1), pp. 47-66.

Ryan, C. (2014). Inter-Arab Relations and the Regional System. En Lynch, M., comp. (2014). *The Arab Uprisings Explained. New Contentious Politics in the Middle East*. Columbia University Press - pp. 110-124.

Sabet, F. y Safshekan, R. (2019). The Revolutionary Guard in Iranian Domestic and Foreign Power Politics. En Akbarzadeh, S., comp. (2019). *Routledge Handbook of International Relations in the Middle East*. Routledge - pp. 96-109.

Said, E. (2003). *Orientalism*. Penguin.

Salibi, K. (1988). *A House of Many Mansions: The History of Lebanon Reconsidered*. IB Tauris.

Salloukh, B., Barakat, R., Al-Habbal, J., Khattab, L., & Mikaelian, S. (2015). *The Politics of Sectarianism in Postwar Lebanon*. Pluto Press.

Sartori, G. (2005). *Parties and Party Systems: a framework for analysis*. Oxford University Press.

Scheffer, T. (2020). Between Communalism and State-Building: Lebanon's Christians and the New Arab Disorder. En Stetter, S. y Moussa, M., comps. (2020). *Middle East Christianity: Local Practices, World Societal Entanglements*. Palgrave Macmillan - pp. 49-68.

Shanahan, R. (2011). *The Shia of Lebanon: Clans, Parties and Clerics*. IB Tauris.

Shani, G. (2009). Transnational Religious Actors and International Relations. En Haynes, J., comp. (2009). *Routledge Handbook of Religion and Politics*. Routledge - pp. 308-322

Sociedad de las Naciones (1919). *Pacto de la Sociedad de las Naciones*. Archivo del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de la Plata.

Siniora, F. (2006). Lebanon is a Cursed Country that Needs Help. *The Manila Times*. <https://bit.ly/499Q8dZ> (recuperado el 27/1/2024).

Sombra Saraiva, J. (2003). Is it Possible to Establish a Causal Nexus Between Foreign Policy and Political Regime? En Sombra Saraiva, J., comp. (2003). *Foreign Policy and Political Regime*. Instituto Brasileiro de Relações Internacionais (IBRI), Universidade de Brasília - pp. 13-28.

Stack, M. (2005 junio 14). Lebanon Finally Facing its War. *Los Angeles Times*. <https://lat.ms/4bL2QAU> (recuperado el 19/7/2024).

- Stein, A. y Stephens, M. (2020 marzo 9). A Royal Purge: The Political Power Grab in Saudi Arabia. *Foreign Policy Research Institute*. <https://bit.ly/46V6LsI> (recuperado el 17/10/2023).
- Tabbarah, B. (1997). The Lebanese Constitution. *Arab Law Quarterly*, 2(12), pp. 224-261.
- The New Arab (2019 septiembre 1). *Saudi Crown Prince Mohammed bin Salman orders new anti-corruption purge targeting civil servants*. <https://bit.ly/3Fj488m> (recuperado el 17/10/2023).
- Toft, M., Philpott, D. y Shah, T. (2011). *God's Century: Resurgent Religion and Global Politics*. WW Norton & Co.
- Traboulsi, F. (2007). *A History of Modern Lebanon*. Pluto Press.
- Ulrichsen, K. (2019). GCC Foreign Policy: The Struggle for Consensus. En Akbarzadeh, S., comp. (2019). *Routledge Handbook of International Relations in the Middle East*. Routledge - pp. 209-221.
- Walt, S. (1987). *The Origins of Alliances*. Cornell University Press.
- Waltz, K. (1979). *Theory of International Politics*. Addison-Wesley.
- Warnaar, M. (2013). *Iranian Foreign Policy During Ahmadinejad: Ideology and Actions*. Palgrave Macmillan.
- Wehrey, F., Karasik, T., Nader, A., Ghez, J., Hansell, L. y Guffey, R. (2009). *Saudi-Iranian Relations Since the Fall of Saddam: Rivalry, Cooperation, and Implications for US Policy*. Rand Corporation.
- Winslow, C. (1996). *Lebanon: War and Politics in a Fragmented Society*. Routledge.
- Wynbrandt, J. (2004). *A Brief History of Saudi Arabia*. Facts on File.
- Zaccara, L. (2011). The 2009 Iranian Presidential Elections in Comparative Perspective. En Ehteshami, A. y Molavi, R., comps. (2011). *Iran and the International System*. Routledge - pp. 192-206.

Zaccara, L. (2016). Iran's Permanent Quest for Regional Power Status. En Braveboy-Wagner, J., comp. (2016). *Diplomatic Strategies for Nations in the Global South: The Search for Leadership*. Palgrave Macmillan - pp. 181-212.

Zaccara, L. (2021). The Iranian Foreign Policy in Turbulent Times: the Arab Uprisings, the Nuclear Deal and GCC Crisis. *Revista Española de Ciencia Política*, 56 - pp. 59-70.

Zahreddine, D. y Corrêa Teixeira, R. (2015). A ordem regional no Oriente Médio 15 anos após os atentados de 11 de Setembro. *Revista de Sociologia e Política*, 23(53) - pp. 71-98.

ANEXO

A. Entrevista: Dr. Ignacio Gutiérrez de Terán

FICHA: Entrevista realizada en Madrid (España) el 17 de mayo de 2022 a Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita. Obtuvo su título de doctor en Filología Árabe por la Universidad Autónoma de Madrid. Es director del Departamento de Estudios Árabes e Islámicos y Estudios Orientales en esa universidad. Entre sus publicaciones destacan “Estado y Confesión en Oriente Medio: el caso de Siria y Líbano” (2003), “Somalia: clanes, islam y terrorismo internacional” (2007), “Yemen, la clave olvidada del mundo árabe” (2014) y “Las revoluciones árabes: relato de un proceso en desarrollo” (2017).

SC: La primera pregunta es si usted considera que existe una política exterior libanesa auténticamente soberana, o si acaso ha sido cooptada absolutamente por las variables independientes. O sea, hay variables independientes y variables dependientes. Las dependientes son las locales y las independientes son las foráneas, ¿no? Y parece ser que está este fenómeno, que es que en el Líbano las variables independientes se han comido a las dependientes. ¿O no es así?

IG: Bien, yo opino que en realidad nunca ha habido una política exterior libanesa como tal, puesto que la misma constitución de la República implicaba como un acuerdo tácito que Líbano como institución externa estaría neutralizada. O sea, se neutraliza en el interior en cuanto a la idea de qué Estado se quiere hacer y de qué tipo de influencias habría, y por supuesto en el exterior. Y para mí la gran paradoja es que la Revolución Siria obliga no solo al Estado, sino también a muchas fuerzas políticas distintas a ejercer una política exterior que no existía. Esa es mi opinión. O sea, no había política exterior. Yo no sé qué política exterior tenía Líbano en los 70, ni qué política exterior tenía Líbano en los 60. Era nominalmente secundaria de las grandes decisiones árabes. Hasta los años 50 y 60 se considera que es una política más o menos de, no voy a decir de seguidismo, de concordancia con la línea general árabe que podría estar representada con Abdel Nasser, pero Abdel Nasser llega un momento en que se decanta por la

acción palestina y eso provoca una neutralización dentro, en la política doméstica. Entonces yo creo que no ha habido una política exterior como tal y paradójicamente se ha visto obligada a adoptarla primero tras la retirada a Siria, ya en el siglo XXI, y luego tras todos los acontecimientos que ocurren en el país vecino, que es cuando Líbano de repente se encuentra con esa política exterior. Y eso no se sabrá muy luego de él, pero se ha visto claramente en los últimos años y meses como hay posturas contradictorias dentro de la diplomacia y del Ministerio de Exteriores o del Ministerio incluso de Interior con respecto a la política del Líbano hacia afuera, lo cual demuestra que ni siquiera había una concepción estatal o sistémica de lo que era la política exterior. Por ejemplo, lo hemos visto con la cuestión que ha ocurrido, las declaraciones un tanto dispersas sobre Arabia Saudí, posturas encontradas sobre Irán, posturas que difieren entre sí sobre asuntos árabes. El Ministro de Exteriores dice una cosa, su diplomático dice otra, el representante en la ONU expresa un punto de vista que luego ha de ser desmentido por el ministro de aquí, un ministro que tiene que dimitir porque ha hecho un comentario que Arabia Saudí considera impertinente, otro ministro que tiene que pedir disculpas porque ha dicho algo sobre Irán, dentro del grupo dirigente políticos que no se ponen de acuerdo sobre la cuestión de cómo encajar a Líbano en el contexto, sobre si apoyar o no movimientos democráticos. Eso creo desde mi punto de vista. Desde luego es una interpretación porque en Líbano, como bien sabes, todo está abierto a cualquier tipo de manipulación. Hay un periodista español que pasó mucho tiempo en Beirut y dijo, Tomás Alcoverro, si le han explicado en Líbano y lo ha entendido es porque se lo han explicado mal.

SC: Es cierto, es cierto. La posibilidad de que Rusia, yo he visto aquí en España como el tema de Ucrania está muy presente. Para nosotros allá en Argentina es un tema muy tangencial de la política nacional. Acá está mucho más vivo el tema. La posibilidad de que Rusia sea el perdedor en este conflicto que sostiene con Ucrania, ¿va a afectar a la región de Oriente Medio? ¿Cómo creen que eso podría impactar en la rivalidad entre Irán y Arabia Saudita eventualmente? Creo que va a tener un gran efecto, sobre todo en la proyección de Rusia hacia el Golfo. Porque el Golfo es el vector económico y el gran vector que puede influir en grandes políticas.

IG: Y cuando me refiero al Golfo por supuesto también incluyo a Irán. Creo que Rusia ha demostrado que no es un socio militar fiable, que es lo que buscan los estados del Golfo Árabe.

Y tampoco es un socio, que por así podamos decirlo, un socio geoestratégico fiable para Irán. Ha cometido muchos errores, lo sigue cometiendo y demuestra que tampoco tiene... Lo ha demostrado desde el primer momento, desde su intervención en Siria, sobre todo a partir de 2015. Pero ahora queda claro, para si alguien dudaba, que tampoco tiene una proyección, una visión a largo plazo para la propia Siria. Entonces ya mucha gente incluso, dentro de los que pensaban que Rusia era un mal menor, que empiezan a plantearse esa idea de que Rusia hasta qué punto puede ser esa alternativa que todos esperaban para Estados Unidos. No que hiciese lo mismo que Estados Unidos evidentemente, pero que actuase como ese poder más o menos controlador, que con la ayuda financiera y diplomática de China y con el apoyo sobre el terreno de Irán, pudiese ofrecer una alternativa para la zona. Creo que va a influir y también en lo que hace al escenario sirio, libanés, palestino, también va a fomentar esa imagen de que Rusia, como decimos aquí, se ha quemado antes de lo que se pensaba. Que era un poder en proyección, pero se ha descubierto que no tiene una gran capacidad de expansión. Aquí en España, la cuestión de Ucrania, está bien que lo hayamos dicho en un primer momento, pero creo que en un primer momento creamos una gran tensión, porque todos pensábamos que Rusia iba a ganar en cuestión de días, y la gran preocupación era qué vendría después. Ahora hay una especie de relajación, incluso hay una especie de menosprecio, injustificado, pero que existe hacia Rusia, su ejército, su proyección, su capacidad militar en la zona. Y esta visión la tenemos nosotros, pero hay que suponer que la tienen también en el Golfo, en Emiratos, en Arabia Saudí, países que estaban muy quejosos con Estados Unidos y con la Unión Europea, y que se han dado cuenta de que, quieras o no, quien sigue mandando en el mundo, por lo menos desde cómo se ve aquí, es Estados Unidos. Por desgracia, lo digo por desgracia, porque no soy en absoluto parte de Estados Unidos, creo que es un imperio criminal y perjudicial, pero eso lo discutimos aquí mucho con la supuesta izquierda. Si el imperialismo americano es una mierda, el imperialismo ruso es una mierda. El imperialismo es una mierda en todas partes. Entonces no queremos cambiar al “gringuismo” criminal por el “rusismo” criminal o por el “chinismo” criminal. Esa no es la solución. Creo que en Oriente Medio muchas veces hemos caído en ese ámbito. Para sacar un clavo, cogemos un martillo y ponemos otro clavo. No conseguimos nada. Y creo que esa es la desgracia. Porque si recordamos lo que están haciendo Emiratos Árabes y Arabia Saudí, que tienen mucha importancia como grandes elementos financiadores, el dinero está ahí, y el flujo de capital, y la capacidad de proyección, estamos viendo cómo ellos mismos también se están dando cuenta de

esta debilidad estructural rusa. Y luego también está la pregunta de China. ¿China hasta qué punto quiere asumir un papel hegemónico en la zona? Más allá de la ruta de la seda, todos estos grandes proyectos. ¿Hasta qué punto quiere y hasta qué punto puede? Y la pregunta desde aquí, desde Europa, no es hasta qué punto quiere, sino hasta qué punto puede. Tiene la capacidad, tiene la experiencia, tiene la proyección, tiene la fuerza. Ya es un poco la cuestión de alternativas. Y yo creo que va a dejar, la imagen que está dando Rusia en Ucrania, deja ese pozo de intranquilidad en muchos sitios de Oriente Medio. Que pensaban que podría crearse un nuevo orden, una nueva realidad. Y ahora la cosa es mucho más confusa. Eso es mi punto de vista, yo digo que esto aquí todo está abierto.

SC: Sí, sí, sí, por supuesto. Entonces, la tesis doctoral, bueno, usted como le comentaba ahí, la cuestión del marco temporal. Este ha sido un diálogo que he tenido con mi tutora. Entonces, un tema que hemos discutido y que dijo “conversalo con tus entrevistados”, es el tema del marco temporal. Sí. Hay como dos opciones posibles, ¿no? Una opción sería tomar el marco temporal 2011-2021 o 2011-2019, desde que comienza la primavera árabe hasta el estallido de 2019 en Beirut. O tomar también lo que ha sido la presidencia de Michel Aoun. Otra posibilidad, quizá no está acá en la pregunta, es también un nudo problemático muy especial, que ha sido la guerra en Siria. O sea, el impacto que ha tenido la guerra en Siria cuando se genera... Cuando se genera esta distorsión en el acuerdo de Baabda, entre si hay que intervenir, no hay que intervenir... Una tesis que hable sobre la política exterior libanesa. ¿Cuál le parece que tendría que ser, a usted su opinión, el recorte temporal? O sea, ¿cómo haría el recorte temporal para decir, bueno, a ver, existe una política exterior, no existe una política exterior? ¿Para qué lado mandarían el recorte?

IG: Bien, partiendo de la base de que no es tan influyente quién gobierne Líbano, sino lo que ocurre en la región, yo dejaría a un lado la división tradicional que se ha hecho siempre en Líbano sobre las presidencias. Se ha tenido que pensar, hasta la intervención siria, que las presidencias eran determinantes en el marco de la política exterior. Y se hizo mucho con Chamoun. Chamoun, evidentemente, era un hombre que marcó, una personalidad que marcó mucho la política exterior. Helou un poquito más, Sarkis ya marcó el seguidismo completo hacia Siria. Pero creo que ya a partir de, sobre todo, los años 70, la guerra civil, esa división no es pertinente. Entonces yo me centraría, que era un elemento clave, que era el inicio de la

revolución en Siria, en 2011, porque marca algo inédito, que es la intervención de un actor no estatal como es Hezbollah abiertamente en un país vecino, cuando supone que era lo contrario. Hasta ese momento nos habíamos acostumbrado a pensar que Siria era quien había apoyado a Hezbollah. Y, de hecho, yo recuerdo siempre en 2005 cuando Hezbollah hace esa manifestación que inaugura el movimiento del 8 de marzo cuando dice aquello de que debemos tanto a Siria, porque Siria nos ha ayudado a mantener nuestra independencia. Y resulta que cuatro o cinco, bueno, diez años después, está Hezbollah apuntalando al régimen de Bashar Al-Assad. Y creo que es un elemento circunstancial, marca un punto de inflexión, porque además también tenemos movimientos salafistas que intervienen y tenemos a todo un movimiento como el Movimiento del Futuro o las Fuerzas Libanesas o los grupos antisirios que están llamando directamente al levantamiento del pueblo sirio contra el régimen. Y eso, evidentemente, no lo habíamos tenido nunca. Y creo que ese es el momento definitivo. Yo lo marcaría desde 2011 hasta el momento actual y centrándome sobre todo en cuando ya se contrasta la implicación efectiva de Hezbollah y sobre todo los discursos que apuntalan esta política exterior de Hezbollah, porque son peculiares. Si uno sigue las declaraciones de por qué intervenimos en Siria, se encuentra un factor cultural, religioso, que está muy alejado de lo geoestratégico. Luego también está la idea de que Siria no puede caer, porque esto sería el caos, entre ellas el islamismo radical, sería un avance del occidente imperialista, etc. Pero eso muchas veces queda un poco diluido con la idea de que nosotros seguimos lo que nos recomiendan desde Irán. También intentamos apoyar a la visión iraní. Pero creo que somos sobre todo argumentos socioculturales y religiosos. Y vitales, y es algo curioso. Puede ser interesante ver el discurso justificador de Hafez Al-Assad, cuando interviene en Líbano en 1976, dice aquello tan curioso de venimos a salvar a la comunidad cristiana. La comunidad cristiana está al borde de la extinción. Esto hay que decírselo a los imbéciles que tenemos aquí, antiimperialistas, que te dicen que Siria salvó a la izquierda libanesa. Siria entró con el visto bueno de Estados Unidos y de Irán a salvar al sistema oligárquico libanés. Él fue el instrumento de Washington para mantener el Estado puro. Y hay que recordárselo porque dice bastante. Aquí un problema que tenemos es la falta de conocimiento sobre Oriente Medio. Entonces ese argumento que él daba, porque yo cuando hice mi tesis, yo hice mi tesis sobre las relaciones interconfesionales, y me interesaba mucho este aspecto. Entonces yo leía y él decía, Walid Jumblatt, no, te estás cargando Líbano, eso no es la izquierda, estás poniendo en peligro la convivencia entre comunidades en Líbano. Señores

palestinos, ustedes, sobre todo Arafat, ustedes están pervirtiendo la identidad libanesa, iba siempre en esa línea. Y Hezbolá, muchos de sus discursos van en la línea de salvar a la comunidad chií. Eso tiene mucha importancia. Por eso digo que nunca he creído en una política exterior libanesa. Ni como Estado, ni ahora por sus actores no estatales, porque ellos no tienen una visión geoestratégica de Líbano. Líbano nació como una entidad para mantener, yo siempre lo he pensado, un sistema polioligárquico. Oligarquías sunitas, chiíes y cristianas que se alían para mantenerse en el poder. Y sigue, ese acuerdo sigue, aunque parezca que no. Intentó romperse en 2019, intentó romperse antes con, bueno, la sucesión de la huelga por las basuras, etc. El movimiento de la [inaudible], con todo eso. Pero se intenta romper, pero siempre se intenta romper desde el punto de vista de la base, que es del acuerdo oligárquico, del acuerdo del 43. Eso es lo que la parte de la población ha intentado romper, pero es tan profundo y tan correoso que lo impregna todo.

SC: Claro, yo eso comparto, comparto la visión. Yo tuve una visión muy pesimista ayer cuando me pasaron los números de la elección. Bueno, tanto lío para meter 11 diputados, entre 11 y 15. Y me estuve mensajeando con unos primos y me di cuenta que para ellos fue una victoria. Entonces dije, no, bueno, hay que respetar esto, ¿no? Para ellos, ahora que haya entre 11 y 15 diputados que de alguna manera sienten que nos representan, o los que tienen una conexión más fuerte que simboliza el cambio, bueno, soy un símbolo importante para ellos. No, pero hay que intentarlo, es un movimiento que yo desde aquí apoyo.

IG: Como en Irak, como en Marruecos. Es la única solución que nos queda, un movimiento transversal de gente joven, de gente que no está viciada por esa mentalidad patriarcal, que es lo que nos ocurre en el mundo árabe, con la independencia de que sean pro o anti, de derecha a izquierda, religiosos o no. Ese es el gran problema que yo veo. Un sistema oligárquico podrido. Yo tengo la impresión de que Arabia Saudita, especialmente después de que... Que si no luego uno se le marean los ojos. Ah, perfecto, bien.

SC: Entonces yo tengo la impresión de que Arabia Saudita, especialmente tras la asunción de Mohammed bin Salman como príncipe heredero, tengo la impresión de que está corriendo la carrera desde atrás. De que Irán es el que va por delante, ¿no? Lo veo en Irak, lo veo en Irán, lo veo en Yemen. Lo veo en el mismo Qatar. Como se ha visto Arabia

Saudita obligada a decir, “bueno, volvé, volvé”, ¿no? Tengo la impresión de que Arabia Saudita está corriendo la carrera desde atrás y que este tipo que uno veía en los medios estadounidenses, ¿no? Como el gran reformador MBS, ¿no? El gran reformador... No, en realidad es una persona con poca experiencia en el tema de la política exterior y está corriendo desde atrás esta carrera con Irán. ¿Usted qué impresión tiene de eso?

IG: Sí, la misma. Creo que Irán está superando a Arabia Saudita ya desde antes de 2015 cuando llega Salman y creo que se debe sobre todo a errores propios. Más que aciertos de Irán que tampoco me parece a mí que la política exterior iraní sea demasiado brillante según qué aspecto. Es una política exterior de mantenimiento y de crecimiento progresivo pero los errores saudíes están siendo tantos y tan numerosos y los ridículos espantosos. Pero todo lo de la guerra de Yemen me parece que ha sido determinante. 2015 nada más llegar al poder, si no me equivoco tarda unos meses en implicarse en Yemen. ¿Todo para qué? Para crear esa imagen de incapacidad. Que a su vez también tiene su reflejo en Occidente. Creó también una gran sorpresa el fracaso militar saudí. Fue una muestra de que los saudíes tampoco son fiables a la hora de presentar una opción a Irán. Y por lo tanto creo que sí, estoy completamente de acuerdo. Son errores que se van acumulando y al final las soluciones que aportan no acaban de ser creativas. El último gran tropiezo ha sido dar por muerta la hegemonía estadounidense en la zona y realizar una apuesta por potencias emergentes como Rusia, China o la India, por ejemplo. Digo potencias emergentes con respecto a ellos en la región, porque por supuesto Rusia no es una potencia emergente. Pero con respecto a ellos en la región creo que es otro de sus errores que quizás no han comprendido la situación geoestratégica. Los iraníes sí, los iraníes colaboran con Rusia en el terreno en Siria, pero desconfían mucho de Moscú y también tienen su mecanismo abierto y son capaces de buscar estrategias independientes en, por ejemplo, la Asia Central o en el Mar Caspio, zonas de gran interés para ellos. Son conscientes quizás de una política de mayor recorrido. Y sí, no puedo sino coincidir plenamente con esa idea. Pero no creo que sea algo que hable muy bien de la política exterior de Teherán, sino muy mal de la de Riad.

SC: ¿Cuál es el papel que juegan otros países poderosos en la región, como Turquía e Israel, en este enfrentamiento de intereses? Que uno mira a Irán, A Arabia Saudita... Pone uno la mirada en estos dos actores de la región, pero detrás hay otros dos países ahí que son

también, digamos, no vamos a decir potencias medias, pero sí que son países con vocación de poder, una estrategia aparente, una cierta fortaleza.

IG: ¿Con respecto a Líbano u Oriente Medio?

SC: No, en general, con respecto a la región.

IG: Israel siempre es el presente-ausente. Es decir, siempre Israel ha tenido una proyección enorme y ha dirigido, no entre bastidores, sino de forma cada vez más notoria, lo que está ocurriendo en la zona. Y desde luego es una importancia que quizás no se destaca por intereses geoestratégicos, sobre todo estadounidenses o occidentales, pero es un elemento de primer orden. Se caricaturiza mucho la supuesta rivalidad iraní-israelí, sobre todo por parte de Teherán. Es una de las cosas de la política exterior iraní que no es demasiado consistente, esa idea de que tenemos un conflicto de tú a tú con Israel y que somos las dos fuerzas que estamos luchando por el control hegemónico en la zona y en Siria se está viendo. Creo que Israel todavía mantiene una superioridad en muchos ámbitos sobre Israel en ese apartado, no solo en el ámbito militar, sino también en el ámbito de lo que es la decisión sobre el terreno. Pero Israel tiene una política de contención, es evidente. Intenta neutralizar cualquier factor que pueda suponer un peligro y cuando no puede derribarlo, busca la confusión geoestratégica, es decir, crear territorios en continua disputa. Siria, al fin y al cabo, es un producto, yo creo, de una visión israelí sobre la zona. Si antes teníamos la idea del estado buffer que te protege de algo, ahora es una especie de páramo donde hay un conflicto, donde hay... donde permites que los contendientes disputen entre sí. Es lo que yo he llamado alguna vez el conflicto en flotación. Es decir, cuando no puedes dominar un lugar, la mejor forma posible es abrir el espacio para que todos los sectores interesados obtengan una mínima ganancia. Todos salen ganando, pero se llega a una especie de consenso de convertir esa zona en un territorio neutral en cuanto a su proyección. Es decir, yo puedo disputarme el control sobre Siria, pero eso no puede influir en los territorios de al lado. Entonces abro ese territorio y todos los elementos disputan ahí sobre su área de dominio y consiguen lo que desean. Y aquí es donde entra Turquía. Turquía ha entrado también en ese elemento y Turquía lo ha conseguido en la zona, igual que lo ha hecho en Libia, porque Libia también es un estado de conflicto en flotación. Entonces cada uno consigue lo que quiere. ¿Quién va ganando en Libia? Ni idea. A mí me preguntan, ¿quién va ganando en Libia, Haftar o

los de Trípoli? ¿Qué milicia es más poderosa que la otra? Lo digo, no lo sé. Pero, ¿cuáles son las empresas que se están llevando el petróleo de Libia? Los franceses, los canadienses, los catariés, los turcos, los rusos. Entonces, ¿quién está perdiendo? Los libios. ¿Quién está ganando? Pues todos estos países están llevando su cuota de poder. ¿Quién está ganando en Siria? Pues por desgracia el pueblo sirio. ¿Quién está perdiendo? El pueblo sirio. ¿Quién está ganando? Pues los israelíes ganan su cuota de seguridad, los iraníes su cuota de proyección nacional, los emiratíes practican y hacen sus mini-estados, sus pseudo-Estados Unidos. En fin, todos están ganando ahí. Y Turquía lo que le interesa, sobre todo en Oriente Medio, es mantener en dominio la cuestión kurda, que no se vaya de ciertos límites. Y al mismo tiempo mantener su proyección hacia la zona de Asia Central, que yo creo que es uno de sus grandes objetivos. Y entonces va consiguiendo hasta cierto punto lo que plantea. Creo que depende mucho de la ambición de los objetivos. Mientras sean los objetivos centrados en la contención y en la consecución de ideas o de límites que son muy realistas, Turquía e Israel van avanzando, igual que Irán. El problema está que Turquía a veces tiene esa propensión a exceder un poco su límite histórico y ejercer una influencia que no es capaz de mantener.

SC: Y ya que estamos en el tema de los acuerdos [de Abraham], ¿qué impacto han tenido en la región? ¿Han tenido algún impacto? Pues no han tenido mayor impacto que fortalecer sobre todo la sujeción de algunos países del Golfo, Emiratos Árabes y Bahréin con Israel, de abrir un poco el grifo de lo que ya sabíamos que existía.

IG: Pero no ha tenido una gran... Desde mi punto de vista, ha creado más bien un alboroto y una especie de tensión social, pero no ha tenido una influencia eficaz en un sentido u otro sobre la política exterior árabe. Porque la política exterior árabe, si decíamos que Líbano no tenía política exterior, la política exterior árabe... Yo nunca he sabido lo que es cuando me dicen la política de los países árabes. Bueno, la Liga Árabe, por supuesto, que nunca hemos sabido lo que opina ni exactamente qué cosas hace para llevar a cabo lo que dice que opina. Pero la política exterior árabe también ha sido una especie de mantra o de imagen retórica. Por lo tanto, no creo que haya afectado más que en la política exterior o en la cosmovisión regional de estos países, de los países implicados. Porque ni siquiera Sudán, que es un país cuyo régimen militar ha asumido los acuerdos, tampoco es que pueda hacer mucho más allá. Por lo tanto, yo creo que ha influido, sobre todo en los países donde se está produciendo esto. Y quizás ha tenido un impacto de que en

ciertos sectores sociales del mundo árabe ha caído ese tabú que no se podía hablar de Palestina si no es a favor de los derechos palestinos. Yo creo que es algo más importante de lo que se piensa. Como en la opinión pública, por ejemplo, en Emiratos Árabes ya se habla abiertamente de un proisraelismo que nunca habíamos podido imaginar. Y eso es algo muy extraño para nosotros porque todos estos regímenes sabíamos que eran proisraelíes, sino no se había descubierto nada. Pero sí que las redes sociales, los medios de comunicación mantenían esa especie de ficción de que estamos con los palestinos. Y ahora uno lee lo que dicen en Twitter, lo que publican y tal, cómo se insulta directamente a la causa palestina. Y comprendes que esto se llevaba preparando desde hacía tiempo, como ha habido también ese cambio de enfoque y declarativo. Pero no creo que haya influido en gran manera sobre lo que es la política real. Porque, por desgracia, en el mundo árabe, y esto lo sabes tú bien, hay un nivel de política real y luego hay otro nivel de política ficticia, de la política retórica. Y una cosa es lo que se hace en realidad, que muchas veces no coincide con lo que dicen que hacen. El sentido es de agradecer que los emiratíes hayan abandonado la hipocresía y hagan en público lo que llevan haciendo desde hace 20 años, porque ya lo sabíamos. Que Emiratos Árabes negociaba con Israel, porque ya lo sabíamos. Que Emiratos Árabes compraba la tecnología militar como hace Marruecos. Marruecos tiene la tecnología militar bien portada de Israel. La desgracia es que esto se lo dices a muchos marroquíes y se enfadan. Porque no lo saben. Muchos marroquíes no saben que el muro que hay entre el Sahara, la zona ocupada, y donde están los campamentos y el territorio de nadie, no sé si conocen la zona del Sahara.

SC: Conozco el mapa, pero no...

IG: Pues es el muro del Ateneo Técnico Israelí. El sistema de seguridad. Pegasus. El famoso Pegasus. A quien primero se lo venden, a uno de los primeros de [inaudible]. Es muy conocido todo eso, pero lo curioso del mundo árabe es que como dentro hay esa burbuja informativa y que no se cuentan estas cosas, la gente se lleva a sorpresas. Por eso digo que no... A mí no me ha extrañado. No creo que haya sido un cambio significativo en la política real. Ahora, sí me ha llamado la atención de cómo parece ser como si parte de esta sociedad estuviese deseando que sus regímenes les diesen el visto bueno para empezar a decir lo que pensaban de verdad de los palestinos. Que a mí me lo han dicho ya muchos árabes. Los palestinos son inaguantables. Los palestinos abusan mucho de esa condición de víctima. Los palestinos son demasiado listos,

etcétera, pero eso será gente del trato normal de los palestinos, no de los derechos palestinos y me parece muy triste ver a ciudadanos árabes que hablen así de una cuestión que deberá ser básica para ellos, no como un Estado racista como es el régimen de Tel Aviv ocupa un territorio y estuvo esa población vamos, no me extraña porque sabíamos que los dirigentes árabes en buena medida pesaban el hueso y luego también otro caso es la facilidad con la que se ha llevado algo. Sencillo, como que de repente los israelíes vayan a Emiratos y vayan por ahí. Habrán restaurantes kosher y vayan con la bandera, que se paseen alegremente en muchos sitios a los que no van. No van porque saben que la población los rechaza, ni hacen profesión de fe, salvo por lo que he visto en la zona del Mar Rojo, en los balnearios y lugares muy protegidos por el ejército. Pero en el resto de sitios, los israelíes cuidan mucho de hablar en hebreo, de que se les noten, no lo hacen. ¿Por qué? Porque la población no es algo contrario a lo que pasa en Emiratos; la población es profundamente anti-israelí, pero tiene un grupo dirigente que ha decidido hacer la paz con Israel. En Emiratos, por lo que parece, pues hay una parte de la población que es tan adepta a sus dirigentes que enseguida han asumido la tesis de una forma mucho más visceral que los propios dirigentes, algo curiosamente llama la atención desde el punto de vista de la comunicación y de los sentimientos sociales. Sí, y aparte no. Uno ve cómo Emiratos ha hecho alarde de estrechar lazos con Israel, no cuando presentó al embajador o, digamos, con un fuerte impacto mediático. Mucho, de verdad, sí llamó la atención en ese sentido, pero la influencia sobre los palestinos ha sido nula y sobre Siria, sobre el Líbano, sobre la propia Jordania. Jordania incluso ha rebajado el nivel y se ha presentado como más pro Palestina que los límites, cosa que llama la atención. Como muchas veces, estas posturas que adoptan desde Emiratos y Arabia Saudí acaban creando la sensación de que se están radicalizando en una dirección. Tiene algo curioso también, digno de análisis. Pero muy difícil porque estoy pensando, por ejemplo lo de la poligamia es que son cosas que están enraizadas en la cultura y en la forma de ver de muchos sectores sociales, es decir, yo como le digo ahora a las aldeas y como y pueblos pequeños son chiíes, que le vamos a prohibir casarse con dos mujeres que han recibido una educación a pesar porque claro es que el Estado no existe como tal entonces no ha habido una educación universal libanesa, cada una ha hecho lo he creado un poco la gana. Entonces, ¿cómo lo hacemos? Entonces la única forma de que sobre todo las comunidades pequeñas sientan una seguridad es que se les reconozca como comunidad religiosa, por eso suelen ser los grupos minoritarios, los más aferrados a esa idea los rusos, por ejemplo, incluso son una comunidad que necesitan

diferenciarse del resto sobre todo de un resto musulmán que en otro sitio dice que los rusos son [inaudible], pues claro, si yo tengamos musulmanes que me dicen “fuera que tú eres un [inaudible] porque crees en la reencarnación de las almas”; “yo reconozco a la élite maronita como dirigente del país, pero tú no me toques nuestro Código Civil porque nosotros queremos una comunidad cohesionada más allá de los mares”, te dicen, ¿vale? “Yo no te voy a tocar la poligamia a mí eso de que las mujeres vayan de negro me repugna todo vuestro sistema, pero no nos toques nuestra idiosincrasia, no nos toquen nuestros bares en Biblos y nuestra discotecas”. En no sé qué “no nos toques”, que en fin, cuál es la cuestión un Líbano centralizado para hacer o muchos “Líbanos”. Al fin y al cabo las élites se han aprovechado de esto. Yo apoyo a estos grupos que desde abajo intentan cambiar, pero uno los ve, yo los vi en Beirut, estuvimos hablando con ellos y hay gente que hace cosas muy raras para un libanés, beben cerveza y van con los pantalones rotos y el hombre lleva un pendiente aquí, claro y no nos damos cuenta de que eso no es el Líbano de más allá de mí. Hay gente que está en una aldea que está harta ya del sistema confesional porque no le dejan trabajar en el Ministerio porque ya han cubierto el cupo de chiíes y le han dicho “no, es que ya tenemos el 40%, vete al de al de Defensa”, pero... ¡yo soy economista! “Sí, pero es que ya tenemos también aquí, ya sabes que en Economía quién manda son los maronitas”. Es como una especie de gran roca con la que te chocas, una y otra vez y vuelves y vuelves y te encuentras quieres formar un grupo un partido no confesional y al cabo de un año la gente te dice “es un partido no confesional, pero el 70% de tus de tus afiliados son ortodoxos” y dices “joder, ¿y qué vamos a hacer? Pues es que son todos del barrio”. Tú no tienes mentalidad confesional, pero siempre alguien en Líbano la tiene y entonces te lo recuerda: “¡pero tú tienes 70% de miembros ortodoxos!”. Bueno, qué pasa si pasa algo en mi comunidad y estoy fuera de la comunidad, ¿no? Que es en donde te puedes refugiar, porque no hay una entidad alternativa. Por desgracia en el Estado libanés no puedes y no es que no haya no es que no haya querido, es que no haya podido no ha querido porque ese era el acuerdo... El acuerdo era que Líbano como Estado, no existiera que existiese como como una especie de barriada confesional y “nos repartimos el área de poder”. Yo soy muy escéptico, creo que, no sé, tendría que haber un cambio muy fuerte en Irán o algo tendría que destrabarse entre Irán y Estados Unidos para que esto fuera posible y creo que la existencia de Israel ahí brinda de alguna manera una estructura que permite justificar la presencia de un movimiento armado en el Líbano.

B. Entrevista: Dr. Ignacio Álvarez-Ossorio

FICHA: Entrevista realizada en Madrid (España), el 18 de mayo de 2022, a Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño. Obtuvo su título de doctor en Filología Árabe en la Universidad Autónoma de Madrid. Es catedrático de Estudios Árabes e Islámicos en la Universidad Complutense de Madrid y director de la revista académica “Anaquel de Estudios Árabes”. Es autor de “Gaza: crónica de una Nakba anunciada” (2024), “Qatar, la perla del Golfo” (2022), “Siria: la década negra” (2022), “Geopolítica de las Primaveras Árabes” (2022), “Movilizaciones populares tras las Primaveras Árabes” (2021), “Entre España y Palestina: revisión crítica de unas relaciones” (2018), “Siria: revolución, sectarismo y yihad” (2016), “La Primavera Árabe revisitada” (2015), “Sociedad civil y contestación en Oriente Medio y el Magreb” (2013), “Informe sobre las revueltas árabes” (2011), “Siria contemporánea” (2009), “¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí” (2007), “España y la cuestión palestina” (2003), “El miedo a la paz: de la guerra de los Seis Días a la segunda intifada” (2001) y “El proceso de paz de Oriente Medio” (1999).

SC: Entonces, primero lo que quería preguntarle era si para su parecer existe una política exterior libanesa auténticamente soberana, o si acaso cree que ha sido cooptada por las variables independientes, ¿no? Siendo las variables domésticas, las variables dependientes, las domésticas, y las independientes, no sé, la política exterior de Irán, de Arabia Saudita. ¿Existe una política exterior libanesa? ¿No existe? ¿Cómo ve usted a Líbano en el escenario regional?

IA: Bueno, yo creo que depende mucho también de la relación de fuerzas, ¿no? Y del gobierno, quién esté al frente del ministerio, ¿no? Porque, claro, no es lo mismo cuando gobierna una alianza de Hezbolá, ¿no?, con las... con Michel Aoun, ¿no?, con el partido Michel Aoun, que cuando gobierna la oposición, ¿no?, o Rafik Hariri, ¿no? Entonces, bueno, está muy condicionado, ya digo, por quién gobierna, y sobre todo por las líneas rojas, ¿no?, que le establecen a la hora de formar los gobiernos, ¿no? Entonces, está muy condicionada, en mi

opinión, la política exterior de Qatar por factores domésticos, ¿no?, por factores domésticos porque el margen de maniobra es muy reducido, ¿no?, de la diplomacia, no se pueden poner... llevar a cabo, ¿no?, políticas excesivamente ambiciosas sin contar con la luz verde, ¿no?, del presidente, y sobre todo del primer ministro, que es realmente el que tiene el poder, prácticamente, el ejecutivo, ¿no? Entonces, bueno, están, yo creo que muy constreñidos, ¿no?, muy limitados por esos condicionantes, ¿no?, por quién forma gobierno, por las líneas rojas que se suelen poner, ¿no?, desde Palacio, y, bueno, eso está claro que reduce mucho el margen de maniobra, no puedes poner una política muy ambiciosa cuando tu margen de maniobra es muy limitado y cuando también la duración de los gobiernos libaneses suelen ser muy precarios, de corta duración, con un margen de maniobra muy limitado, con lo cual no da margen, ¿no?, para, pues también todas esas cuestiones de los cupos confesionales, ¿no?, que también cada ministerio tiene que haber, pues, una repartición en función del peso específico de cada comunidad, ¿no?, lo cual, pues, limita mucho.

SC: Sabe que cayendo a la segunda pregunta, una cosa que me di cuenta este mes y medio que llevo aquí es que el tema de la Rusia-Ucrania está muy presente. Allá, la verdad es que no es un tema central, ¿no?, capaz que es importante porque aparece en los diarios, pero no es un tema que está... Acá me di cuenta que está muy en agenda, ¿no? Entonces, la posibilidad de que Rusia sea el perdedor en el conflicto que se tiene con Ucrania, ¿va a afectar a la región?, ¿va a afectar a Oriente Medio? ¿Cómo podría impactar esto en el balance entre Irán y Arabia Saudita? O sea, ¿qué efectos podría tener el hecho de que Rusia, efectivamente, resulte derrotada en este conflicto?

IA: Bueno, hay muchas, obviamente, lecturas que pueden hacerse, ¿no?, pero sí que está claro que Rusia había conseguido, ¿no?, sobre todo después de su intervención en Siria en el año 2015, retornar con fuerza a Oriente Medio, afianzar su presencia, no sólo con los tradicionales aliados de la Unión Soviética, caso de Siria o caso de Argelia, ¿no?, con los cuales ya tenía relaciones muy cordiales, sino también dentro de esa política, yo creo que muy pragmática, también muy basada no en la ideología, sino en los negocios, en las relaciones comerciales, había conseguido también tener unas buenas relaciones también con países que estaban en la órbita más bien de Estados Unidos, estoy hablando, por ejemplo, de Turquía, de Egipto, de Arabia Saudí, de Emiratos, ¿no?, países que, bueno, que han comprado armamento, armamento, pues, que han

establecido también acuerdos comerciales, ¿no?, importantes y, bueno, es decir, yo creo que Rusia, desde luego, la segunda presidencia de Putin, ¿no?, había afianzado mucho las relaciones con buena parte de los países, sobre todo que tienen voz y que tienen más recursos económicos, sobre todo las petromonarquías del Golfo. Claro, ahora se está viendo, ¿no?, porque se están viendo muchas presiones por parte de los Estados Unidos de América para que, sobre todo, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, a través de la OPEP pongan, ¿no?, intensifiquen, ¿no?, la producción de crudo, ¿no?, para hacer frente a la crisis energética mundial y se está viendo que estos países que tradicionalmente habían estado situados en la órbita de Estados Unidos, pues están bastante reticentes, ¿no?, a aumentar esas cuotas y acudir en ayuda de los países occidentales, ¿no? Entonces, bueno, parece que de alguna manera se están posicionando más del lado de Rusia, ¿no?, lo cual es una auténtica novedad, ¿no?, y eso tiene mucho que ver con los temores que tienen estos países ante el ascenso de Irán, ¿no?, ante el pacto nuclear, ¿no?, del 2015, ¿no?, con el G5 e Irán, ¿no?, y ante la búsqueda también de nuevos aliados que sean capaces de garantizar la seguridad de esos países y de esas dinastías. Entonces, Estados Unidos ya no es visto como un actor fiable y poco a poco ahí está habiendo una especie de revalidamiento estratégico, de acercamiento sobre todo a Israel a través de los acuerdos de Abraham, pero también de acercamiento a Rusia, ¿no?, al que ven como alguien comprometido, ¿no?, en garantizar la seguridad incluso hasta el punto de intervenir militarmente, por ejemplo, en el caso de Siria, para salvar a su aliado estratégico, a Bashar al-Assad, ¿no? Entonces, sí que está habiendo movimientos, ¿no?, importantes, ¿no?, desde el punto de vista geopolítico, entre bastidores, a lo mejor tampoco llama mucho la atención, pero choca mucho, ¿no?, esa relación tan estable que había habido entre Arabia Saudí y Estados Unidos desde el 45, ¿no?, del [inaudible], se está resquebrajando a marchas forzadas, ¿no? Entonces, bueno, sí, está claro que el impacto va a ser grande, todavía yo creo que es pronto para decir que Rusia va a ganar, que va a perder, ser derrotada en la guerra, y sí que está pues mostrando de alguna manera pues la debilidad, ¿no?, de ese vínculo que muchos creían que era muy robusto, ¿no?, entre las petromonarquías, Arabia, Emiratos y los países occidentales, ¿no? Parece que no están demasiado interesados en acudir en su ayuda, les digo, en una crisis que puede ser muy profunda, ¿no?, la de Ucrania, si se perpetúa en el tiempo, sobre todo.

SC: Yo, profesor, tengo la impresión de que en esta carrera entre Irán y Arabia Saudita, un poco Arabia Saudita corre por detrás, ¿no?, particularmente desde la llegada de Mohammed bin Salman al trono, había una serie de desaciertos. En ese sentido, tengo la impresión, y me gustaría saber cuál es su opinión, que Irán ha realizado cambios, avances, en Irak, en Yemen, en el Líbano, en relación al fortalecimiento de Hamas en los territorios palestinos, en el hecho de que Arabia Saudita habría tenido que volver a llamar a Qatar para atraerlo al redil, ¿no? Arreglamos, ¿no?, en lugar de sostener esa posición dura. Y me gustaría saber usted qué piensa en este vínculo, digamos, o en el hecho de que tengo la sensación de que Arabia Saudita corre por detrás, pero no sé si...

IA: Sí, probablemente sí, yo también coincido. Durante mucho tiempo Irán ha sido el que ha tenido la voz cantante, que ha marcado una agenda expansiva en buena parte de los países de la región, gracias a su alianza con muchas milicias chiíes, el Hezbolá libanés, es un caso, pero también Bashar Al-Assad, en el caso de Siria, los hutíes en Yemen, en el caso también de Irak, las milicias populares, la movilización popular, la Al-Hashd Al-Shaabi... Entonces sí que es cierto que Irán tiene una presencia... prácticamente está atenazando a Arabia, porque le tiene rodeado por el norte y también por el sur, lo cual intensifica la sensación de vulnerabilidad de los dirigentes saudíes, y esa necesidad precisamente de garantizarse el apoyo incondicional de un gran actor internacional. Estados Unidos es el que ha venido desempeñando esas funciones, pero debido a los desencuentros que hay entre el gobierno saudí y sobre todo el príncipe heredero, Mohammed bin Salman, y la administración Biden, pues consideran que no es fiable, que probablemente no acudiría en ayuda de Mohammed bin Salman o de Arabia Saudita en el caso de dificultades. Lo que ocurre es que también, bueno, no olvidemos que Irán está... todavía las sanciones están vigentes, que todavía no ha podido reincorporarse plenamente al mercado del petrolífero, entonces no se puede poner en ningún caso los recursos con los que cuenta Arabia Saudita y con los que cuenta Irán. Irán tiene mucha proyección exterior, pero también al mismo tiempo tiene muchos problemas a nivel doméstico, y esos problemas a nivel doméstico con la crisis económica, con la falta de alimentos de primera necesidad, con el encarecimiento del trigo, pues probablemente se intensifiquen. De hecho, ya está habiendo múltiples manifestaciones en prácticamente todo el territorio, entonces contrasta mucho esa proyección internacional que tiene Irán, pero esas dificultades a nivel doméstico, que son sobre todo de carácter económico, no

tanto como políticas, pero en el caso de que no sean gestionadas rápido, probablemente se transformen en movilizaciones también con una clara agenda de cambio político. El balón de oxígeno que ha dado el aumento de los precios de petróleo a Arabia Saudí es muy importante, y normalmente sabemos que las economías rentistas compran la paz social, subsidiando los alimentos de primera necesidad, creando empleo muchas veces innecesario, un sector público que está completamente hipertrofiado, entonces sí que es cierto que a lo mejor hace unos años, haciendo pocos años, parecía que Irán era la parte ganadora en tanto en cuanto había conseguido aumentar su posición regional y había conseguido que se levantaran las sanciones internacionales, pero tras la llegada al poder de Trump en la Casa Blanca y el restablecimiento de esas sanciones, parece ahora más bien que el que tiene una posición más aventajada es Arabia Saudí, gracias a esos importantes recursos que le proporciona la venta de los hidrocarburos, sí que es cierto que ha tenido muchos errores, ya sabemos la gestión de Mohammed Ben Salman, la intervención en Yemen, que no ha sido muy exitosa que se diga, el asesinato de Khashoggi, el encarcelamiento de todos los príncipes a nivel doméstico, el fallido embargo y bloqueo a Qatar en el año 2017 que se lo vieron obligados a levantar tras la llegada de Biden a la Casa Blanca, entonces está claro que no ha tenido muchos aciertos el caso en Arabia Saudí, pero ha acabado con la oposición que podía haber a nivel interno para asumir el trono y después ha visto, por ejemplo, como Mohammed bin Zayed, el príncipe heredero, acaba de ser elegido el presidente de los Emiratos, con lo cual sus aliados están de alguna manera en una posición privilegiada mientras que sus enemigos están en una posición quizás más débil, como Irán.

SC: Y en este contexto regional, donde parece que la rivalidad iraní-saudita ocupa el centro de la escena, hay también, me parece a mí, otros actores, no voy a decir potencias medias, pero sí por lo menos con vocación de poder, como son Israel y Turquía, me parece a mí, ¿cómo impactan estos dos actores en el sistema o eventualmente en esa rivalidad entre los dos pilares del golfo? ¿Cómo le parece que interactúan?

IA: Bueno, de diferente manera, porque está claro que Israel es un aliado potencial, podríamos decir, de Arabia Saudí, no han normalizado plenamente las relaciones, no han formado un acuerdo de paz, pero conocemos que existe una intensa colaboración a nivel de servicio de inteligencia, a nivel también militar, y que probablemente es una mera cuestión de tiempo que establezcan relaciones, no se han establecido ahora porque parece que hay quizás diferentes

percepciones entre la vieja guardia encabezada por el rey Salman y la nueva guardia encabezada por su hijo Mohammed bin Salman, pero bueno, es una cuestión de tiempo, yo creo que es meramente un trámite, es decir, que más pronto que tarde se normalizaran esas relaciones. Entonces, en ese contexto de incertidumbres, en ese contexto que parece que Estados Unidos está replegando de la región, que no tiene tanto protagonismo como tuvo durante la Guerra Fría, Arabia Saudí busca un aliado que le garantice su seguridad, y que además intervenga en el caso de que la propia Casa Saud se vea amenazada. Es decir, prácticamente busca un nuevo pacto del [inaudible], pero es en Estados Unidos, está buscando un nuevo aliado estratégico. ¿Cuál es la única potencia que tiene tecnología nuclear? Armas nucleares es claramente Israel, por lo tanto Israel es visto claramente como un aliado por parte no solo de Emiratos o Bahréin, que ya han normalizado sus relaciones, sino también por parte de Arabia Saudí. Es visto como un aliado con el que comparten no solo un enemigo, que es Irán, sino también un proyecto regional, un proyecto regional que pasa por preservar el statu quo autoritario. Es decir, en las primaveras árabes, los vientos de reformas democráticas son percibidos como una amenaza, ya digo, no solo por las petromonarquías del Golfo, que son monarquías absolutas, sino también por Israel, porque de alguna manera quedaría amenazado su puesto como única democracia, entre comillas, de Oriente Medio. Entonces, bueno, eso por lo que respecta a Arabia Saudí. Por lo que respecta a Turquía, claro, Turquía también representa una amenaza para Arabia Saudí en tanto en cuanto pretende abanderar su propio proyecto de Islam político. Durante mucho tiempo Arabia Saudí era reconocido prácticamente como el portavoz del Islam sunní, gracias a que tenía los lugares sagrados de la Meca y Medina, y también gracias a que había auspiciado la creación de la Organización de Países Islámicos en 1969. Ahora, Erdogan y su Partido de la Justicia y el Desarrollo, que llegara al poder en el año 2002, también parece que tiene su propio proyecto de Islam político, y que ese Islam político, que se basa además en la idea de respetar las normas democráticas, el sistema pluripartidista, garantizar las libertades públicas, choca frontalmente con el Islam Wahhabí, mucho más rigorista, más puritano, y que además ese Islam Wahhabí percibe la democracia como una prácticamente herejía, por muchas cosas, que no le valía mucho tiempo detenernos en ella. Ese ascenso que también tuvo Erdogan, que se intentó subir a la ola de la primavera árabe, recordemos que Erdogan se intentó dirigir a las masas en la propia plaza de Tahrir, del Cairo, una vez caído Mubarak, es percibido también como un rival de Arabia Saudí, y que le puede quitar ese monopolio del Islam sunní sobre todo, y que es mucho más

atractivo sobre todo para la gente joven. El pueblo árabe, la sociedad árabe, es una sociedad, como todos sabemos, muy joven, y obviamente consideran que es más atractivo ese modelo de rigorismo en lo religioso, o conservadurismo, podríamos decir más bien, conservadurismo en lo religioso pero en lo económico, un sistema más bien siguiendo el modelo económico liberal. Entonces es más atractivo que el modelo un poco caduco, el modelo un poco vetusto, que es el wahhabismo. En tanto en cuanto que Erdogan representa ese Islam, que además está aliado con los hermanos musulmanes, un país que cuenta con una gran implantación en todos los países del Oriente Próximo prácticamente, constituye sin duda alguna un rival para el proyecto que tiene Arabia Saudí para la región, y que es un rival porque entre otras cosas es mucho más atractivo para los países árabes en este momento de cambio, de transformación y de reformas que abrieron las primaveras árabes. Bien.

SC: ¿Usted cree que Irán y Estados Unidos se aproximan al nuevo acuerdo nuclear? ¿Usted lo ve como un escenario posible? ¿Y cómo afectaría esto a la región?

IA: Yo creo que es posible. Lo que pasa es que hasta ahora precisamente la movilización, sobre todo de Israel, Arabia Saudí y Emiratos, ha truncado esa expectativa. Hay algunas peticiones también por parte del equipo negociador iraní, que piden entre otras cosas que la Guardia Revolucionaria salga de la lista de organizaciones terroristas y que se levanten las acciones contra sus dirigentes. Entonces, bueno, sí, yo creo que alteraría y cambiaría mucho. Es decir, el hecho de que Irán vuelva a poder exportar petróleo, por una parte, claramente aliviaría la crisis energética. También el hecho de que pueda haber inversiones en los países a lo mejor europeos, en la caduca de ingeniería, de extracción de petróleo, que está muy anticuada después de tantos años de sanciones. Que hay inversiones también de grandes compañías petrolíferas para explotar nuevos pozos que se han descubierto. Esto, claro, provocaría un terremoto en la región, porque de alguna manera sería un choque para los planes de Israel, Arabia Saudí y Emiratos, que pasan, de alguna manera, por el aislamiento de Irán. Sería un balón de oxígeno también para un régimen que está en una situación económica muy delicada, con crecientes protestas ciudadanas, sobre todo por motivos económicos, con huelgas frecuentes. Sería un golpe para ese equilibrio, en el cual el bloque autoritario, como podríamos denominarlo, integrado por Arabia, Emiratos y Israel, vería como uno de sus enemigos, de alguna manera recupera fuerza, recupera protagonismo, y por lo tanto también podría ganar todavía más peso en la escena internacional a través de la

movilización de sus proxys, de sus aliados regionales. Entonces sí, podría alterar sin duda mucho la situación y a lo mejor acelerar ese proceso que hemos hablado antes. Ese proceso de alejamiento, sobre todo de Arabia Saudí y de Emiratos, del bloque occidental y de Estados Unidos. Y un acercamiento más hacia un bloque autoritario, que podría estar Rusia, que podría estar China, países con los que también se han establecido relaciones comerciales muy intensas en la última década, y también compra de armamento, de tecnología a punta.

SC: ¿Alguna otra consideración final, algo que quieras agregar, alguna conclusión, alguna idea que le parezca que quieras agregar?

IA: Bueno, el caso del Líbano también es muy interesante, los cambios que ha habido, a lo mejor con las últimas elecciones. Es decir, como los partidos más tradicionales, que había una altísima abstención, casi un 60% de abstención, pero sí que ese modelo basado en la repartición de poder político en función del peso demográfico, ese modelo sectario, pues también yo creo que ha perdido protagonismo y sobre todo la gente joven no confía en él.

Es decir, el hecho de que se haya disuelto el partido del futuro, de Hariri, el hecho de que Hezbolá haya perdido algunos diputados muy importantes, también Siria, algunos aliados tradicionales en el país, y que hayan sido elegidas independientes, pues demuestra ese hartazgo de la sociedad libanesa con una clase política completamente ineficaz a la hora de resolver los problemas que padece el país. Y bueno, vinculando también con Rusia y Ucrania, la crisis económica en Líbano es brutal, la devaluación de la moneda, la inflación, el crecimiento del desempleo, un nuevo mayor, una nueva salida masiva, sobre todo de los jóvenes que no ven futuro dentro del país. Y está claro que la invasión de Rusia y Ucrania no va a mejorar la situación, porque más bien la va a empeorar, en el sentido de que la crisis alimentaria, que se está dejando sentir ya en muchos países, el incremento de los productos básicos, de la cesta cotidiana, pues todo esto yo creo que va a acelerar esa polarización de la sociedad, y sobre todo ese malestar que existe entre buena parte de los jóvenes libaneses con la clase política que ven caduca, y los llamamientos sobre todo a la creación de una tercera república que pase la página del sectarismo que no ha sido excesivamente exitosa.

SC: Y usted ve como, aprovechando para seguir por esa línea, usted ve posible la desaparición total del sectarismo de la agenda política de Líbano, o sea, es posible, es

factible o es simplemente una agenda utópica de la juventud, que bueno, si la juventud tiene una agenda utópica, quien la va a tener, ¿no? En algún sentido, ¿no? ¿Cómo lo es? O sea, también en Hezbolá, o sea, ¿es factible la desaparición de Hezbolá, por ejemplo, decir que el instructor deje de estar? Un Líbano secular, un Líbano totalmente secular, ¿no? ¿Es posible, es factible?

IA: Yo creo que en el corto plazo no, pero a lo mejor en el medio y el largo sí, ¿no? ¿Por qué? Pues porque el modelo está claramente que es fallido, ¿no? No consigue resolver los problemas, sino más bien en muchos de los casos lo que ha hecho es agravarlo. ¿Qué ocurre? Bueno, que son muchas décadas, ¿no? En la cual las propias comunidades se han encerrado en sí mismas, ¿no? Y en los momentos sobre todo de crisis, de conflicto, de guerra, han sido muchas veces, ¿no? Los partidos políticos, ¿no? De cada comunidad los que se han movilizado, ¿no? Para hacer frente a esa situación y está pasando exactamente igual ahora, ¿no? Lo vimos, por ejemplo, con la crisis del COVID, lo vimos con el estallido, ¿no? Del puerto de Beirut, ¿no? Que enseguida el Estado es inexistente, ¿no? No tiene capacidad para hacer frente a una situación de emergencia, de una catástrofe, ¿no? O de una emergencia humanitaria y son los propios partidos políticos los que aprovechan esa debilidad del Estado para intentar, ¿no? Extender sus tentáculos y ganar protagonismo porque nos olvidemos que después cuando son elecciones se encargan de recordarlo, recuerda quién estaba allí, ¿no? Cuando hubo una guerra, cuando se destruyó tu edificio o cuando hubo una pandemia, aquí no vino el Estado, aquí vino fue el partido, ¿no? Entonces, bueno, son muchas décadas de esas prácticas, ¿no? Sectarias y, bueno, y también de alguna manera clientelares, ¿no? En muchos de los casos, ¿no? Pero sí que es cierto que, entre los jóvenes, yo creo que no sólo entre los jóvenes urbanos, ¿no? De Beirut, ¿no? Sino del conjunto del país como se ha demostrado en las últimas elecciones hay un marcado, y sobre todo una constatación de que ese modelo no es válido, ¿no? Hoy en día sí sirve para situaciones de emergencia, para evitar una caída mucho más estrepitosa, pero ese modelo claramente no es exitoso y que tarde o temprano habrá que replantearlo.